ALMANAQUE

DE LA

ILUSTRACIÓ

1881

J. B. E. B.

El Genet Blau
48'08 e

R.2066

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION

23 SEP
BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUIN LEGUINA

Lit de Fournier Valladolid

ALMANAQUE

DE

LA ILUSTRACION

PARA EL AÑO DE

1881

ESCRITO POR LOS SEÑORES

AGÜEROS (D. Victoriano), ALARCON (D. P. Antonio), CAMPILLO (D. Narciso),
CASTELAR (D. Emilio), FERNANDEZ DURO (D. Cesáreo),
FERNANDEZ Y GONZALEZ (D. Manuel), FLAMMARION (Camilo), GINER (D. F.), HARTZENBUSCH (D. Juan Eugenio),
LANDERER (D. José J.), MAÑÉ Y FLAQUER (D. J.), MESONERO ROMANOS (D. Ramon),
MONTES DE OCA (D. Ignacio), PICON (D. Jacinto Octavio),
ROA BÁRCENA (D. J. M.), ROSELL (D. Cayetano), SUAREZ (D. Pedro de A.), TRUEBA (D. Antonio),
VALERA ZEQUEIRA (D. José), y VELARDE (D. José).

AÑO VIII.

MADRID,
IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.
Duque de Osuna, número 3.

1880.

Es propiedad de los editores.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

INDICE DE LAS ILUSTRACIONES

CONTENIDAS EN EL

ALMANAQUE PARA 1881.

Páginas.

RETRATOS.

S. M. el Rey Don Alfonso XII. 6
S. M. la Reina Doña María Cristina. 7
Don Antonio Barceló, teniente general. 15
Don Juan José Navarro, marqués de la Victoria. . . 18
Don Jorge Juan, jefe de escuadra.. 21
Don Blas de Lezo, teniente general. 24
Don García de Toledo, cuarto Marqués de Villafranca. 27
Don Antonio de Oquendo, almirante general. . . . 30
Don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz. . . 33
Don Antonio de Gaztañeta, teniente general. . . . 36
Don Juan Sebastian del Cano, primer circumnavegante. 39
Don Juan de Austria, capitan general. 42
Don José de Mazarredo, teniente general. 45
Don Fadrique de Toledo, marqués de Villanueva de Valdueza.. 48
El Dr. Nordenskiold, descubridor del paso del Noroeste. 55
Mr. F. de Lesseps, é individuos que cómponen la comision de estudios para la apertura del Canal interoceánico. 65
D. Miguel Grau, Almirante que fué de la Escuadra peruana; † el 8 de Octubre de 1879. 70
D. Antonio Cánovas del Castillo. 83
Mr. C. Darwin, filósofo inglés. 94
Luis de Camoens, insigne épico portugues. 99
Pedro Pablo Rubens, pintor y diplomático. 135
D. Angel Fernandez de los Rios, antiguo publicista y colaborador de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA; † en Paris el 18 de Junio de 1880. . . . 144

Páginas.

BELLAS ARTES.

Flores de Mayo (dibujo de Pohle). 51
Urna de marfil, labrada en Madrid.. 78
El Baño. } Dibujos de Bregenzer. . . . . { 90
La Caza. } { 91
En la enramada (cuadro de Moreau). 95
Un tapiz de la coleccion del Real Palacio de Madrid.. 103
El vendedor de boquerones en Málaga (cuadro de Leoncio Talavera).. 109
Hebe (estátua en mármol, por Canova).. 114
Exterior del Claustro de la Catedral de Oviedo (dibujo de Cuevas). 116
Alto en una alquería (cuadro de Moreno Carbonero).. 123
Salas de Escultura en el Real Museo Británico. 76 y 125
El Cuerpo de guardia (cuadro de Meissonnier). . . 131

VARIEDADES.

Madrid.—Salon de Conferencias en el Congreso de Diputados. 4
El barco-puerta del Dique de la Campana, en el Arsenal del Ferrol. 59
Lóndres.—Torre *Victoria* y Palacio del Parlamento.. 63
Manila.—Exterior de la nueva Iglesia Catedral. . . 72
Lima.—Antiguo puente sobre el Rimac. 86
Camino de hierro funicular que conduce al cráter del Vesubio, inaugurado en Junio de 1880. 119
Costumbres de Chile: el baile popular *La Cueca*. . . 139
La Noche Buena, (composicion y dibujo de Riudavets). 146
Aparato «Sutherland» para descuajar las tierras, movido por el vapor. 152

ÍNDICE DEL TEXTO.

Páginas.

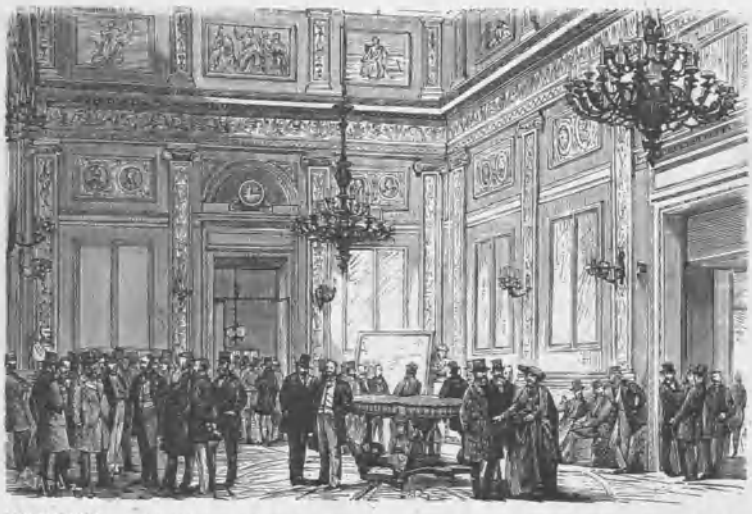
PRELIMINARES: Año religioso, por D. Pedro de A. Suarez. 9
Año astronómico, por N. N. 9
Santoral, por D. Pedro de A. Suarez. 10
ALMANAQUE MARÍTIMO.—Prólogo. 14
Don Antonio Barceló. 15
» Juan José Navarro. 18
» Jorge Juan. 21
» Blas de Lezo. 24
» Garcia de Toledo. 27
» Antonio de Oquendo. 30
» Álvaro de Bazan. 33
» Antonio de Gaztañeta. 36
Juan Sebastian del Cano. 39
Don Juan de Austria. 42
» José de Mazarredo. 45
» Fadrique de Toledo. 48

POR D. CESÁREO FERNANDEZ DURO.

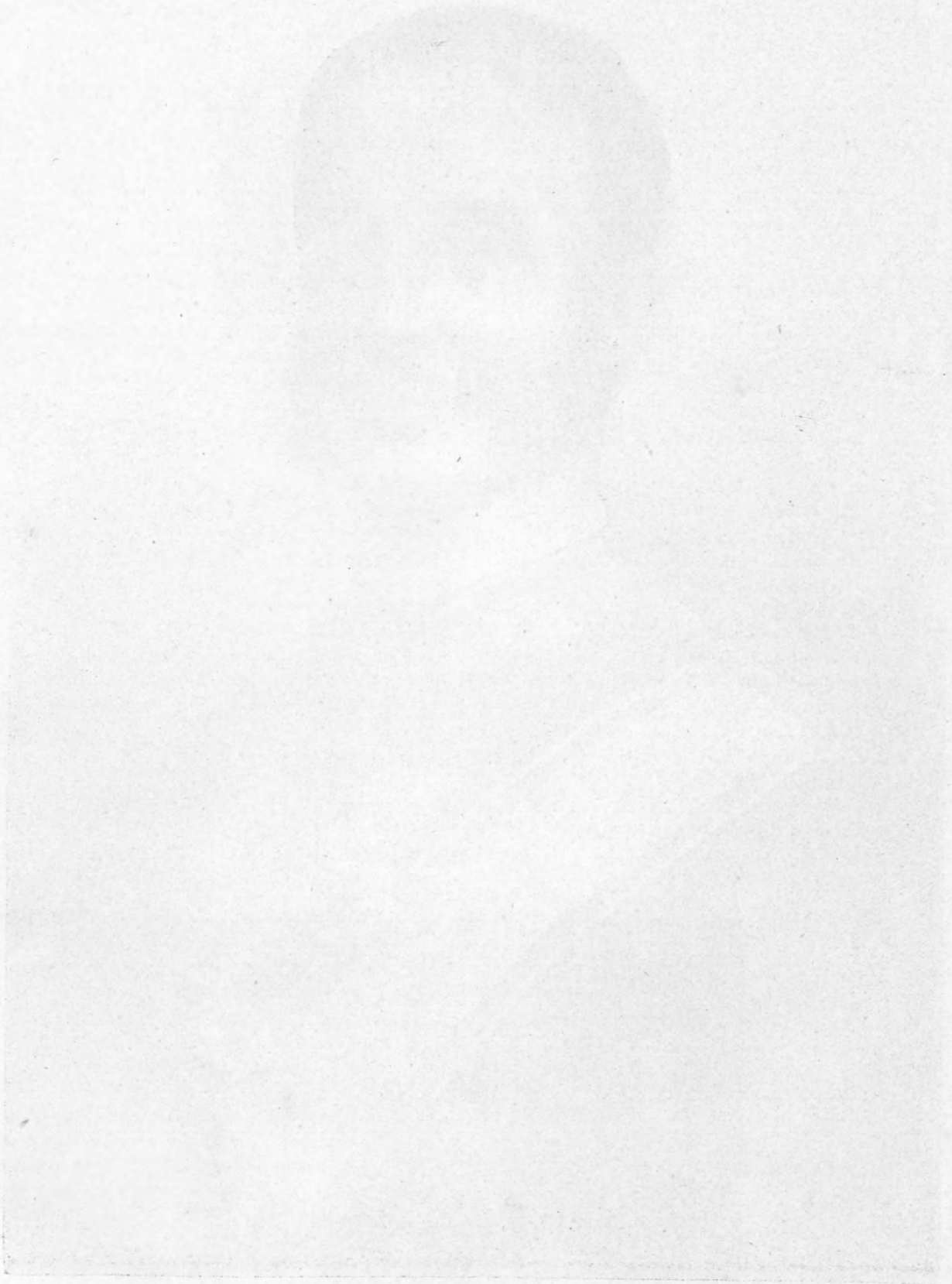
El Sol, por Camilo Flammarion. 53
Los dos sietes, poesía, por el Excmo. Sr. D. Ramon de Mesonero Romanos, académico de la Española de la Lengua. 56
El Cuadro de Murillo (fragmento), por D. J. M. Roa Bárcena. 58
Jep dels Estanys, por D. F. Mañé y Flaquer. . . . 64
Anhelo infinito, poesía, por D. José Varela Zequeira. 70

Páginas.

El Garrote más mal dado, por el Excmo. Sr. D. Cayetano Rosell, de la R. A. de la Historia. 73
El modo de descasarse (cuento popular), por D. Antonio de Trueba. 79
Enseñanza y educacion, por D. F. Giner. 87
Un sueño de primavera, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez. 97
La Cruz de la montaña (páginas de un libro inédito), por D. Victoriano Agüeros. 100
A Gabriel Tassara; soneto, por el Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, académico que fué de la Española de la Lengua. 107
Los tres Perros, por D. Narciso Campillo. 108
La Prevision del tiempo, por D. José J. Landerer. . 117
Oda Nemea VIII (muestra de una version de Píndaro), por *Ipandro Acaico* (Ilmo. Sr. D. I. Montes de Oca, obispo de Puebla de los Angeles). 126
Historia del Almanaque, por el Excmo. Sr. D. Pedro A. de Alarcon, Académico de la Española de la Lengua. 128
Retratos históricos, por D. Emilio Castelar, académico de la Española de la Lengua. 133
El Cementerio del diablo, por D. Jacinto Octavio Picon. 141
La Venganza (leyenda), por D. José Velarde. . . . 147



MADRID.—SALON DE CONFERENCIAS EN EL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.



S. M. EL REY DON ALFONSO XII.

S. M. LA REINA DOÑA MARÍA CRISTINA.

PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Áureo número.	1	Indicion romana.	IX
Epacta.	*	Letra dominical.	B
Ciclo solar.	XXIX	Letra del martirologio romano.	P

FIESTAS MOVIBLES.

Dominica de Septuagésima.	13 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	2 de Marzo.
Pascua de Resurreccion.	17 de Abril.
Letanías.	23, 24 y 25 de Mayo.
Ascension del Señor.	26 de Mayo.
Pascua de Pentecostes.	5 de Junio.
Santísima Trinidad.	12 de Junio.
Santísimo Corpus Christi.	16 de Junio.
Dominicas entre Pentecostes y Adviento.	24

DIAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.
Los Viérnes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la *Purísima Concepcion de Nuestra Señora* caiga en Viérnes ó Sábado, el ayuno se anticipa al *Juéves* precedente.

La Vigilia de *Pentecostes*.	4 de Junio.
Miércoles, Viérnes y Sábado de cada una de las cuatro Témporas.	
Vigilia de *San Pedro y San Pablo, Apóstoles*.	28 de Junio.
De *Santiago, Apóstol*.	24 de Julio.
De la *Asuncion de Nuestra Señora*.	14 de Agosto.
De *Todos los Santos*.	31 de Octubre.
De *Navidad*.	24 de Diciembre.

♃ ADVERTENCIA—Ningun dia de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.

Se debe renovar la bula todos los años en la época de su promulgacion, y los que no la renuevan deben guardar abstinencia todos los *dias de ayuno*, los *Domingos de Cuaresma* y los *Viérnes* del año.

DIAS DE AYUNO CON ABSTINENCIA DE CARNE.

El *Miércoles de Ceniza*.	2 de Marzo.
Todos los *Viérnes* de Cuaresma.	
Miércoles, Juéves, Viérnes y Sábado de la semana Santa.	13, 14, 15 y 16 de Abril.
Vigilia de *Pentecostes*.	4 de Junio.
De *San Pedro y San Pablo*.	28 de Junio.
De la *Asuncion de Nuestra Señora*.	14 de Agosto.
De *Navidad*.	24 de Diciembre.

TÉMPORAS.

I.—El 9, 11 y 12 de Marzo.	III.—El 21, 23 y 24 de Setiembre.
II.—El 8, 10 y 11 de Junio.	IV.—El 14, 16 y 17 de Diciembre.

DIAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 13 de Febrero; el 8, 19, 20 y 27 de Marzo; el 8, 9 y 20 de Abril; el 9 y 11 de Mayo.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 25 de Abril, y se cierran respectivamente el 1.º de Marzo y el 26 de Noviembre. ♀

AÑO ASTRONÓMICO.

POSICION GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. . . . 40° 24′ 30″ N.
Longitud. . . . 0ʰ 10ᵐ 4ˢ,2 al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

En *Acuario*, el 19 de Enero.
En *Piscis*, el 18 de Febrero.
En *Aries*, el 20 de Marzo.-*Primavera*.
En *Tauro*, el 19 de Abril.
En *Géminis*, el 20 de Mayo.
En *Cáncer*, el 21 de Junio.-*Estío*.
En *Leo*, el 22 de Julio.-*Canícula*.
En *Virgo*, el 22 de Agosto.
En *Libra*, el 22 de Setiembre.-*Otoño*.
En *Escorpio*, el 22 de Octubre.
En *Sagitario*, el 22 de Noviembre.
En *Capricornio*, el 21 Dic.-*Invierno*.

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA.—Entra el 20 de Marzo, á las 10 h. y 59 m. de la mañana.
ESTÍO.—Entra el 21 de Junio, á las 7 h. y 13 m. de la mañana.
OTOÑO.—Entra el 22 de Setiembre, á las 9 h. y 35 m. de la noche.
INVIERNO.—Entra el 21 de Diciembre, á las 3 h. y 45 m. de la tarde.

ECLIPSES DE SOL Y LUNA.

MAYO 27.—*Eclipse parcial de Sol, invisible en Madrid.*

El eclipse principia en la Tierra á 9ʰ 30ᵐ 5ˢ tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 108° 3′ al E. de Madrid, y latitud 39° 18′ N.

El medio del eclipse se verificará en la Tierra á 11ʰ 33ᵐ 8ˢ, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 16° 55′ y latitud 68° 19′ N.

El eclipse termina en la Tierra á 13ʰ 37ᵐ 1ˢ, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 90° 52′ al O., y latitud 46° 21′ N.

Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general 0,740, tomando como unidad el diámetro del Sol.

Este eclipse será visible en parte de Asia y de la América del Norte, en el estrecho de Behering y en el mar Polar Ártico.

JUNIO 12.—*Eclipse total de Luna, invisible en Madrid.*

Principio del eclipse, á las 4 y 56 minutos de la mañana.
Principio del eclipse total, á las 5 y 59 minutos de la mañana.
Medio del eclipse, á las 6 y 39 minutos de la mañana.
Fin del eclipse total, á las 7 y 19 minutos de la mañana.
Fin del eclipse, á las 8 y 21 minutos de la mañana.

El principio de este eclipse será visible en casi toda la América Septentrional, en la Meridional, en parte de África, en la Nueva Zelanda, en gran parte del Océano Pacífico, en el Atlántico y en el mar Polar Antártico.

El fin de este eclipse será visible en casi toda la América, en gran parte de la Australia, en casi todo el grande Océano Pacífico, en parte del Atlántico y en el mar Polar Antártico.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 75° de su vértice austral hácia Oriente (vision directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 72° de su vértice austral hácia Occidente (vision directa).

NOVIEMBRE 21.—*Eclipse anular de Sol, invisible en Madrid.*

El eclipse principia en la Tierra á 1ʰ 59ᵐ tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 133° 30′ al O. de Madrid y latitud 26° 41′ S.

El eclipse central principia en la Tierra á 3ʰ 27ᵐ 5ˢ, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 172° 54′ al O, y latitud 51° 54′ S.

El eclipse central á mediodía sucede á 4ʰ 27ᵐ 6ˢ en la longitud de 70° 20′ al O. y latitud 84° 24′ S.

El eclipse central termina en la Tierra á 5ʰ 4ᵐ 5ˢ, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 54° 7′ al E. y latitud 79° 5′ S.

El eclipse termina en la Tierra á 6ʰ 33ᵐ 9ˢ, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 5° 13′ al E. y latitud 30° 5′ S.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de la América del Sur, en parte del Océano Atlántico y Pacífico, y en el Mar Polar Antártico.

DICIEMBRE 5.—*Eclipse parcial de Luna, en parte visible en Madrid.*

Principio del eclipse, á las 3 y 13 minutos de la tarde.
Medio del eclipse, á las 4 y 54 minutos de la tarde.
Fin del eclipse á las 6 y 34 minutos de la noche.

El principio de este eclipse será visible en gran parte de Europa, en el Asia, en parte de África, en la Australia, en parte de la América Septentrional, en el estrecho de Behering, en el Océano Índico, en gran parte del Pacífico, en el mar Polar Ártico y en una pequeña parte del Antártico.

Valor de la máxima fase, ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0,273: tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 81° de su vértice boreal hácia Oriente (vision directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 63° de su vértice boreal hácia Occidente (vision directa).

En Madrid la Luna sale eclipsada á las 4 y 32 minutos de la tarde. ☽

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1881.

ENERO.

Orto del Sol.		Ocaso del Sol.
H. M.		H. M.
7,23	1 Sáb. *Fiesta.* LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspense, obispo.	4,46
7,23	2 Dom. La Aparicion de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario abad.	4,45
7,24	3 Lún. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de Paris.	4,46
7,24	4 Márt. San Tito, obispo, y san Aquilino y compa., mrs.	4,47
7,24	5 Miérc. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeon Stilita.	4,48
7,24	6 Juév. *Fiesta.* LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Ilstera, arzobispo de Valencia.	4,49
7,24	7 Viér. San Julian, mártir, y san Raimundo de Peñafort.	4,50
	☽ *Cuarto creciente*, á las 7 h. y 54 m. de la m., en *Aries.*	
7,23	8 Sáb. San Luciano, presbítero, y compañeros, mártires.	4,51
7,23	9 Dom. San Julian, mártir, y santo Basilisa, virgen.	4,52
7,23	10 Lún. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amarante, confesor.	4,53
7,23	11 Márt. San Higinio, papa y mártir.	4,54
7,22	12 Miérc. San Benito Biscop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martin, canónigo de Leon.	4,55
7,22	13 Juév. San Guinerolndo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4,56
7,22	14 Viér. San Hilario, obispo y doctor, y san Felix, presbítero de Nola, mártir.	4,57
7,22	15 Sáb. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4,58
	● *Luna llena*, á las 11 h. y 33 m. de la m., en *Cáncer.*	
7,21	16 Dom. El Santísimo Nombre de Jesus, san Marcelo, papa y mártir, y san Fulgencio, obispo.	5,00
7,21	17 Lún. San Antonio, abad.	5,01
7,20	18 Márt. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mártir.	5,02
7,20	19 Miérc. San Canuto, rey, san Mario, santa Marta, san Audifas y san Abacú, mártires.	5,03
7,19	20 Juév. San Fabian, papa, y san Sebastian, mártires.	5,04
7,19	21 Viér. Santa Ines, virgen y mártir, san Fructuoso, obispo, san Eulogio y san Angurio, mártires.	5,05
7,18	22 Sáb. San Vicente, diácono, patron de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5,07
7,17	23 Dom. San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y santa Emerenciana, virgen y mártir, patrona de Teruel.—*Fiesta* en el arzobispado de Toledo.	5,08
	☾ *Cuarto menguante*, á las 8 h. y 33 m. de la m., en *Escorpio.*	
7,17	24 Lún. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5,09
7,16	25 Márt. La Conversion de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5,10
7,15	26 Miérc. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda, romana.	5,11
7,14	27 Juév. San Juan Crisóstomo, obispo y doctor, y san Julian y compañeros, mártires.	5,12
7,13	28 Viér. San Julian, obispo y patron de Cuenca, san Valero, obispo de Zaragoza, la Aparicion de santa Ines, virgen y mártir, san Tirso y compañeros, mártires.	5,14
7,13	29 Sáb. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitacion de Nuestra Señora.	5,15
	☌ *Luna nueva*, á las 12 h. y 33 m. de la n., en *Acuario.*	
7,12	30 Dom. Santa Martina, virgen y mártir, y san Lésmes, patron de Búrgos.	5,16
7,11	31 Lún. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.	5,17

FEBRERO.

Orto del Sol.		Ocaso del Sol.
H. M.		H. M.
7,10	1 Márt. San Ignacio, y san Cecilio, patron de Granada, obispos y mártires.	5,19
7,09	2 Miérc. *Fiesta.* LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, y san Cornelio Centurion, obispo.	5,20
7,08	3 Juév. San Blas, obispo y mr., y el beato Nicolas de Longobardo.	5,21
7,07	4 Viér. San Andres Corsino, obispo, y san José de Leonisa.	5,22
7,06	5 Sáb. Santa Águeda, virgen y mártir, san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japon.	5,23
	☽ *Cuarto creciente*, á las 12 h. y 39 m. de la m., en *Tauro.*	
7,05	6 Dom. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.	5,25
7,04	7 Lún. San Romualdo, abad, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5,26
7,03	8 Márt. San Juan de Mata, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.	5,27
7,01	9 Miérc. Santa Apolonia, virgen y mártir.	5,28
7,00	10 Juév. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	5,29
6,59	11 Viér. San Saturnino, presbítero, y compañeros, mártires, y los beatos siete Siervos de María, fundadores.	5,31
6,58	12 Sáb. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traslacion de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	5,32
6,57	13 Dom. (*Septuagésima.*) San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, virgen.	5,33
6,55	14 Lún. San Valentin, presbítero y mártir, y el beato Juan Bautista de la Concepcion, fundador.—*Anima.*	5,34
	● *Luna llena*, á la 6 h. y 9 m. de la m., en *Leo.*	
6,54	15 Márt. San Faustino y san Jovita, hermanos, mártires.	5,35
6,53	16 Miérc. San Julian y 5.000 compañeros, mártires.	5,37
6,51	17 Juév. San Julian de Capadocia, mártir.	5,38
6,50	18 Viér. San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeon, obispo y mártir, y san Teotonio, confesor.	5,39
6,49	19 Sáb. San Gabino, presbítero y mártir, y san Álvaro de Córdoba.	5,40
6,47	20 Dom. (*Sexagésima.*) San Leon y san Eleuterio, obispos.	5,41
6,46	21 Lún. San Félix y san Maximiano, obispos.	5,43
	☾ *Cuarto menguante*, á las 7 h. y 15 m. de la n., en *Sagitario.*	
6,45	22 Márt. La Cátedra de san Pedro en Antioquía, y san Pascasio, obispo.	5,44
6,43	23 Miérc. San Pedro Damiano, obispo y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona.	5,45
6,42	24 Juév. San Matías, apóstol, y san Modesto, obispo y confesor.	5,46
6,41	25 Viér. San Cesáreo, confesor, y el beato Sebastian de Aparicio.	5,47
6,39	26 Sáb. San Alejandro, obispo.	5,48
6,37	27 Dom. (*Quincuagésima.*) San Baldomero, confesor.	5,49
6,36	28 Lún. San Roman, abad, y san Macario y compañeros, mártires.	5,50
	☌ *Luna nueva*, á las 11 h. y 18 m. de la m., en *Piscis.*	

MARZO.

6,34	1 Márt. El santo Ángel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.	5,52
6,33	2 Miérc. (*Ceniza.*) San Lucio, obispo.—*Principia el ayuno de Cuaresma.*	5,53
6,31	3 Juév. San Emeterio y san Celedonio, mártires.	5,54
6,30	4 Viér. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mr.	5,55
6,28	5 Sáb. San Ensebio y compañeros, mártires.	5,56
6,27	6 Dom. *I de Cuaresma.* San Víctor y san Victoriano, mártires, san Olegario, obispo, y santa Coleta, virgen.	5,57
6,25	7 Lún. Santo Tomas de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpétua y Felicitas, mártires.	5,58
	☽ *Cuarto creciente*, á las 7 h. y 47 m. de la n., en *Géminis.*	
6,23	8 Márt. San Juan de Dios, fundador, san Julian, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.—*Anima.*	5,59
6,22	9 Miérc. Santa Francisca, viuda, romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen.—*Témpora.*	6,00
6,20	10 Juév. Santos Meliton y 39 compañeros, mártires de Sebaste.	6,01
6,19	11 Viér. San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires.—*Témpora.*	6,03
6,17	12 Sáb. San Gregorio Magno, papa y doctor.—*Témpora.*—*Órdenes.*	6,04
6,15	13 Dom. *II de Cuaresma.* San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomon, mártires.	6,05
6,14	14 Lún. Santa Matilde, reina, y la Traslacion de santa Florentina, vg.	6,06
6,12	15 Márt. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Bischato, abad, santa Leocricia, virgen y mártir, y san Longino y compañeros, mártires.	6,07
	● *Luna llena*, á las 10 h. y 22 m. de la n., en *Virgo.*	
6,11	16 Miérc. San Julian de Anazarbo, mártir.	6,08
6,09	17 Juév. San Patricio, obispo y confesor.	6,09
6,07	18 Viér. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6,10
6,06	19 Sáb. San José, esposo de Nuestra Señora, patron de la Iglesia universal, y el bto. Juan de Sto. Domingo.—*Anima.*	6,11
6,04	20 Dom. *III de Cuaresma.* San Nicetas, obispo, y santa Eufemia, mártir.—*Anima.*—(PRIMAVERA.)	6,12
6,02	21 Lún. San Benito, abad y fundador.	6,13
6,01	22 Márt. San Deogracias y san Bienvenido, obispos.	6,14
5,59	23 Miérc. San Victoriano y compañeros, mártires, y el beato José Oriol, presbítero.	6,15
	☾ *Cuarto menguante*, á las 3 h. y 15 m. de la m., en *Capricornio.*	
5,57	24 Juév. San Agapito, obispo y mártir, y el beato José María Tomasi, cardenal.	6,16
5,56	25 Viér. *Fiesta.* LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas, el Buen Ladron.	6,17
5,54	26 Sáb. San Braulio, obispo de Zaragoza.	6,18
5,52	27 Dom. *IV de Cuaresma.* San Ruperto, obispo y conf.—*Anima.*	6,19
5,51	28 Lún. San Sixto III, papa, san Cástor y san Doroteo, mártires.	6,20
5,49	29 Márt. San Eustasio, abad.	6,21
	☌ *Luna nueva*, á las 10 h. y 17 m. de la n., en *Aries.*	
5,47	30 Miérc. San Juan Clímaco, abad.	6,22
5,46	31 Juév. Santa Balbina, virgen, san Amós, profeta, y el beato Amadeo de Saboya.	6,23

ABRIL.

Orto del Sol.		Ocaso del Sol.
H. M.		H. M.
5.44	1 Viér. San Venancio, obispo y mártir.	6.24
5.43	2 Sáb. San Francisco de Paula, fundador, y santa María Egipciaca, penitente.	6.26
5.41	3 Dom. *de Pasion.* San Pancracio, obispo, san Ulpiano, mártir, san Benito de Palermo, y santa Burgundófora, virgen.	6.27
5.39	4 Lún. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, doctor de la Iglesia.	6.28
5.38	5 Márt. San Vicente Ferrer, patron de Valencia, santa Emilia, y la beata Juliana, virgen.	6.29
5.36	6 Miérc. San Celestino, papa y confesor.	6.30
	☽ *Cuarto creciente*, á las 3 h. y 40 m. de la t., en *Cáncer*.	
5.34	7 Juév. San Epifanio, obispo, y san Ciriaco, mártires.	6.31
5.33	8 Viér. Los Dolores de Nuestra Señora, san Dionisio, obispo, y el beato Julian de San Agustin.—*Anima.*	6.32
5.31	9 Sáb. Santa María Cleofe, y santa Casilda, princesa de Toledo.—*Anima.*	6.33
5.30	10 Dom. *de Ramos.* Santos Daniel y Ezequiel, profetas.	6.34
5.28	11 Lún. *Santo.* San Leon Magno, papa y doctor.	6.35
5.27	12 Márt. *Santo.* San Víctor, mártir, y san Zenon, obispo.	6.36
5.25	13 Miérc. *Santo.* San Hermenegildo, rey de Sevilla y mártir.	6.37
5.23	14 Juév. *Santo.* San Tiburcio, san Valeriano y san Máximo, mártires, y san Pedro Gonzalez Telmo, confesor.	6.38
	● *Luna llena*, á las 11 h. y 35 m. de la m., en *Libra*.	
5.22	15 Viér. *Santo.* Santa Basilisa y santa Anastasia, mártires.	6.39
5.20	16 Sáb. *Santo.* Santa Engracia y diez y ocho compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.	6.40
5.19	17 Dom. PASCUA DE RESURRECCION. San Aniceto, papa y mártir, la beata María Ana de Jesus, y los santos mártires de Córdoba, Elías, Pablo é Isidoro.	6.41
5.18	18 Lún. San Eleuterio, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andrés Hibernon.	6.42
5.16	19 Márt. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mártires.	6.43
5.15	20 Miérc. Santa Inés de Monte-Policiano, virgen.	6.44
5.13	21 Juév. San Anselmo, obispo y doctor.—*Anima.*	6.46
	☾ *Cuarto menguante*, á las 9 h. y 23 m. de la m., en *Acuario*.	
5.12	22 Viér. San Sotero y san Cayo, papas y mártires.	6.46
5.10	23 Sáb. San Jorge, mártir.	6.47
5.09	24 Dom. *de Cuasimodo.* San Fidel de Sigmaringa, mártir, y san Gregorio, obispo.	6.48
5.07	25 Lún. San Márcos, evangelista, y san Aniano, obispo.—*Letanías mayores.*	6.49
5.06	26 Márt. San Cleto y san Marcelino, papas y mártires, la Traslacion de santa Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.	6.50
5.05	27 Miérc. San Anastasio, papa y mártir, Santo Toribio de Mogrobejo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.	6.51
5.03	28 Juév. San Pablo de la Cruz, san Prudencio, obispo, y san Vidal, mártir.	6.52
	● *Luna nueva*, á las 10 h. y 10 m. de la m., en *Tauro*.	
5.02	29 Viér. San Pedro de Verona, mártir.	6.53
5.01	30 Sáb. Santa Catalina de Sena, virgen, y los santos Amador, presbítero, Pedro y Luis, mártires de Córdoba.	6.54

MAYO.

Orto del Sol.		Ocaso del Sol.
H. M.		H. M.
4.59	1 Dom. Santos Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, san Orencio y santa Paciencia, padres de san Lorenzo, mártir.	6.55
4.58	2 Lún. San Atanasio, ob. y dr., y la bta. Mafalda, reina de Castilla.	6.56
4.57	3 Márt. La Invencion de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio, Teódulo y Juvenal, mártires.	6.57
4.56	4 Miérc. Santa Mónica, viuda, madre de san Agustin, ob. y dr.	6.58
4.54	5 Juév. San Pio V, papa, san Sacerdote, obispo, y La Conversion de san Agustin.	6.59
4.53	6 Viér. San Juan Ante-Portam-Latinam, y san Juan Damasceno, confesor.	7.00
	☽ *Cuarto creciente*, á las 10 h. y 29 m. de la m., en *Leo*.	
4.52	7 Sáb. San Estanislao, obispo y mártir.	7.01
4.51	8 Dom. El Patrocinio de san José, y La Aparicion de san Miguel, arcángel.	7.02
4.50	9 Lún. San Gregorio Nacianceno, obispo y doctor, y san Gregorio, cardenal y obispo de Ostia.	7.03
4.49	10 Márt. San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epímaco, mártires.	7.04
4.48	11 Miérc. San Mamerto, ob., y san Anastasio, mr., patron de Lérida.	7.05
4.47	12 Juév. Santo Domingo de la Calzada, y los santos Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio, mártires.	7.06
4.46	13 Viér. San Pedro Regalado, patron de Valladolid.	7.07
	● *Luna llena*, á las 10 h. y 9 m. de la m., en *Escorpio*.	
4.45	14 Sáb. San Bonifacio, mártir.	7.08
4.44	15 Dom. SAN ISIDRO LABRADOR, patron de Madrid, san Torcuato y seis compañeros, obispos y mártires.	7.09
4.43	16 Lún. San Juan Nepomuceno, presbítero, y san Vitesindo, mártires, san Ubaldo, obispo, y san Simon Stock, confesor.	7.10
4.42	17 Márt. San Pascual Bailon, confesor.	7.11
4.41	18 Miérc. San Venancio, mártir, y san Félix de Cantalicio, conf.	7.12
4.40	19 Juév. San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mártires, y santa Pudenciana, virgen.	7.13
4.39	20 Viér. San Bernardino de Sena, confesor.	7.14
	☾ *Cuarto menguante*, á las 2 h. y 52 m. de la t., en *Acuario*.	
4.38	21 Sáb. Santa María de Cervellon ó de Socors, y san Secundino, mr.	7.15
4.38	22 Dom. Santa Quiteria y santa Julia, vírgenes y mártires, santa Rita de Casia, viuda, san Aton, obispo, y el beato Pedro de la Asuncion.	7.16
4.37	23 Lún. La Aparicion del apóstol Santiago, san Basileo y san Epifacio, obispos y mártires.—*Letanías.*	7.17
4.36	24 Márt. Nuestra Señora del Auxilio, san Robustiano y el beato Juan de Prado, mártires, y la Traslacion de santo Domingo de Guzman.—*Letanías.*	7.17
4.35	25 Miérc. San Gregorio VII, papa, san Urbano, papa y mártir, y santa María Magdalena de Pacis, virgen.—*Letanías.*	7.18
4.35	26 Juév. *Fiesta.* LA ASCENSION DEL SEÑOR, san Felipe Neri, y san Eleuterio, papa y mártir.	7.19
4.34	27 Viér. San Juan, papa y mártir.	7.20
	● *Luna nueva*, á las 11 h. y 21 m. de la n., en *Géminis*.	
4.34	28 Sáb. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, confesor.	7.21
4.33	29 Dom. San Maximino, obispo, y san Restituto, mártir.	7.21
4.33	30 Lún. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mártir.	7.22
4.32	31 Márt. Ntra. Sra. Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, los santos German, Paulino, Justo y Sicio, mártires, y sta. Petronila y sta. Angela Merici, vgs.	7.23

JUNIO.

4.32	1 Miérc. San Segundo, obispo y mártir, san Íñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.	7.24
4.31	2 Juév. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Ortega, presbítero.	7.25
4.31	3 Viér. San Isaac, mártir, y el beato Juan Grande, confesor.	7.25
4.30	4 Sáb. San Francisco Caracciolo, fundador.—*Ayuno con abstinencia de carne.*	7.26
4.30	5 Dom. PASCUA DE PENTECOSTES. San Bonifacio, obispo y mártir.	7.27
	☽ *Cuarto creciente*, á las 8 h. y 5 m. de la m., en *Virgo*.	
4.30	6 Lún. San Norberto, obispo y fundador.	7.27
4.29	7 Márt. San Pedro y compañeros, mártires de Córdoba.	7.28
4.29	8 Miérc. San Salustiano, confesor, y san Entropio, ob.—*Témpora.*	7.28
4.28	9 Juév. San Primo y san Feliciano, mártires.—*Anima.*	7.29
4.29	10 Viér. Santa Margarita, reina de Escocia, san Crispulo y san Restituto, mártires.—*Témpora.*	7.29
4.29	11 Sáb. San Bernabé, apóstol.—*Témpora.*—*Ordenes.*—*Anima.*	7.30
4.29	12 Dom. La Santísima Trinidad, san Juan de Sahagun, san Onofre, anacoreta, y los santos Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, mártires.	7.30
	● *Luna llena*, á las 6 h. y 42 m. de la m., en *Sagitario*.	
4.29	13 Lún. San Antonio de Padua, conf., y san Fandila, presb. y mr.	7.31
4.29	14 Márt. San Basilio, obispo y doctor, y san Eliseo, profeta.	7.31
4.29	15 Miérc. San Vito, san Modesto, sta. Crescencia y sta. Bemildo, mrs.	7.32
4.29	16 Juév. *Fiesta.* SANTISSIMUM CORPUS CHRISTI. San Juan Francisco Régis, san Quirico y santa Julita, mártires, y santa Lutgarda, virgen.	7.32
4.29	17 Viér. San Manuel y compañeros, mártires, santa Teresa, reina de Leon, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.	7.33
4.29	18 Sáb. San Marco, san Marcelliano, san Ciriaco y santa Paula, mrs.	7.33
	☾ *Cuarto menguante*, á las 9 h. y 4 m. de la n., en *Piscis*.	
4.29	19 Dom. Santa Juliana de Falconeri, virgen, san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mártires.	7.33
4.29	20 Lún. San Silverio, papa y mártir, santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japon.	7.33
4.29	21 Márt. San Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo, obispo de Barbastro.—(Estío.)	7.34
4.30	22 Miérc. San Paulino, obispo, y san Acacio y compañeros, mrs.	7.34
4.30	23 Juév. San Juan, presbítero y mártir.	7.34
4.30	24 Viér. El Santísimo Corazon de Jesus y La Natividad de san Juan Bautista.	7.34
4.30	25 Sáb. San Guillermo, abad, san Eloy, obispo, y santa Orosia, virgen y mártir, patrona de Jaca.	7.34
4.31	26 Dom. El Purísimo Corazon de María, san Juan, san Pablo y san Pelayo, mártires.	7.34
	☽ *Luna nueva*, á la 1 h. y 49 m. de la t., en *Cáncer*.	
4.31	27 Lún. San Zoilo, mártir, y san Ladislao, rey.	7.34
4.31	28 Márt. San Leon II, papa, y san Argimiro, mártir.—*Ayuno con abstinencia de carne.*	7.34
4.32	29 Miérc. *Fiesta.* SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.	7.34
4.32	30 Juév. La Conmemoracion de san Pablo, apóstol, y san Marcial, obispo.	7.34

JULIO.

Orto del Sol		Ocaso del Sol
h. m.		h. m.
4.33	1 Viér. San Casto y san Secundino, mártires.	7.34
4.33	2 Sáb. La Visitacion de Nuestra Señora, y los santos Proceso y Martiniano, mártires.	7.34
4.34	3 Dom. La Preciosa Sangre de Nro. Sr. Jesucristo, san Trifon y compañeros, mártires, y el beato Raimundo Lulio, mr.	7.34
4.34	4 Lún. San Lamberto, obispo y mártir, y el beato Gaspar Bono.	7.34
	☽ *Cuarto creciente*, á las 5 h. y 1 m. de la t., en *Libra*.	
4.35	5 Márt. San Miguel de los Santos, confesor.	7.33
4.35	6 Miérc. Santa Lucía, mártir.	7.33
4.36	7 Juév. San Fermin, obispo y mártir, san Odon, obispo, santa Pulqueria, emperatriz, y el beato Lorenzo de Brindis.	7.33
4.37	8 Viér. Santa Isabel, reina de Portugal.	7.32
4.37	9 Sáb. San Cirilo, obispo y mártir.	7.32
4.38	10 Dom. Los santos doce Hermanos, santa Atanila, virgen, santa Rufina y santa Segunda, vírgenes y mártires.	7.32
4.39	11 Lún. San Pio I, papa, san Abundio, mártires, y santa Verónica de Julianis, virgen.	7.31
	● *Luna llena*, á la 1 h. y 59 m. de la t., en *Capricornio*.	
4.39	12 Márt. San Juan Gualberto, abad, san Nabor y san Félix, mártires, y santa Marciana, virgen y mártir.	7.31
4.40	13 Miérc. San Anacleto, papa y mártir.	7.30
4.41	14 Juév. San Buenaventura, obispo y doctor.	7.30
4.42	15 Vier. San Enrique, emperador, san Camilo de Lélis, fundador, y los beatos cuarenta mártires del Brasil.	7.29
4.42	16 Sáb. El Triunfo de la santa Cruz, Nuestra Señora del Cármen, y san Sisenando, diácono, mártir de Córdoba.	7.29
4.43	17 Dom. San Alejo, confesor.	7.28
4.44	18 Lún. Santa Símforosa y sus siete hijos, san Federico, obispo, y santa Marina, virgen, todos mártires.	7.27
	☾ *Cuarto menguante*, á las 5 h. y 12 m. de la m., en *Aries*.	
4.45	19 Márt. San Vicente de Paul, fundador, santa Justa, santa Rufina y santa Aurea, vírgenes y mártires.	7.27
4.46	20 Miérc. San Elías, profeta, san Jerónimo Emiliano, santa Librada y santa Margarita, vírgenes y mártires.	7.26
4.47	21 Juév. Santa Prásedes, virgen.	7.25
4.47	22 Viér. Santa María Magdalena, penitente.—(Cazorla.)	7.24
4.48	23 Sáb. San Apolinar, obispo y mártir, san Liborio, obispo, y los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mártires.	7.24
4.49	24 Dom. Sta. Cristina, vg. y mr., y san Francisco Solano.—*Ayuno*.	7.23
4.50	25 Lún. *Fiesta*. SANTIAGO, APÓSTOL, patron de España, y san Cristóbal, mártir.	7.22
4.51	26 Márt. Santa Ana, madre de Nuestra Señora.	7.21
	● *Luna nueva*, á las 6 h. y 4 m. de la m., en *Leo*.	
4.52	27 Miérc. San Pantaleon, san Cucufate, santa Juliana, santa Semproniana, san Jorge, diácono, san Félix, san Aurelio, santa Natalia y santa Liliosa, todos mártires.	7.20
4.53	28 Juév. Santos Nazario, Celso, y Víctor, papa, mártires, san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomas, virgen.	7.19
4.54	29 Viér. Santa María, virgen, y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz, mártires, y el beato Luis Beltran, mártir del Japon.	7.18
4.55	30 Sáb. San Abdon, san Senen y san Teodomiro, mártires, y el beato Manés de Guzman, confesor.	7.17
4.56	31 Dom. San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus, confesor.	7.16

AGOSTO.

Orto del Sol		Ocaso del Sol
h. m.		h. m.
4.57	1 Lún. San Pedro Advíncula, los santos hermanos Macabéos, mártires, y san Félix, mártir.	7.15
4.57	2 Márt. Ntra. Sra. de los Angeles, san Alfónso de Ligorio, obispo y dr., san Pedro, mr., de Osma, y la beata Juana de Aza.	7.14
4.58	3 Miérc. La Invencion del cuerpo de san Estéban, proto-mártir.	7.13
	☽ *Cuarto creciente*, á las 4 h. y 28 m. de la m., en *Escorpio*.	
4.59	4 Juév. Santo Domingo de Guzman, fundador de la Órden de predicadores, confesor.	7.12
5.00	5 Viér. La Dedicacion de la Basílica de santa María la Mayor ó de las Nieves, en Roma.	7.11
5.01	6 Sáb. La Transfiguracion del Señor, y los santos niños Justo y Pastor, san Sixto II, papa, san Felicísimo y san Agapito, diáconos, todos mártires.	7.10
5.02	7 Dom. San Cayetano, fundador, san Alberto de Sicilia, san Estéban, abad, y comps., mrs., y san Donato, ob. y mr.	7.08
5.03	8 Lún. San Ciriaco, san Largo y san Esmaragdo, mártires.	7.07
5.04	9 Márt. San Roman, mártir.	7.06
	● *Luna llena*, á las 8 h. y 52 m. de la n., en *Acuario*.	
5.05	10 Miérc. San Lorenzo, diác., mr., y santa Filomena, vg. y mr.	7.05
5.06	11 Juév. San Tiburcio y santa Susana, mártires.	7.03
5.07	12 Viér. Santa Clara de Asís, virgen y fundadora.	7.02
5.08	13 Sáb. San Hipólito, San Casiano, sta. Centola y sta. Elena, mrs.	7.01
5.09	14 Dom. San Eusebio, presbítero, y san Pablo, diácono, mártir.—*Ayuno con abstinencia de carne.*	6.59
5.10	15 Lún. *Fiesta*. LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA, y san Alipio, ob.	6.58
5.11	16 Márt. Santos Roque y Jacinto, confesores, y el beato Juan de Santa María, mártir del Japon.	6.57
	☾ *Cuarto menguante*, á las 4 h. y 43 m. de la t., en *Tauro*.	
5.12	17 Miérc. San Pablo y santa Juliana, hermanos, y el beato Francisco de Santa María, mártires.	6.55
5.13	18 Juév. San Agapito, mártir, santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalco, vírgen.	6.54
5.14	19 Viér. San Luis, obispo de Tolosa, san Magin, ermitaño, y el beato Pedro de Zúñiga, mártires.	6.52
5.15	20 Sáb. San Bernardo, abad y doctor.	6.51
5.16	21 Dom. San Joaquin, padre de Nuestra Señora, santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora, san Fabriciano y san Filiberto, mártires.	6.50
5.17	22 Lún. San Timoteo, san Hipólito, obispo, y san Símforiano, mrs.	6.48
5.18	23 Márt. San Felipe Benicio, confesor, san Cristóbal y san Leovigildo, mártires de Córdoba.	6.47
5.19	24 Miérc. San Bartolomé, apóstol.	6.45
	☾ *Luna nueva*, á las 8 h. y 31 m. de la n., en *Virgo*.	
5.20	25 Juév. San Luis, rey de Francia, san Ginés de Arlés, san Gerónimo, ob., y los bto. Pedro Vazquez y Luis Sotelo, mrs.	6.44
5.21	26 Viér. San Ceferino, papa, y san Víctor, presbítero, mártires.	6.42
5.22	27 Sáb. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pias, san Rufo, obispo, y la Transverberacion del corazon de santa Teresa de Jesus.	6.40
5.23	28 Dom. San Agustin, obispo y doctor, y san Hermes, mártir.	6.39
5.24	29 Lún. La Degollacion de san Juan Bautista, santa Sabina, y los beatos Juan y Pedro, mártires.	6.37
5.25	30 Márt. Santa Rosa de Lima, virgen, san Félix y san Adaucto, mrs.	6.36
5.26	31 Miérc. San Ramon Nonato, cardenal, y santo Domingo de Val, niño, mártir de Zaragoza.	6.34

SETIEMBRE.

5.27	1 Juév. San Vicente y san Leto, mrs. de Toledo, los stos. doce Hermanos, mártires, san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.	6.33	5.41	16 Viér. San Cornelio, papa, san Cipriano, obispo, santa Eufemia, santa Lucía y san Geminiano, todos mártires.	6.08
	☽ *Cuarto creciente*, á las 1 h. y 47 m. de la t., en *Sagitario*.		5.42	17 Sáb. La Impresion de las llagas de san Francisco de Asís, san Pedro Arbués, mártir, y santa Columba, vírgen y mr.	6.06
5.28	2 Viér. San Estéban, rey de Hungría, y san Antolin, mártir.	6.31	5.43	18 Dom. Los Dolores gloriosos de Ntra. Sra., santo Tomas de Villanueva, arz. de Valencia, y san José Cupertino, conf.	6.05
5.28	3 Sáb. San Sandalio, mr., san Ladislao, rey, y los btos. Francisco de Jesus y Gabriel de la Magdalena, mrs. del Japon.	6.29	5.44	19 Lún. San Genaro, obispo, y compañeros, mártires.	6.03
5.29	4 Dom. Nuestra Señora de la Consolacion y Correa, y las santas Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalía de Palermo, vgs.	6.28	5.45	20 Márt. San Eustaquio y comps., mrs., san Rogelio y san Siervo de Dios, mrs. de Córdoba, y el beato Francisco de Posadas.	6.01
5.30	5 Lún. San Lorenzo Justiniano, obispo, la Conmemoracion de san Julian, obispo de Cuenca, y santa Obdulia, vg. y mr.	6.26	5.46	21 Miérc. San Mateo, apóstol y evangelista.—*Témpora*.	6.00
5.31	6 Márt. San Eugenio y compañeros, mártires.	6.25	5.47	22 Juév. San Mauricio y compañeros, mártires, y santa Pomposa, virgen y mártir de Córdoba.—(Otoño.)	5.58
5.32	7 Miérc. Santa Regina, virgen y mártir.	6.23	5.48	23 Viér. San Lino, papa, santa Tecla, virgen, santa Xantipa y santa Polisena, todos mártires.—*Témpora*.	5.56
5.33	8 Juév. *Fiesta*. LA NATIVIDAD DE NTRA. SRA., y san Adrian, mr.	6.21		☾ *Luna nueva*, á las 11 h. y 40 m. de la m., en *Libra*.	
	● *Luna llena*, á las 4 h. y 25 m. de la m., en *Piscis*.		5.49	24 Sáb. Nuestra Señora de las Mercedes, y el beato Dalmacio Moner, confesor.—*Témpora*.—*Ordenes*.	5.55
5.34	9 Vier. Santa María de la Cabeza, san Gorgonio, mártir, y el beato Pedro Claver, confesor.	6.20	5.50	25 Dom. San Lope, obispo, san Formerio, mártir, y el santo niño Cristóbal, mártir de La Guardia.	5.53
5.35	10 Sáb. San Nicolás de Tolentino, san Pedro, obispo de Compostela, el bto. Francisco de Morales y comps., mrs. del Japon.	6.18	5.51	26 Lún. San Cipriano y santa Justina, mártires, y san García, abad.	5.51
5.36	11 Dom. El Stmo. Nombre de María, san Proto y san Jacinto, mrs.	6.16	5.52	27 Márt. San Cosme y san Damian, hermanos, mártires.	5.50
5.37	12 Lún. San Leoncio y comps., mrs., san Vicente, abad, tor., y los beatos Tomas Zumárraga y Apolinar Franco, mártires.	6.15	5.53	28 Miérc. San Wenceslao, rey, san Adulfo y san Juan, mártires, santa Eustaquia, vírgen, y el beato Simon de Rojas, conf.	5.48
5.38	13 Márt. San Felipe, mártir.	6.13			
5.39	14 Miérc. La Exaltacion de la santa Cruz.	6.11	5.54	29 Juév. La Dedicacion de san Miguel, arcángel.	5.46
5.40	15 Juév. San Nicomédes, presbítero, mártir, san Emilio y san Jerónimo, mártires de Córdoba.	6.10	5.55	30 Viér. San Jerónimo, presbítero y doctor, y santa Sofía, viuda.	5.45
	☾ *Cuarto menguante*, á las 7 h. y 47 m. de la m., en *Géminis*.			☽ *Cuarto creciente*, á las 9 h. y 33 m. de la n., en *Capricornio*.	

OCTUBRE.

Orto del Sol		Ocaso del Sol
H. M.		H. M.
5.56	1 Sáb. El santo Angel Custodio, tutelar de España, y san Remigio, obispo.	5.43
5.57	2 Dom. Nuestra Señora del Rosario, san Olegario, obispo y mártir, y san Saturio, ermitaño, patron de Soria.	5.41
5.58	3 Lún. San Candido, mártir, san Gerardo, abad, y el beato Juan Macías.	5.40
5.59	4 Márt. San Francisco de Asís, fundador.	5.38
6.00	5 Miérc. San Plácido y compañeros, mártires, san Froilan y san Atilano, obispos.	5.36
6.01	6 Juév. San Bruno, fundador de la Orden de la Cartuja.	5.35
6.02	7 Vier. San Márcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martin (id, abad.	5.33
	◉ *Luna llena*, á la 1 h. y 44 m. de la t., en *Aries*.	
6.03	8 Sáb. Santa Brígida, viuda y fundadora, y san Pedro, mártir de Sevilla.	5.32
6.04	9 Dom. San Dionisio Areopagita, obispo, san Rústico y san Eleuterio, mártires.	5.30
6.05	10 Lún. San Francisco de Borja y san Luis Beltran, confesores.	5.29
6.06	11 Márt. San Fermin, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	5.27
6.07	12 Miérc. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipriano, obispos y mártires, y san Segundo de Montegravario, confesor.	5.26
6.08	13 Juév. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Genaro y san Marcial, mártires.	5.24
6.09	14 Vier. San Calixto, papa y mártir.	5.22
6.10	15 Sáb. Santa Teresa de Jesus, virgen y fundadora, compatrona de las Españas.	5.21
	◐ *Cuarto menguante*, á las 2 h. y 11 m. de la madrugada, en *Cáncer*.	
6.12	16 Dom. San Gallo, abad, y santa Adelaida, virgen.	
6.13	17 Lún. Santa Edwigis, viuda, y la beata Margarita María de Alacoque, virgen.	5.19 5.18
6.14	18 Márt. San Lúcas, evangelista.	5.16
6.15	19 Miérc. San Pedro de Alcántara, patron de la diócesis de Coria.	5.15
6.16	20 Juév. San Juan Cancio, presbítero, y santa Irene, virgen y mr.	5.13
6.17	21 Vier. San Hilarion, abad, santa Ursula y compañeras, vírgenes y mártires.	5.12
6.18	22 Sáb. Santa Salomé, viuda, santa Nunilo y santa Alodia, vírgenes y mártires.	5.11
6.19	23 Dom. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistrano, san Servando y san Germán, patronos de Cádiz.	5.09
	◌ *Luna nueva*, á las 2 h. y 16 m. de la madrugada, en *Libra*.	
6.20	24 Lún. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvó, obispo.	5.08
6.21	25 Márt. San Crisanto, santa Daria, san Gabino, san Proto, san Genaro, san Crispin y san Crispiniano, mártires, y san Frutos, confesor, patron de Segovia.	5.06
6.23	26 Miérc. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valentin y santa Engracia, mártires.	5.05
6.24	27 Juév. Santos Vicente, Sabina y Cristeta, mártires, patronos de las ciudades de Avila y Talavera de la Reina.	5.04
6.25	28 Vier. San Simon y san Judas Tadeo, apóstoles.	5.03
6.26	29 Sáb. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurion, mártires.	5.01
6.27	30 Dom. Santos Claudio, Luperco y Victorico, mártires, y el beato Alonso Rodriguez.	5.00
	◗ *Cuarto creciente*, á las 4 h. y 32 m. de la m., en *Acuario*.	
6.28	31 Lún. San Quintin, mártir.—*Ayuno*.	4.59

NOVIEMBRE.

Orto del Sol		Ocaso del Sol
H. M.		H. M.
6.29	1 Márt. *Fiesta*. LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.	4.57
6.31	2 Miérc. La Conmemoracion de los Fieles Difuntos, y santa Eustoquio, vírgen y mártir.	4.56
6.32	3 Juév. Los Innumerables Mártires de Zaragoza, y san Ermengol, obispo.	4.55
6.33	4 Vier. San Cárlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agrícolao, mártires.	4.54
6.34	5 Sáb. San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.	4.53
6.35	6 Dom. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.	4.52
	◉ *Luna llena*, á la 1 h. y 48 m. de la madrugada, en *Tauro*.	
6.36	7 Lún. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.	4.51
6.38	8 Márt. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mártires.	4.50
6.39	9 Miérc. La Dedicacion de la Basílica del Salvador (San Juan de Letran), en Roma, y san Teodoro, mártir.	4.49
6.40	10 Juév. San Andrés Avelino, y los santos mártires Trifon, Respicio, y Ninfa, vírgen.	4.48
6.41	11 Vier. San Martin, obispo, y san Mena, mártir.	4.47
6.42	12 Sáb. San Martin, papa y mártir, san Diego de Alcalá, confesor, y san Millan, presbítero.	4.46
6.43	13 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Koska, y san Homobono, confesor.	4.45
	◐ *Cuarto menguante*, á las 10 h. y 46 m. de la n., en *Leo*.	
6.45	14 Lún. San Serapio, mártir, san Lorenzo y san Rufo, obispos.	4.44
6.46	15 Márt. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, mártir, y san Leopoldo, conte-sor.	4.43
6.47	16 Miérc. San Rufino y compañeros, mártires.	4.43
6.48	17 Juév. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Aciscio y santa Victoria, mártires, y santa Gertrúdis la Magna, vg.	4.42
6.49	18 Vier. La Dedicacion de las Basílicas de San Pedro y San Pablo, en Roma, san Máximo y san Román.	4.41
6.50	19 Sáb. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Pondiano, papa y mr.	4.40
6.52	20 Dom. San Félix de Valois, fundador.	4.40
6.53	21 Lún. La Presentacion de Nuestra Señora, san Ilnfo y san Esteban, mártires.	4.39
	◌ *Luna nueva*, á las 4 h. y 7 m. de la t., en *Escorpio*.	
6.54	22 Márt. Santa Cecilia, vírgen y mártir.	4.38
6.55	23 Miérc. San Clemente, papa, y santa Felicitas, mártires.	4.38
6.56	24 Juév. San Juan de la Cruz, san Crisógono, mártir, santa Flora y santa María, vírgenes y mártires de Córdoba.	4.37
6.57	25 Vier. Santa Catalina, vírgen y mártir.	4.37
6.58	26 Sáb. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, obispo y mártir.	4.36
6.59	27 Dom. *1 de Adviento*. San Facundo y san Primitivo, hermanos mártires.	4.36
7.01	28 Lún. San Gregorio III, papa.	4.36
	◗ *Cuarto creciente*, á las 7 h. y 47 m. de la n., en *Piscis*.	
7.02	29 Márt. San Saturnino, obispo y mártir.	4.35
7.03	30 Miérc. San Andrés, apóstol.	4.35

DICIEMBRE.

7.04	1 Juév. Santa Natalia, viuda.	4.35
7.05	2 Vier. Santa Bibiana, vírgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obispo y doctor, y santa Elisa, vírgen y mártir.—*Ayuno*.	4.34
7.06	3 Sáb. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hilaria, mártires.—*Ayuno*.	4.34
7.07	4 Dom. *II de Adviento*. Santa Bárbara, vírgen y mártir, y el beato Francisco Galvez, mártir del Japon.	4.34
7.08	5 Lún. San Sábas, abad, y san Anastasio, mártir.	4.34
	◉ *Luna llena*, á las 4 h. y 59 m. de la t., en *Géminis*.	
7.09	6 Márt. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.	4.34
7.09	7 Miérc. San Ambrosio, obispo y doctor.	4.34
7.10	8 Juév. *Fiesta*. LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.	4.34
7.11	9 Vier. Santa Leocadia, vg. y mr., patrona de Toledo.—*Ayuno*.	4.34
7.12	10 Sáb. Nuestra Señora de Loreto, san Melquiades, papa y mártir, santa Eulalia de Mérida y santa Julia, vírgenes y mártires.—*Ayuno*.	4.34
7.13	11 Dom. *III de Adviento*. San Dámaso, papa.	4.34
7.14	12 Lún. Nuestra Señora de Guadalupe, de Méjico, san Hermógenes, san Lonato y 22 compañeros, mártires.	4.34
7.14	13 Márt. Santa Lucía, vírgen y mártir, y el beato Juan de Marmoutio, confesor.	4.34
	◐ *Cuarto menguante*, á las 7 h. y 50 m. de la n., en *Virgo*.	
7.15	14 Miérc. San Nicasio, obispo y mártir, san Espiridion y san Pompeyo, obispos.—*Témpora*.—*Ayuno*.	4.35
7.16	15 Juév. San Eusebio de Vercelli, obispo y mártir.	4.35
7.17	16 Vier. San Valentin y compañeros, mártires.—*Ayuno*.—*Témpora*.	4.35
7.17	17 Sáb. San Lázaro, obispo, y san Franco de Seña, confesor.—*Ayuno*.—*Témpora*.—*Ordenes*.	4.35
7.18	18 Dom. Nuestra Señora de la O.	4.36
7.19	19 Lún. San Nemesio, mártir.	4.36
7.19	20 Márt. Santo Domingo de Silos, abad.	4.37
7.20	21 Miérc. Santo Tomas, apóstol.—(INVIERNO.)	4.37
	◌ *Luna nueva*, á las 4 h. y 32 m. de la m., en *Sagitario*.	
7.20	22 Juév. San Demetrio y compañeros, mártires.	4.38
7.21	23 Vier. Santa Victoria, vírgen y mártir, y el beato Nicolás Factor, confesor.—*Ayuno*.	4.38
7.21	24 Sáb. San Gregorio, presbítero y mártir.—*Ayuno con abstinencia de carne*.	4.39
7.21	25 Dom. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires.	4.39
7.22	26 Lún. San Estéban, proto-mártir.	4.40
7.22	27 Márt. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41
	◗ *Cuarto creciente*, á las 8 h. y 27 m. de la n., en *Aries*.	
7.23	28 Miérc. Los santos Inocentes, mártires.	4.41
7.23	29 Juév. Santo Tomás Cantuariense, obispo y mártir.	4.42
7.23	30 Vier. La Traslacion del cuerpo de Santiago, apóstol, patron de España, y san Sabino, obispo, y compañeros, mrs.	4.43
7.23	31 Sáb. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4.44

ALMANAQUE MARÍTIMO.

PRÓLOGO.

Excmo. Sr. D. Abelardo de Cárlos.

Madrid, 10 *de Abril de* 1880.

Señor mio y de toda mi estimacion: Cuando la prensa alemana, tan diligente en el exámen del movimiento intelectual del mundo, aplaude sin reserva la excelente idea que ha concebido V. de vulgarizar en bosquejo la vida de los varones ilustres de España, sería ocioso que por mi parte juzgára el pensamiento; pero es indispensable que consigne que arriesga V. el éxito alcanzado encomendando á mi pobre pluma la prosecucion de una obra con tanto lucimiento comenzada por los Sres. D. Cayetano Rosell y D. Pedro de Madrazo, cuyos respectivos almanaques *literario* y *pictórico*, no sólo han recreado á los amantes de las buenas letras, sino que han de traspasar el límite breve de su período anual, para ser en todo tiempo releidos y consultados.

El almanaque *marítimo*, que V. quiere enlazar con los anteriores, reune á las dificultades de los otros la de la eleccion entre tan gran número como es el de los que han conseguido fijar sus nombres en la Historia, ya rasgando el tupido velo que ocultaba más de la mitad del planeta que habitamos, ya asentando los fundamentos de la ciencia que enseña á surcar el Océano, ó ya disputando á otras naciones el dominio de su superficie codiciada. Cualquiera de las ramas en que el método y la historia misma clasifican la profesion náutica, ofrece sobrado campo para elegir una docena de figuras ó sobresalientes con que conmemorar los meses del año. Más de una docena de descubridores forman en primera línea con los Pinzones, Solís, La Cosa y Ojeda; los conquistadores á seguida de Cortés y Pizarro son legion segunda para llenar volúmenes, y ménos estudiados, aunque merecedores de consideracion en la esfera científica, Medina, Cortés, Santa Cruz y la pléyade que con ellos dió á luz los regimientos de Cosmografía y de Navegacion, la fábrica de los instrumentos y la proyeccion y sistema de las Cartas de marear, ofrecen al biógrafo campo de investigacion satisfactorio al orgullo nacional. Si prescindiendo de clasificaciones, se desea designar especialidades várias, tambien se recuerdan de momento un Baltasar de Alcázar, poeta; Azara, naturalista; Navarrete, compilador; Gonzalez, higienista; Sañez Reguart, industrial; Vargas Ponce, historiador; Landa, mecánico; Ferrer, astrónomo, y tantos, tantos otros, que fatigan el deseo de no posponer ninguno.

En los esbozos adjuntos, el azar jugando con el propósito de complacer á V., ha vencido mi natural indecision: al primero han de achacar los lectores la ausencia de los nombres que prefieran, y á cargo de V. queda en todo caso satisfacerlos, diciendo por qué ha distinguido con este honroso cargo á su reconocido amigo y seguro servidor,

Cesáreo Fernandez Duro.

DON ANTONIO BARCELÓ,

TENIENTE GENERAL.

MURIÓ EN 30 DE ENERO DE 1797.

Los grandes en títulos, en jerarquía ó en posicion proceden indefectiblemente de un orígen pequeño, más ó ménos remoto; del orígen comun, en cuyo bajo nivel viven y se consumen los más, sirviendo de instrumento para la progresion de los ménos. Alzarse y subir más y más sobre ese nivel es aspiracion universal, que realizan la inteligencia ó el corazon de los privilegiados por la Naturaleza, enemiga de la igualdad en absoluto, aunque otra cosa digan ciertas escuelas filosóficas; pero el ascenso, dadas las mejores condiciones, es de todos modos lento y trabajoso, como en el órden físico sucede; pasan una tras otra las generaciones laborando en beneficio de las que las suceden, hasta alcanzar la meta, y tales son los obstáculos de los primeros pasos, que al genio únicamente está reservado saltarlos y tocar en una sola carrera la cima.

De aquí dimana en primer término la celebridad de don Antonio Barceló, ídolo popular, objeto de la inspiracion de los poetas sus contemporáneos, de la curiosidad de la córte, de la admiracion de cuantos podian apreciar el verdadero valor de sus empresas, y de la envidia de los émulos que siempre encuentra el mérito en su camino.

La partida de bautismo del hijo de un mareante de Palma de Mallorca reza que nació en 1.º de Octubre de 1717 Antonio Barceló, y sábese despues que, endurecido por la brisa y el sol en la playa, fueron su escuela los barcos de cabotaje, corriendo en ellos el aprendizaje de la práctica y haciéndose, en el sentido literal de la palabra, un buen marinero. Como esto era lo que principalmente se exigia en aquella época para patronear las embarcaciones de la navegacion costera mercantil, obtuvo nombramiento de tercer piloto, y con él y su crédito personal, consiguió el mando de un jabeque que servia de correo entre las islas Baleares y la costa de Cataluña.

Hallábase por entónces en gran pujanza la Regencia de Argel, persuadida, desde el fracaso de las expediciones del emperador Cárlos V, de que las naciones de Europa eran impotentes para contrarestar el corso de que sacaba sus ingresos: ponia á contribucion á todas aquellas que no querian exponerse á ver aniquilado su comercio marítimo, y sostenia perpétua alarma en las costas de España é Italia, correspondiendo á la guerra que sin tregua le hacia nuestra bandera desde tiempo inmemorial, como revancha de la dominacion que habian logrado los árabes en la Península.

La inmediacion de las Baleares al nido de los piratas obligaba á los habitantes de aquéllas á estar siempre sobre aviso y con las armas en la mano, estando doblemente preparados los buques, como los de comercio y pesca, para resistir la probable acometida de tan peligrosos vecinos. Dicho está con esto que el jabeque correo de Barceló llevaba artillería, y que el confiárselo cuando apénas contaba diez y ocho años acredita condiciones personales que los propietarios ó armadores debieron tener en cuenta.

Ocurrió, segun era de esperar, que en sus contínuas travesías tuviera encuentros con los corsarios, y como en todos sacára la mejor parte, empezó á sonar su nombre en los muelles, y á pronunciarse despues con estimacion por las autoridades militares, cuyos despachos conducia con toda seguridad y confianza el jóven patron. Creció la reputacion por el combate con dos galeotas que salieron á su encuentro y quedaron rendidas; accion tan meritoria, que hubo de ponerse en noticia del Gobierno, que la recompensó concediendo á Barceló graduacion de alférez de fragata en 6 de Noviembre de 1738.

Esto era sólo un principio en el camino que le preparaba la fortuna; uno y otro dia se sucedian las noticias y participaciones oficiales de refriegas, cazas, abordajes, que nunca detenian su camino ni embarazaban el cumplimiento de las comisiones que estaban á su cargo, y que, por el contrario, descubrian cada vez más una intrepidez, una sangre fria y una pericia poco comunes, bastantes para despertar la atencion de las autoridades de marina y para recabar sin otros antecedentes, sin más recomendacion, los grados de teniente de fragata y de teniente de navío, hasta la efectividad de este empleo en 30 de Junio de 1756, y el ingreso en el Cuerpo general de la Armada á consecuencia de otro abordaje notabilísimo, en que recibió dos heridas.

No es difícil concebir lo sobresaliente del mérito del marinero, cuando por él se subrogaban los preceptos reglamentarios de un cuerpo de escala para cuyo ingreso se exigia un largo curso de estudios seguido de no pocos años de práctica, y empezado por un expediente de pruebas de nobleza igual al que se sujetaban los pretendientes á los hábitos de las órdenes militares. Verdad es que las circunstancias vinieron en su ayuda. La experiencia habia demostrado que las fragatas, que eran los buques de crucero de nuestra

armada, ni en velocidad de marcha ó de movimientos giratorios, ni ciñendo el viento, ni aproximándose á bajos fondos, podian competir con los jabeques que empleaban para sus piraterías los argelinos, y que burlándose de aquéllas, atracaban de noche á las costas, saqueaban los pueblos y cautivaban las gentes. Aunque tardío el desengaño, prevaleció el axioma militar de oponer al enemigo elementos superiores en calidad, pero iguales en condiciones, y como nunca se hubieran empleado en la marina semejantes embarcaciones, cuyas velas enormes exigen manejo especial, se encargó la construccion de algunas en la isla de Mallorca, donde estaban en uso, y se buscó al propio tiempo persona hábil para dirigirlos, en lo que Barceló no tenia superior. Despues se construyeron jabeques en los arsenales, y hubo muchos oficiales tan diestros en maniobrarlos, que uno se ofreció, en caso de urgencia, á llevar despachos á Lima, y montando con toda felicidad el Cabo de Hornos, se vió en el mar Pacífico por primera y única vez esta especie de bajel levantisco.

Entre los oficiales de la Armada hubo susceptibilidades lastimadas con el ingreso de Barceló, y algunos lo miraron toda su vida con malos ojos, dejándose dominar por mezquinas pasiones, aunque la justicia obligára á todos á reconocer que los hechos justificaban el privilegio, no alcanzado por otros medios que el sobresaliente mérito personal. Activo, incansable, astuto, confiado en la gente del jabeque, ciegamente adicta á su palabra, estaba constantemente en la mar y espiaba las guaridas de los piratas, arrancándoles las presas que llevaban y batiéndolos á cada paso. Fué ascendido á capitan de fragata en 1769, pasando del mando de un buque al de una division compuesta de tres jabeques, en vista del buen éxito de sus operaciones, y no hay que decir que éstas se multiplicaron, acudiendo con los tres buques, juntos ó separados, á donde era preciso. En el primer caso apresó siete jabeques enemigos sobre las costas de Cataluña; en el segundo, es decir, navegando con sólo el que montaba, fué á su vez acometido por tres argelinos, que presumian llevarlo, como presente, al Dey, y que uno tras otro fueron rendidos al abordaje, quedando prisionero el famoso Selim, capitan de aquellos foragidos, no sin que Barceló recibiera á quema-ropa un tiro de fusil, que le atravesó la mejilla izquierda, dejándole para siempre marcado. De otros muchos combates, en que siempre fué victorioso, se señalaron: uno sobre el Cabo de Gata el año de 1766, en que apresó dos fragatas argelinas, y otro en el Peñon de la Gomera, con un jabeque de 24 cañones, tan empeñado y reñido, que no acabó sin costarle diez muertos y veinte y tres heridos.

Su sistema invariable era acudir al abordaje, diciendo á los marineros que era necesario economizar la pólvora del Rey. Saltaba de los primeros al bajel contrario, esgrimiendo el chafarote como maza que nada resistia, y comunicando su ardor á todos los que estaban á sus órdenes. Hubo en este último choque incidentes tan notables, que se hizo proverbial y fué muy celebrado en la córte. El Gobierno le otorgó ascenso á capitan de navío, y aumentó hasta seis el número de jabeques que formaban su division, con la que no tardó en apresar cuatro berberiscos que se habian reunido en la ensenada de Melilla.

Tan cambiadas andaban las cosas desde que se inició, bajo la direccion de Barceló, el servicio de jabeques, que gozaban de tranquilidad los pueblos del litoral, navegaban seguras sus embarciones, y las argelinas no se atrevian á alejarse de sus propios puertos. El nombre del capitan mallorquin, que les infundia temor, era bendecido por los nuestros desde el golfo de Rosas al Estrecho de Gibraltar, y gozaba de una popularidad y de una fama tanto más legítima, cuanto procedia de la gratitud de los cautivos rescatados y de los armadores y comerciantes que habian recobrado sus intereses perdidos. Mil seiscientos moros prisioneros, que trabajaban en el arsenal de Cartagena, y los cascos argelinos, que á remolque habian entrado en la dársena, eran ó trofeos bastantes para que el Gobierno compartiera el aplauso y la estimacion general conquistada por D. Antonio, que no por ello amenguaba la actividad de sus cruceros.

Se quiso acabar de una vez con el nido de piratas, cuya existencia avergonzaba á las naciones europeas, y se preparó en el mismo puerto de Cartagena, el año de 1775, una expedicion respetable. La escuadra, al mando del teniente general D. Pedro Castejon, se componia de seis navíos, diez y siete fragatas y urcas, diez jabeques, cuatro bombardas, diez embarcaciones menores y 361 trasportes para conducir 20.000 hombres de desembarco y 1.700 caballos, á las órdenes del general Conde de O'Reilly. Salió este armamento á la mar el 28 de Junio, llegando á Argel el 1.º de Julio siguiente, sin conseguir el objeto principal, que era sorprender á la plaza con la repentina aparicion, sin darle tiempo para prepararse á la defensa. Las circunstancias de la mar impidieron, por otro lado, el desembarco hasta el dia 6, en que saltó la division de vanguardia, compuesta de 8.000 hombres, entre el rio Arraz y la ciudad; en cambio, ninguna resistencia encontraron en la playa para este primer paso, de tanto interes en la empresa; pero de aquí precisamente se originó su mal resultado, pues el jefe que mandaba esta division, desobedeciendo la órden que habia recibido de esperar el desembarco del resto del ejército, viendo abandonado el camino de la plaza, creyó coronarse de gloria tomándola por sí solo, y avanzó inconsideradamente, llenando los deseos del enemigo, que para este objeto estaba preparado en emboscada. No bien llegadas las tropas al terreno quebrado, donde los berberiscos tenian líneas de trincheras, fueron acometidas de improviso por una multitud, que las desordenó y puso en retirada. La segunda division, que se formaba en la playa, fué arrollada por los fugitivos y mezclada en el pelotón del desórden que aquellos traian. El Conde de O'Reilly mandó hacer precipitadamente un atrincheramiento, donde las tropas frescas pudieran contener el avance de la caballería enemiga; pero nada bastó á contrarestar el pánico introducido en las filas; hubo que buscar con la órden de reembarco el único medio de prevenir un completo desastre, y verificándolo bajo el fuego de las baterías de campaña de los moros y de las repetidas cargas de su caballería, si no se repitió el tremendo fracaso del Emperador Cárlos V, fué por la intervencion de dos jefes de la marina, que aplicaron á la salvacion del ejército recursos supremos de inteligencia y de osadía. Mazarredo, que con los botes de la escuadra dirigió la arriesgada tarea de recoger á la desmoralizada tropa, y Barceló, que poniendo en línea sus jabeques lo más cerca que pudo de la playa, la barrió con la metralla y mantuvo dentro de un límite, que no se determinaron á pasar, á los perseguidores. Murieron de los nuestros 460 y se perdieron algunas piezas y pertrechos, pero se salvó el tren de artillería y se llevaron á bordo los heridos, que se aproximaban á 3.000, entre ellos 218 jefes y oficiales, lo cual indica la calma y serenidad con que la marina cumplió su deber. El honor de esta desdichada empresa recayó principalmente en Barceló, sin cuya eficaz defensa hubieran sido más graves las consecuencias; así se dijo en el poema que escribió en frances el Marqués de Campo-Franco, pintando el estrago que en los escuadrones argelinos hicieron los cañones de los jabeques, y así tambien debió estimarlo el Gobierno, toda vez que ascendió al empleo de brigadier al jefe de las fuerzas sutiles, tan beneficiosas en aquella azarosa ocasion.

Continuando con el cargo de la guarda de las costas, recibió en Agosto de 1779 la promocion á Jefe de escuadra y la órden para tomar el mando de todas las fuerzas navales destinadas al bloqueo de la plaza de Gibraltar, y al año siguiente, decidido el sitio, que por tierra se encomendaba al Duque de Crillon, vencedor de Menorca, acudieron por mar las escuadras de España y Francia. Muchos planes, invenciones y proyectos se presentaron al Conde de Floridablanca, entre ellos el de las *flotantes*, más famoso por su fracaso que por la novedad de su construccion, y al

examinarlos en el Consejo de guerra, tocando dar su opinion á Barceló, propuso con la mayor naturalidad bombardear la plaza unos dias, y tomarla despues *al abordaje*. No hay para qué referir las operaciones del sitio; basta aquí consignar que Barceló siguió mandando las fuerzas sutiles, y que inventó unas cañoneras con coraza de hierro, cuyo modelo se conserva en el Museo Naval, y en las cuales quedaban á cubierto la pieza, los remeros y el timonel. Manteniéndose siempre en primera línea durante el ataque, estuvo á la altura de su reputacion y recibió dos heridas.

En este tiempo se habian aprovechado los argelinos del campo que se les dejaba libre, volviendo á sus antiguas correrías, y su constante azote, D. Antonio, fué elegido para propinarles nuevo escarmiento, saliendo de Cartagena el 2 de Julio de 1783 con una escuadra de cuatro navíos, cuatro fragatas, doce jabeques, diez y seis brulotes y cincuenta lanchas cañoneras y bombarderas. La insistencia de los vientos contrarios y la gruesa mar, que molestaba mucho á las embarcaciones menores, le impidieron llegar con tan crecido convoy ante los muros de Argel hasta el 29, y empezar el ataque hasta el 1.° de Agosto. Protegidas por los navíos, situó en primera línea diez y ocho bombarderas, con las cañoneras en las alas y los jabeques en disposicion de batir la boca del puerto y de impedir la salida de las embarcaciones enemigas, si la intentaban. El General en su falúa, y en botes su Mayor general y Ayudantes, atendian á la ejecucion de las órdenes. Desde las dos de la tarde, que se rompió el fuego, hasta el anochecer, se enviaron á la plaza 380 bombas, sin que por nuestra parte hubiera más desgracias que dos muertos y dos heridos, con haber disparado la plaza 1.075 balas y 30 bombas. Al repetir el ataque el siguiente dia, salieron del muelle de Argel nueve galeotas y trece cañoneras, con propósito de embestir la línea de bombardas; mas los jabeques las obligaron á retirarse y continuaron los fuegos curvos, observándose su efecto por las llamas que en dos partes de la ciudad ascendian, una al E., cerca del muelle, y otra en el centro, extendiéndose esta última de manera que por la noche iluminaba el incendio toda la escuadra con resplandor parecido al de los rayos solares.

Tercero y último ataque se hizo el dia 3, empezándolo más temprano y activando el fuego de forma que se mantuvieran ocho ó nueve bombas en el aire. La plaza contestó con la misma viveza, pero con tan mala direccion, que no hubo en la escuadra más que dos heridos, al paso que el humo del incendio acusaba destrozos en el muelle, el arsenal y los edificios más señalados de la ciudad. Con esto regresó la escuadra á Cartagena, habiendo solicitado el Dey, por mediacion de Francia, una tregua de hostilidades, que á nada condujo más que á su propósito de ganar tiempo para reparar los descalabros.

Al volver al año siguiente D. Antonio, ascendido á teniente general, salió con mayor escuadra, por haberse puesto bajo sus órdenes algunas fragatas de la órden de Malta y de la Corona de Portugal, que querian cooperar al castigo de los piratas: éstos, no solamente habian reforzado las baterías de mar, sino que tenian dispuesta una escuadrilla de sesenta galeras y galeotas para impedir la situacion de las bombarderas, que tanto les habian molestado; hubo, por consiguiente, choque entre aquéllas y nuestras lanchas, desde el 12 de Julio, y habiendo echado á fondo de un balazo la falúa del General, se hubiera ahogado si no sacarle del agua prontamente el Mayor general D. José Lorenzo de Goicoechea, que se hallaba próximo. Con esta fuerza de los argelinos cesó la uniformidad que habian tenido los ataques de la jornada anterior, porque la situacion de las bombarderas costaba cada dia un combate obstinado, que al fin no evitaba la formacion de la línea. Esta vez fueron siete los dias de accion, arrojando sobre la plaza 4.379 bombas, 3.591 granadas, 12.120 balas sólidas y 491 saquillos de metralla, miéntras los argelinos dispararon 1.212 bombas y 15.344 balas. Cuatro de las lanchas enemigas se volaron, y también una de las nuestras, sin que se salvaran más que seis hombres de la tripulacion; pero fué bien pequeña pérdida si se considera la magnitud de la operacion.

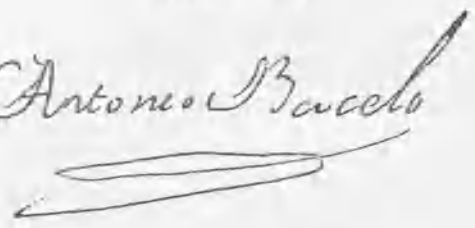
Premió el Rey este reciente servicio de Barceló con la cruz de Cárlos III y con ventajas de sueldo vitalicio, á más de la Comandancia general de las fuerzas navales del Mediterráneo; pero firmada la paz con Argel, la mision del que no tuvo otro objeto que perseguir á los corsarios quedaba concluida. Si bien siguió al frente del bloqueo de Gibraltar, repitiendo con frecuencia las demostraciones de su arrojo, huyendo de disgustos y competencias, solicitó autorizacion para retirarse á Mallorca, adonde murió, á los ochenta años de edad, el dia 30 de Enero de 1797, empleando estos últimos dias de su vida en ejercicios piadosos.

Fué D. Antonio tosco en el hablar, brusco en los modales, reservado en el trato, y como su figura nada tenia de simpática, particularmente despues de la cicatriz que le desfiguró la cara, y de la expresion suspicaz que adquirió por consecuencia de haber quedado sordo con el estruendo de los cañones, tenia pocos amigos entre los jefes de la Armada y contaba numerosos émulos. En cambio, era ídolo de los marineros, con los que se mostraba familiar y cariñoso, sin perjuicio de exigirles imposibles cuando llegaba la ocasion. En todo el litoral gozaba de un aprecio y de una popularidad que pocos alcanzan, y en el extranjero se hacia justicia al incontestable mérito de sus triunfos. Su instruccion literaria se limitaba á escribir su nombre bastante mal, como se advierte por el facsímile aquí puesto; pero su clarísimo despejo y la percepcion natural de que estaba dotado suplian á los cimientos que proporciona una educacion esmerada para las relaciones sociales. En el ejercicio de su carrera, una bravura sin paralelo, la vigilancia, la actividad, la reserva, el ojo marinero, la serenidad y la completa pericia en la maniobra hacian de él un tipo ejemplar, uniéndose á estas condiciones, como de ordinario sucede, un corazon bondadoso y noble.

Uno de los entusiastas que tuvo Barceló fué el rey don Cárlos III, que mostró decidido empeño en conocerlo personalmente y en que viniera, por consiguiente, á la córte. Al serle presentado por el Ministro de Marina, le saludó diciendo: «Barceló, ¿cómo están los berberiscos?—Temiendo, señor, el nombre de V. M.—No, replicó el Rey, sorprendido de respuesta tan discreta, el tuyo es el que temen y el que basta para hacerles huir.» Tuvo tambien admiradores entre los poetas, que cantaron su epopeya, y la musa popular, que halló censuras para los más de los generales de su tiempo, lo ensalzó sobre todos en coplas y cantares, que se repetian en toda España. Sirva de muestra esta décima, que condensa las condiciones del héroe mallorquin:

Barceló no es escritor,
Ni finge ser estudiario;
Ni traza de perdulario,
Ni lleva pompa exterior;
Persuade, y no es orador;
Su aseo no es presumido;
Va como debe ir vestido;
Fia poco en el hablar;
Más si hiere á pelear,
Siempre será lo que ha sido.

Facsímile de la firma.



DON JUAN JOSÉ NAVARRO

(MARQUÉS DE LA VICTORIA),

CAPITAN GENERAL.

COMBATE DE TOLON.— 22 DE FEBRERO DE 1744.

Acabada en España la guerra de sucesion, funesto legado que coronaba la época, más funesta, de Cárlos II; cuando llegó el tiempo de reparar tantos males, asegurado en el trono el rey D. Felipe *el Animoso*, para alimentar de nuevo la Marina nacional bajo un plan militar que nunca tuvo ántes, logró la dicha de encontrar hombres como Patiño y Ensenada, que de la nada sacaron arsenales, bajeles, fábricas, todo ese inmenso material que constituye la Armada; y para instruir oficiales capaces de dirigirlo, llevándolo por los mares del globo terrestre en prolongacion del territorio y manifestacion imponente de la bandera nacional, la buena estrella del Monarca le deparó otros hombres dotados de las raras condiciones necesarias para tan difícil empeño.

Uno de los más señalados fué D. Juan José Navarro, en quien se reunian, con las dotes de una privilegiada inteligencia, las más aventajadas condiciones personales, el conocimiento científico y el de las Bellas Artes, el dominio de la disciplina con los refinados modales de una educacion cortesana, el manejo de las armas al igual en destreza de la equitacion y la danza, la integracion de los números alternando con el ejercicio de las lenguas extrañas, y la nuestra gráfica de la Geografía con la exposicion de su compañera la Historia. En su escuela se formaron Jorge Juan, Ulloa, Mazarredo, con otras principales lumbreras de nuestra Marina: servicio bastante por sí solo para darle nombre, si otros no tuviera, que llenan 520 páginas del libro de la Vida que trazó la pluma elegante de Vargas Ponce.

Hallándose de guarnicion en Mesina D. Ignacio Navarro, capitan del Tercio Viejo del Mar de Nápoles, casado con una noble señora siciliana, nació D. Juan José, el 30 de Noviembre de 1687. A los once años, y sin perjuicio de los estudios matemáticos y de humanidades, tenía plaza de soldado aventajado en el mismo Tercio, cuyo servicio hubo de hacer efectivo por rompimiento de la guerra, así en Italia como en España. En 1708 pasó desde Cartagena al socorro de Orán; campaña desventurada para su familia, porque en el asalto que dió la morisma al castillo de San Andrés murió su hermano Ramon, jóven de veinte y tres años, y herido su padre, fué llevado al cautiverio de Argel, donde tambien sucumbió. Don Juan José, que ya se distinguia por sus conocimientos, tuvo empleo como ingeniero, y fué despues encargado, en el sitio de Alicante, de la mina que voló el castillo y ocasionó la rendicion de la plaza. No siendo estas campañas de principal interes para la vida del marino, bastará decir que en ellas asistió á cuatro batallas campales, cuarenta acciones de guerra, siete sitios de plaza, cayendo tres veces prisionero por suerte de las armas.

Tenía treinta años de edad y empleo de capitan cuando, reformados los Tercios Viejos de la Armada y fundada la compañía de Guardias Marinas, se le eligió para alférez de ella, encargándole la enseñanza de Matemáticas, sin perjuicio de la cual se dedicó á redactar los libros precisos de que se carecia, escribiendo uno de *Táctica naval*, que reformaba el frances del P. Hoste; otro, de *Teórica y práctica de la maniobra*, y un tercero, que tituló *El Capitan de navío instruido en las ciencias y obligaciones de su empleo*. Cuando los Reyes visitaron el naciente Departamento de Cádiz, y, como una de sus dependencias, la Academia de Guardias Marinas, prendados del recibimiento que les hizo el Alférez, entónces ya Capitan de fragata, le invitaron á la mesa real y á que por las noches dibujase en su presencia, luciendo una habilidad en que sobresalia entre los de su época. Doña Isabel Farnesio le hizo presente de unos *efumines* (difuminos), hechos de su mano é inventados por el rey don Felipe para sombrear con el negro del pábilo de la vela, y con otras distinciones demostraban el agrado de la amena conversacion de Navarro, en términos de despertar los celos del ministro Patiño, que en el ascenso á Capitan de navío, concedido por el mismo Rey, encontró motivo para alejarlo de la Córte, dándole el mando del *San Fernando*. Al despedirse le encargó D. Felipe que le enviára dibujos para adornar su gabinete, y aun existen (yo los he visto) en el palacio del Real Sitio de San Ildefonso, juzgando por ellos á su autor el Sr. Ceau como el mejor dibujante de España en su tiempo.

El implacable Ministro, que desconfiaba todavía de la correspondencia en que la Reina hizo varios encargos á Navarro, le dió comision para América, y al regreso le envió á la expedicion de Orán, compuesta de quinientos buques, en cuyo éxito le tocó buena parte, por haber dirigido el desembarco de las tropas. Asegurada la ocupacion de la plaza, quedó en el puerto de estacion con su navío, y hubiera seguido alejado siempre de las costas de la Península á no haber muerto Patiño, que en la debilidad de su ojeriza interceptó los diarios, las memorias y algunos trabajos técnicos

que recibió para presentarlos á S. M. Sustituido el Ministro, y creado el Almirantazgo en 1737, ascendió Navarro á Jefe de Escuadra, dedicándose con nuevo ardor á la redaccion de las obras con que iba enriqueciendo la literatura náutica: Maniobra, Ordenanzas, Geografía, fueron objeto de otros tratados suyos, y casi lo eran de generalidad sus diarios de navegacion, porque en ellos anotaba toda especie de observaciones y comentarios, y dibujaba ademas dia por dia las vistas de tierra, de embarcaciones, peces, pájaros, cuanto se ofrecia á la vista. Emprendió ademas la formacion de un Diccionario marítimo, interrumpida por la declaracion de guerra que se publicó en Lóndres el 23 de Octubre de 1739, y que fué motivo para que se pusiera á sus órdenes en Cádiz una escuadra de nueve navíos, con la que fué á Ferrol y Vigo, apresando en el viaje la fragata inglesa *Non Pareil*, y enriqueciendo su coleccion de vistas con muchas de las pintorescas costas de Galicia. En este crucero, habiendo ántes sido admitido en la Real Academia Española, ideó el sistema de señales, que consistia en numerar las banderas por pares y formar con ellas una tabla pitagórica, que producia muchas combinaciones; sistema que más adelante perfeccionó Mazarredo, y que por espacio de un siglo ha regido en la Marina. En otros sucesivos por el Mediterráneo consiguió hacer algunas presas, sin encuentro formal con el enemigo, hasta que, inclinándose los franceses á nuestra alianza, se unieron las escuadras de ambas naciones en el puerto de Tolon. La de D. Juan José se componia de doce navíos; uno de 114 cañones, *El Real Felipe*; otro de 80; otro de 70 y los demas de 60. La francesa, al mando de Mr. de Court, constaba de diez y seis navíos, tres fragatas, dos brulotes y un buque hospital, y fuera del puerto las bloqueaba una inglesa, muy superior en fuerza, dirigida por el almirante Mathews. Diez y ocho meses permanecieron los aliados en esta situacion pasiva, que terminó con una órden terminante del Rey para presentar la batalla. Mr. de Court, que tenia el mando en Jefe, sentó entónces un precedente que años adelante habia de seguir al pié de la letra en Trafalgar su compatriota Mr. de Villeneuve. Convocó á Consejo, pronunciando un elocuente discurso, en que manifestaba estar dispuesto á atacar á los ingleses al abordaje, y como el General español respondiera modestamente que los navíos de su escuadra cumplirian con su obligacion, á las dos de la tarde del 19 de Febrero de 1744 dió la vela la Armada, bordeando todo el dia siguiente con poco viento á vista de las islas Hieres, donde se hallaba la enemiga. El 22 avanzó ésta, contándose treinta y dos navíos, trece de ellos de tres puentes y de 80 cañones para arriba, y nueve entre fragatas y brulotes, teniendo la ventaja del barlovento. La española, segun lo convenido, debia ocupar y ocupaba la vanguardia, pero por señal del Almirante de Court se verificó virada á un tiempo, y quedó á retaguardia. Entónces la inglesa se dirigió á cortar la línea entre ambas aliadas, y continuando los franceses su camino, disparando por fórmula algun cañonazo, permitieron que todo el peso del enemigo cayera sobre los doce navíos españoles. Con esta libertad, el navío Capitana de Mathews, con otros cuatro, se colocaron á tiro de fusil del *Real Felipe*, y á cuatro, á tres y á dos, se repartieron los demas, rompiendo el fuego sobre las víctimas expiatorias de la alianza, que no por ello perdieron ánimo, ántes se defendieron como quien lo hace de la honra delante de testigos, siendo admirable el bizarro esfuerzo de la Capitana para contender con fuerzas tan desiguales, obligándolas á retirarse, aunque quedaba desmantelado, hecho una boya, sin movimiento alguno. Con igual heroismo se batieron los demas navíos desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, sin que ninguno de ellos cediera. A esta misma hora empezó el Almirante Mathews un segundo ataque, enviando sobre el Real dos navíos de refresco y un brulote, que debia abrasarlo, toda vez que, como está dicho, no podia maniobrar para evitarlo. Su recurso fué embarcar una falúa con gente escogida, que abordando al brulote, cambiaron su direccion; y, cuando ya estaba incendiado por la popa, á medio tiro de pistola, un cañonazo lo echó á pique, apagándose fácilmente los artificios de fuego que penetraron á bordo. A la defensa de su Jefe vinieron tambien, como era natural, todos los navíos que podian ejecutarlo, y convencido el enemigo de no alcanzar otro resultado con la noche, que se venia encima, á las seis y media de la tarde cesó el fuego é hizo señal de retirada, dejando dueños del campo á los navíos que quizá juzgó en su poder para aquella hora. En esto, los franceses, que se habian mantenido á barlovento á respetable distancia, viraron sobre nuestra escuadra, y comunicando Mr. de Court con Navarro, le manifestó su propósito de atacar al dia siguiente al enemigo. Díjole éste el deplorable estado en que se hallaba, no obstante el cual, á facilitarle auxilio para remediar durante la noche el aparejo, estaba pronto á otro combate, pero con la condicion de que habian de interpolarse los navíos españoles con los franceses. Durante la noche, faltos de vela como estaban los primeros, cayeron á sotavento. El *Hércules* amaneció muy cerca de los ingleses, y fué batido más de una hora por uno de tres puentes, no teniendo velas para esquivarlo: sin embargo, resistió valientemente, dando tiempo á que se le acercase la escuadra aliada, que ademas rescató al navío *Poder*, si bien en estado tal de inutilidad por los balazos, que hubo que incendiarlo. Pasaron el dia unidas ambas escuadras á vista de la enemiga, sin buscarla, y al siguiente, 24, desapareció la inglesa; con lo cual, arribando sobre la costa de España, tomaron puerto los navíos segun el viento fuerte se lo permitia, unos en Rosas, otros en Barcelona, algunos en Cartagena, adonde llegó D. Juan José Navarro el 9 de Marzo, habiendo apresado de camino una fragata enemiga.

El resultado inmediato de este glorioso combate fué, por parte de la escuadra española, 150 muertos, entre ellos tres de los doce comandantes de navío, y 167 heridos, contándose entre ellos el General, un comandante y diez y siete oficiales. El navío *Poder*, desarbolado y haciendo mucha agua, se rindió y fué represado é incendiado al dia siguiente.

La escuadra inglesa tuvo 300 bajas; murieron dos comandantes: el navío de tres puentes *Malborough*, que batió al *Real Felipe*, tuvo 53 muertos y 90 heridos, quedando tan destrozado, que á duras penas llegó á puerto, remolcado por una fragata. El navío *Princesa*, tambien de tres puentes, arrió dos veces su bandera y se salió de la línea; los demas sufrieron, aunque ménos, averías que obligaron á la escuadra á entrar en Mahon, abandonando su crucero y dejando libre el mar, con lo cual se pudieron enviar á Italia al infante D. Felipe las provisiones que tanto necesitaba.

En toda Europa se habló mucho tiempo de la batalla por los incidentes que la siguieron. Los franceses, singularmente su jefe Mr. de Court, procuraron sincerar su conducta enviando relaciones á los periódicos y escribiendo á las personas de suposicion cartas en que la verdad se vestia con tupidas ropas, lo cual obligó á D. Juan José Navarro á restablecer la exactitud de los hechos, presentando los diarios de navegacion de los navíos. El Gobierno inglés, por otra parte, sometió á consejo de guerra al almirante Mathews y sus jefes de escuadra ó division, por no haber rendido con la fuerza de que disponian tan pocos navíos: el fallo declaró al dicho almirante inhábil para cualquier otro mando, y á doce jefes despedidos del servicio. Como todos ellos publicaron sus defensas, por testimonio del enemigo, se hizo completa luz en el asunto, y autoridades de tanto peso é imparcialidad como Federico II de Prusia, el rey de Suecia y el historiador italiano Muratori encauzaron la opinion pública en honra mayor del general español, elevado con aplauso general á la categoría de teniente general, y distinguido con merced de título de Castilla con denominacion significativa de *Marqués de la Victoria*.

Rehabilitada su escuadra en Cartagena, con diez navíos y una fragata estuvo cruzando aquel año en hostilidad del enemigo y detencion de los convoyes, hasta que en el mes de Octubre se apareció el almirante inglés Rowley con vein-

te y un navíos y le bloqueó el puerto. Se ocupó entónces en estudiar el mejor modo de formar el arsenal que estaba en obra, redactando proyectos y trazando planos, que, aprobados por el Marqués de la Ensenada, dieron sér á aquel hermoso establecimiento de la Marina, para cuyo progreso se le invistió con el mando general del Departamento poco ántes de firmarse la paz de 1748, que consentia aplicar mayores consignaciones para los trabajos. En 1750, por muerte del Conde Bena de Maserano, pasó al Departamento de Cádiz, á cuyo mando era aneja la Direccion general de la Armada, tan propia para entretener beneficiosamente su ilustrada actividad. Parecia realmente que se rejuvenecia al poner en estudio los planes de repuestos y organizacion de material necesario en todos conceptos para una armada de 56 navíos, dividida en tres escuadras; estudio que puede servir de modelo y que resume el conocimiento de la marina de aquel tiempo por la claridad de los estados en que se especifica la composicion en número y clase de las tripulaciones, el armamento, pertrechos, víveres, etc., etc.; y como si esto fuera poco, acabó la obra monumental y sin precedente, que tituló *Diccionario demostrativo, con la configuracion y anatomía de toda la arquitectura naval moderna*, habiendo empleado treinta y siete años en pintar á la acuarela todas las piezas que componen un navío de guerra desde que se pone su quilla; las herramientas de todos los oficios que se emplean en la fábrica; la arboladura y jarcia con que se apareja; la artillería, armas y pertrechos con que se completa hasta el momento de dar la vela, pieza por pieza, desde el ancla, en herraje, hasta el estoperol ó tachuela diminuta; desde el cable, con dibujo de toda especie de nudos, costuras y operaciones de recorrida, hasta el peine y la bolsa de tabaco de uso del marinero; desde el chafarote á la casulla del capellan; advirtiendo que algunas de las láminas tienen dos metros de longitud por medio de anchura. Consérvase este trabajo portentoso en el Museo Naval, y se admira no ménos en él la gallarda letra y seguro pulso que tenía en edad tan avanzada, porque así éste como todos los otros libros suyos están escritos de propia mano con gallardía, y por lo general en la introduccion imita perfectamente el tipo de imprenta.

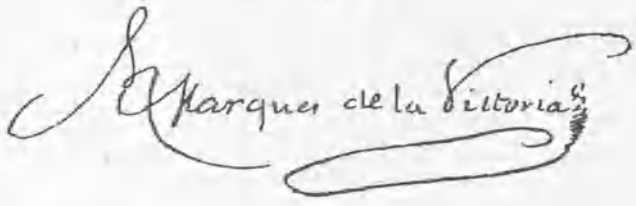
Muerto el rey D. Fernando VI, salió de Cádiz el 29 de Agosto de 1759 para organizar en Cartagena la escuadra de veinte y un navíos y seis jabeques que habia de traer de Nápoles á España á D. Cárlos III, hermano y sucesor del Monarca. Terminado felicísimamente el viaje en Barcelona, recibió D. Juan José como agasajo personal un baston con puño de oro, que tenía el mérito de haber sido cincelado y grabado por manos del nuevo rey, y para que le usára con el grado supremo de la milicia le nombró Capitan general de la Armada, con otras señaladas muestras del afecto que se habia granjeado.

La última campaña de mar que hizo fué en 1765, para conducir á Italia en la escuadra á la infanta María Luisa, que iba á ser emperatriz de romanos, y traer á la princesa del mismo nombre que fué reina de España: no creyó que su edad le dispensaba de estas comisiones, ni ménos de continuar la serie de trabajos de bufete, cuya larga relacion ocupa algunas páginas en la *Biblioteca Marítima* de don Martin Fernandez de Navarrete, aunque nunca dispuso de los fondos necesarios para la impresion, ni consiguió que se hiciera por cuenta del Estado. Unicamente vieron la luz pública el *Tratado de señales* y un opúsculo jocoso que, con título de *Carta que escribe el Padre Juan del Olvido, mínimo piloto y matemático, al Reverendísimo Padre Fray José Arias de Miravete*, enderezó á este autor, juzgando los trabajos en que se habia ingeniado en esta redondilla:

Padre, la Cosmografía
Que aborta su Reverencia,
Como la explica, es demencia;
Como la piensa, manía.

De lo único que se vanagloriaba era del invento de un aparato compuesto de dos odres y unos palos cruzados, que llamó *salva-nos*, y que perfeccionado con el tiempo, es la guindola ó salva-vida que usan todos los buques para el caso de caer un hombre al agua. A los ochenta y cuatro años de una vida fructuosa para la Armada, siendo escuela y ejemplo de la oficialidad, murió en la isla de Leon ó ciudad de San Fernando, el 5 de Febrero de 1772. No se encontró en su gaveta cantidad suficiente para costear el entierro, que por órden del Rey, y de su cuenta, se hizo con esplendidez. El Cuerpo de la Armada quiso dar testimonio de su afecto erigiéndole por suscricion un mausoleo, que hoy ocupa debido lugar en el Panteon de Marinos Ilustres,

Facsímile de la firma.



LIMA (PERÚ).—ALAMEDA DE LOS DESCALZOS.

DON JORGE JUAN,

JEFE DE ESCUADRA.

MEDICION DEL MERIDIANO. — MARZO DE 1744.

No habiendo conformidad entre los geógrafos acerca de la verdadera figura y magnitud de la tierra, decidió la Academia Real de Ciencias de Paris, á mediados del siglo pasado, poner fin á las discusiones, midiendo cierta extension de un meridiano en las inmediaciones del Ecuador y en el círculo polar, y comparando despues la correspondencia ó desigualdad de estas medidas entre sí, inferir la de las várias partes de la circunferencia generatriz del globo terrestre. Interesado el progreso de las ciencias y de la navegacion en este importante problema, lo patrocinó el rey Cristianísimo, y solicitó del de España, D. Felipe V, su licencia para que los académicos franceses fuesen admitidos en Quito, que era el primer punto elegido para la medicion. Convino en ello muy gustoso aquel monarca, que fué siempre decidido protector de los estudios, y quiso ademas que no dejasen de tener participacion en la empresa científica algunos de sus súbditos, que, por la ilustracion, estuvieran en aptitud de comparar á los trabajos de los franceses y de dar por sí mismos razon de lo practicado, sin necesidad de obtener la noticia por mano ajena. La eleccion del Gobierno, tan honrosa como delicada, recayó en dos guardias-marinas que por entónces habian concluido los estudios de la Academia y se hallaban practicando en los buques; eleccion que dice el distinguido concepto que merecian ambos jóvenes, y cuyo acierto justificó el éxito de la empresa.

Unidos por esta comision, y por otras muchas posteriores, las vicisitudes de la vida comun, que, por rara coincidencia, se extendieron hasta la muerte, hacen inseparables los nombres de D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa, que éstos fueron los designados para la mision gloriosa.

El primero, á quien este epítome se refiere, nació en la villa de Novelda, provincia de Valencia, el 5 de Enero de 1713, y quedó huérfano á los tres años, bajo la tutela de dos tios, que le procuraron esmerada educacion. Uno de éstos, que era Bailío de Caspe, lo tuvo en Zaragoza estudiando Humanidades, y lo envió, á los doce años de edad, á la isla de Malta para recibir el hábito en la Orden de San Juan y correr las caravanas del noviciado. En 1729 regresó á España, habiendo aprovechado el tiempo en los estudios preparatorios para la carrera que se proponia seguir, y al siguiente año ingresó en la Compañía de guardias-marinas de Cádiz, pasando de ella á navegar en el Mediterráneo y haciendo várias campañas á las órdenes de D. Blas de Lezo contra los moros, entre ellas la de Orán y las que la escuadra tuvo en Nápoles hasta sentarse en el trono el infante D. Cárlos, que algun dia habia de llamarse III de España.

Aquí, despues de haber sufrido las consecuencias de la epidemia que se desarrolló en la escuadra, se interrumpieron sus servicios de armas, por la eleccion anunciada, que lo llevó á la preparacion de instrumentos, libros y otras cosas que habian de componer el bagaje científico necesario, trasportado á Cartagena de Indias el año de 1735, de acuerdo con la Comision francesa, que llegó al mismo puerto en Noviembre.

Porque no pareciera extraña la alternativa de dos jóvenes que ocupaban puesto en la última escala de la oficialidad de la Armada española, con los académicos MM. Godin, Bouguer y La Condamine, de reputacion europea; para que á los ojos de estos mismos se presentáran con un carácter de dignidad bastante á conciliar el respeto y estimacion con el buen nombre del Gobierno que los habia nombrado, se concedió de golpe á los dos guardias-marinas la graduacion de tenientes de navío, muy inferior todavía á la representacion que se les daba. Unidas las Comisiones en Cartagena, marcharon por la via de Panamá hasta Guayaquil, cuyo rio remontaron en balsas hasta el pueblo de Caracol, continuando por tierra la ascension por la falda del Chimborazo hasta la ciudad de Quito, que por de pronto distrajo las fatigas de tan penoso trayecto con la visita de los monumentos que acreditan la civilizacion de los Incas.

En el mes de Junio de 1736 dieron principio á los trabajos por la medicion, con escrupulosa exactitud, de una extension elegida para que sirviera de base; tarea en que emplearon más de tres meses. A ésta siguió la de levantar la Carta geográfica de la comarca, y elegidos los vértices para la triangulacion, se dividió la Comision en dos secciones: la una, compuesta de D. Jorge Juan y de Mr. Godin, para operar en el cerro de Pambamarca; y la otra, de MM. Bouguer, La Condamine y D. Antonio Ulloa, para situarse en el de Pichincha. Ambas sufrieron mucho de los frios y las nieves, porque, aunque se hallen aquellos lugares bajo la equinoccial, la considerable elevacion del sistema andino los coloca en un clima extremo, que hubieron de resistir por dos años, alojados en tiendas de campaña y careciendo

de toda clase de comodidades. Concluida la serie de observaciones por la parte del Sur, y medida para comprobacion una segunda base, se reunieron las secciones en Quito por Agosto de 1740 para rectificar los instrumentos y emprender las observaciones astronómicas, contrariadas por el estado cubierto de la atmósfera. Se disponian á emprender, al lado Norte del Ecuador, la segunda y última parte de la campaña, cuando una órden urgentísima del Virey del Perú alcanzó á los comisionados españoles el 24 de Setiembre, previniéndoles que se trasladasen á Lima sin pérdida de momento.

El motivo de esta llamada, que representaba un viaje de 160 leguas por términos en mucha parte despoblados, era la noticia de la declaracion de guerra, con la presuncion de que el Gobierno inglés intentára alguna empresa en el Pacífico. A todo evento queria el Virey poner en estado de defensa las costas, y esta comision dió á los marinos hasta el mes de Agosto de 1741, que corresponde al corazon del invierno en el hemisferio austral, y en que no era de esperar que intentáran los ingleses montar el cabo de Hornos. Volvieron entónces á Quito, montaron los instrumentos, uno de los cuales tuvo necesidad de reparacion; se dispusieron para volver al campo, perdiendo lastimosamente el tiempo. Supieron el 5 de Diciembre que un navío inglés habia saqueado é incendiado el pueblo de Paita, y que se reclamaba su presencia en Guayaquil para encomendarles la defensa. Pasado el peligro, y estando otra vez en Quito, nueva prevencion del Virey los llevó á la capital, cruzando por sexta vez el larguísimo camino sin detenerse más que lo indispensable. En Lima fueron investidos respectivamente con el mando de las fragatas *Belem* y *Rosa* para guardar las costas de Chile hasta el estrecho de Magallánes ó isla de Juan Fernandez, en tanto que una escuadra de cuatro navíos pasaba á Panamá y costas de Nueva-España. Otra iba de la Península en seguimiento del Comodoro inglés Anson, y el general D. José Pizarro, que la mandaba, entró en el Pacífico, haciendo innecesario el abandono por más tiempo de las operaciones geodésicas, su principal cometido. Dejaron las fragatas, reuniéndose en Quito otra vez el 27 de Enero de 1744, fecha en que ya se habian retirado los académicos franceses, á excepcion de Mr. Godin, que daba la última mano á los trabajos de la Comision, faltándole enlazar los triángulos desde Pambamarca al observatorio del pueblo viejo de Mina, donde estaba montado el anteojo de paso. Juntos concluyeron estas operaciones, rectificaron otras ó hicieron las observaciones astronómicas complementales, regresando á Quito con la satisfaccion de haber dado cima á la empresa.

Algunos individuos de la Comision científico-española que fué al Pacífico el año de 1864 visitaron con emocion el sitio en que se habia medido la base; el cerro de Pichincha, donde se conserva la cruz de madera que D. Jorge Juan estableció por señal, y el pórtico del convento de Quito, donde, con inscripcion conmemoratoria, está la lápida que manifiesta la extension de la diezmillonésima parte del arco de meridiano; extension que, con el nombre de *metro*, ha venido á ser unidad lineal universal.

Dispuesto el viaje de vuelta á España, decidieron hacerlo separados y en barcos neutrales franceses, á fin de no exponer los papeles en que se condensaba el resultado de sus trabajos, y para que, á sufrir cualquier accidente uno de ellos, pudiera el otro dar cuenta al Gobierno de todo lo ejecutado. Facilitaba esto prudente acuerdo la presencia en el Callao de las fragatas francesas *Deliberanza* y *Lis*, que se disponian á montar el cabo de Hornos, y juntas salieron á la mar el 22 de Octubre de 1744, separándose el 4 de Febrero siguiente, porque la *Lis*, que era en la que iba don Jorge Juan, empezó á hacer agua y tuvo que arribar á la costa de Chile.

En el trascurso de esta navegacion se habia declarado la guerra entre las Coronas de Francia é Inglaterra, y la fragata *Deliberanza*, ignorándolo, cayó en poder de un corsario, que despojó á D. Antonio Ulloa de todos sus papeles, con excepcion de los de carácter reservado, que con tiempo arrojó al agua. Los demas le fueron devueltos por el Gobierno inglés tan pronto como llegó prisionero á Lóndres, dándole al mismo tiempo otros testimonios de alta consideracion. Don Jorge, aunque con viaje penosísimo, y habiendo sido tambien perseguida la fragata por los enemigos, llegó sin accidente á Brest el 31 de Octubre de 1745, y de allí á París, para comunicar á la Academia Real de Ciencias ciertas observaciones particulares suyas acerca de la aberracion de la luz.

Cuando los dos expedicionarios se vieron juntos en Madrid en 1746, habian trascurrido once años desde su salida, en cuyo intervalo habian entendido en la fortificacion de plazas y costas, en la organizacion de milicias de infantería y caballería, en la construccion y mando de dos fragatas, y en la mision reservadísima de informar al Gobierno del estado político de aquellos lejanos países, administracion de justicia, costumbres de los habitantes y tratamiento de los indios, sin perjuicio de la empresa científica, que fué una de las más delicadas é importantes que han ocupado la atencion de los sabios de todas las edades del mundo. Satisfecho el Rey de los resultados del viaje, concedió el ascenso á capitanes de fragata á los dos, mandándoles escribir relacion de cuanto habian visto y ejecutado. Esta obra, cuyo trabajo se dividieron, fué presentada al Rey por el Ministro Ensenada, y aquél ordenó que se imprimiera á su costa y con magnificencia, grabando los dibujos, planos y vistas que la acompañaban, el mapa topográfico de la meridiana medida y la Carta del Pacífico del Sur, desde Acapulco hasta el Cabo de Hornos, que corregia los graves errores de que adolecian, lo mismo las españolas que todas las demas anteriores. Salieron á luz las dos partes de que consta la obra en 1748, recibiéndose en el extranjero con aplauso, que enviaron muy expresivo los Cuerpos literarios y científicos de Europa, y el Rey concedió á los autores el merecido galardon de ascenso á capitanes de navío.

Don Jorge Juan fué entónces enviado á Inglaterra para estudiar sobre el terreno los elementos que daban preponderancia á su marina, muy especialmente los principios científicos de la construccion naval, organizacion de arsenales, establecimientos de fábricas de pertrechos navales, instrumentos náuticos y cuanto pudiera ser aplicable con utilidad para nuestro servicio. Su penetracion fué tan léjos en ello, que á la vuelta, despues de contratar constructores, maestros y fabricantes que reformáran el aprendizaje de la Maestranza, ideó un plan general de arquitectura naval, que modificaba por completo el del general Gastañeta, seguido hasta entónces en España, y corregia los defectos observados en las reglas inglesas; plan que, por modestia propia é injusticia de los demas, no se conoce con su nombre. Los fundamentos están en el *Exámen marítimo* que dió á luz, obra clásica, traducida á todas las lenguas, que todavía hoy sirve de consulta.

Siguió á estas tareas la de direccion de los proyectos, planos y obras de los arsenales de Cartagena y Ferrol, con resolucion de dificilísimos problemas de Hidrodinámica en la formacion de los diques, las gradas y otras obras hidráulicas de gran novedad en la época. Pasaron de veinte y cuatro los viajes que hizo, con este motivo, de uno á otro extremo de la Península, y como si fuera poco, cargaron sobre sus hombros tantas comisiones, tantos estudios, tantos informes, que no se concibe cómo encontraba tiempo material para atender á todos, siendo muchos completamente ajenos á su instituto, como el beneficio de las minas de Almaden, la liga y afinacion de monedas, y la direccion de canales y riegos.

En 1751 fué nombrado capitan de guardias marinas, para cuya instruccion era ciertamente el más á propósito; entónces fundó el Observatorio astronómico de Cádiz, con instrumentos de lo más perfecto; redactó su *Compendio de navegacion*, y como solaz estableció en su casa una academia, á

que dió el nombre de *Asamblea amistosa literaria*, acudiendo á ella lo más granado de los jefes de la Armada para discutir temas y cuestiones de Matemáticas, Física, Geografía, Higiene, Historia y antigüedades. Esta asamblea sirvió de aliciente y de ensayo para la Academia de Ciencias que se trataba de formar en Madrid, redactando el mismo D. Jorge los estatutos.

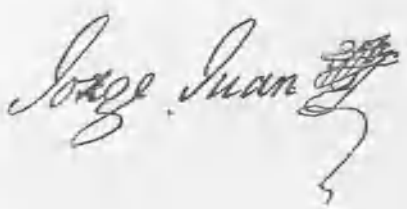
Cambiando el teatro de accion, pasó en 1767 por embajador extraordinario de España á Marruecos, con mision que desempeñó satisfactoriamente, recogiendo de paso noticias y observaciones locales, así respecto á lo que convenia á las pesquerías del cabo Nun hácia el Sur, como referentes á Geografía y costumbres. Se consideraba sin duda inagotable el rico venero de aquella inteligencia, á juzgar por los encargos que recibia desde el momento en que volvió á Madrid. Todos los Ministerios y el Consejo Supremo de Castilla le mandaban á consulta las cuestiones arduas; labor ímproba, que no resiste la constitucion humana. Rara vez dejan de pagarse caros los excesos de la excitacion mental, más que otros contrarios al equilibrio de las funciones generales; los cólicos biliosos dieron primer aviso á D. Jorge, y no atendido, pusieron en grave peligro su vida. Con un régimen opuesto, de mucho ejercicio corporal, luz, calor y aire puro en el campo, salió de la crisis, que dejó, sin embargo, minada su existencia. Acaso por esto fueron los gobernantes más considerados en darle ocupacion, y le buscaron la de dirigir el Real Seminario de Nobles, centro de enseñanza fundado por la régia munificencia de Felipe V, y que dió en su reinado excelentes frutos, formando la juventud de la nobleza española, pero que habia sido despues descuidado, descendiendo su crédito de modo que no tenia más de trece alumnos. El concepto de D. Jorge pudo conocerse, más que por el juicio de los críticos ó examinadores de sus obras, por esta designacion para un puesto en que se fijaba la vista de los padres. Luégo se multiplicó el ingreso de seminaristas y se poblaron las aulas, volviendo el crédito del establecimiento á subir más que nunca en el período de tres años en que rigió su plan de estudios. Un accidente apoplético, rápido como el rayo, cortó la vida que habia sido consagrada á la especulacion de las ideas, el 21 de Julio de 1773.

Don Jorge Juan, que á la sazon contaba sesenta años, ocupaba empleo de Jefe de escuadra de la Real Armada; era Comendador de Aliaga en la Orden de San Juan; del Consejo de S. M. en la Junta de Comercio y Moneda; Consiliario de la Academia de Nobles Artes de San Fernando; de la Real Sociedad de Lóndres; de las Academias de Ciencias de París y Berlin, y de várias otras corporaciones literarias del extranjero, donde, más que por su nombre, se le conocia con el apelativo de *el sabio español*. Su muerte causó duelo nacional y dió motivo á una manifestacion pública, que pocas veces ha tenido igual, pues asistió á su despedida la grandeza que le habia confiado sus hijos, los altos dignatarios de la córte y del Estado, los diplomáticos, los académicos, cuantos tenian posicion por las armas, las ciencias ó las letras, como si todos á porfía quisieran ofrecer testimonio de que el ilustre marino no tuvo en el trascurso de su carrera rivales ni enemigos.

Un rasgo que omiten los biógrafos, porque no llegó á tener publicidad, pinta al natural las condiciones morales de nuestro sabio. Cuando el famoso Marqués de la Ensenada cayó de la privanza, y desposeido de honores y riquezas fué desterrado á Granada, el Gobernador de esta ciudad tenia estrecha órden de vigilar sus acciones, abrir la correspondencia y dar cuenta semanal de las personas que le visitaban. Era delito la conversacion con el ex-Ministro universal de Felipe V, ó cuando ménos se exponian á participar de su desgracia los que atravesaban los umbrales de la casa fatalmente señalada; ensañamiento que aisló completamente al que habia sido ídolo de la córte, por volverle la espalda todos aquellos que se arriman al sol que más calienta. Tan distante de esta esfera vulgar estaba D. Jorge, que en el decreto de estrañamiento encontró el deber de mostrar al Ministro que le habia distinguido en el poder el reconocimiento de su alma, y emprendiendo expresamente el viaje desde Cartagena, estuvo un dia en Granada, se sentó en la mesa del Marqués y le ofreció todas sus economías, arrostrando las consecuencias de un paso que, á decir verdad, no pudo motejarse por los más obstinados enemigos del caído. Don Antonio Ulloa, cuyos puntos de analogía he señalado, hizo lo mismo, sin prévio acuerdo ni siquiera conocimiento de la arriesgada determinacion de su compañero, y otros varios jefes y oficiales siguieron el ejemplo, ofreciendo cuanto tenian al regenerador de la marina, como evidencia de que no habia criado ingratos: de todo ello dieron cuenta al ministro Vall los presidentes de la Chancillería de Granada, Marqués de Gama y Arredondo, apareciendo como primer ejemplar é iniciador el capitan de navío D. Jorge Juan. Ninguno, ciertamente, habia sido objeto de mayores consideraciones por parte del Marqués de la Ensenada; él decidió la publicacion de las *Relaciones del viaje al Perú*, de las *Noticias secretas de América*, de la *Disertacion histórico-geográfica sobre el meridiano de demarcacion entre los dominios de España y Portugal*, y de otras obras; él le envió á Inglaterra, encomendándole despues la fábrica de los arsenales de Cartagena y de Ferrol; él, por fin, estimulaba la gran empresa de la carta geográfica de España, en cuyo proyecto se ocuparon los dos hasta el momento de la caida, habiendo encargado ya los principales instrumentos para acometerla, y redactado D. Jorge su *Método de levantar y dirigir el mapa ó plano general de España*.

Un discípulo y grande admirador de éste, Bails, puso por introduccion de sus trabajos matemáticos un elogio en que trazó el retrato de este modo: «Don Jorge Juan era de estatura y corpulencia medianas, de semblante agradable y apacible, aseado sin afectacion en su persona y casa, parco en el comer, y por decirlo en ménos palabras, sus costumbres fueron las de un filósofo cristiano. Cuando se le hacia una pregunta facultativa, parecia en su ademan que él era quien buscaba la instruccion. Si se le pedia informe sobre algun asunto, primero se enteraba, despues meditaba, y últimamente respondia. De la madurez con que daba su parecer provenia su constancia en sostenerlo. No apreciaba á los hombres por la provincia de donde eran naturales; era el valedor, cuasi el agente de todo hombre útil.»

Facsímile de la firma.



DON BLAS DE LEZO,

TENIENTE GENERAL.

SITIO DE CARTAGENA DE INDIAS. — ABRIL DE 1741.

Reducidas casi á la nulidad nuestras fuerzas navales en el desastroso reinado de Cárlos II, era poco el auxilio de las de Francia para luchar con Inglaterra y Holanda, las dos potencias marítimas más fuertes del mundo á la sazon, y sostener los derechos que el testamento de aquel monarca daba al nieto de Luis XIV. Muy luégo se sintieron los golpes de los aliados en la bahía de Cádiz, en el puerto de Vigo y en la plaza de Gibraltar, capturada en nombre del archiduque Cárlos.

Para el intento de recobrarla se ordenó un armamento extraordinario en el arsenal de Tolon, aumentándolo el Conde de Fuencalada y el Duque de Tursis, jefes de las reliquias de la marina española, para formar la escuadra que se puso á las órdenes del Conde de Tolosa, hijo natural del Rey de Francia. El 24 de Agosto de 1704, navegando hácia el Estrecho, avistó sobre las aguas de Málaga á la anglo-holandesa, empeñándose el combate con obstinacion. Perdieron los últimos dos navíos y mil cuatrocientos hombres, siendo mil y quinientas las bajas de españoles y franceses, y ámbas partes se atribuyeron la victoria.

En este combate inauguró su carrera el guardia marina D. Blas de Lezo, que habiendo nacido en Pasajes el año de 1687, terminó por entónces los estudios y obtuvo plaza en la capitana que arbolaba la insignia del mismo Conde de Tolosa.

Bautizo de sangre suelen llamar los militares á la ocasion primera en que contribuyen á verterla, y fué bautizo de los más solemnes el del guardia marina, que una bala de cañon le llevó la pierna izquierda, viéndola separarse de su cuerpo con una serenidad tan poco comun en su edad y circunstancias, que mereció elogios del Almirante, consignados en carta que dirigió al paciente, acompañando testimonio de su valeroso comportamiento. De él dió cuenta especial tambien al Rey, que atendió la recomendacion y promovió á Lezo al empleo de alférez de navío.

Con ménos aficion á la mar que la de Lezo, heredero del espíritu de aquellos vascos, sus paisanos, que hicieron del Océano patrimonio, hubiera sido el contratiempo motivo honroso para tomar puesto entre los inválidos y para solicitar de la córte empleo más tranquilo y aprovechado que el de los bajeles; pero el novel alférez debió pensar que la falta de una pierna no fué óbice para que el almirante holandés Cornelisz Jolls, por ella denominado *Pié de palo*, acometiera empresas que la fama pregona. Ello es que acudió al mismo recurso y continuó en el servicio activo, concurriendo á otras acciones de guerra en las costas de España, Francia é Italia, como el ataque é incendio del navío inglés *Resolucion*, de setenta cañones, y el apresamiento de otros dos, con uno de los cuales entró en el puerto de su naturaleza. Por ellos y por la distinguida parte que alcanzó en el socorro de las plazas de Peñíscola y de Palermo ascendió á teniente de navío, y fué destinado á Tolon, donde se mantuvo hasta que el Duque de Saboya invadió el puerto y sitió el castillo de Santa Catalina, en cuya defensa fué nuevamente herido, perdiendo el ojo del mismo lado que la pierna.

La bizarría, tan costosamente acreditada, le valió el mando y direccion de varios convoyes con municiones y pertrechos que desde Francia se enviaban á Felipe V, acampado sobre Barcelona miéntras la bloqueaban estrechamente los ingleses. Las más de las veces logró introducirlos por sorpresa ó maña; en otras llamó sobre su buque la atencion y el fuego de los cruceros para librar paso á los del cargamento, y en una se vió obligado á incendiar una parte de los bajeles para salvar los demas, abriéndose camino en medio de las llamas y de la sangre, porque no sin prodigarla logró verse en el lugar deseado.

Hay que decir que con tanta rapidez como los córtes iban los ascensos: á los seis años de servicio y veinte y siete de edad, en 1710, era capitan de fragata y mandaba una de las de la Armada Real, con tanta justificacion, que en poco tiempo hizo once presas, la menor de veinte cañones, y entre ellas el navío inglés *Stanhoppe*, en cuyo combate desigual recibió várias heridas. Capitan de navío en 1712, sostuvo repetidos combates en el segundo sitio de Barcelona, á costa de un brazo que se añadió á las segregaciones de su persona, que quedó de aspecto más propio para seguir al frente de escenas de horror que para adornar el séquito de la reina doña Isabel de Farnesio, que por entónces vino á España desde Génova en la escuadra que mandaba D. Andrés de Pes, y de la que Lezo formaba parte.

Con la misma, y un ejército de desembarco de diez mil hombres, se emprendieron despues las operaciones que dieron por resultado la feliz recuperacion de Mallorca. El navío *Lanfranco*, de Lezo, pasó entónces á convoyar las flo-

tas de galeones en su viaje á Nueva-España, y de allí, con otros dos navíos y una fragata, dirigidos por el general don Bartolomé de Urdiasu, dando vuelta al continente colombiano, montó el Cabo de Hornos y penetró en el Pacífico, teatro de las depredaciones de corsarios y contrabandistas, que tenian aterrados á los vecinos de las costas.

Siete años de continua navegacion, de privaciones y de combates produjeron en la escuadra numerosas bajas, en cuyo número se contaron los dos jefes: en la salud de Lezo no habia novedad; parecia su cuerpo de naturaleza distinta á los demas, tan fuerte contra las variaciones rigorosas del clima y la escasez de alimentos y comodidades, como lo habia sido y seguia siendo contra el hierro y el fuego. El 16 de Febrero de 1723 recayó en él la sucesion del mando de la escuadra y el generalato del mar del Sur, y desde el momento se multiplicaron los cruceros, escarmentando la insolencia de ingleses y holandeses en frecuentes combates, apresando un navío de los primeros en obstinado encuentro, que duró ocho horas, y en que el enemigo contaba con fuerzas superiores, y acabando al fin por extinguir la piratería y los desórdenes en aquel mar.

Cumplida esta mision, volvió á Europa el año de 1730, y hallándose la córte en Sevilla, se presentó al Rey, teniendo la satisfaccion de oir la completa aprobacion de sus actos y de recibir, en premio de sus servicios y como prueba del aprecio que merecia á S. M., el ascenso á jefe de escuadra, con la circunstancia especial de contársele la antigüedad de tal desde el dia en que tomó posesion del mando del mar del Sur, ó sea de siete años ántes, y con la perspectiva de descansar algunos meses sobre la madre tierra, por primera vez desde que comenzaron sus servicios.

En 1731 estaba de nuevo en la mar mandando la escuadra del Mediterráneo, encargada de apoyar la posesion que el infante D. Cárlos debia tomar de los Estados de Italia. Concluida esta comision, recibió otra harto más delicada: la de exigir de la República de Génova satisfaccion por algunos procedimientos de que nuestra córte estaba resentida. Sin perder tiempo, entró con seis navíos en aquel puerto, y por primera indicacion exigió que la República hiciese á la bandera de España un saludo extraordinario y que se enviáran á bordo de su escuadra dos millones de pesos duros que estaban depositados en el Banco de San Cárlos. Sorprendido el Senado con semejantes demandas, trató de ganar tiempo indicando que de todo se trataria por los acostumbrados procedimientos de notas; pero D. Blas, con diplomacia alquitranada, replicó verbalmente mostrando su reloj y asegurando que si trascurridas ciertas horas no empezaba el saludo y recibia los dichos millones, romperia el fuego contra la ciudad. A los pocos dias, con general asombro, daba cuenta de estar cumplidas las órdenes que habia recibido, y desembarcaba en Alicante el dinero, que en parte se destinó á la reconquista de Orán.

Tambien á esta empresa, más trabajosa por los embarcos y desembarcos de tropa, pertrechos, municiones y víveres, por los convoyes y operaciones diversas, que por resistencia de los moros, concurrió Lezo; pero una vez concluida, alarmadas las potencias berberiscas con la toma de la plaza, se unieron para recobrarla, intentando un ataque simultáneo por mar y por tierra, que empezó en Noviembre de 1732, y el mismo Lezo acudió con siete navíos, ahuyentó á los argelinos é introdujo socorro de caudales y efectos. Con esto hubiera podido regresar al puerto de Cádiz, de donde habia salido, y acaso lo hubiera hecho cualquier otro más escrupuloso en el estricto cumplimiento de los preceptos escritos. Don Blas supo por confidencia reservada los proyectos de los enemigos y el paraje donde se hallaba la escuadra de Argel, cuya capitana era un navío de sesenta cañones; concibió á su vez el de destruirla, y encontrándola, segun el aviso, empezó á batirla sin pérdida de minuto; que es la diligencia en la mar condicion de las que más favorecen el éxito. Los berberiscos huyeron á toda vela, y tomaron la ensenada de Mostagan, defendida por dos castillos que cruzaban los fuegos de la entrada, y por cuatro mil moros en ellos reunidos. Don Blas entró sin hacer reparo en lo temerario de su empeño, y bajo el fuego vivísimo que de todas partes caia sobre su navío, rindió y quemó el argelino, batiendo á continuacion y acallando las baterías, con gran pérdida de moros y turcos.

Puesto sobre Túnez al acecho de los refuerzos que Argel habia solicitado de Constantinopla, mantuvo un crucero infructuoso de cerca de dos meses, en cuyo tiempo, por avería de los víveres y falta de refrescos, se desarrolló en la escuadra una epidemia, de que adoleció el mismo General, causa que le obligó á dar la vuelta á Cádiz, si bien con la conciencia de haber excedido el cumplimiento del deber, como, en efecto, se le expresó en nombre del Rey, certificando la satisfaccion de sus servicios con el ascenso á teniente general de la Armada, que se firmó en 6 de Junio de 1734, y el nombramiento de comandante general del departamento de Cádiz, para convalecencia de la grave enfermedad que padeció con la epidemia.

A principios de 1737 atravesó el Océano, encargado de la escolta de los galeones de Indias, de paso para ocupar el cargo de comandante del apostadero de Cartagena, que por su importancia en las relaciones de comercio con la Península, no ménos que por su situacion, exigia estar en manos que supieran dar buena cuenta de su custodia en el caso probable de reanudarse las hostilidades con la Gran Bretaña.

Esta presuncion fué realidad en Noviembre de 1739, y las escuadras inglesas atacaron con preferencia las posesiones hispano-americanas, fijando principalmente su atencion, como se suponia, en las plazas de la Habana y de Cartagena de Indias, aunque simularon con operaciones en otros puntos encubrir su verdadera intencion. Por entónces enfermó y murió el Gobernador de Cartagena, recayendo el mando de la plaza, juntamente con el de la escuadra, en D. Blas de Lezo. Pudo entónces imponerse del estado de imprevisor abandono en que se hallaban las fortificaciones y su armamento de artillería, escasa y mala, con pocas municiones y una existencia de pólvora que no pasaba de 3.300 libras. Poniendo en juego la febril actividad de su carácter, en pocos dias suplió con los recursos de los navíos á lo que faltaba; éstos fueron situados para defender la *Boca-chica*, ó entrada del puerto, en ayuda de los castillos, cuya guarnicion reforzó, poniendo exteriormente una cadena que previniera el acceso de brulotes.

Oportunamente acabados estos preparativos, se presentaron el 13 de Marzo de 1740 ocho navíos ingleses, que custodiaban dos bombardas y un paquebot; sondaron y reconocieron las inmediaciones de la plaza, y desde el sitio que creyeron más á propósito arrojaron sobre la ciudad bombas, que incendiaron varios edificios, sin que el alcance de la artillería de la plaza, por toda su elevacion, pudiera alcanzar á los agresores, hasta que, desembarcada alguna de la escuadra y puesta en buena situacion, obligó al enemigo á retirarse.

En 3 de Mayo hicieron segunda tentativa, llegando trece navíos y una bombarda, que se limitaron á reconocimientos y amagos, ya que la vigilancia del Gobernador no les consentia otra cosa, y en Octubre del mismo año condujo los auxilios pedidos la escuadra del general D. Rodrigo de Torres, que tambien los llevaba para la Habana. Aunque siguió este viaje, cambió mucho la situacion de la defensa, sin que por esto llegára á ser del todo satisfactoria; además se alivió el peso de la responsabilidad que pesaba sobre el general de Marina con la presencia de D. Sebastian de Eslava, Virey del nuevo reino de Granada, que naturalmente tomó el mando de las armas.

Pocos dias habian pasado desde el en que dió la vela don Rodrigo de Torres, cuando aparecieron en el horizonte y vinieron á fondear en la ensenada de Canoas 135 buques ingleses, cuya sola vista bien daba á entender que no era cuestion de escaramuzas, como las anteriores, la que los

traia. Lezo se situó con los navíos en la Boca y puso guarnicion de marineros en los castillos, obrando en todo de perfecto acuerdo con el Gobernador, y con resolucion comun de agotar todos los medios de resistencia en la gravísima crisis que empezaba el 15 de Marzo de 1741.

Hasta el 18 emplearon los enemigos en reconocimientos, y el 20 situaron dos navíos á medio tiro de fusil de las baterías de Santiago y San Felipe, rompiendo un fuego tan repetido, que las deshicieron en pocas horas. Al mismo tiempo, y de la misma manera, batieron los fuertes de San Luis y San José, pero recibiendo de ellos considerable daño los navíos. Las bombardas funcionaron, sin interrupcion de dia ni de noche, contra los principales cuarteles de la ciudad, y entre tanto fueron desembarcando las tropas y formando baterías en tierra, una de ellas de 12 morteros, con que molestaron mucho al castillo de San Luis, llave de la fortificacion del puerto. Se vió claramente que el plan de los ingleses era destruir ó tomar dicho castillo y forzar la entrada; para ello, á más de la dicha batería de morteros, establecieron otra de 16 cañones de batir, y relevándose los navíos cuatro á cuatro, sostenian por mar un diluvio de fuego, que la piedra no resistia.

El dia 2 de Abril iban ya escaseando las municiones en la escuadra y en el castillo; la primera habia sufrido bastante, principalmente de las bombas; en el segundo estaban por tierra todos los parapetos y defensas; la gente, en una y otro, fatigada por falta de descanso, pues que empleaban la noche en hacer reparos. Aunque la plaza dista más de ocho millas de Boca-Chica, iba el Virey, en estas horas de relativo descanso, á tratar con Lezo de las operaciones del dia siguiente, y hallándose conferenciando á bordo el 4 de Abril, convencidos de que no podia prolongarse la defensa del castillo y de que convenia abandonarlo y reconcentrar su guarnicion en la plaza, una bala pasó muy cerca de los dos, quedando Eslava herido por los astillazos en una pierna, y Lezo en el muslo y en la mano. Al dia siguiente se ejecutó el abandono con algun desórden, y comunicándose el contagio á la gente de los navíos *San Cárlos*, *Africa* y *San Felipe*, sin que pudiera contenerla el General, que andaba en una canoa, se produjo el incendio de un barco que tenia 60 barriles de pólvora, y comunicándose á los dos últimos, se volaron. Lezo se retiró á la plaza con las tripulaciones y con cuantas armas y pertrechos pudo recoger, despues de sostener veintiun dias el puesto de Boca-Chica en un combate contínuo.

La segunda línea, dentro del mismo puerto, estaba en el canal que forman el castillo grande y la batería de Manzanillo. Lezo, con acuerdo del Gobernador, puso en estos fuertes la marinería, y situó entre los dos los navíos *Dragon* y *Conquistador*, únicos que le quedaban, con órden de echarlos á pique en el último extremo, para impedir la entrada y aproximacion de los ingleses á la ciudad.

Este caso llegó, no sin ganar hasta el dia 12 con una resistencia tenaz, que el ánimo de ambos jefes y su presencia en los lugares de mayor peligro hacia pasar por cosa natural y prevista. Desde tal dia empezó el bombardeo de la plaza, batiéndola á la vez varios navíos y fragatas que ya podian acercarse, y el 20 dieron el asalto por el cerro y castillo de San Lázaro, que defendian 250 soldados de marina y de los regimientos de Aragon y de España. Ambos generales acudieron con piquetes de marinería, que hizo fuego tan certero, que al aclarar el dia abandonó el enemigo las escalas, armas y efectos, dejando la cañada cubierta de muertos y heridos. Eslava aprovechó la ocasion para hacer una salida con la tropa de línea, y dando sobre los fugitivos, hizo considerable destrozo, poniendo fin á tan hermosa jornada.

Dijeron en su disculpa los ingleses que las escalas de asalto resultaron muy cortas, y que por la oscuridad ó el extravío no llegaron á tiempo las faginas, mantaletes y otros materiales destinados á facilitar la aproximacion. Escritores de la misma nacion achacaron el fracaso á imprevision, á desavenencias entre los generales de mar y tierra, y á enfermedades desarrolladas entre la tropa de desembarco. La eterna historia de todos los malos sucesos; el éxito la obliga á escribir ordinariamente de otra manera, que eclipsa todos estos pormenores.

Resultado de esta funcion, que es de las más gloriosas de nuestras armas, por los medios de defensa, comparados con la superioridad inmensa de los del ataque, y merecedora, por tanto, de narracion más extensa de lo que consienten estos apuntes, fué que el enemigo fingió perseverar en su intento y aumentar las baterías para ir preparando sin desórden el reembarco. El 27 se notaron señales de su verdadero objetivo; en los dias siguientes abandonaron los puntos más avanzados, incendiaron por inútil el navío *Galicia*, y volaron los fuertes exteriores de que se habian apoderado, saliendo sucesivamente los buques del puerto, que el 20 de Mayo se vió completamente libre de su presencia.

Segun el diario del general Lezo, dispararon los ingleses durante el sitio 6.068 bombas y más de 18.000 balas rasas de cañon; y segun los partes del virey Eslava, perdieron por los combates y las enfermedades sobre 9.000 hombres. Los historiadores imparciales agregan la pérdida de 20 navíos, habiendo quedado varios otros inútiles, y siendo 36, ocho de ellos de tres puentes, 12 fragatas, dos bombardas, varios brulotes y 130 trasportes, con más de 10.000 hombres de tropa, los componentes de esta expedicion poderosa. La guarnicion de la plaza constaba de 1.100 hombres de tropas del ejército, 300 de milicia, 600 indios y dos compañías de negros libres, no pasando las bajas de 600 muertos.

Por tan segura se daba en Inglaterra la posesion de Cartagena, juzgando por los informes que envió el almirante Vernon despues de los primeros reconocimientos, y por la magnitud de los elementos dispuestos para asediarla, que se acuñó en Lóndres una serie de medallas, distintas en el módulo y en las leyendas, aunque uniformes en la idea de eternizar un triunfo futuro. En el anverso presentaban al marino español, rodilla en tierra, presentando la espada al vencedor; en el reverso, el puerto de Cartagena forzado por los navíos, con leyenda en uno y otro, que decia: *El orgullo español abatido por el almirante Vernon.* — *Los héroes británicos tomaron á Cartagena en Abril de* 1741.

En esas medallas se quiso aunar con la exaltacion del triunfo la humillacion y el ridículo del insigne general español, motejado por las mutilaciones que habia sufrido durante su bizarra carrera. Siete ejemplares distintos, que se conservan en nuestros museos, muestran por ambas caras, en el centro, el nombre Don Blass (así escrito). No sospecharon los inventores de tan inconveniente demostracion, hecha en nombre de un pueblo culto y valeroso, que manco y tuerto el almirante Nelson, llegaria á ser una de las figuras radiantes de su historia. A otro manco español echaron en cara su defecto algunos émulos, y respondió que las heridas recibidas por la patria *son como estrellas que guian á los demas al cielo de la honra y al desear la justa alabanza.*

Don Blas de Lezo murió en la misma ciudad de Cartagena, el 7 de Setiembre del mismo año de 1741, á consecuencia de las heridas, penalidades y cuidados del sitio, y honró el Rey su memoria otorgando el título de *Marqués de Ovieco* á los de su familia; pero, por designio de la Providencia, en las referidas medallas tiene un monumento erigido por sus enemigos.

Facsímile de la firma.

DON GARCÍA DE TOLEDO

(CUARTO MARQUÉS DE VILLAFRANCA),

CAPITAN GENERAL DE LA MAR.

MURIÓ EL 91 DE MAYO DE 1578.

Toledo es apellido que, á la par de los de Bazan, Mendoza, Leiva, Oquendo y algunos otros, se ve en todas las páginas de la historia de la Marina durante el período de los siglos XVI y XVII, tan barajado y repetido, que es fácil incurrir en error adjudicando á un individuo hechos que pertenecen á otro de la misma familia, tanto más, cuanto en las que van citadas se repetian tambien de padres á hijos los nombres de pila, y no habia distincion en los títulos nobiliarios heredados.

Este D. García fué segundogénito de D. Pedro de Toledo, segundo Marqués de Villafranca, capitan general del reino de Nápoles y famoso en los fastos de esta ciudad, que lo apellidó *Erectore Iustitiæ*, y nieto del Duque de Alba. Nació en Villafranca del Vierzo el año de 1514; se crió en la falda del Vesubio, acariciado por las brisas de aquel golfo incomparable, que se pinta con rosa y azul, y de las asperezas del lugar de la cuna, combinadas en la imaginacion con la suavidad de las playas queridas de los poetas, hubo de adquirir ciertas condiciones de anfitrion, que le daban aptitud para todo género de empresas, y que hicieron de él uno de los más señalados capitanes de mar y tierra.

El principio de sus servicios militares fué á las órdenes de Andrea Doria y en las galeras de Nápoles, excelente escuela entónces, por hallarse destinadas á servir de valladar á la soberbia de los turcos, presumida de señorear el Mediterráneo. Los encuentros eran frecuentes y la vigilancia mucha, para librar del cautiverio á los pueblos siempre amenazados de la costa, de modo que el aprendizaje no era largo para el deseoso de saber. A los veintiun años de edad fué distinguido D. García con el título de general de aquellas mismas galeras, firmado á 29 de Marzo de 1535, más por méritos de su padre que por los que hubiera personalmente prestado. No tardó, sin embargo, en presentarse ocasion de acreditarlos, pues que el mismo año decidió el Emperador la empresa de la gran jornada de Túnez, y las galeras de Nápoles con las de Sicilia, que mandaba don Alvaro de Bazan, tuvieron puesto de preferencia á vanguardia en el ataque del fuerte de la Goleta.

Acabada con tanta gloria la jornada, la saña que despertó en los turcos el resultado hizo que su reposo tuviera que atender D. García á reprimir la audacia de los corsarios en la demarcacion de su mando. Creció aquélla de punto con el fracaso de la expedicion de Argel, en términos de no haber seguridad en aquel reino, y reforzadas las galeras de D. García con las de Joanetin Doria, salió á buscar remedio en la raiz del mal, dirigiéndose al Archipiélago de Grecia y á la tierra firme, donde hizo tremendo escarmiento, quemando pueblos, apresando embarcaciones y consiguiendo abundante redada de esclavos para manejar el remo de las suyas. A la vuelta, le deparó su buena estrella las naves en que Barbaroja enviaba al Gran Turco una parte del botin de sus victorias, como reconocimiento de vasallaje; iban allí unos 5.000 cautivos cristianos, y como don personal, doscientas doncellas para el harem del Gran Señor, todo lo cual cayó en poder de nuestro General, y con el júbilo que es de suponer en los que iban destinados á la esclavitud, entró en Mesina, donde se celebró con fiestas el triunfo.

Diez y siete años resistió en el mismo empleo la vida de cruceros, haciendo muchas presas de turcos y berberiscos, dejándolo en 1552 por motivos que apreció el Emperador, escribiendo á D. Pedro: «Por otra se os responde á los negocios, y así ésta no servirá más que para avisaros cómo deseando D. García de Toledo, vuestro hijo, dejar el cargo de las galeras de ese reino, como quiera que nos hallábamos bien servidos de él y holgáramos que no lo dejára, nos hemos contentado de ello por el daño que se le recrecia á su salud; pero siendo la persona que es, y lo mucho y bien que nos ha servido, porque no quede sin cargo, le hemos hecho merced de Coronel general de la infantería española de ese reino, confiando que en el gobierno de ella hará lo que de su valor y cordura se debe esperar.»

En nuevo teatro se le ve dar buena cuenta de su persona, entrando en los dominios del Papa, á fines del mismo año, con 8.000 infantes y la correspondiente caballería, y apoderándose de la ciudadela de Siena, operacion que le valió el título de General, y otra carta en que el Emperador *se daba por muy servido de la prudencia y buena forma que había usado.*

Como no es de este lugar la relacion de operaciones del ejército, he de pasar por alto la continuacion de la campaña y la de los años siguientes, en que hizo un viaje á Flándes para recibir instrucciones verbales del Emperador. En 1554 le mandó éste que volviera á las galeras y se uniese

á las del Príncipe Doria, por estar el reino de Nápoles amenazado de la armada turca; pero pasado el peligro, é importando más hacer frente al ejército francés, se agregó, en 1555, al que mandaba su primo hermano el gran Duque de Alba, que le dispensaba absoluta confianza, enviándole á los lugares de más peligro con nombramiento de su lugarteniente general, prueba cual ninguna de la estimacion en que tenía sus dotes. La sagacidad política con que supo atraerse á Antonio Colona, no ménos que la actividad de las marchas con que cubria todo lugar amagado, hicieron de don García el primer resorte para que los franceses, acosados por todas partes, dejáran libre el reino de Nápoles y los estados del Papa. A él se debió igualmente el fracaso de Soliman, que á principio de 1558 amenazó con poderoso ejército la marina del dicho reino, y eso que por entónces adolecia nuestro General de unas calenturas pertinaces, que le hacian sufrir desde la campaña de Roma. Dispensándole el rey Felipe II aprecio mayor, si cabe, que el Emperador su padre, le nombró capitan general de Cataluña y de los condados de Cerdaña y Rosellon, en 29 de Noviembre; mas recordando luégo su buena fortuna en las acciones navales, lo sacó del Principado, en 1564, dándole patente de Capitan general de la mar, con las mismas facultades y altas atribuciones que había tenido el Príncipe Doria, su antecesor, y una comision considerada punto ménos que irrealizable.

Era el caso que los berberiscos, con auxilios del Gran Turco, y animados por las predicaciones de un santon de influencia, intentaban recobrar las plazas de Orán y Mazalquivir, para lo que hacian aprestos extraordinarios. En la necesidad de atender á la seguridad de ambas plazas, se habilitaron en Málaga veinte y cuatro galeras, al mando de don Juan de Mendoza, y se hicieron á la mar con 3,500 hombres de tropa y muchos caballeros principales. Durante la travesía sufrieron un temporal que obligó á la escuadra á buscar refugio en el puerto de la Herradura, cerca de Almuñécar, donde veinte de dichas galeras se hicieron pedazos, pereciendo su general con más de 4.000 hombres. Esta horrible catástrofe, ocurrida en 1562, aumentó los brios de los moros y excitó el deseo del Rey de escarmentarlos con empresa más séria que la que en un principio había pensado. Ordenó que con secreto se dispusieran otras escuadras de galeras, y que Sancho de Leiva, general de las de Nápoles, las llevára á la conquista del Peñon de la Gomera, que, segun noticias de Pedro de Venegas, alcaide de Melilla, y confidencias de renegados, se daba por poco guarnecido, por haber salido la gente á corsear. Para los marinos no era la jornada tan fácil como se la pintaban, ántes consideraban que desde la mar ofrecia inmensa dificultad la expugnacion del castillo; con todo, pusieron manos á la obra. Don Alvaro y D. Alonso de Bazan unieron sus galeras á las de España y Nápoles con otras de Malta y de Saboya, llevando entre todas 5,000 hombres de desembarco. Puestos en tierra y en órden de batalla, fué desbaratada la vanguardia por haberse adelantado con más ardor que buen órden. El resto del ejército entró en Vélez, que habian abandonado sus habitantes, y hubo de retirarse por encontrar el Peñon inexpugnable.

Con estos precedentes recibia D. García de Toledo el mandato terminante de apoderarse de aquella fortaleza, que una vez sobre aviso, había, por natural instinto de conservacion, de aumentar los recursos que por naturaleza contaba para su defensa. Formado su plan, no fió á otras personas los preparativos; miéntras con tiempo se hacian los acopios de galleta y otros víveres y se reunia la artillería de sitio, con las galeras de Cataluña pasó á Italia; incorporó las de Genova; embarcó en Saona 3.500 alemanes reclutados al efecto; siguió agrupando los contingentes de Florencia y Nápoles, desde cuyo puerto regresó á Cataluña para activar la terminacion de las galeras que se construian en las Atarazanas y enviar á Málaga, punto de reunion, los materiales encargados á diversas partes. Portugal, la Orden de Malta y los Duques de Saboya y Florencia acudieron tambien esta vez con bajeles y tropas, que en conjunto formaron una armada de noventa y tres galeras ó naves y sesenta galeotas y fustas, con jefes tan nombrados como Alvaro de Bazan, Francisco Barreto, Sancho de Leiva, Marco Antonio Colona, Fadrique de Carvajal, el Conde de Safrasco y muchos caballeros deseosos de gloria.

El 31 de Agosto de 1564 sacudieron el agua todos aquellos remos á la vez, con rumbo al Peñon, llegando sin accidente á la costa los buques unidos. Su número asombró á los moros, que abandonaron como la vez anterior la ciudad de los Vélez, atrincherándose en las asperezas inmediatas, y cometieron la torpeza de dejar sin defensores el castillejo de Alcalá, que domina la playa; cuyo descuido permitió á las galeras fondear en aquel paraje y poner en tierra con órden tropas, artillería, caballos, víveres, cuanto era menester, sin pérdida de sangre. Don García contuvo el ímpetu de su gente, dispuesta á escaramuzar con los jinetes sueltos que llegaban á disparar sus arcabuces, con un bando que imponia pena de la vida al que se separára de su puesto; dispuso con su larga experiencia la formacion de trincheras que guardaban el campo; guarneció el castillo de Alcalá como base de operaciones; hizo por tierra y por mar prolijos reconocimientos, y sólo cuando estuvo seguro de sus pasos emprendió la marcha á la ciudad, llevando gruesos flanqueos por las cumbres y avanzando á su paso en dos cuerpos. Los moros que ocupaban las alturas se veian obligados á abandonarlas por la disposicion de los flancos; atacaron la retaguardia con la caballería, pareciéndoles el lado flaco, pero fueron tambien rechazados, posesionándose nuestras fuerzas de la dicha ciudad de los Vélez con muy pocas bajas, á pesar de los disparos del Peñon.

Gobernaba el General más con el freno que con la espuela al ánimo impaciente del soldado, que queria atacar desde luégo á la morisma. Ante todo mandó hacer una trinchera, defendida con piezas de campaña, y en la playa un bastion con doce piezas gruesas á 250 pasos del Peñon, de modo que los sitiados no pudieran ser socorridos por mar ni por tierra; les envió un parlamentario, acabados los preparativos, ofreciendo honrosas condiciones, y siendo desechadas con arrogancia, rompió el fuego la batería de posicion, haciéndolo al mismo tiempo las galeras. El primer dia quedaron destruidas dos torres del castillo y desmontados varios cañones, sin perjuicio de rechazar con gran pérdida á los berberiscos que vinieron por la parte de tierra sobre la retaguardia del ejército. Al amanecer el segundo, vieron los moros establecida otra batería en un cerro, á tiro de arcabuz del castillo, que hacia inútil la resistencia; abandonaron entónces á su jefe, que queria continuarla, evadiéndose por la parte de la mar; y como descubrieran la fuga las galeras, su gente subió por el Peñon, y fué primera en entrar en el fuerte. Tomó posesion D. García el dia 6 de Setiembre; hizo reparar las fortificaciones; dejó guarnicion de quinientos hombres, y reembarcando las tropas con el mismo órden, aunque bajo el fuego constante de la infantería y caballería de los moros, dió la vuelta á Málaga con asombrosa celeridad. «Señor, escribia al rey D. Felipe, Dios se ha servido darme victoria de la plaza más fuerte del mundo; pido á V. M. que se den gruesas limosnas á la casa de Monserrat, á la de los Ángeles, al monasterio de monjas de Gerona, al de Perpiñan, á la casa de Guadalupe, al colegio de Nola y al de Nápoles.» Esta fué su propuesta de gracias. Acabada la expedicion, ideó y propuso la de cegar el rio de Tetuan, nido de piratas; pero ésta la llevó á cabo D. Alvaro de Bazan. Don García fué remunerado con el Virreinato de Sicilia, donde la fortuna le preparaba el mayor de los lauros de su brillante carrera.

Decíase que Soliman había resuelto la conquista de Sicilia y de Malta como revancha de las victorias de los españoles, y que hacia inmensos armamentos en Constantinopla. Estas noticias, que se difundieron por la cristiandad, alarmaron á D. Felipe II, interesado tanto por la conservacion

de la Isla de los Caballeros de San Juan, que era baluarte ó avanzado, como por la que formaba parte de sus dominios, que se veria amagada de todos modos si llegaban á instalarse en la primera los irreconciliables enemigos de la Cruz. Encargó, pues, á D. García que sin perjuicio de la que tenia á su cargo, visitase la de Malta, y pusiera á disposicion del Gran Maestre un cuerpo de tropas españolas, estableciendo comun acuerdo para las eventualidades que ocurrieran. El mes de Mayo de 1565 trajo la confirmacion de los rumores con la llegada de la escuadra turca, que pasaba de doscientas galeras, y que puso en tierra de Malta un ejército de treinta mil hombres á las órdenes de Piali, general hábil y valeroso. Comenzó el sitio famoso que habia de eternizar el nombre de La Valette, desplegándose por una y otra parte cuantos recursos enseña el arte de la guerra. Para tomar el fuerte avanzado de San Telmo emplearon los turcos cuarenta y cinco dias, más de sesenta mil proyectiles de cañon, y la sangre de ocho mil soldados, muertos en los asaltos. Don García de Toledo envió otro socorro de ochocientos hombres que animó á los sitiados, pero áun con esto era la situacion muy apurada, estando abiertas várias brechas y menudeando los asaltos, en uno de los cuales murió D. Fadrique de Toledo, hijo del virey de Sicilia. Cuéntase que el cañoneo que cada dia derribaba alguna parte nueva de las murallas se oia desde Siracusa y ponia espanto en los sicilianos, que veian aprestarse bajeles y soldados para dejar sus playas y acudir al auxilio de los caballeros sitiados. En efecto, el 25 de Agosto D. García en persona salió de Siracusa con veinte y ocho galeras, once mil hombres, veteranos españoles en su mayor parte, doscientos caballeros de la Órden de San Juan, y muchos otros aventureros; dobló la isla de Malta, y á favor de la noche los puso en tierra en el puerto de Malacca, dando rápidamente la vuelta á Mesina para embarcar otros cuatro mil hombres. Tuvo noticia inmediata del desembarco el general turco, y creyendo mucho más considerable el ejército auxiliar, mandó levantar el cerco y reembarcar el suyo. Ya á bordo, recibió más exactas noticias, y arrepentido de su precipitacion, volvió á tierra y marchó contra los españoles, que esperaban en posicion escogida. Empeñada la batalla, se pronunció la derrota de los mahometanos, que corrieron hácia sus naves perseguidos hasta dentro del agua, dejando el campo sembrado con sus cadáveres. Cuando el Virey llegó con el segundo cuerpo de tropas no halló enemigos que combatir, y fué recibido en triunfo por los heróicos caballeros, alojados en un montón de ruinas.

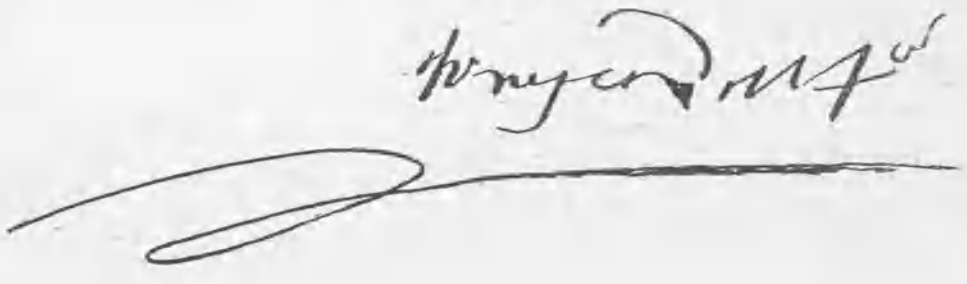
Para el conocimiento y aprecio de D. García de Toledo sirven, más que las grandes empresas que llevó á cabo, contando la sumision de las plazas de Calibia, Susa, Monastir y Montalcino, en Berbería, las Memorias que envió al Consejo de la Guerra y la correspondencia que desde 1548 á 1577 mantuvo con el Duque de Alba, D. Luis de Requesens, D. Juan de Austria, y particularmente con el rey don Felipe II, que no dejaba de consultarle todos sus planes marítimos y de pedirle parecer en todo lo que se rozaba con construccion naval, armamentos, pertrechos, navegacion, marinería y maestranza, puertos y expediciones. Esta correspondencia, en parte publicada en la *Coleccion de documentos inéditos para la Historia de España*, y en otra mayor inédita en la Biblioteca central de Marina y en el archivo de los Marqueses de Villafranca, equivale á un curso de arte militar y de política. En ella se encuentran los preliminares de la Santa Liga y el cálculo de las operaciones que humillaron el poder de Turquía, descubriéndose la deferencia con que el Rey acogia los maduros consejos del General en asuntos árduos de la guerra. Don Juan de Austria le escribia pocos dias ántes de Lepanto: «No solamente me contento de que V. m. me haya advertido en cosas tan importantes como me ha escrito estos dias atras en lo tocante al proceder que debe hacer esta Armada, pero en todas las que más me ocurrieren le he de pedir su parescer y órden; así estuviese V. m. tan cerca que los pudiese yo tomar como lo deseo. Lo que de presente pido con todo encarecimiento es que me avise V. m. en diligencia cuál le parece que sea más conveniente á una Armada, juntándose con la del enemigo, disparar primero la artillería ó aguardar que la dispare el contrario, porque siendo cosa tan importante como es, veo aquí diversos paresceres y opiniones sobre ella, y deseo yo ver el de V. m., el cual tendré por el más acertado.»

La contestacion, digna de ser conocida, decia:

«Digo, Señor, que no pudiéndose tirar dos veces, como realmente no se puede sin grandísima confusion, lo que convendria hacer á mi juicio es que el ruido del romper los espolones y el trueno del artillería habia de ser todo uno ó muy poco ménos, y que no se debe de tener cuenta con el enemigo, así tirára primero ó postrero, sino sólo cuando deba V. A. mandar dar fuego. Y respondiendo á los que dijesen que el disparar primero causa confusion en los enemigos, digo que les causará ánimo si dejase de hacer efecto el disparar de nuestra parte primero; y el que fuese con pensamiento y determinacion de tirar primero que ellos, ¿no podria ser que no lo hiciese fuera de tiempo? porque por miedo que el enemigo no lo hiciese ántes, lo vendria á hacer léjos, y demas de ser incierto el tiro que no se hace de muy cerca, las cadenas y linternas que suelen meter dentro la artillería, que son de harta importancia, no harian aquel efecto de léjos que harian de cerca. Tengo por muy provechosos ciertos esmerillones como falconetes puestos en crujía sobre caballetes, que se pueden girar de una parte y á otra, porque esta artillería menuda puede hacer muchos tiros y la gruesa no por el peligro con que saldria á cargar el artillero.»

Por muerte de su hermano mayor D. Fadrique, que no dejó sucesion, reunió D. García los títulos heredados de Marqués de Villafranca, Conde de Peñaranda, Señor de Cabrera y Rivera, Valle de Losada, Coto de Balboa y Matilla de Arzon, y por sus servicios adquirió personalmente los de Duque de Fernandina y Príncipe de Montalvan; era tambien Comendador de Aznaga en la Órden de Santiago y Consejero de Guerra y de Estado. Casó con doña Victoria Colona, hija de Ascanio, Condestable de Nápoles, y murió en esta ciudad el 31 de Mayo de 1578, haciéndole suntuosos funerales. La infantería española llevaba las picas arrastrando, así como tambien las banderas negras con la Cruz de Santiago; los atambores destemplados; los pífanos roncos; doce pajes á caballo, cubiertos de luto, llevaban en medias astas de lanza las presas y victorias que en su tiempo habia habido, y á lo último iba otro paje con el guioncillo ó insignia de Capitan general.

Facsímile de la firma.



DON ANTONIO DE OQUENDO,

ALMIRANTE GENERAL.

MURIÓ EL 7 DE JUNIO DE 1640.

Memorias auténticas, que abrazan el largo espacio de cinco centurias, acreditan que la familia vascongada de Oquendo es una de aquellas que se consagraron al servicio y vida de mar, trasmitiendo de varon en varon, con los trofeos que los primeros ganaron y la tradicion de su arrojo, una disposicion natural instintiva para dominar las difíciles circunstancias que á cada paso se ofrecen en tan azarosa carrera. Sin ir más léjos, D. Miguel de Oquendo, Capitan general de la Armada de Guipúzcoa, fué el que rindió á la almiranta francesa en el combate de las Terceras, apoderándose de su estandarte, y el que despues dejó nombre en la jornada al Canal de la Mancha de aquella escuadra que se apellidó *Invencible*.

El año de 1577 habia tenido un hijo, bautizado en la ciudad de San Sebastian con el nombre de Antonio, que pensó dedicar á las letras, aplicándolo á su estudio desde que tuvo aptitud para empezarlo; pero su inclinacion lo llamaba á las armas, y acaso contrariándolo, hubiera hecho lo que su abuelo, que estando á punto de ordenarse de clérigo, colgó el manteo y sentó plaza en una nao, si no hubiera muerto D. Miguel el año de 1588, por resultas de la referida jornada, dejándole por herencia once años de edad y algunos empeños en su casa, si bien la memoria de los servicios prestados al Rey, y la amistad de otros generales, partidas que no se anotan en escrituras de testamentaría, le sirvieron para alcanzar una plaza de entretenido, con veinte escudos al mes, en las galeras de Nápoles que mandaba D. Pedro de Toledo.

Debia tener el jóven un atractivo especial, que conservó toda la vida, para granjearse la voluntad de los más difíciles: el general de las galeras lo distinguió mucho, y más todavia D. Luis Fajardo, que mandaba la Armada del Océano, y á cuyas órdenes pasó con aumento de diez escudos en el sueldo. Ello es que llegando á la córte los clamores de los pueblos de la costa de Portugal y Galicia por los insultos y robos de un corsario inglés que los ponia á contribucion con dos fuertes naos que llevaba, se ordenó al General que destacase de sus fuerzas alguna para castigarlo, y que esta comision, solicitada por los capitanes más antiguos y acreditados, se confió á Oquendo, jóven de diez y ocho años, dándole el mando de dos bajeles ligeros, propios para la caza. Saliendo con ellos de Lisboa el 15 de Julio de 1604, y despues de un crucero inútil de muchos dias, bajando hácia la parte de Cádiz vió, por fin, al enemigo, en la amanecida del 7 de Agosto, viniendo á toda vela sobre él con intencion de abordarle, como lo hizo, metiendo cien hombres en su capitana en el acto del choque. Cuerpo á cuerpo la lucha fué obstinada y sangrienta, disputándose palmo á palmo y por más de dos horas la resbaladiza cubierta; pero los ingleses llevaban la peor parte, y trataron de emprender la retirada, momento que aprovecharon los de Oquendo para devolverles la visita y rendirlos en su propio barco, rescatando lo que por fruto de las rapiñas se llevaban. Los otros dos buques se batieron al cañon entre tanto, hasta que vencida la capitana, se dió á la huida el inglés que quedaba, sin poder ser alcanzado. Tuvo Oquendo que arribar á Cascaes con su presa, por el mal estado en que habia salido del combate, y corrian allí noticias de que iba prisionero camino de Inglaterra; así que, al entrar en Lisboa, se le recibió con grande alborozo, felicitándole el comercio por una victoria, á que se dió tal importancia, que no tan sólo el general Fajardo escribió á su protegido diciendo que lo ponia en el lugar del afecto que ocupaba su propio hijo, sino que le escribió tambien el rey D. Felipe III, expresando lo satisfecho que habia quedado de su bizarro proceder.

Dado el primer paso, que en todas las cosas es el de la dificultad, y desempeñadas con lucimiento algunas otras comisiones, fué designado Oquendo para el mando de la escuadra de Vizcaya, vacante por muerte del general Martin de Bretendona, y para guardar con ella la costa, amenazada por los holandeses, que habian alcanzado preponderancia en la mar é intentaban incendiar los astilleros del Norte. Frustrada la empresa, se extendió el mando de don Antonio en 1607 á las escuadras de Guipúzcoa, Vizcaya y Cuatro Villas, que á sus órdenes componian la llamada de Cantabria, extendiendo la primera comision á proteger tambien la llegada de las flotas de Indias, amenazadas de continuo por la rapacidad de los corsarios. En este servicio, prolongado sin descanso, hizo várias presas en frecuentes encuentros con el enemigo, y sufrió un naufragio sobre las costas de Francia, en que perecieron 800 hombres, manteniéndose constantemente en la mar, ya sólo con sus fuerzas, ya á las órdenes del príncipe Filiberto, que hizo á la córte calurosa recomendacion de sus méritos, inclusos los de haber convoyado á Nueva-España la flota de Indias, y regre-

sado felizmente con la plata. El Rey los premió con el hábito de la Orden de Santiago, concedido por Real cédula de 21 de Noviembre de 1614, en que se mandaba al celebre don Rodrigo Calderon, Marqués de Siete Iglesias, que por su mano y en nombre de S. M. le armase caballero.

Por disgustos que hubo el año de 1619 con D. Juan Fajardo, Almirante general del Océano, encargado de la guarda del Estrecho, se fué á su casa sin licencia, y acordando el Consejo que fuese preso al castillo de San Torcaz, mandó con la misma fecha á Oquendo que interinamente se encargase de sustituirle. Contestó éste que por entónces estaba muy ocupado en la construccion de un navío que habia de servirle de capitana, y hacia de paso reflexiones acerca de la conveniencia y áun de la equidad de sacarle de su cargo efectivo para una eventualidad de corta duracion, lo cual tomó muy á mal el Consejo, y propuso al Rey que, privándole de sueldo, lo enviára en prision al castillo de Fuenterrabía. El príncipe Filiberto salió á su defensa y consiguió que se dulcificase la clausura, que de todos modos fué corta, por juzgarle necesario para el mando de los galeones de Indias, con que siguió haciendo viajes.

Empezando el reinado de Felipe IV recibió testimonios de la estimacion de este monarca y de la simpatía de su favorito el Conde de Olivárez, que le escribia privadamente consultándole los asuntos del servicio y del comercio de Tierra Firme y Nueva-España. En 1626 se le dió en propiedad el cargo y título de Almirante general de la Armada del Océano, que le ofreció en breve una ocasion señalada: la de socorrer la plaza de la Mamora, por aviso que tuvo de su Gobernador de hallarse sitiado de multitud de moros y en gravísimo extremo por falta de víveres. Calculando que en el tiempo necesario para enviar correo á Madrid y recibir contestacion estaria rendida aquella importante plaza de Africa, se determinó á favorecerla por sí, arrostrando las consecuencias de su iniciativa, que, segun esperaba, tuvo el mejor éxito. Sitiadores y sitiados se vieron sorprendidos con la rapidez del socorro, que puso en fuga á los primeros con escarmiento y dejó provista la fortaleza. «Muy bien nos ha sacado V. m. del cuidado en que nos ha tenido el sitio de la Mamora, con la bizarra resolucion que V. m. tomó de ir á socorrerla», le escribia el Conde-Duque por añadidura á la cédula Real en que se le daban las gracias, abajo de la cual puso el Rey de su puño: «Quedo tan agradecido á este servicio que me habeis hecho, como él lo merece y os lo dirá esta demostracion.»

Seria prolijo reseñar al pormenor las operaciones de nuestro marino: se cuenta que tuvo más de cien combates, con la fortuna por aliada y auxiliar, aunque el resorte principal de sus triunfos fuera la organizacion de los bajeles y la severidad con que en ellos mantenia la disciplina. En una ocasion suspendió de empleo por un año á tres capitanes por no haber obedecido una señal que hizo en la mar. Otra vez puso preso al Marqués de Torrecuso, sin que el Rey interviniera más que para recomendarle que despachára brevemente la averiguacion de las causas que habia tenido para ello. Limitaré las noticias á los dos hechos más notables del famoso guipuzcoano, despues de honrado con plaza de Consejero de S. M. en el de la Guerra.

Hallándose la nacion en el plano inclinado de la decadencia, los holandeses, señoreados de la mar, tenian bloqueada la costa del Brasil, y en jaque las plazas de Pernambuco y Todos Santos. Todo lo que en Lisboa pudo reunirse para socorrerlas fué una escuadra de 16 naos apriesa y miserablemente preparadas: cinco de ellas, de la corona de Portugal, no llegaban á 300 toneladas, teniendo 40 hombres de guarnicion; otras cinco de Castilla no llevaban más de la mitad de la infantería que les correspondia, siendo las seis restantes, de Vizcaya, las mejores, aunque tambien faltas de alguna gente. Esta escuadra habia de convoyar á la flota portuguesa del comercio del Brasil, y á doce carabelas en que iban 3,000 hombres al mando del Conde de Bañolo, para las referidas plazas. Salió de Lisboa el 5 de Mayo de 1631, y muy receloso Oquendo del riesgo en que iba á poner la reputacion de la bandera y la suya propia: llegó, sin embargo, á la bahía de Todos-Santos á los sesenta y ocho dias, poniendo en tierra el contingente de tropa sin oposicion, aunque descubierto por cruceros enemigos, que dieron noticia del número y clase de sus bajeles. Continuando la navegacion á Pernambuco, con agregacion de veinte naos mercantes que buscaron su proteccion, el 12 de Setiembre avistó á barlovento la armada holandesa que venia de saquear la isla de Santa Marta. El general Adrian Hanspater, afectando desden, no quiso valerse de las treinta y tres naves de que disponia, y eligió diez y seis, para que igualado el número con el de las españolas, no se tuviera por fácil el triunfo que anticipadamente presumia, atendiendo á que su capitana y almiranta eran barcos de 900 á 1,000 toneladas con cincuenta piezas de los calibres de 48 á 12, miéntras las de Oquendo no pasaban de 600 toneladas, con artillería de 22 á 8. Ambas escuadras reunieron su Consejo, y en el de la española propuso el Conde de Bañolo que se sacase la tropa de los trasportes y se distribuyera en los buques de guerra: mas como el objeto esencial de la expedicion era llevar un refuerzo á Pernambuco, no quiso D. Antonio exponerlo á las contingencias de la accion: ántes determinó que miéntras ésta duraba se pusieran en salvo las carabelas y naos mercantes.

Formada la línea de combate en lugar que situaron por 18° de latitud Sur, 240 millas al E. de los Abrojos, los holandeses, que tenian el barlovento como queda dicho, cayeron sobre ella á las ocho de la mañana. La almiranta holandesa, con otro navío del mismo porte, abordaron á la española por ambos costados, matándola 60 hombres á la primera andanada, é hiriendo al general Vallecilla de dos mosquetazos. El galeoncete *Buenaventura*, que con mejor intencion que maña se atravesó por la proa de los tres, sufrió un fuego tan horroroso, que quedó sin gente y fué apresado, aunque á poco se hundió. Prendió la Santa Bárbara de uno de los navíos holandeses, volándose juntamente con nuestra almiranta, y dejando á la de Holanda muy maltratada y con fuego, que le dió bastante que hacer. El general Vallecilla, con las dos heridas, quemada la cara y las manos por la explosion, se arrojó al agua y fué de los pocos que se salvaron.

En otro grupo abordaron á la capitana de Oquendo la de Hanspater y otro auxiliar, tambien por ambos lados, y como los castillos dominaban su cubierta, con la mosquetería le hicieron muchas bajas; pero en el acto de embestirle les habia enviado descargas de cuidado con tan buena suerte, que llegaron ya diezmados; ademas, acudieron á sostenerle la capitana de Masibradi y el navío *Placeres*, que en pelotun jugaron furiosamente todas las armas durante el espacio de ocho horas. Al fin prendió fuego en la capitana de Holanda, que ya habia perdido su estandarte y muerto su general, y se voló, librándose la nuestra por haberle dado remolque su galeon auxiliar; el enemigo que tenia por la otra banda tambien acabó incendiado, y entónces pudo Oquendo recorrer con la vista el horizonte é suponerse del estado en que se hallaba su escuadra, en persecucion de los restos de la holandesa que huia. Fueron nuestras pérdidas dos galeones á fondo, 585 muertos y 201 heridos; y las de los holandeses, los tres mayores galeones quemados, y 1,900 muertos, con su general. El parte que de la accion dirigió el victorioso al Rey es modesto: elogia el valor y las condiciones de su enemigo, indica los capitanes que se distinguieron á sus órdenes, y refiere las ocurrencias del resto del viaje, en que sufrió un fuerte temporal, sin exageraciones ni vanagloria de su persona.

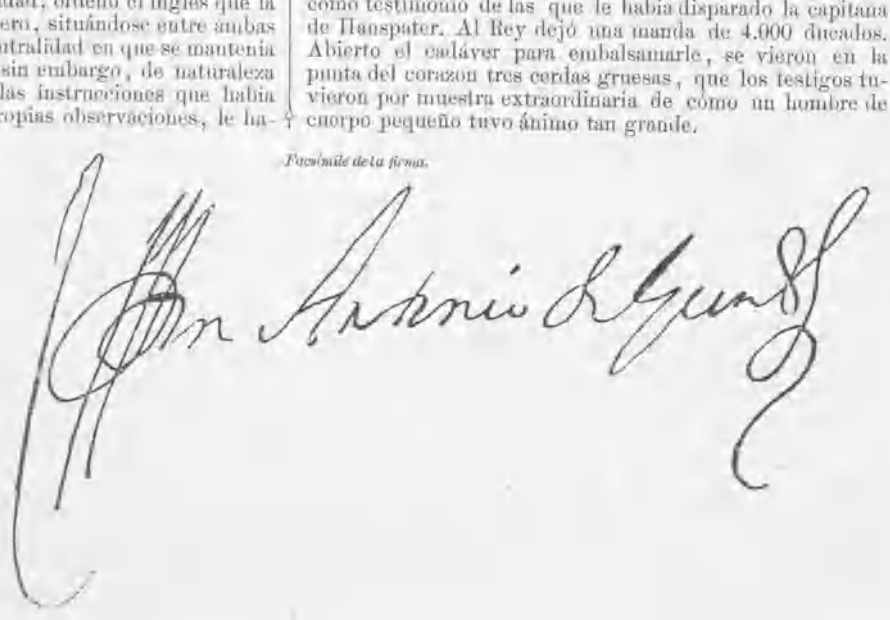
Desde el regreso á España tuvo comisiones de escuadra en las Baleares, en Italia y en Indias hasta 1639, en que ocurrió la última de sus batallas, digna de más espacio que el que le ofrece el presente resúmen. Una escuadra francesa habia saqueado á Laredo, despues de la destruccion de los galeones de D. Lope de Hoces en Guetaria, y preparaba

mayores empresas para asolar la costa de Galicia. Por otra parte, los asuntos de Flándes andaban mal ante los combinados ataques de Francia y Holanda, reclamando el envío de tropas que restablecieran el equilibrio, y que sólo podian ser conducidas por mar, forzando el paso que habian de embarazar las armadas de ambas naciones. Cometida la empresa al valor y buena estrella de nuestro General, con oferta del Rey de concederle título de vizconde, se reunieron cuantos bajeles quedaban á la amenguada marina española, para ponerlos á su disposicion. Dando la vela en Cádiz en el mes de Agosto, se le agregó en la Coruña la escuadra de D. Lope de Hoces, siguiendo en union hácia el Norte. El dia 16 de este mes, hallándose cerca de las Dunas, apareció la vanguardia holandesa, compuesta de 17 navíos; y como la capitana Real marchase á la cabeza y se retrasáran los demas bajeles, se vió solo Oquendo entre tantos enemigos. Hubiera sido cosa natural que retrocediera hácia el cuerpo de la escuadra; pero al General no le pareció decoroso, ni que otra determinacion le cabia que recibir el fuego de todos los enemigos y dirigirse sobre su capitana, que mejor que aceptar el abordaje, juzgó continuar á distancia competente el fuego de su artillería, observando que el navío más próximo al español fué echado á fondo de una sola carga, sin que se salvâran más que dos hombres. Resultado de esta desigual contienda fué que, cuando se le incorporaron los de retaguardia, se hallaba la capitana con el aparejo acribillado, 43 muertos y muchos más heridos, entre ellos cuatro capitanes. Durante la noche se unieron á los holandeses otros 16 navíos; de modo que al amanecer el dia 18 se renovó el combate, sin gran órden en la armada española, que en parte se habia sotaventeado, llevando el mayor peso de la accion, prolongada hasta las cuatro de la tarde, la capitana, las almirantas y pocos galeones. La de Flándes, que mandaba Mateo Ulajani, viró bizarramente sobre los enemigos, con la desgracia de que una bala de cañon le llevára la cabeza ántes de abordar, como lo intentaba; rodeada esta nave y un patache que la acompañaba por seis navíos, fueron apresados sin auxilio de los demas, incidente que inclinó á Oquendo á entrar en el puerto inglés de las Dunas. De aquí con los buques ligeros envió el socorro á Flándes, que desembarcó felizmente en Mardique, cumpliéndose el objeto de la expedicion. Trató en seguida de reparar las averías de los galeones, en cuya operacion se hallaba cuando penetró en el mismo puerto la armada holandesa, mandada por el almirante Tromp, y reconociendo el inconveniente de la vecindad, ordenó el inglés que la española cambiase de fondeadero, situándose entre ambas para obligarlas á respetar la neutralidad en que se mantenia la Gran Bretaña. No era ésta, sin embargo, de naturaleza para tranquilizar á Oquendo; las instrucciones que habia recibido del Gobierno, y sus propias observaciones, le hacian sentir que de un momento á otro, y por cualquier evento, podia cambiarse en hostil la actitud amistosa del huésped, en cuyo concepto, á una pérdida segura en el puerto era de preferir el azar de una batalla en la mar. Accidentes imprevistos embarazaron la salida de una parte de los galeones, viéndose, con 22, seguido por los holandeses, que contaban 114, y que en el combate de cinco contra uno emplearon los brulotes para destruir más pronto la osada fuerza que retaba á tan enorme superioridad. La capitana de Don Lope de Hoces luchó con ocho navíos y fué abrasada, que no rendida; la del almirante Feijó sucumbió, quedándole 13 hombres vivos; lograron abrirse paso aisladamente otros, aunque maltratados, quedando la Real de Oquendo sola, como el jabalí acosado por la jauría. La gente, acobardada por el diluvio de hierro que despedazaba la arboladura, se abrigó bajo cubierta, en cuyo momento indicó al General el piloto que todavía podian ganar otra vez el puerto de las Dunas. «No permita Dios, le respondió, que menoscabe mi reputacion con una mancha tan grande»; y bajando á las baterías, con enérgicas palabras enardeció á la gente y prosiguió todo el dia la defensa, destrozando ó echando á pique á los que se acercaron demasiado. Con la noche cesó el admirable espectáculo de aquel combate sin ejemplar, entrando la Real en el puerto de Mardique, donde se le contaron 1.700 balazos de cañon. «Ya no me falta más que morir, dijo entónces el anciano General, pues que he traido á puerto con reputacion la nao y el estandarte.» Estaba, en efecto, muy quebrantada su salud; no se habia desnudado en más de cuarenta dias, y la fiebre no le dejaba.

Volviendo á España en Marzo de 1640 con los galeones que se le incorporaron, y estando cerca de Pasajes, donde tenia su casa, le aconsejaron la entrada en el puerto para curarse. «La órden que tengo, dijo, es de volver á la Coruña; nunca podré mirar mejor por mi que cuando acredite mi obediencia con la muerte.» Abrasado por la sed de la fiebre, rogó á los médicos que cuando no tuvieran esperanza alguna le consintieran beber un vaso de agua fria. Se lo ofrecieron el dia 7 de Junio, y tomándolo con ánsia en las manos, mirándolo un momento, lo derramó, ofreciendo á Dios este sacrificio. A poco sonó la salva de artillería de la Armada, que anunciaba el paso de la procesion (era dia del *Córpus*), y oyendo los cañonazos, se incorporó, diciendo: *¡Enemigos, enemigos; á defender la capitana!*..... y dejó de existir.

Don Miguel de Oquendo, tambien general de Marina, que escribió la vida de su padre, cuenta, entre otras particularidades suyas, que desde jóven fué muy diestro en el manejo de las armas, y aunque criado en la mar, de los mejores hombres de á caballo de su tiempo. Nunca se puso armadura, como era costumbre, al entrar en los muchos combates y abordajes que sostuvo, y no recibió ninguna herida, grande ni pequeña. Por el testamento vinculó en su mayorazgo los dos reales estandartes que habia tomado al enemigo, y que tenia depositados en la iglesia de Nuestra Señora de Aranzazu, juntamente con una bala de 52 libras, como testimonio de las que le habia disparado la capitana de Hanspater. Al Rey dejó una manda de 4.000 ducados. Abierto el cadáver para embalsamarle, se vieron en la punta del corazon tres cerdas gruesas, que los testigos tuvieron por muestra extraordinaria de cómo un hombre de cuerpo pequeño tuvo ánimo tan grande.

Facsímile de la firma.



DON ALVARO DE BAZAN

(MARQUÉS DE SANTA CRUZ),

CAPITAN GENERAL.

COMBATE DE LAS TERCERAS. — 26 DE JULIO DE 1582.

Quiso D. Gabriel Lasso de la Vega, contino del Rey y contemporáneo de este caudillo, compilar los elogios que habian merecido sus hechos famosos, y formó un libro. Otros pudieran hacerse continuando la coleccion de lo que en prosa y verso han escrito con posterioridad nuestros primeros literatos, inspirados en la vida sin tacha del más insigne de los marinos españoles, prudente en sus empresas, intrépido en las batallas, magnánimo en las victorias, y esto basta para indicar las páginas que habia de llenar la relacion, siquiera fuere sucinta, de las operaciones militares dirigidas por el hombre que, segun el resúmen de uno de sus biógrafos, rindió 8 islas, 2 ciudades, 25 villas, 35 castillos fuertes; venció 8 capitanes generales, 2 maestres de campo generales y 60 señores y caballeros principales; prendió soldados y marineros, franceses, 4.753; ingleses, 780; portugueses, 6.450; turcos y moros, 6.243; apresó 44 galeras reales, 21 galeotas, 27 bergantines, 99 galeones y naos de alto bordo, 7 caramuzales, 3 cárabos, 1 galeaza, con 1.814 piezas de artillería, y dió libertad á 1.654 cautivos españoles. A sus órdenes y en su escuela se formó un semillero de capitanes que bastaria para llenar los doce huecos que este Almanaque ofrece á los hechos distinguidos de la Marina, aunque en uno de los años anteriores ocupó ya puesto un simple soldado estropeado en Lepanto, que más adelante, regocijo de las Musas, apellidó á su jefe *Rayo de la guerra, padre de los soldados, venturoso y jamas vencido capitan.*

Don Alvaro de Bazan nació en Granada el 12 de Diciembre de 1526, hallándose su padre encargado á la sazon de la guarda de las costas de aquel reino, constantemente amenazadas por los berberiscos. Don Alvaro se llamaba tambien el capitan general de la armada del emperador Cárlos V, gran marinero, inventor de los bajeles que se denominaron *galeones*, reformador del artillado y la maniobra, y tan hábil en manejar estos elementos, que sonaba su nombre entre los enemigos de la corona, así en los mares de Europa como en aquellos cuyo camino mostraron Colon y los Pinzones. Cuando las hazañas del hijo, que algunas relaciones confunden, empezaron, los distinguió la gente de mar por D. Alvaro *el Viejo* y D. Alvaro *el Mozo*, y áun seria precisa otra distincion por ocupar puesto culminante en la historia otro D. Alvaro, abuelo y padre de éstos.

Heredó, pues el tercero, nombre y renombre de más precio que la nobleza y bienes de fortuna que concurrian en sus antecesores, con más la aversion á la ociosidad y el despego á las comodidades. A los nueve años corria por la cubierta de la Capitana de su señor padre haciendo el aprendizaje del marinero; á los diez y seis, vestido el hábito de la órden de Santiago, ocupaba puesto efectivo en la Armada, y poco despues recibia la última leccion y prestaba exámen de competencia en combate empeñado y glorioso.

Hallábase la armada en las costas del Norte, cuando *el Viejo* tuvo aviso de haber pasado á la vista de Fuenterrabía treinta naos francesas, con dos presas vizcainas, dirigiéndose á la costa de Galicia, donde habian empezado sus depredaciones. Corria entónces el verano del año 1542, y fondeados los enemigos sobre Muros, cobraban contribucion de guerra impuesta á la villa, cuando el ilustre Bazan los alcanzó con veinte y cinco naos, el 25 de Julio, dia del apóstol Santiago. Embistió á la capitana francesa con tal furia, que la echó á pique con toda su gente, y arribando sobre otra nao, la rindió en breve tiempo, con lo cual disminuyó la superioridad de los franceses, acometidos con igual bizarría por toda la armada. Trescientos muertos y ahogados tuvo en las dos horas que duró la pelea, al paso que excedieron de 3.000 los enemigos que perdieron la vida, con más sus embarcaciones, que en triunfo llevó á la Coruña el vencedor. Admirése, más que el denuedo de D. Alvaro, el desinteres con que destinó el cuantioso botin que le correspondia á resarcir á los pueblos de la costa de los daños y exacciones del enemigo, reservando una parte que personalmente llevó como ofrenda á la Basílica del Apóstol, notable ejemplo de generosidad, que coronaba la enseñanza dada á su hijo.

Por separado tuvo este mando de armada desde 1554, con órden de guardar las costas de España y asegurar de corsarios la carrera de las Indias, atendiendo ademas á la represion de los berberiscos, pujantes en la mar y terror de todas las naciones. Supo que habian llegado al cabo Aguer dos naos inglesas con armas para los moros de Fez, y sin atencion al fuego de artillería que las amparaba desde el castillo y al que ellas menudeaban en su defensa, forzó el puerto, las rindió, y quemó por añadidura siete carabelas que allí estaban al acecho de los pescadores españoles que iban á Cabo Blanco. Acudió seguidamente á la vigilancia

del Estrecho, puerta de paso para los ingleses, franceses, turcos, argelinos y berberiscos, todos enemigos, todos dispuestos á interceptar nuestro comercio y asolar á los pueblos de la costa, escarmentando á cuantos se ponian á su alcance. La conquista del Peñon de la Gomera en 1564 realzó el crédito adquirido ya por el General, y mucho más la empresa original y atrevida de cegar la ria de Tetuan, nido de piratas, dejando encerrados dentro sus bajeles.

Para esto dispuso con todo secreto embarcaciones viejas cargadas de piedra, y estando á punto el año siguiente, simulando su ataque por Ceuta, echó á fondo los pontones y arrojó separadamente piedra y betun, de forma que pudo pasarse á pié enjuto de uno á otro lado de la ria. Tarde lo vieron los moros, y acudieron con las fuerzas reconcentradas en el primer punto para recibir segundo desengaño y descalabro de la gente que desembarcó á recibirlos.

Los considerables armamentos del Gran Turco, el sitio que puso á Malta, y la zozobra de las potencias cristianas amenazadas de cerca, dieron más amplitud á sus operaciones, ya reforzando y abasteciendo las plazas, ya socorriendo á las atacadas, inclusa á la misma de Malta, á que acudió con D. Garcia de Toledo, logrando ver las espaldas á los que ya la consideraban suya.

Le valieron estos servicios el título de primer Marqués de Santa Cruz, concedido en 12 de Octubre de 1569, y un aumento de fatigas con el socorro de la Goleta, que estuvo á punto de perderse sin su auxilio, y la atencion de los mares de Nápoles y Sicilia, puestos á su cuidado.

Nombrado por entónces Capitan general de la mar don Juan de Austria, fué D. Álvaro uno de los Consejeros que eligió el Rey para la resolucion de los negocios arduos, y su gran auxiliar en la memorable jornada de Lepanto; pues designado para mandar la cuarta escuadra, compuesta de 30 galeras y llamada del Socorro, justificó este título, acudiendo primero al ala izquierda, donde los venecianos se veian en apuro, y despues al centro, á tiempo de meter 200 soldados de refuerzo en la galera Real, que estaba aferrada con la capitana de los turcos; de salvar á la capitana de Malta, ya rendida, y á la de D. Juan de Cardona, acosada por 8 enemigas. Allí donde la balanza se inclinaba á favor del estandarte de Mahoma, allí aparecia el Marqués, y con el peso de su espada la hacia bajar hasta el abismo. Atento á los incidentes de la batalla, con una serenidad sin igual y un conocimiento exacto de la fuerza de que disponia, caia de improviso sobre la posicion más comprometida, y la Armada cristiana lo estuvo en aquel dia, en que se jugaban los destinos de Europa. Todos los caudillos cumplieron como buenos y se hicieron dignos de eterna alabanza: D. Juan de Austria, general de la Liga, conquistó imperecedera fama; ninguno eclipsó la del milagroso defensor de su divino título, segun frase de Lope de Vega.

Otra vez se vieron frente á frente las armadas de los cristianos y los turcos en Setiembre de 1572 sobre Modon y Navarino: los segundos rehusaron la batalla á que eran provocados; pero siendo destacada una nao de la Liga, y creyendo apresarla fácilmente, salió con 40 galeras Mahomet Rey, hijo del rey de Argel y nieto del célebre Barbaroja. Don Juan de Austria dió la vela para defenderla, y logrando ganar el barlovento con su galera D. Alvaro de Bazan, abordó á la argelina, y despues de hora y media de combate la apresó, con muerte del mismo Mahomet y prision de Mustafá, general de los genízaros, á vista de ambas escuadras, y sin que ninguna pudiera tomar parte en la accion singular.

En 1573 dió la fortuna otros lauros al Marqués con motivo de la expedicion de la Goleta, que emprendió D. Juan de Austria con 207 velas y 21.000 hombres de desembarco. Don Alvaro desembarcó de vanguardia con 2.500, y sobrecogido el enemigo, abandonó el fuerte, con lo cual y ántes que acabára de poner el pié en tierra el ejército, estaba apoderado de Túnez y de cuanto encerraba esta ciudad.

Una serie no interrumpida de cruceros, combates parciales, presas, socorros, sigue á esta operacion, que no puede detallarse: en la isla de los Querquenes, desembarcando con agua á la cintura, cogió 1.200 prisioneros en 1576; en el Peñon, Melilla y Ceuta hizo otros escarmientos para poner á raya á los berberiscos, envalentonados con el fracaso de la expedicion de los portugueses y desgraciada muerte de su rey D. Sebastian, hasta que, por consecuencia de la de su sucesor el cardenal D. Enrique, hizo valer sus derechos á la corona D. Felipe II, y envió á D. Alvaro de Bazan á sostenerlos en la mar, miéntras por tierra lo hacia el Duque de Alba.

Con 56 galeras y 48 naos emprendió esta campaña de breve y feliz éxito. Batido y tomado el castillo de Setubal, con las embarcaciones que estaban á su abrigo, en el mes de Julio de 1580; forzada despues la entrada del Tajo bajo el fuego de los castillos, y de las 32 naos, y otras embarcaciones menores que la guardaban, rendidas todas, cooperó á la entrega de Lisboa y á libertarla del saqueo.

No por esto quedó sometido el reino: Don Antonio Prior de Ocrato acaudillaba á los partidarios de la independencia, protegido por Francia é Inglaterra, sin respeto á los tratados existentes, y siendo proclamado rey en las islas Terceras, reunia en ellas elementos de resistencia, siendo su primer propósito el armamento de numerosos corsarios que interceptáran nuestro comercio con las Indias, miéntras llegaba la ocasion de emprender operaciones sobre la costa de la Península. Habia noticia de prepararse en Nántes una fuerte escuadra para favorecer estos intentos que á toda costa debian impedirse.

A D. Alvaro de Bazan se volvió á confiar esta mision interesante, para la cual abandonó las galeras, que no habian de serle de utilidad en mares tormentosas. Organizó una escuadra de naos á la que debian concurrir con determinado contingente Vizcaya y Andalucía; pero como el de esta última se retardaba y el negocio no admitia dilacion, zarpó de Lisboa el dia 10 de Julio de 1582, con solas veinte y ocho naos y cinco pataches, y habiendo tocado una de las primeras en un bajo de la boca del rio y empezado á hacer agua, retrocedió con la tropa que llevaba á su bordo. Llegando el 22 sobre la isla de San Miguel, corrió prestamente la noticia y se reembarcó el Pretendiente, dando la vela la Armada francesa, compuesta de cuarenta navíos grandes y veinte menores, y viniendo sobre la nuestra, reducida á veinte y cinco naos y los cinco pataches, por haberse separado tres de las primeras en un temporal que ocurrió durante la travesía. Cuatro dias maniobraron á la vista con ligeras escaramuzas, pero sin empeñar combate, procurando cada cual ganar la posicion más ventajosa; en este tiempo comunicó D. Alvaro con el gobernador de la Isla, que le informó de la fuerza exacta con que contaban los franceses, y le aconsejó que ántes de empeñar lance tan arriesgado procurase buscar el amparo de la fortaleza, que estaba por España. El Marqués llamó á consejo de guerra á los generales y capitanes, y quedó decidido que en todo evento se aceptase la batalla que la superioridad del enemigo habia de buscar.

En efecto, conseguida la ventaja del barlovento sobre la del número, arribó la armada francesa sobre la nuestra el 26 de Julio, cayendo la capitana y una de las almirantas sobre el galeon *San Mateo*, que lo era de España y estaba rezagado, y otros dos navíos sobre la capitana española, que los recibió de forma que á toda prisa abandonaron el puesto. En esto se generalizaba la accion, y como habia tres franceses para cada bajel español, viendo en grave aprieto al *San Mateo*, incendiado por cinco veces, vió nuestro General, reconcentrando todos los demas en su ayuda. La Almiranta francesa fué destruida por los cañones de Oquendo y Villavicíosa, muriendo éste en la accion, con muchos de su nao; la capitana, con un refuerzo de 300 hombres que recibió de otros buques, se desatracó del *San Mateo*, y aprovechando la ocasion el Marqués para abordarla, la rindió despues de una hora de horrorosa matanza, en que sucumbieron más de 400 franceses. Cinco horas duró la batalla,

en que no tomó parte el pretendiente D. Antonio, escapando prudentemente en un buque ligero. El general frances Felipe Strozzi, mortalmente herido, espiró al ser presentado á D. Alvaro; murió al dia siguiente el Conde de Vimioso, principal instigador y consejero del Pretendiente, y durante el combate, el maestre de campo general Beaumont y sobre 1.200 personas de todas clases. Del Conde de Brisac, lugarteniente de Strozzi, decian unos que habia huido en una embarcacion, y otros que habia muerto, quedando en la misma duda respecto á los jefes de ocho regimientos franceses que iban en la Armada con 6.800 hombres. Veinte y cinco señores de estados ó pueblos de Francia, 51 caballeros y 313 de clase inferior quedaron prisioneros, y condenados en juicio como piratas y trasgresores de la paz que existia entre Francia y España, fueron todos ejecutados el 1.° de Agosto. La armada del Marqués tuvo 224 muertos y 553 heridos.

Al dar cuenta, sin jactancia, de esta gran victoria, pedia don Alvaro al Rey que para otra ocasion previniese otra armada de más y mejores navíos, pues yo certifico, decia, «que he habido bien menester la experiencia que tengo, porque me hallé muy solo y con muy inferior Armada de la enemiga, adonde venia mucha gente principal de Francia, y así procedieron y pelearon como muy buenos soldados.»

En 23 de Junio del año siguiente de 1583 tuvo, como deseaba, más lucida fuerza, dando la vela desde Lisboa con noventa y ocho buques y 10.000 hombres. Por su parte los enemigos habian aprovechado tambien el tiempo, aunque sin pretender hacer oposicion en la mar. El 26 de Julio hizo D. Alvaro el desembarco en la Tercera, por el puerto de las Muelas; tomó por asalto las trincheras y fuertes, obligando á los franceses y portugueses á retirarse á la montaña con mucha pérdida. En Angra ocupó treinta y un navíos cuya gente los habia abandonado, cogiendo, sin embargo, 1.600 prisioneros, 310 piezas de artillería y los efectos de la plaza, y continuando las operaciones, al fin capitularon y rindieron las banderas y las armas los enemigos, sin más condiciones que conservar la vida y ser conducidos á Francia, cumpliéndose en los navíos de Guipúzcoa.

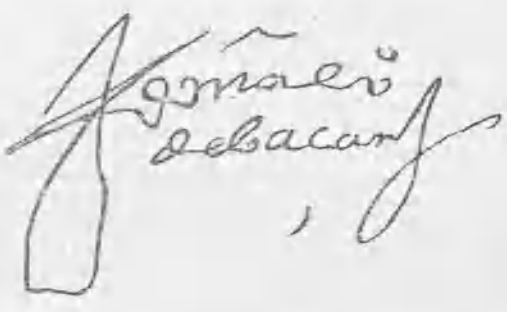
Las islas de San Jorge y Fayal hicieron tambien resistencia: las del Pico, Cuervo y Graciosa se entregaron buenamente, con lo que, puestos gobernadores y suficiente guarnicion en ellas, se volvió á España D. Alvaro, entrando en Cádiz el 15 de Setiembre, recibido por la entusiasta aclamacion que merecian sus triunfos. El Rey le escribió: «Aunque aquí se os dan las gracias por el servicio que me habeis hecho, no he querido dejar de dároslas Yo aquí de mi mano.» Con esta indicacion fué á la córte, y al presentarse á D. Felipe II le mandó cubrir en su presencia como Grande de España, le nombró capitan general del mar Océano, primera dignidad en la marina, y de la gente de guerra de Portugal, otorgándole otras mercedes que acrecentaron su estado, ya grande, toda vez que era señor de las villas del Viso y Santa Cruz, y Comendador mayor de Leon. De esta riqueza usaba con generosidad y esplendidez, como demuestra un rasgo no publicado hasta ahora.

Hallándose reparando en astillero la galera capitana que de ordinario montaba, ordenó que se extremáran los adornos de escultura y dorado, así en la popa, proa y fanales, como en la cámara que le estaba reservada. La cuenta montaba á una cantidad de consideracion, y viendo el presupuesto, observaron los oficiales reales que, bajo su más estrecha responsabilidad, tenian recibida órden superior de no autorizar ni pagar más gastos que los estrictamente indispensables. «Indispensables son los que yo he encargado, contestó el Marqués: indispensables para el decoro del Rey y del mio», repitió, notando la expresion de los contadores. Hiciéronse, en consecuencia, las obras, y una vez terminadas, mandó que se abonáran de su bolsillo. En esta galera verificó el rey Felipe II su entrada en Lisboa, haciendo buenas las palabras del General, que tenia en ella músicos, cantores, criados y esclavos moros con librea, y magnífica vajilla de plata y mesa puesta y servida para cuantos iban á visitar su vivienda flotante, que llamó grandemente la atencion de los cortesanos.

Despues de la jornada de las Terceras, escribió al Rey una carta que empezaba: «S. C. R. M. Las victorias tan cumplidas como ha sido Dios Nuestro Señor servido dar á V. M. en estas Islas suelen animar á los Príncipes para otras empresas; y pues Nuestro Señor hizo á V. M. tan gran Rey, justo es que siga agora esta victoria, mandando prevenir lo necesario para que el año que viene se haga la de Inglaterra..... y crea que tengo ánimo para hacerle Rey de aquel reino y áun de otros, y de allí se podrán tener más ciertas esperanzas de allanar lo de Flándes.....» Felipe II, que conocia harto bien á su Capitan general, no juzgó pretenciosas, como á primera vista parecen, estas frases; aparentó no darles importancia por de pronto, y luégo le encargó con mucha reserva que presentase el plan de la expedicion, lo cual hizo con extension y copia de datos al pormenor, así de los recursos y fuerzas de Inglaterra y Francia, y de las condiciones de las costas respectivas, como de la composicion de la Armada invasora, tropas, pertrechos, municiones y víveres; de la cooperacion del ejército de Flándes en la empresa; de la manera de navegar y combatir, en memorias que no se han dado á luz todavía, y que bastarán para acreditar el profundo cálculo que de todo habia hecho y la penetracion política que lo guiaba. Si alguna duda tenia en vacilacion el ánimo del Rey, vino á resolverla la presencia del corsario Drak en los mares de las Antillas, y los estragos que hizo en las islas de Puerto-Rico y Santo Domingo. El Marqués procedió entónces con urgencia á los preparativos de ejecucion de sus planes, que no debia ver concluidos. Una grave enfermedad le hizo pasar de este mundo, en Lisboa, el 9 de Febrero de 1588, dia de luto nacional y de amarga pena en la Armada. Lope de Vega, Ercilla, Cervántes, Lasso, Ochoa de Lasalde, Barahona de Soto, Vargas Manrique, Corte Real, Ramirez, Caldera, Antonio de Herrera, Vicente Espinel, Gaspar de Alarcon, Torres de Aguilar, Alonso Colonna, Gonzalo de Illescas, Laurencio Flores, Mosquera de Figueroa y otros muchos escribieron elegías, cantaron sus proezas ó elogiaron sus condiciones, entre las que señalaron la inteligencia y aficion que tuvo á las Bellas Artes, acreditándolas en el suntuoso palacio del Viso, *que resplandecia entre todos los edificios de su tiempo*, y en cuyos salones, pintados al fresco por hábiles artistas, mandó representar sus expediciones y poner retratos de generales, vistas de ciudades, puertos, galeones y naos, dejando á la posteridad datos históricos que han de aprovechar las publicaciones ilustradas. Descansaron sus huesos en la misma villa del Viso, segun disposicion testamentaria, pasando el nombre á la fama, que lo eterniza entre los señalados capitanes de mar y tierra. Ha desaparecido el epitafio que pusieron en la tumba, pero siempre quedará el que hizo Lope de Vega:

Rey servido y pátria honrada
Dirán mejor quien he sido,
Por la cruz de mi apellido
Y por la cruz de mi espada.

Facsímile de la firma.



DON ANTONIO DE GAZTAÑETA,

TENIENTE GENERAL.

COMBATE DE SICILIA.—11 DE AGOSTO DE 1718.

Hasta que el rey D. Felipe V dió sér á los arsenales, fundó la marina militar y organizó sus servicios de una manera racional y sólida, fué la costa de Cantabria astillero general que proveia á las necesidades del Estado, dándole bajeles, armadas y hombres de mar que las tripulaban y dirigian por toda la superficie del Océano, así para cambiar los frutos de la tierra por la plata de las Indias y los tejidos de Flándes, ó para perseguir la ballena y el bacalao en las aguas boreales, en pacíficas tareas, ó para disputar en guerra el dominio ambicionado del cetro de Neptuno, á que Francia, Holanda y la Gran Bretaña aspiraban. Cada uno de los pueblos de esa costa azotada por los vendavales llena las mejores páginas de su crónica con hazañas de marinos é hijos suyos, hijos de España, que han esmaltado por ende su historia general.

Motrico, que es uno de aquéllos, se envanece con justicia de haber sido cuna de ilustres mareantes, entre los que descuellan Gamboa, Vidazabal, los Idiaquez y Churruca, aparte del objeto de estas líneas, D. Antonio de Gaztañeta, bautizado el 11 de Agosto de 1656. Su padre, D. Francisco, que tuvo empleo de capitan, lo embarcó consigo desde que cumplió doce años, esmerándose para que á la par de la enseñanza práctica adquiriese los conocimientos técnicos más extensos de la profesion, singularmente los de Matemáticas, Cosmografía y Pilotaje, en que llegó á sobresalir y que utilizó muy temprano, pues habiendo fallecido en Veracruz su dicho padre, tuvo que encargarse de la derrota del navío que aquél habia mandado hasta entónces, saliendo airoso del primer ensayo con un viaje feliz al puerto de Pasages. Continuó haciendo otros muchos á Buenos-Aires, Tierra-Firme y Nueva-España, ya en buques sueltos, ya en flotas y galeones de la plata, extendiendo sus conocimientos y afirmándolos con la experiencia, que es el sello que los hace valer. El nombramiento de piloto en la Armada Real del Océano, que obtuvo el año de 1684, presupone la opinion que habia merecido del tribunal de la Casa de Contratacion y de los generales de la Armada de Indias, autoridades celosas en allegar para aquel centro del saber marinero, así noticias, descubrimientos y adelantos, como personas que los aplicáran al progreso de la navegacion. Dos años despues, con el grado de capitan de mar, se le nombró piloto mayor de la misma Armada Real, cargo de gran responsabilidad é importancia, que ponia en sus manos la direccion del núcleo principal de las fuerzas navales del Estado, pero que justificó estaba en buenas manos, dando á luz el *Norte de navegacion hallado por el cuadrante de reduccion*, que se imprimió el año de 1692.

Esta obra no es de las que hacen época, ni por la originalidad sufre paralelo con otras de cosmógrafos españoles: el cuadrante, que llamaban *dorado* algunos marinos por la gran facilidad con que se resuelven por su medio los triángulos rectilíneos rectángulos, se habia dado á conocer en Francia. Gaztañeta hizo más extensas y generales las aplicaciones, y reuniendo en su tratado lo que el adelanto de las ciencias en Europa hacía aplicable á la marina, acreditó que seguia con interes el movimiento científico, cosa poco comun en aquellos tiempos. Un crítico de gran competencia observa que el *Norte de navegacion* es el primero de los libros españoles que trató de *la corredera* y de las cartas esféricas, aunque hacia más de siglo y medio que las habia inventado Alonso de Santa Cruz, corrigiendo en los elementos del pilotaje sistemas anteriores erróneos.

Bien era menester la habilidad de Gaztañeta para librar de enemigos los restos miserables de la armada Real, incapaces de batirse con las numerosas y provistas escuadras de Francia. Para ir de uno á otro puerto se habia de hacer á la manera del ciervo que olfatea por todos lados cazadores, buscando rumbos tortuosos y desusados, y sin otros datos, bastáran los elogios que en cada excursion se hacian del piloto mayor, y más particularmente al venir de Nápoles á España los navíos que sobre Menorca esperaba Tourville con su escuadra, y se le fueron de entre las manos, para juzgar de la época desventurada en que no estaba á disposicion de los marinos mejor recurso. Los de Gaztañeta fueron premiados sucesivamente con los despachos de capitan de mar y guerra de la *Capitana Real*, y honores de almirante, conservando el cargo de piloto mayor, con el cual fué en la escuadra de nueve bajeles que pasó á desalojar á los ingleses del Darien el año de 1699, aun despues de tener empleo de almirante Real, porque de todos los ramos de la carrera era el de las aplicaciones de la Astronomía el de su mayor aficion, el único de que hacia alarde, no confiando nunca á otra persona el cuidado de la derrota en las escuadras que mandó más adelante.

Por de pronto, se dió á su inteligencia científica otra ocu-

pacion de todo punto necesaria al servicio, cual era sustituir los buques consumidos, haciendo con rapidez otros que dieran á las armas del rey Felipe V, cuya exaltacion habia reconocido desde el principio, elementos con que preservar las costas de la acometida de ingleses y holandeses. En vano representó que no habia estudiado para fabricar navíos, sino para mandarlos y dirigirlos; tuvo que dedicar la atencion á la teoría y á la práctica de la construccion de una vez, como habia hecho en los primeros años, aunque con la desventajosa circunstancia de que entónces contaba con maestros y tratados, y ahora ni tratados ni maestros podian dilucidar las dificultades de la empresa. Precisamente se hallaba en un período de transicion la fábrica de las naos, como hasta entónces se habia llamado: por do quiera se reconocia que los vasos, cada vez más cargados de artillería, no cumplian ya con las condiciones y exigencias del servicio militar á que exclusivamente habian de aplicarse; se hacian ensayos, se proyectaban innovaciones guiadas por el empirismo á falta de verdaderos fundamentos, que la ciencia no habia fijado aún, y, consecuencia natural, se recogia abundante cosecha de desengaños. Gaztañeta dió principio al nuevo cometido con la carena y habilitacion del escaso material antiguo, poniendo empeño en organizar la administracion y el empleo justificado de materiales, con lo que consiguió considerable economía, que mayor parecia, comparada con el despilfarro de la pasada época. Así en poco tiempo pudo habilitar los navíos que trasportaron á Nápoles un contingente de tres mil hombres de tropa, y reconcentrar las ideas sobre el objeto principal de modificacion de los planos. Más avisado que los constructores ingleses de su tiempo, que se fijaban en las obras muertas y en la arboladura, Gaztañeta meditó la reforma de la parte sumergida de los bajeles, que era la raíz del mal que habia que remediar, y tanteó una variacion en la superficie de las amuras, haciéndolas arrancar desde una de las líneas de aguas bajas, para que las resistencias del flúido en la proa fuesen progresivas con un exponente de la razon, si no igual, á lo ménos próxima. Esta medida envolvia un aumento discreto de desplazamiento en el cuerpo de proa, el avance del centro de volúmen hácia aquel punto, dejando más quilla ó brazo de palanca en el cuerpo de popa para acrecer las resistencias laterales de la carena, y con ellas la propension á mantenerse á barlovento y á que se sujetase y obedeciese mejor la accion de la potencia bélica. Sometido el proyecto al Consejo de Guerra y Junta de armadas, con exposicion de los fundamentos, con la aprobacion obtuvo nombramiento de superintendente general de los astilleros de Cantabria, y ámplias facultades para organizacion de la maestranza y de la contabilidad é intervencion de materiales y jornales. Puso en Zornoza la quilla del navío *Salvador*, de setenta y cuatro cañones, que correspondió á las esperanzas del autor, y por sus buenas propiedades fué muy elogiado de nacionales y extranjeros; hizo despues otros seis iguales de á sesenta piezas para la Armada, y varios para la Casa de Contratacion de Sevilla y para la carrera de Buenos-Aires, mejorando mucho todos ellos á los vasos antiguos, y más que todos las fragatas, que alcanzaron una velocidad no conocida hasta entónces. Tanto eran superiores estas naves ligeras, que habiendo apresado una los holandeses, tomaron sus gálibos y ordenó el almirantazgo que por ellos se hicieran fragatas semejantes para los cruceros de la India oriental: determinacion que es el mejor elogio de nuestro marino, procediendo de una nacion que presumia dar en esto lecciones á todas las otras.

Con el buen resultado de los estudios y experiencias escribió un tratado que tituló *Proporciones más esenciales para fábrica de navíos y fragatas de guerra, que puedan montar desde ochenta cañones hasta diez, con explicacion de la construccion de la barenga maestra, plano y perfil particular de un navío de setenta cañones, con los largos, gruesos y anchos de los materiales, escrito de órden del Rey*. Se imprimió por cuenta del Estado en 1720, con láminas y planos, y se mandó observar en los dominios de España y Ultramar por Real cédula de 13 de Mayo de 1721.

Retrocediendo un tanto, es de advertir que rebajada España á la categoría de nacion de segundo órden por el tratado de Utrech, desde que se vió en paz, empuñando las riendas del gobierno el ambicioso Alberoni, quiso éste restaurarla de momento, juzgando que bastaba su capacidad para lograrlo. Los recursos que ante todo habia menester se reunieron con rapidez verdaderamente maravillosa, merced á su ciencia administrativa, y siendo tambien indispensable para sus planes una armada numerosa, aplicó aquéllos, no tan sólo á las construcciones que Gaztañeta dirigia, con órden de activarlas al extremo, sino tambien á la compra de bajeles de cualquier clase dentro y fuera del reino, especialmente en Génova, adonde fué en comision al efecto el intendente Patiño. Las condiciones de los buques no eran para consideradas en aquellos momentos; lo que urgia era que el número subiera, y que en conjunto ofrecieran las apariencias de una escuadra, resultado que consiguió el ministro sin tardanza, y que dió pié á la ejecucion de sus planes, dirigidos en primer término á la reconquista de las que habian sido posesiones españolas en Italia. Halagando á Francia, entreteniendo á Inglaterra con ofrecimiento de ventajas comerciales, tratando con Holanda la compra de una escuadra, y consintiendo á Roma con la idea de un armamento contra los turcos, reunió en Barcelona doce navíos y cien trasportes, que con celeridad y reserva embarcaron nueve mil hombres, al mando del Marqués de Lede; cayeron de improviso sobre la isla de Cerdeña, que resistió lo que pudo, pero que hubo de ceder al fin, y dejando una guarnicion de tres mil hombres, regresó la expedicion á Barcelona con felicidad en Setiembre de 1717, á tiempo que circulaba el manifiesto oficial expresando los agravios recibidos del Emperador de Alemania, que habian movido al rey Felipe V á continuar la guerra.

Urgia aprovechar el estupor con que la nueva se recibió en Europa, dando lugar á notas y reclamaciones. El Emperador solicitaba el auxilio de las potencias signatarias del tratado de triple alianza; Roma rompió las relaciones diplomáticas; Inglaterra y Francia, poco deseosas de salir de la paz tan breve tiempo disfrutada, enviaron representantes á Madrid, y Alberoni aparentó escuchar sus proposiciones de avenencia, ganando tiempo, que no perdian ciertamente los embajadores, en la tarea de minar la influencia del ministro; mas por de pronto éste ganó la mano, causando nuevo asombro con la escuadra de veinte navíos y fragatas, que al mando de Gaztañeta salió otra vez de Barcelona, convoyando más de trescientos trasportes con treinta mil hombres de tropa, que desembarcaron sin tropiezo en Sicilia el 1.° de Julio de 1718.

Cómo y de dónde habia obtenido los medios para semejante alarde una nacion exhausta, nadie se explicaba; con tal sigilo se habian hecho los preparativos de la expedicion inesperada; pero realizada con tanta fortuna, y apoderado el Marqués de Lede de la isla, sin más excepcion que la ciudadela de Mesina y algunas otras plazas de ménos importancia, las potencias neutrales vieron con recelo el intento de los españoles; y sin agotar los trámites de la vía diplomática, entró en el Mediterráneo una escuadra inglesa, que empezó por llevar desde Nápoles á la fortaleza de Mesina un refuerzo de 3,000 alemanes, protestando que con ello no faltaba á la neutralidad. El almirante Byng, que la mandaba, se ofreció como mediador y propuso una suspension de hostilidades, que los españoles no aceptaron, en la persuasion de que la negativa no podia ser causa para que el Almirante mudase de conducta. Las instrucciones de Alberoni no reclaban que hubiera peligro por aquella parte; y aunque algunos jefes de la escuadra se manifestaron desconfiados en el Consejo que se reunió en la capitana de Gaztañeta, se rechazaron las sospechas con las seguridades dadas por Patiño (que, como confidente de Alberoni y plenipotenciario, era director de la expedicion) de que la es-

escuadra inglesa tenía órdenes para mediar, y áun para entorpecer las operaciones, pero de ningun modo para romper las hostilidades. Gaztañeta, más hombre de ciencia que de política, se sometió á este parecer; sin embargo, consideró prudente reunir su armada, de la cual, por desgracia, se habia destacado una division, para reclamar, sin éxito, la entrega de las galeras sicilianas que se habian refugiado en Malta, y dió la vela del fondeadero de Mesina en direccion al canal que forma aquella isla con la de Sicilia. El almirante Byng, que se mantenia sobre el cabo Espartivento, fué siguiendo á los navíos españoles, que navegaban separados y sin órden, y ántes que lo adoptáran ó se reunieran con la division de Malta, los envolvió con sus 27 navíos, varios de ellos de tres puentes, que no sólo representaban por el número fuerza muy superior, sino que tenian la inmensa ventaja de la disciplina y el hábito de evolucionar, que estaban muy léjos de adquirir los nuestros. El resultado no podia ser dudoso: la defensa aislada, el valor personal, aunque raye en el heroísmo, nada valen contra el esfuerzo general, guiado por las reglas del arte de la guerra. Amaneció el 11 de Agosto cuando el grupo de seis navíos y cuatro fragatas que formaban el núcleo de la escuadra de Gaztañeta fué separado de la retaguardia, que mandaba el Marqués de Mari. Este arribó sobre la costa de Sicilia, bajo el fuego de una division inglesa, y viéndose perdido, sin gran resistencia embarrancó cerca de Edera, é incendió sus bajeles para que no cayeran en manos del enemigo. Las galeras, que hubieran podido facilitar la formacion de los otros navíos, no osaron exponerse dentro del alcance de la artillería inglesa; procuraban todos acercarse á la capitana de Gaztañeta, remolcados por sus botes, por ser muy flojo el viento; propósito tardío; cada uno tuvo que hacer frente á dos, tres, hasta cinco de la escuadra de Byng, hábilmente dirigida.

Omitiendo, por difusa, la relacion de la bizarra tanto como inútil resistencia parcial, he de concretarla al navío *San Felipe el Real*, donde Gaztañeta arbolaba su insignia. Cinco de los enemigos le atacaron, dos de los cuales tuvieron que retirarse á reparar las averías que sufrieron, siendo reemplazados por la division completa de Byng, que á toda costa procuraba la rendicion de la cabeza, y que no fiando todavía en el pronto efecto del hierro, envió sobre la arrogante capitana un bruloto, que, por fortuna, pudo desviar. A las dos de la tarde estaba desmantelada, subiendo á 200 los muertos; resistía, no obstante, el equipaje, á imitacion de su General, que, ya que no se acreditára de buen jefe de escuadra, demostró ser valeroso soldado. Desde el principio del combate fué herido por bala de fusil, que le atravesó una pierna, conservándose en su puesto con admirable presencia de ánimo. Una fuerte contusion en el pecho, que le hizo caer sin sentido, á tiempo que caia igualmente el comandante, fué razon para que cesára la efusion de sangre, rindiendo el pabellon honrosamente sostenido.

Atraido por la voz del cañon llegaba entónces, desde el puerto de la Valette, el general D. Baltasar de Guevara, demasiado tarde para auxiliar á su jefe; á su vista dejaron los británicos á la fragata *Perla*, única que no habian rendido todavía; y sin ser molestado, se retiró entónces á Cerdeña con seis navíos y dos fragatas, resto de la armada y expedicion en que se ponian las esperanzas de ó la restauracion de España, sin considerar que es cosa fácil, habiendo dinero, fabricar naves; pero que la creacion de hombres que las organicen, las dirijan y de todas ellas hagan el conjunto unido y eficaz que se llama escuadra, exige tiempo, práctica continua y atencion especialísima.

El almirante Byng puso en tierra en Augusta á los prisioneros, excusándose de lo ocurrido por haber sido los españoles los que dispararon el primer cañonazo, en lo cual decia verdad, omitiendo que él se dirigia á abordarlos.

Con la noticia del desastre se agriaron las negociaciones con la Gran Bretaña; nuestro embajador en Lóndres recibió órden de abandonar su puesto, afeando la falta de buena fe de aquel Gobierno. Por su parte, el rey Jorge I culpó al de España de la infraccion de la neutralidad en Italia, y le declaró la guerra; sus escuadras asolaron las costas de Cantabria, incendiando los astilleros, en que se proyectaba construir 50 navíos en un año; en Pasages destruyeron seis ya casi concluidos; otros tres en Santoña, con los materiales acopiados para siete más; y en alianza con los franceses, que tambien se pronunciaron enemigos, siguieron los destrozos en Rivadeo, Pontevedra, Vigo y otros puntos de la costa; de modo que la obra de Gaztañeta quedó totalmente destruida, y los planes de Alberoni, como castillo de naipes, vinieron al suelo de un soplo, siendo él mismo sacrificado por el Rey á las necesidades de la paz.

Cuando Gaztañeta se repuso de las heridas del combate de Sicilia ó de cabo Passaro (que de ambos modos se conoce en la historia, por haberse verificado á vista de la extremidad de la isla que así se nombra), regresó á España y fué empleado en otros mandos y comisiones. En 1726 condujo la escuadra á las Indias occidentales, tocó en Santo Domingo, dejó en la Habana 3.000 hombres, que libraron á la plaza del golpe de mano que á poco intentó el almirante inglés Hossier; siguió á Veracruz, donde embarcó la plata, y usando de su experiencia de piloto, burló los cruceros que le esperaban á la recalada, y desembarcó en Galicia el tesoro, con tanta alegría de la Córte, que le acordó una pension de 1.000 ducados y otra de 1.500 para su hijo. Murió en Madrid, de accidente apoplético, el 8 de Febrero de 1728, estando alojado en las casas de Rivas, y se le enterró en la iglesia inmediata de las monjas de la Concepcion Jerónima.

Además de las obras ya citadas, publicó en 1693 el *Cuadrante geométrico universal para la conversion esférica á lo plano, aplicado al arte de navegar;* está indicada en la *Biblioteca Marítima* de D. M. F. de Navarrete; no así el *Reglamento para organizar la recluta de marinería*, que redactó el año de 1617 en su casa de Motrico, y que puede considerarse como base del sistema de las matrículas de mar.

Facsímile de la firma

JUAN SEBASTIAN DEL CANO,

PRIMER CIRCUMNAVEGANTE.

ENTRADA EN SANLUCAR. — 6 DE SETIEMBRE DE 1522.

Una hermosa tarde de otoño del año de gracia de 1522 se apiñaba en la playa de Bonanza la poblacion marinera, para ver cómo, impulsada por la brisa, embocaba el Guadalquivir una nao engalanada con banderas y gallardetes. El apóstol Santiago, con el perfil blanco de su corcel, que se destacaba del fondo rojo del paño, bien descubriera que era la nao española, si de más léjos no lo hicieran patente las veneras pintadas en las velas con el piadoso mote:

ESTA ES LA VERA FIGURA
DE NUESTRA BUENA VENTURA.

Pero el ser de Castilla el bajel más avivaba la curiosidad de los que desde tierra lo miraban, porque siendo aquél el puerto de donde salian las flotas de Indias, dependientes de la Casa de Contratacion, nadie recordaba la figura de aquella embarcacion, cuyo casco maltratado y aparejo destacido por injuria de temporales, no dejaban duda de ser largo y trabajoso el viaje que terminaba.

Dos dias despues, el 8 de Setiembre, se agolpaba la gente sevillana con mayor interes, haciendo carrera al extraño cortejo que hacian diez y ocho hombres flacos, descoloridos, derrotados, que con sendas velas de cera en las manos, descalzos los piés y en mangas de camisa, se dirigian en devota procesion desde el muelle al santuario de Nuestra Señora de la Victoria, cumpliendo el voto que habian ofrecido en trances apurados. Circulando con rapidez entre los grupos de los espectadores que aquellos míseros mareantes componian el resto de la armada que tres años ántes habian visto salir al mando de Fernando de Magallánes, contenian dificilmente la impaciencia de saber pormenores de la colosal empresa realizada de la vuelta al orbe, por más que algunos afortunados en comunicar de los primeros con cualquiera de los penitentes, anticipára nuevas que volaban de boca en boca más abultadas en cada trasmision. En las *catorce mil leguas* que habia medido la quilla de la nao *Victoria* habian visto sus tripulantes gigantes y pigmeos, amazonas, antropófagos, árboles y animales fabulosos, constelaciones sin parecido en las que esmaltan el hemisferio boreal, con otras maravillas que no tenian fin ni cuento en la imaginacion andaluza de los disertantes. Cuando acabó la ceremonia religiosa, se disputaban los primeros señores de la ciudad el placer de albergar en su casa á los nuevos argonautas, sabiéndose entónces todo lo ocurrido en la expedicion más famosa de cuantas registra la historia del mundo.

Juan Sebastian del Cano ó Elcano, caudillo de los pocos que volvieron á la patria, nació en la villa de Guetaria, reinando los Católicos D. Fernando y doña Isabel, sin que hasta ahora se haya averiguado la fecha ni los principios de su vida, aunque sí que tuvo un hermano clérigo beneficiado. Jóven aparece en la expedicion del Cardenal Cisnéros á Orán, mandando una nao de doscientas toneladas, que debia ser de su propiedad, puesto que habiendo tomado dinero sobre ella en Italia, y no pudiendo devolverlo por falta del abono oportuno del flete (lo que no era raro en la administracion de aquellos tiempos), se decidió á venderla á los acreedores, incurriendo en grave delito, toda vez que una pragmática dada por los Reyes Católicos el año de 1501 prohibia vender navío ni otra embarcacion á los extranjeros, aunque tuviesen carta de naturaleza, bajo severas penas. Tratando de eludirlas, se mantendria probablemente fuera del reino hasta el año de 1519, en que consta se habia avecindado en Sevilla, como centro de la Contratacion de las Indias, y refugio de la gente de mar, bien acogida por los armadores, singularmente por los que hacian asientos para descubrir ó poblar tierras en el continente colombiano.

Por este tiempo ofrecieron sus servicios al Emperador los ilustres portugueses Fernando de Magallánes y Ruy Falero, brindándose á señalar un camino para la especieria distinto del que frecuentaban sus compatriotas. La honrosa reputacion que precedia al primero, y el deseo del Monarca de proseguir una empresa en que habian fracasado Solís y otros descubridores españoles, facilitaron los términos en gran manera y vencieron la principal de las dificultades, que era la de allegar los fondos necesarios para preparar una armada de cinco buques. En Sevilla se reunieron y pertrecharon para larga navegacion, prestó pleito homenaje Magallánes, y salió de la barra de Sanlúcar el 27 de Setiembre de 1519.

El que conociendo los riesgos naturales de la navegacion y los elementos que las ciencias y las artes han ido acumulando hasta el dia para construir esos magníficos vasos que surcan el Atlántico, se detiene á considerar lo que eran los bajeles con que se han fijado todos los caminos conocidos, no acierta á comprender que fueran hombres como los de-

mas los que en tan mal seguras tablas ponian la proa á la incierta direccion del deseo, ruta casi cierta del abismo. La comprension resiste muchas veces ciertos hechos, obligando á los ojos á repasar la leyenda que más que de la historia real se antoja ser de la que los griegos escribieron en loor de sus divinidades.

La *Trinidad*, nao capitana de Magallánes, media 132 toneladas; ménos de las que tiene cualquiera de los barcos actualmente destinados al cabotaje; las otras eran menores hasta el límite de 90 toneladas, y entre las cinco, del general al grumete, llevaban 239 individuos. Cano ó Elcano, que de ambas maneras se le llama, tuvo plaza de maestre en la nombrada *Concepcion*, cuyo capitan era Gaspar de Quesada, y piloto Juan Lope de Carvallo.

Llegados sin accidente los bajeles á la costa del Brasil, á fines de Noviembre, descendieron lentamente, reconociendo las abras que se veian en el continente, esperando que cada una de ellas fuera el estrecho que buscaban. Así emplearon hasta el 31 de Marzo de 1520, dia en que la armada fondeó en el puerto de San Julian, en la costa patagónica, desesperanzados del término en el momento en que lo tocaban con la mano. Los frios, la escasez de la racion, la esterilidad de la tierra que veian, la monotonía de la vida y el cansancio de seis meses de continuo trabajo, influyeron los ánimos, predisponiéndolos á la nostalgia. Sin la reunion de tantas circunstancias adversas, es consecuencia natural y ordinaria de la prolongada estancia en la mar que se exciten en el hombre las pasiones, y que el aburrimiento y la privacion cambien momentáneamente las condiciones del más sufrido y cachazudo; pero en esta expedicion vino á agravar el caso la procedencia del jefe, que por su altivez humillaba doblemente el orgullo de los castellanos. Habia resistido desde el primer momento la intervencion de sus actos, que las instrucciones del Emperador conferian al Veedor de la Armada; respondia con entereza y desconfianza á la poca confianza de sus subordinados, y se rodeaba de los portugueses que consigo llevaba, sin disimular una preferencia que lastimaba á todos los otros. En esta situacion tirante, una chispa bastaba para producir la explosion contenida, que se verificó en la boca misma del Estrecho. A pretexto de que el General prescindia en absoluto de sus capitanes y no cumplia los mandatos Reales, Cartagena, Quesada y Mendoza, los tres principales, se pusieron de acuerdo para deponerle, y el 1.º de Abril (domingo de Ramos), por la noche, fueron con gente armada á la nao *San Antonio*, que no estaba en el complot, se apoderaron de ella, no sin sangre, y pusieron por su capitan á Cano, presumiendo que, dueños de las tres naves, lo estaban virtualmente de toda la fuerza. Requirieron por tanto á Magallánes á que obedeciera las Reales provisiones con tono harto altanero; pero no era el jefe hombre que se intimidára fácilmente: diciendo que les oiria, envió con carta para Mendoza á un hombre de su confianza, que le clavó un puñal en la garganta; hizo fuego sobre la *San Antonio*, que se entregó por no estar la gente dispuesta á una rebelion decidida, y con esto acabó el motin. Gaspar de Quesada fué ahorcado, pregonándolo por traidor; Cartagena y un clérigo su amigo, sentenciados á quedar en la inhospitalaria costa patagónica; los demas conjurados, que ascendian á 40, entre los más principales Juan Sebastian, fueron perdonados.

En el puerto de San Julian, teatro de los sucesos, pasó cinco meses Magallánes, fortaleciendo la disciplina y reparando las naos, enviando por delante á la *Santiago*, que naufragó en el rio Santa Cruz, salvándose la tripulacion. Sufrió en la navegacion continuada furiosos temporales, penetrando en el Estrecho con tanta pena, que uno de los pilotos portugueses se determinó á representar que estaba cumplida la mision, y seria conveniente regresar á España para que otra armada mejor dispuesta acabara de pasar al mar del Sur; oido lo cual puso el General pena de la vida al que hablase de viaje, y mandó ir por delante á la nao *San Antonio* para descubrir la salida. Iba en ella Estéban Gomez, el que habia aconsejado la vuelta, como medida preventiva, que de nada sirvió; pues la idea de ser el primero en traer la noticia puso espuelas al deseo manifestado, y aprovechando la separacion, de acuerdo con los marineros, que no necesitaban argumentos para secundarle, hirió al capitan Alvaro de Mezquita, y retrocediendo, llegó á Sevilla en Mayo de 1521.

Con esta defeccion quedaba la armada reducida á tres naos, y grandemente irritado su jefe, porque en la *San Antonio* iban casi todos los portugueses que habia embarcado; y el piloto Gomez, que le hacia traicion, era una de las personas en que habia depositado su confianza. Se vió en la necesidad de contemporizar con los castellanos y de pedir consejo acerca de la prosecucion de la campaña, lo que no hubiera hecho á contar con su gente; prevaleció, no obstante, su opinion, porque Andres de San Martin, piloto de la *Vitoria*, dijo en su apoyo que, hecho lo más, no debian dejar de hacer lo ménos, y estimulando con la frase el amor propio de los compañeros, quedó decidida la continuacion del viaje, asegurada el dia 27 de Noviembre, en que desembocaron en el mar del Sur ó Pacífico. Surcando los primeros aquellas aguas, descubrieron un grupo de islas que llamaron de *Los Ladrones* (las Marianas), donde repusieron la aguada, y más adelante otro nombrado por ellos *San Lázaro*, que es parte del archipiélago filipino. La isla de Zebú les sirvió de descanso, recibidos por el rey indígena con aparente amistad y agasajo, que Magallánes quiso asegurar auxiliándole en la guerra que sostenia con otro reyezuelo vecino, y la flecha de un indio salvaje vino á cortar la vida del grande hombre, cuya fama pregonará siempre ese estrecho, que él llamó de *Todos los Santos*.

Eligieron los expedicionarios por general á Duarte Barbosa, portugues, que distaba mucho de las condiciones de su antecesor; contra los reparos que á bordo se le hicieron, aceptó el banquete á que invitaba el rey de Zebú á todos los españoles, cayendo en emboscada, en que fué asesinado con otros veinte y ocho; y como en la refriega de Mactan habian sucumbido ocho más con Magallánes, y salido heridos veinte y siete, quedó muy reducida la Armada, no alcanzando su gente para manejar las tres naos.

Juan Carballo, piloto de la nao *Concepcion*, tambien portugues, en quien recayó el mando, decidió quemar su nao, por ser la más vieja y deteriorada, y embarcar los efectos en las dos que quedaban, en que igualmente se repartieron las 74 personas. Juan Sebastian sufria de una enfermedad que le tenia postrado, por cuya causa no asistió al combate ni al festin.

De Zebú pasaron ambas naos á Borneo, donde, recibidas con mala fe, dejaron otros tres hombres cautivos á vuelta de contestaciones y reyertas con los naturales. Carballo no se mostraba á la altura de su cargo; era general el disgusto que producian sus mandatos arbitrarios y desacertados, dando motivo á que por ellos le hicieran proceso los mismos que habian consentido obedecerle, que le sustituyeron con Gonzalo Gomez de Espinosa, y designando para el mando de la *Vitoria* á Juan Sebastian, determinaron que éstos dos jefes y el maestre Juan de Poncevera constituyeran un consejo, en que se tratasen todos los asuntos de la armada. Con esto se decidió hacer rumbo al Maluco, que ninguno de los portugueses queria oir nombrar siquiera; visitaron las islas de Joló, alcanzando á través de aventuras y combates con embarcaciones que salian á su paso, las famosas islas de la Especieria, codicia de Europa y motivo de los principales adelantos de la navegacion.

El rey de Tidore conocia las ventajas del comercio con los europeos, y enterado de la procedencia de los recien llegados á su pais, y del poder de la Monarquía española, que representaban, les hizo excelente acogida, facilitó el cargamento de clavo y otras especias que solicitaban, y quiso enviar presentes magníficos al Emperador en solícitud de su amistad, para lo cual rogaba á los huéspedes que descansáran en sus Estados, dejándole espacio suficiente

para fabricar telas ricas y joyas que habian de llevar en su nombre. Gomez de Espinosa y Juan Sebastian aprovecharon tan buenas disposiciones para firmar con el rey Almanzor un tratado de amistad y comercio, y hubieran prolongado de buena gana una estancia tan beneficiosa para los enfermos de la armada; mas supieron que, irritado el Rey de Portugal por aquella empresa, en que se habian mezclado sus vasallos, habia enviado bajeles para cortarles el camino, y acordaron que, siguiendo viaje la *Vitoria* al Occidente, en tanto que carenaba la *Trinidad*, marchára ésta por Oriente en busca de la Nueva España, lo cual no llegó á realizar.

Hé aquí el momento en que el maestre que fué de la nao *Concepcion* vino á recoger la autoridad heredada del insigne Magallánes y el cargo responsable de las reliquias de la expedicion con tanto entusiasmo preparada. Los mares que tenia que surcar no eran de los velados por el misterio; tiempo hacia que los portugueses habian encontrado su camino; pero éstos lo guardaban como enemigos, y un cascajo viejo y averiado, cuyo velámen orientaban con trabajo brazos enfermos, teniendo que arrostrar los temerosos aproches del *Cabo de las Tormentas* y el crucero de los enconados discípulos de Vasco de Gama, no era instrumento para manos inhábiles. Tanto vislumbraban los mareantes de la *Vitoria* la grandeza de la resolucion á que se entregaban, que hicieron á la Vírgen de aquella advocacion y á la de *la Guia* el voto solemne de la peregrinacion á sus santuarios, acordando otro de completa confianza á la inteligencia y corazon del hombre de mar que habia de dirigirlos.

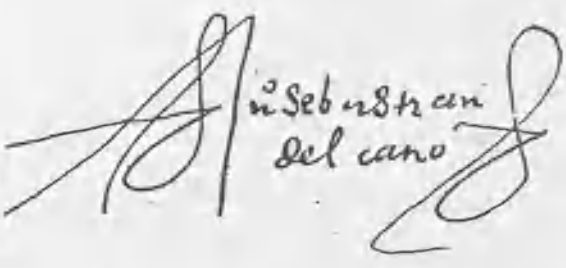
Con lágrimas y cañonazos se separaron los compañeros de penalidades, dando al viento sus velas la *Vitoria* el 21 de Diciembre de 1521. Fuerza es abreviar el relato, omitiendo la homérica resistencia al viento, á la mar, al hambre, de aquellos hombres de hierro; cada semana cesaba de sufrir alguno de ellos, bajando al fondo del mar envuelto en el sudario, y en las islas del Cabo Verde, donde pensaron hallar refrescos, ocultando la procedencia, fueron detenidos doce hombres que bajaron á tierra en el batel, teniendo que escapar á toda vela la nao, para resistir todavia la contrariedad de los tiempos, y para trabajar con las bombas en mantener á flote las tablas, que pugnaban por desasirse. El 6 de Setiembre de 1522, á los tres años ménos catorce dias de la salida de aquel puerto, entraban, dicho queda, por la barra de Sanlúcar, dando al olvido todas las penalidades, con la compensacion de pisar la tierra patria, cuyo amor sólo saben apreciar los que la han llegado á considerar perdida.

El César, que residia por entónces en Valladolid, mandó que Juan Sebastian, con dos compañeros de su eleccion, pasára á la córte á darle noticia al pormenor del viaje, encargando que de su cuenta se les proveyese de vestidos y cuanto hubieran menester; le felicitó cordialmente por ser el primer hombre que habia rodeado el globo terrestre, y á fin de que nunca se borrára la memoria de suceso tan grande en los fastos geográficos, dióle escudo de armas, cuyo yelmo tenia por cimera el mundo, con el hermoso y oportuno lema: PRIMUS ME CIRCUMDEDISTI, con otras mercedes, no muchas ni tan señaladas, empero, como á juicio de la opinion pública merecia, pues se cuenta que, habiendo pasado á Italia con uno de los tripulantes de la *Vitoria*, salia la gente á su encuentro para mirarle como á cosa fenomenal. Una de las concesiones otorgadas por el Emperador fué la de poder llevar armas ofensivas y defensivas, él y dos hombres que fueran en su compañía, en razon á que *habia personas que le querian mal, y recelaba que le heririan, matarian, lisiarian ó harian otro mal, daño ó desaguisado*, de donde, con fundamento, se ha supuesto que los celos, la envidia ú otra mala pasion amargaron su vida, siempre amenazada. La suerte me ha deparado la lectura de otras Reales cédulas, una de ellas expedida por el mismo Emperador, el año de 1562, á favor de D. Miguel de Oquendo, general que fué de la Armada, en que se repiten idénticas palabras, y esta circunstancia me inclina á creer que fueran de fórmula de Cancilleria, para justificar concesion que constituia privilegio, sin que en realidad existieran asechanzas ni temores por la seguridad de la persona del circumnavegante.

Más adelante, sin cumplir tres años de reposo, se ofreció perspectiva más de su gusto con la preparacion de nuevas Armadas con que el Emperador trataba de tomar asiento en las Molucas, á pesar de las reclamaciones del embajador de Portugal. En la Coruña se disponia una de siete naves, que al mando del Comendador don García Lope de Loaisa habia de ir por el mismo camino que la de Magallánes; ninguno como Juan Sebastian reunia á la aptitud la práctica de derrotero del Estrecho, primera precaucion y áun garantía de la expedicion, y por natural resolucion fué nombrado capitan de la nao *Sanct Spiritus*, con los cargos de piloto mayor y segundo jefe de la Armada. Los bajeles eran mayores y más fuertes que los de la anterior; reunian 450 hombres de tripulacion, entre los cuales iban no pocos hombres de distincion ganosos de honra; los víveres, pertrechos y recursos correspondian á más altos empeños, como las esperanzas puestas en el logro, que hacian risueña la partida el 24 de Julio de 1525; pero los humanos propósitos se estrellan allí donde ménos se presume. Jamas expedicion tan desdichada salió de las costas ibéricas, tan pródiga de hierro y de madera para dar carga al Océano, y de la vida de sus hijos, empleada en rasgar el velo de sus secretos. Antes de hallar la entrada del Estrecho, separó á las naos un terrible temporal que algunas corrieron hácia el Sur, viendo un promontorio que pareció á los marineros *el acabamiento de la tierra*, y era ciertamente la extremidad de la Tierra del Fuego ó Cabo de Hornos; otras vararon en la costa y arrojaron al agua la artillería con otros objetos, tocando peor suerte á la de nuestro piloto mayor, que se estrelló en las piedras, ahogándose nueve hombres. Juan Sebastian se trasladó á la *Anunciada*, esperando dentro del Estrecho, donde nuevos desastres le esperaban. Desertaron dos naos, que perecieron; sufrieron las otras repetidos tiempos, que las diseminaron otra vez en el mal llamado mar Pacífico, y hallándose sola la capitana, con los dos jefes á bordo, inundada de agua, acortada la racion, la gente enferma y trabajada, llegó su hora al Comendador Loaisa, acongojado por tantas desdichas. Su muerte fué muy sentida, porque habia sabido captarse las voluntades de todos, y abriendo los pliegos reservados del Emperador, escritos para este caso, se vió que nombraba por sucesor en el mando á Juan Sebastian del Cano; á un cadáver más bien, que sólo cuatro dias tardó en seguirle á otro mundo, habiéndose dispuesto á ello como permitian las circunstancias, redactando su disposicion testamentaria.

El 4 de Agosto de 1526 se agrupaban los marineros en la borda, la gorra en la mano, húmedos los ojos; se oyó el ruido de un cuerpo arrojado al agua; despues, el murmullo de un *Pater noster*; eran los funerales del primer circumnavegante.

Facsímile de la firma.



DON JUAN DE AUSTRIA

CAPITAN GENERAL

BATALLA DE LEPANTO. — 7 DE OCTUBRE DE 1579.

Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes. Palabras del Evangelio son éstas que, en el momento de sorpresa y alegría causadas por la nueva de la victoria del Generalísimo de la Santa Liga, fueron repetidas por el Pontífice Pío V, con el convencimiento íntimo de la predestinacion del caudillo venturoso que «dió al mundo desengaño del error en que estaba, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en la más alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.» Con el Príncipe de los ingenios españoles, soldado de tal general en la famosa jornada que dictó tan hermosas frases, todos á porfía, los que con él hicieron el viaje al Parnaso, forjaron otras, dignas del objeto y de la persona simpática y querida, que, sin mancha ni sombra, resplandecerá perpétuamente en nuestra historia. La bibliografía de Don Juan de Austria ocuparia más espacio del que á sus empresas marítimas concede el limitado espacio de esta reseña colectiva; pero tampoco fuera necesario más, si yo supiera aprovecharlo, para traer á la memoria lo que todos saben.

No es tan evidente el orígen ó nacimiento del Príncipe, que se ha dicho ocurrió en Ratisbona el año de 1546, siendo su madre una doncella de condicion oscura, llamada Bárbara Blomberg. Hay motivos para sospechar que esta dama hizo el sacrificio de su reputacion á otra de más alto rango con quien el Emperador, despues de viudo, tenia relaciones amorosas. Ello es que, retirado el César en el monasterio de Yuste, fué llevado allí con misterio un niño que apadrinaba su mayordomo D. Luis Quijada, y que en calidad de paje entretenia la vida sosegada de D. Cárlos. Eficacísimamente lo recomendó en el testamento al rey Felipe II, que le dispensó un afecto excepcional en su carácter, sin descubrir por entónces su régia estirpe: hasta el año de 1559, en que regresó á España, habia continuado el niño bajo la tutela de Quijada, y al presentarlo al Rey en el monasterio de la Espina, como le hiciera el acatamiento de vasallo, le levantó con bondad, ciñóle por su mano la espada, y poniendo en su cuello el Toison de Oro, le dijo: «Buen ánimo, niño mio, que sois hijo de un nobilísimo varon. El emperador Cárlos V, que en el cielo está, es mi padre y el vuestro.»

Desde el momento fué instalado en la córte y familia del Rey, con casa y estado propios, y recibió los honores y distinciones con el nombre de D. Juan de Austria, como descendiente de la familia imperial de Hapsburgo. Su padre pensó dedicarlo á la Iglesia, y respetando las indicaciones que sobre el particular hizo al Rey, cuidó éste de completar la educacion literaria que se habia empezado en Alemania; pero el Príncipe se mostró decididamente inclinado á las armas, sobresaliendo por su destreza en todos los ejercicios que en aquella época se consideraban indispensables para desempeñarla dignamente. Era galan, bizarro, apuesto en su persona, y el primero en las justas y fiestas de la juventud, mostrando el espíritu caballeresco, reflejo del de su padre, al extremo de salir secretamente de la córte, camino de Barcelona en 1565, con la idea de acudir en auxilio de los caballeros de Malta, sitiados por los turcos. Don Felipe II contuvo su ardor, sin contrariar las disposiciones belicosas que se iban manifestando; ántes se propuso abrirles campo y utilizarlas en provecho de la monarquía, depositando en la persona de su hermano una confianza merecida por la cordura de su proceder, harto difícil en el trato con el príncipe D. Cárlos. La ocasion de empezar sus servicios se presentó con los achaques del veterano D. García de Toledo, que le obligaban á declinar los cargos de Virey de Sicilia y de Capitan general de la mar, y para este último se extendió título al Príncipe con fecha 17 de Enero de 1568, diciendo entre otras cosas: «Siendo este cargo de la calidad, confianza y importancia que es, habemos determinado y acordado de elegir y nombrar á vos el ilustrísimo señor don Juan de Austria, nuestro muy caro y muy amado hermano, por nuestro Capitan general del mar Mediterráneo y Adriático, así de las galeras nuestras que al presente están armadas y se armaren adelante, como de las sesenta que se arman y han de armar con el subsidio eclesiástico, y de otros cualesquier navíos de alto bordo, fustas, galeotas y bergantines que mandáremos hacer y juntar por mar con las dichas galeras ó parte dellas, para cualquier empresa y ocasion que se ofrezca; siendo como somos cierto que, por ser como sois, á Nos tan junto en sangre y amor, por el crédito y satisfaccion que tenemos del ánimo, valor, y otras muchas y singulares virtudes que en vuestra persona concurren, correspondiendo á quien vos sois y conforme al gran celo que habeis siempre tenido y mostrado á las cosas de nuestro servicio, nos serviréis en el dicho

cargo con el amor y fidelidad y diligencia que negocio de tanta importancia requiere.»

Por lugarteniente general se nombró á D. Luis de Requesens, Comendador mayor de Castilla, hombre de experiencia y de valor; por jefes y capitanes, los más acreditados de la Armada; y por consejero, al citado D. García de Toledo, cuya mala salud no le consintió embarcarse, pero que sostuvo constante correspondencia con el Príncipe, informándole de todos los asuntos graves de organizacion, armamento y expediciones. En Junio del año mismo del nombramiento salió D. Juan á campaña, y se ejercitó por ocho meses en cruceros contra turcos y berberiscos, teniendo varios combates parciales y haciendo presas que estimularon más su aficion, si bien fué distraida de momento por sucesos que le llevaron á otro teatro de operaciones. Los moriscos de Granada habian levantado el estandarte de la rebelion, empeñándose una guerra de espantosa ferocidad, en que se gastó el prestigio de varios caudillos designados por el Rey para dirigir sus tropas. Don Juan de Austria, que á la sazon contaba veinticuatro años de edad, fué puesto á la cabeza del ejército el año de 1569, y tuvo la gloria de extinguir el fuego de aquella lucha, no sin algun contratiempo, y lamentando la muerte del anciano Quijada, á quien amaba como segundo padre; pero adquiriendo con la práctica la seguridad de la decision en el mando y acreditando condiciones de capitan.

En tanto que aseguraba los beneficios de la paz en la Alpujarra, se alzaba sobre el horizonte político una tempestad amenazadora para los príncipes cristianos. Habian llegado los turcos al apogeo de su grandeza con las victorias del famoso Soliman, que sojuzgaron los países más fértiles de Europa y Asia. Egipto acababa de sucumbir tambien, y Selim II, sucesor de Soliman, se proponia ensanchar más sus considerables dominios á favor de la poderosa armada con que señoreaba el Mediterráneo, empezando por la isla de Chipre, que poseian los venecianos. En tan grave apuro para la cristiandad, el Papa Pio V dejó oir su voz, convocando á todos los que podian concurrir á levantar un dique contra los sectarios de Mahoma, formando liga defensiva, sin que su persuasiva palabra, más que la inminencia del peligro, fuera bastante á distraer rivalidades y pretensiones que separaban á los Estados europeos. La república de Venecia, como más inmediatamente amagada, y España, cuyo Rey blasonaba de campeon de la fe, fueron las únicas que acudieron al llamamiento, estimulada la primera con la noticia de la toma de Miosia, capital de la isla de Chipre, por los turcos, con todos los horrores del asalto. A España, que aprontaba el núcleo de las fuerzas navales, tocaba nombrar el jefe, y tan insigne honra cupo á D. Juan de Austria. Miéntras los plenipotenciarios estipulaban las condiciones de la Liga, la duracion y objeto del tratado, distribucion de gastos, contingente de bajeles y soldados, convenio que se ultimó en Mayo de 1570, se habia construido en Barcelona la galera Real destinada al Generalísimo, y llevando el casco á Sevilla, las Bellas Artes asociadas se ocupaban en la decoracion y adorno del bajel, que el Rey queria fuese una maravilla naval. Pintores, escultores, arquitectos, doradores, imagineros, daban sér á los planes ideados por los filósofos y poetas de más nombre, á fin de que todo en el hermoso bajel fuera simbólico é instructivo, ofreciendo á la imaginacion, no ménos que á los sentidos, asunto de meditacion y de enseñanza. Juan Bautista Castillo, *El Bergamasco*; Juan Vazquez, Benvenuto Tortello, Fernando de Herrera, contribuyeron, con otros artistas, á embellecer una obra para cuya descripcion escribió un libro Juan de Mallara; el rey Felipe II la visitó en la Pascua del mismo año de 1570, manifestándose satisfecho de lo que iba ordenado, tanto como de la actividad con que se ejecutaban las obras.

El 6 de Junio, recibidas las últimas instrucciones de su hermano, partió de Madrid D. Juan de Austria; y hecha peregrinacion á Monserrat, se embarcó en Barcelona, saliendo del puerto con 30 galeras, y tocando en Génova, Nápoles y Mesina, puntos en que fué recibido con gran fiesta y agasajos. En la segunda capital, por embajada de Su Santidad, recibió una espada, el baston de mando y el estandarte de la Liga, de damasco azul con un crucifijo á cuyo pié estaban las armas pontificias, con las de España á la derecha y las de Venecia á la izquierda ligadas por una cadena, de la que estaban suspendidas las de D. Juan de Austria. En Mesina se fueron agregando á la armada las escuadras de los distintos dominios de España, las de Venecia, que por su organizacion y armamento dejaban bastante que desear, siendo necesario completar la guarnicion con soldados españoles, y las del Papa; sumando más de 300 bajeles, con 80,000 hombres, sobresaliendo seis galeazas, cada una de las cuales montaba 40 cañones, embarcaciones de nueva invencion, que iban á probar sus condiciones para la guerra. En el Consejo de los jefes hubo disparidad de opiniones acerca del plan de operaciones que debiera seguirse: la del caudillo, que prevaleció por deferencia, fué buscar al enemigo donde se hallase y presentarle batalla de poder á poder, con el doble motivo de saberse la capitulacion de Famagusta, segunda ciudad de Chipre, en la que los turcos habian excedido la costumbre de sus crueldades, desollando vivo al veneciano Bragadino, heróico defensor de la plaza.

El domingo 7 de Octubre de 1571, dia famoso en los anales de la humanidad, acercándose la armada de la liga á la boca del golfo de Lepanto, sitio inmediato al que presenció la batalla de *Accium*, se descubrió la de los enemigos, que avanzaba con lentitud. Iba la primera en tres divisiones: la derecha, al mando de Juan Andres Doria; la izquierda al del almirante veneciano Barbarigo, ocupando el centro D. Juan, sostenido por Colonna y Veniero, capitanes generales del Papa y de venecianos, y cerrando la retaguardia el Marqués de Santa Cruz, á cuya sangre fria se habia confiado la division de reserva, con órden de acudir á donde lo creyera necesario. Presentaban las galeras un frente de tres millas, y llevaban á los flancos las potentes galeazas. Los mahometanos se adelantaban en forma de media luna, arbolando la insignia en el centro Alí Bajá; dirigia la derecha Mahomed Siroco, virey de Egipto; la izquierda, el argelino Uluc Alí, y contra lo que se esperaba, reunian fuerzas superiores á las de los aliados, pasando de doscientas cincuenta las galeras grandes, sin las otras embarcaciones, con un contingente de ciento veinte mil hombres. El Príncipe se metió en un esquife y recorrió la línea animando á los soldados y saludando afectuosamente á los jefes: mandó despues tocar las trompetas á batalla, y cuando sonó el primer cañonazo de los turcos, tomando un crucifijo en la mano, se arrodilló con toda su gente, rindiendo las armas en tanto que un sacerdote revestido pronunciaba la absolucion, cuadro solemne é imponente, iluminado por el sol de mediodía. Distinguiéndose la galera Real de Alí por las banderas que traia, á ella dirigió la proa D. Juan, recibiendo la descarga de su artillería algo léjos, y sin más pérdida que algunos remeros; contestó casi en el momento de embestir con el espolon, y estando cargados los cañones con metralla y trozos de cadenas, hizo un estrago horrible en los turcos. Siete galeras apoyaban la de Alí, que, con las que seguian al Generalísimo, formaron un grupo compacto, batiéndose al arma blanca con encarnizamiento, ya en la cubierta de una, ya en la de la otra, segun la alternativa de las acometidas. Hubo arcabucero, dice una relacion, que disparó cuarenta veces, y al cabo de hora y media estaba la pelea como en un principio, rechazados dos veces los españoles y herido el Príncipe en un pié. Por fin, dando las trompetas la señal del tercer abordaje, en el empuje cayó muerto Alí Bajá, con lo cual desmayaron los suyos, y derribadas las banderas, se enarboló la cruz en la capitana turca, gritando victoria los soldados. El humo de la pólvora no consentia ver lo que ocurria en las alas, donde se combatia con el mismo ardor; mas lo veia muy bien el

Marqués de Santa Cruz, y cayendo con todo el peso de su escuadra de reserva, inclinaba la balanza allí donde los mahometanos se creian vencedores. Puestos en fuga, obedeciendo las órdenes de Uluc Alí, fueron perseguidos y acosados.

Jamas lograron en la mar victoria tan decisiva y brillante las armas de la cristiandad. Los musulmanes perdieron treinta mil hombres entre muertos y prisioneros, y ciento treinta galeras, apresadas y repartidas entre los vencedores, sin las que se fueron á pique, con riquísimo botin de oro y joyas, y la libertad de doce mil cautivos que andaban al remo. Las pérdidas de la liga fueron comparativamente pequeñas, no llegando á ocho mil los muertos, de ellos dos mil españoles, ochocientos romanos y el resto venecianos.

La entrada de la Armada en Mesina llevando á remolque las presas, con la popa por delante por escarnio, y las banderas de la media luna arrastrando por el agua; el estruendo de la artillería, la voz de las trompetas y el clamoreo del pueblo que cubria los muelles, hicieron escena que no se describe. La ciudad decidió erigir una estatua de bronce al Príncipe, y le ofreció un presente de treinta mil coronas, que aceptó con gratitud, destinándolas, lo mismo que la parte que le correspondió del botin, para alivio y socorro de los heridos. No fué menor el entusiasmo en España y en los pueblos coligados al recibir la noticia y los trofeos: celebráronse fiestas brillantes, y el Senado de Venecia decretó que siempre lo fuera nacional el 7 de Octubre. Don Juan recibió felicitaciones de todas partes, siendo la de su hermano el Rey expresiva y cariñosa.

A estar en manos del caudillo de la liga la prosecucion de las hostilidades, las hubiera llevado bajo los muros de Constantinopla y hubiera sido mucho más grande el fruto conseguido; mas los coligados, á quienes lo propuso, hallaron excusa en lo avanzado de la estacion, y con otras nuevas se dejó pasar la del año siguiente sin operacion de importancia. Los turcos respiraron y pudieron rehacer su armada, aunque, más cauta, rehusó la nueva batalla presentada por D. Juan ante Navarino. La muerte del Pontífice, alma de la liga, debilitó los lazos, que no tardaron en romper los venecianos, firmando aisladamente la paz con el Gran Señor.

Dueño de elegir por sí la línea de conducta sucesiva, resolvió el Rey enviar una expedicion á las costas de Berbería, tomando por base de operaciones el fuerte de la Goleta, que se conservaba en nuestro poder. En 1.° de Octubre de 1573 salió de Sicilia D. Juan con ciento cuatro galeras y veinte mil hombres de desembarco, que puso en tierra con felicidad, marchando con gran órden sobre Túnez, que se entregó sin resistencia, alcanzándose en tan breve campaña ciento cincuenta piezas de artillería, municiones y grandes acopios de trigo y mercancías. La plaza inmediata de Biserta, nido ordinario de piratas, sufrió la misma suerte, con lo cual dió el Príncipe la vuelta á Sicilia y se dispuso para emprenderla á España.

Historiadores de peso han dicho que el Rey recomendó á su hermano que arrasára el fuerte de la Goleta y los muros de Túnez, y que, léjos de ello, restauró con gran costo todas sus defensas, acariciando la idea, que apoyaban el Papa y algunas otras personas, de formarse un reino independiente: lo primero es de todo punto inexacto, constando en la correspondencia del Rey con D. García de Toledo y con su hermano las dudas que se ofrecian acerca de lo más conveniente; respecto á lo segundo, publicó el Sr. D. Adolfo de Castro, precisamente en el ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION del año anterior, comentarios de otros documentos que desacreditan tambien esa especie, y que en abono de las buenas luces de D. Juan de Austria, dicen que su ambicion se encaminaba á merecer la confianza, tanto como el cariño de su hermano. Hubo ciertamente quien sembró desconfianzas para impedirlo; mas de todos modos, llegado á España le recibió el Rey con todas las demostraciones de fraternidad, con todo el agasajo y distincion que sus grandes servicios merecian, y nada prueba mejor la sinceridad de estos sentimientos que la nueva comision á Italia del Príncipe en 1575, con el título de lugarteniente del Rey y con poderes iguales á los que tuvo el Duque de Alba. Con el mismo cariño le recibió otra vez en el Escorial el año siguiente al enviarlo á los Países-Bajos, escuela de la guerra y de la política, de la diplomacia y de las intrigas.

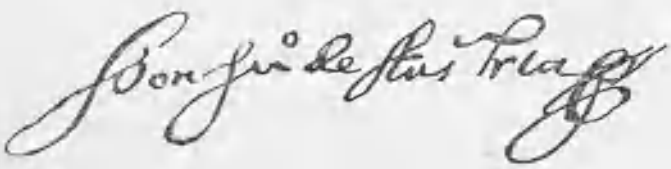
Don Juan no se separó de sus marinos sin dejarles memoria de la estimacion en que tenía á los que habian compartido sus laureles. En el Puerto de Santa María, invernadero de las galeras de España, fundó un hospital para las tripulaciones, con templo anexo, que, por su mediacion é influencia, tuvo de Su Santidad los mismos privilegios que la basílica de San Juan de Letran. Allí depositó el Príncipe los ornamentos y vasos sagrados que llevaba su galera Real, y la sagrada imágen de la Virgen, que desde la batalla de Lepanto, á cuyo fuego estuvo expuesta, se nombró *Nuestra Señora de la Victoria* (1).

Breve fué la campaña de Flándes para D. Juan: sin citar más que la toma por asalto de la plaza de Namur y la batalla decisiva que ganó en las llanuras de Gembloux, acabó su vida á la edad de treinta y dos años, llorado por el ejército, que idolatraba sus bellas prendas. Sobre la muerte circularon, tambien sin fundamento, siniestras noticias; pero lo cierto es que, atacado de tabardillo en el sitio de Bouges, cerca de Namur, sin comodidad ni descanso para pensar en la curacion, sucumbió en medio de su ejército el 1.° de Octubre de 1578, á los diez y seis dias de enfermedad. Los últimos momentos fueron pasados en más estrechez de la que tuviera á bordo: en un palomar que el acaso ofreció á la vista, y que se limpió precipitadamente para poner la cama. El entierro que se le hizo fué pasearle por todo el ejército en hombros de los maestres de campo, arrastrando los soldados picas y banderas negras, y embalsamado, se depositó en Namur hasta que pudo traerse al Escorial.

Corta fué su vida, pero bien aprovechada, ya que conquistó el aprecio de sus iguales, el amor de sus inferiores, el concepto de gran capitan y la simpatía de todos los españoles.

(1) Hoy se halla en la capilla del Panteon de Marinos ilustres.

Facsímile de la firma.



DON JOSÉ DE MAZARREDO,

TENIENTE GENERAL.

SALVAMENTO DE LA ESCUADRA.
1.º DE NOVIEMBRE DE 1780.

Pródiga como es de sus dones la Naturaleza, suele repartirlos con cuenta y órden que obedecen al grandioso sistema de su armonía; y así como el trigo no espiga allí donde se desarrollan el plátano y la ceiba, ni la sombra del roble cobija al cafeto, así tampoco se ven ordinariamente juntas en el hombre la hermosura y la agudeza, la energía y el saber, el talento y la diligencia, hallándose distribuidas y combinadas las buenas con las malas condiciones en el órden moral y en el físico, por el soplo creador que puso espinas en la rosa y privó de aroma á la camelia. Por excepcion de esta regla general se producen fenómenos que en la sociedad humana constituyen dos escalas extremas, segun el predominio de las actitudes, de las pasiones y tambien de las circunstancias del individuo que se halla fuera de la esfera normal.

En D. José de Mazarredo, nacido en Bilbao el 5 de Marzo de 1745, de distinguida familia, se notan particularidades tales, que es forzoso reconocer en él una de esas rarezas moldeadas para influir en la época de su aparicion y para dejar huella en las sucesivas. Alta estatura, constitucion robusta, gran fuerza muscular, que convenia con la energía del carácter, se conciliaban con una movilidad perpétua y con el afan incansable del trabajo, ya en las más altas concepciones del cálculo, ya en las enojosas prácticas de arreglo y organizacion, á bien en las fatigas del servicio de mar. De índole sociable, de modales distinguidos, en el trato comun era decidor y propenso á colocar un chiste con oportunidad, aunque el hábito del mando daba á su fisonomía aspecto grave é imponente. Poseia conocimientos generales, que le permitieron desempeñar difíciles misiones diplomáticas y alternar ventajosamente con los hombres de Estado y los jefes de las escuadras de otras naciones, y abarcando las numerosas ramas que constituyen el saber en la marina, dominó las Matemáticas, la Astronomía, la táctica, la construccion naval, la legislacion, la higiene y el arte, que pocos alcanzan, de conciliar con la severidad de la disciplina el bienestar y contento de los subordinados. Dice, con razon, un biógrafo que su vida resume la historia de la Armada en el tiempo que duró su carrera, con lo cual se evidencia la imposibilidad de trazar con breves líneas más que aquellos sucesos que por notoriedad despertaron la atencion pública.

El primero ocurrió siendo guardia marina en edad de diez y seis años, á consecuencia de naufragio del buque en que navegaba: contra el sentir de hombres prácticos y encanecidos, se embarcó de noche y con furioso temporal en un botecillo, y desmintió la creencia de que había de perder la vida, salvando la de 300 hombres que componian la tripulacion, hermoso ensayo de su genio marinero, que sirvió de cimiento á la reputacion que habia de lograr.

En viaje á Filipinas y por noticia que había visto en periódicos ingleses de haberse publicado tablas para la determinacion de la longitud por distancias lunares, se echó á discurrir sobre la resolucion de este problema, y de una manera complicada para suplir dichas tablas, lo consiguió, haciendo uso frecuente de su método para corregir la estima, único medio de que disponian por entónces los navegantes. El cálculo que concibió era tan prolijo, que se necesitaban cuarenta y ocho horas para concluirlo, á pesar de lo cual lo repitió durante el viaje, convenciéndole de la exactitud las recaladas al Cabo de Buena Esperanza y al estrecho de Sonda. Se le ha disputado la originalidad de la invencion, observando que ya en 1752 habia tratado el abate Lacaille de la posibilidad de determinar la longitud por las distancias lunares, siendo suya la idea que habian aplicado los ingleses en 1767, y que en Madrid mismo se imprimió un libro de D. José Ignacio Porras, titulado: *Régimen de hallar la longitud en la mar*. Lo primero es exacto, pero no amengua el mérito de Mazarredo que no tenia noticia del método; en cuanto al libro de Porras, sin más que copiar todo el título se advierte que trata de la longitud *por los rumbos y variacion de la aguja*. El asunto no es de gran importancia, ya que de todos modos atestigua ingenio, perseverancia y competencia en la observacion y el cálculo generales, demostrados con más elocuencia en la situacion de la isla Trinidad del Brasil y en otras muchas que se le deben, y posteriormente en la direccion de la enseñanza de guardias marinas, y trabajos del Observatorio que montó en Cartagena.

Poseyó uno de los primeros cronómetros de bolsillo que se construyeron en Lóndres, y disfrutó tambien las primicias de los sextantes de reflexion, en los cuales, y esto sin disputa, inventó el aparato que da al anteojo movimiento paralelo al plano del instrumento, adoptándolo inmediatamente los instrumentarios de Lóndres Juan Bird y Maga-

llánes, con los que estaba en correspondencia. Cronómetro y sextante le acompañaban, no sólo por mar, sino tambien en los viajes por tierra, y á pesar de la molestia de los vehículos en que éstos se hacian por entónces, vencida por sus aficiones, fué determinando en sucesivas excursiones, cuando se trasladaba de uno á otro departamento, las situaciones geográficas de Alcalá de Henáres, Roncesvalles, Irun, Vergara, Pasages, Bilbao, Limpias, Colindres, Pamplona, donde observó el eclipse de sol de 1806; varios pueblos en las carreteras de Murcia á Ferrol, de Madrid á Bilbao por Somosierra y de Madrid á Cádiz, sin contar con los que con mayor precision fijó, así en las costas de la Península como en las de Berbería, que sirvieron más adelante de base á los trabajos de D. Vicente Tofiño. El que de esta manera utilizaba el descanso de las posadas en los trayectos no perdia, como es de adivinar, momento para la instruccion teórico-práctica de los jóvenes puestos á su cuidado. Para ellos escribió expresamente un tratado de navegacion y la coleccion de tablas más necesarias para los cálculos á bordo.

Siendo mayor general de la escuadra que mandaba don Miguel Gaston en 1779, escribió y ensayó los *Rudimentos de Táctica* y las *Instrucciones y señales*, y siguió aplicándolas en la de D. Luis de Córdoba, cuya organizacion le era debida, como tambien el apresamiento del gran convoy inglés que hizo el 9 de Agosto de 1780 en el Canal de la Mancha, y la salvacion de la escuadra combinada franco-española en la noche del 31 de Agosto del año siguiente; pues hallándose cerca de las Sorlingas con gran temporal, hizo el almirante francés señal de riesgo en la derrota, mandando variarla, lo que resistió Mazarredo por la confianza que tenia en sus personales observaciones astronómicas, obstinándose en seguir el rumbo á que navegaban, que era el acertado, como el tiempo comprobó; y dícese que reconocido su error, el Conde de Guichen que mandaba las fuerzas francesas, dijo con ingenuidad digna de aplauso: «Yo iba á perder una armada que Mazarredo salvó.»

No fué esta sola la ocasion en que, haciendo alarde de los conocimientos astronómicos poco generalizados, por desdeñarlos los marinos como cosa que incumbia al Cuerpo de pilotos, ofreció demostraciones de su incuestionable utilidad, y dió golpe fatal á las preocupaciones de la rutina. En 1.° de Noviembre de 1780 se hubieran perdido con toda certeza las escuadras española, de 28 navíos y 4 fragatas; francesa, de 38 navíos y 20 fragatas, y el rico convoy de 130 buques que escoltaban, si el mayor general Mazarredo, segun consta oficialmente, no las hubiera sacado de la peligrosa situacion en que las puso la órden impremeditada de salida que dió el Conde de Estaing. Regresando á España en el invierno de 1782 con otra escuadra de 40 navíos y 7 fragatas, que habia operado en América, pudo por su cronómetro desmentir la situacion de estima muy errónea de los pilotos y recalar con toda precision sobre Cádiz. Lo mismo ocurrió dirigiendo la derrota de la escuadra combinada el mismo año hácia el canal de la Mancha. Con tiempo cerrado, se consideraban los pilotos españoles y franceses á 120 leguas del cabo Finisterre, al paso que Mazarredo afirmaba que habian de verlo al amanecer del dia siguiente. Cumplida la prediccion, que en el dia puede hacer cualquiera con los elementos que han adelantado el arte de navegar, causó general asombro, y fué motivo para enaltecer su consumada inteligencia, singular en el acierto y en la seguridad de sus cálculos y observaciones.

En la época de sus servicios como jefe subordinado, se distinguió en otro terreno en el bloqueo de Gibraltar, ataque de las *flotantes* y combate con la escuadra inglesa del almirante Howe, y más aún en la desdichada jornada de Argel, en la que, segun se dice en otro de los presentes bosquejos biográficos, el órden ejemplar en que tenia las tripulaciones, y la direccion que dió al precipitado embarque del ejército bajo el fuego enemigo, evitó un sangriento descalabro, logrando por encima llevar á la escuadra cerca de tres mil heridos y todo el tren de artillería.

Premió el Rey tan buenos y continuados servicios ascendiendo á Mazarredo á Jefe de escuadra á tiempo que la paz de 1783 los hacia ménos necesarios, con lo que, enemigo cual era del reposo, volvió á ocuparse de los libros y de la direccion de las compañías de guardias marinas; trazó un plan de estudios superiores para que los oficiales más dispuestos ó aficionados ampliasen el curso elemental y adquiriesen los conocimientos más elevados de la ciencia, y al propio tiempo se dió el exámen de los sistemas de construccion naval, cuyas respectivas ventajas se discutian; hizo en la mar repetidas pruebas comparativas, y redactó el *Informe sobre construccion de navíos y fragatas*, que se ha conservado inédito.

En 1785 se le encargó la primera mision diplomática encaminada á negociar la paz con la Regencia de Argel, que se llevó á término, y en la confianza de que para todo servia, al regreso se le llamó á Madrid para redactar las Ordenanzas generales de la Armada, obra interrumpida por la guerra con la Gran Bretaña, para la cual, ya en categoría de teniente general, embarcó en 1789 en la escuadra del Marqués del Socorro, que cruzó constantemente sobre las costas de Portugal y Galicia, sin accidente notable hasta que se restableció la paz, que entónces reanudó la tarea de las Ordenanzas, empleando siete años en su labor. Pronto va á cumplirse un siglo desde la promulgacion de ese código en 1793, y vigente todavía en su mayor parte, á pesar de las variaciones ocurridas así en el régimen y gobierno del Estado, como en el de las marinas; admira la concision y elegancia del lenguaje, el órden de las materias y la sabiduría de los preceptos. Si Mazarredo no contára con otros títulos, el de autor de las Ordenanzas de la Armada le daria por sí solo puesto preeminente entre los hombres ilustres del siglo XVIII, por más que no fuera de aquellos con que él se envanecia, conceptuando el trabajo muy inferior al de las observaciones astronómicas, en que tanto se recreaba.

Durante la guerra con Francia, que se inició en 1795, mandó una escuadra en el Mediterráneo, que estuvo en un principio unida á la del general Lángara, y á la inglesa del almirante Hood, ocupando el puerto y arsenal de Tolon, y asistiendo á la defensa de Rosas. Posteriormente recayó el mando en jefe en Mazarredo, cuando el servicio se resentia de la salida del Ministerio del ramo del bailío Valdes, de respetable memoria por los inmensos beneficios de su larga é inteligente direccion. Acostumbrado á decir siempre la verdad al Gobierno sin disimulo ni reticencias, con aquella franqueza vizcaina que siempre conservó, hizo razonadas observaciones y formuló quejas por el abandono y falta de recursos en que estaban sus navíos, presentando la dimision del mando cuando vió desatendidas sus gestiones. A este acto se dió interpretacion siniestra, mandándolo desterrado á Ferrol, con prohibicion de entrar en la córte; órden funesta cuyas consecuencias se lloraron, habiendo ocurrido á poco el combate del Cabo de San Vicente con la escuadra inglesa, que fijó con luto la fecha del 14 de Febrero de 1797, como primera operacion despues del tratado de Basilea, que trocó los amigos y los enemigos.

Caido el ministro imprevisor, recibió Mazarredo una solemne reparacion, á que se asoció la opinion pública, mandándole trasladarse prontamente á Cádiz, reorganizar los restos de la escuadra y disponer la defensa del puerto, que era de esperar se viera amenazado por los ingleses victoriosos. En ménos de tres meses consiguió su actividad reponer las cosas á su manera, es decir, en el órden más cumplido, teniendo á punto la escuadra y organizadas en divisiones las fuerzas sutiles, que pronto llenaron su objeto, pues acercándose los enemigos con bombardas, que se situaban en la parte del Sur, las atacó bizarramente en las noches del 3 y 5 de Julio, obligándolas á levantar el campo y librando á la ciudad de los horrores de un bombardeo. Hizo además una salida con la escuadra, que tuvo en respeto á los ingleses, hasta que, reforzados con la escuadra del

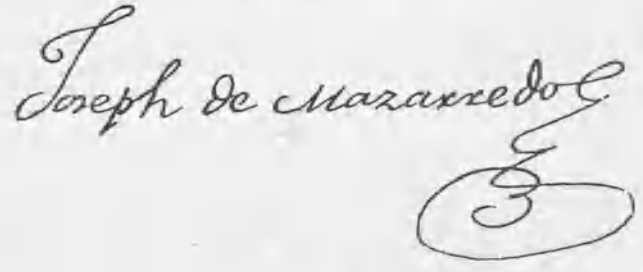
Tajo, reunieron la imponente fuerza de cuarenta y dos navíos, que bloqueó la bahía.

Nombrado capitan general del Departamento, alternó sus variadas atenciones trasladando el Observatorio astronómico, que se hallaba en Cádiz, al sitio que actualmente ocupa en San Fernando; fundó allí talleres de cronometría y de instrumentos náuticos con alumnos pensionados en París y Lóndres, y puestos á propuesta suya en aprendizaje con los maestros más acreditados; volvió á ocuparse de construcciones con motivo de la carena del navío *Hermenegildo*, que dió motivo para estudios y comparaciones; fomentó el arsenal, se ocupó de todo hasta que en 1799 pasó con la escuadra al Mediterráneo para unirla á la francesa que mandaba el almirante Bruix, consiguiéndolo en Cartagena, aunque ántes sufrió un terrible temporal sobre la costa de Africa que desarboló varios navíos. De Cartagena á Cádiz, y desde este puerto al de Brest, navegaron juntas ambas escuadras sin incidente: allí recibió Mazarredo órden para entregar el mando á Gravina y pasar á París á concertar las operaciones con el Directorio, á cuyo efecto se le invistió con el carácter de embajador extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del Gobierno frances, ó más bien del primer cónsul, Bonaparte, colocado por la revolucion en el poder. La franqueza de Mazarredo no era condicion de las mejores para entenderse con la solapada diplomacia del futuro Emperador, de cuyas insinuaciones dedujo con toda claridad la inmensa ambicion del guerrero y los propósitos del político, directamente encaminados, por lo que toca á España, á una dominacion que empezaria por disponer en absoluto de las fuerzas navales. Él, que jamas sufrió imposiciones, se opuso sin circunloquios ni rodeos á los planes que se le proponian, y sobre todo á la permanencia en Brest de la escuadra española, á lo que no ha tenido escrúpulo en publicar un historiador frances; esto es, que, simulando proyectos de ataque á los ingleses, fué conducida á aquel arsenal como trofeo pacífico y garantía de una alianza poco segura. No esperaba Napoleon tan abierta resistencia, y para vencerla acudió directamente á la córte de España, que no tuvo inconveniente en sacrificar al embajador, ordenándole que, dando por terminada la mision y dejando á la vez el mando que habia conservado de la escuadra, se restituyera al departamento de Cádiz. A esta primera demostracion de desagrado siguieron las de desatender las reclamaciones para salir de los apuros en que se veia por falta de recursos, y no pudiendo tolerarlos, solicitó la separacion del mando y la situacion de cuartel en Bilbao, que no bastaron á librarle de la ojeriza que en las regiones del Gobierno se habia despertado contra lo que se llamaba su tenacidad vizcaina. En Bilbao ocurrió una conmocion originada por intereses locales, que pudo tomar sérias proporciones á no mediar la altísima consideracion y respeto que el general Mazarredo inspiraba. Su intervencion, solicitada por las autoridades, calmó la efervescencia popular y previno un choque cuyas consecuencias no es fácil calcular; pero no se tuvo esto en cuenta en la córte; ántes al contrario, el prisma á traves del cual se miraban las acciones del marino trocó en censura el acto meritorio, y sin consideracion á la edad y á los servicios de su dilatada carrera, se le hizo salir de la villa de un modo poco conveniente, señalándole residencia forzosa, primero en Santoña, y despues en Pamplona, puntos en que sirvió todavía á los progresos geográficos, dedicándose á las observaciones astronómicas ántes apuntadas.

Vuelto á Bilbao en 1807, le halló allí el alzamiento nacional, cuyo movimiento no siguió con la gran masa de los españoles; fué de aquellos pocos en número, pero de alta estimacion, que creyeron se debia ceder á una necesidad inevitable, de que la nacion reportaria ventajas y avance en el progreso de las ideas. Todo lo que la córte de Madrid hizo para mortificarlo utilizó Napoleon, con el conocimiento que tenía de su valer, para halagarlo y atraerlo á su partido, escribiéndole para que fuera á Bayona con los notables allí convocados, y exponiéndole allí el propósito de implantar el régimen constitucional, á que Mazarredo se inclinaba por conviccion. Vencido el coloso de Córcega, la pasion política calificó con poca generosidad los actos del ministro del *rey intruso*, por más que la equidad haga ver que fueron guiados por el espíritu recto de una conciencia limpia y por la tendencia benéfica de aliviar la suerte de los pueblos. Sólo en la Marina se conservó la memoria de que se debia al General la salvacion de las escuadras, la organizacion y manejo de las mismas, que dió á España superioridad en la guerra de 1779 á 1783; los adelantos de la hidrografía, de la arquitectura naval y del régimen de las tripulaciones; la reforma de los estudios teórico-prácticos de las academias, y la formacion en su escuela de los mejores jefes y oficiales, que siempre tuvieron por él amor y respeto.

En la época de su valimiento prestó el último servicio, grande como todos los suyos, porque perdida la batalla de la Coruña y obligado el ejército inglés á reembarcarse, invadieron las provincias de Galicia las tropas imperiales, y hallando en el arsenal de Ferrol once navíos, cuatro fragatas y otros buques menores, quisieron llevarlos á Francia como buena presa, disponiendo al efecto un contraalmirante con oficiales y marinería. Mazarredo lo impidió trasladándose inmediatamente al Departamento con órdenes del rey José, que hizo valer. De regreso en Madrid sufrió un ataque de gota de que murió el 29 de Julio de 1812, librándose, ya que no de las censuras, de la emigracion y la pesadumbre que padecieron los de su partido. La voz de D. Martin Fernandez de Navarrete fué la primera que se alzó para publicar que «la humanidad perdió en él un corazon dulce, candoroso y benéfico; la Marina, el genio que más la ilustrára en su época, y la nacion, un hombre ingenuo, activo y celoso.»

Facsímile de la firma.



DON FADRIQUE DE TOLEDO

(MARQUÉS DE VILLANUEVA DE VALDUEZA),

CAPITAN GENERAL.

MURIÓ EL 10 DE DICIEMBRE DE 1634.

Nieto del famoso D. García de Toledo, de que se hace breve mencion anteriormente, é hijo segundo de D. Pedro, quinto Marqués de Villafranca, que tambien fué capitan general del mar Océano, D. Fadrique nació en Nápoles el año de 1580, y contrariando la voluntad de su familia, que pensaba dedicarlo á la carrera de las letras, por seguir sus aficiones, que se conformaban con la tradicion de la familia, entró muy jóven á servir en las galeras de aquel reino, que ofrecieron ocasion de repetidos encuentros con turcos y berberiscos. Alcanzó los empleos sucesivos de capitan y cuatralbo, y el de teniente de capitan general de las galeras de España. Acreditado con estos cargos, tuvo el de capitan general del mar Océano el año de 1618, con las altas preeminencias anexas á tan elevado empleo, ocupándolo, por de pronto, en operaciones contra los berberiscos, llevadas á los puertos de Mogador y Santa Cruz de Agadir; mas habiendo roto el rey D. Felipe IV las treguas que existian con Holanda, y sabiéndose que una fuerte escuadra de esta nacion habia de dar escolta á las naos del comercio de Levante que se hallaba en el Mediterráneo, recibió órden de guardar el Estrecho é interceptar el convoy cuyo cargamento era muy valioso. Situado en el puerto de Gibraltar, y habiendo enviado órden urgente al almirante Vallecilla, que estaba en Lisboa, para que se le incorporase con los cuatro navíos de su mando, los vientos contrarios lo impidieron, al paso que favorecian la marcha de los holandeses en sentido contrario. El dia 6 de Agosto del 21, al mismo tiempo que por cartas enviadas desde Málaga se avisaba el paso del enemigo, los vigías de Ceuta y de Gibraltar señalaban la vista de treinta y una naves. Era de suponer que una parte de ellas, acaso la mayor, seria de flota mercantil; pero de cualquier modo, como D. Fadrique no disponia más que de nueve bajeles, era el caso de grave responsabilidad. Reunió en consulta el Consejo de guerra confiando en el concepto y la experiencia de los capitanes, la flor de la Armada española, que más tarde alcanzaron el generalato y buen renombre; todos creyeron que la desigualdad de fuerzas era muy grande y que el éxito del encuentro seria comprometido y dudoso; reconociéndolo el mismo jefe, pero considerando que á los principios de una guerra, aunque se aventure alguna cosa conviene á la reputacion no esquivar un combate, y teniendo en cuenta que dejando el paso libre á los holandeses tropezarian con la division de Vallecilla y la destruirian, decidió probar fortuna, y se puso á la vela, muy en órden, en medio del Estrecho. Todo el dia 9 estuvieron á la vista ambas escuadras, pareciendo que la de Holanda vacilaba en la resolucion; pero al amanecer el 10 se observó que se habia dividido en dos grupos; uno de ellos, compuesto de siete naves, se aproximó á la costa de España y á toda vela pasó el Estrecho; el otro, con los veinte y cuatro buques restantes, se dirigió hácia los nuestros, con las popas empavesadas y adornadas de colores, como quien celebra triunfo anticipado. Disparada la artillería, se aferraron las dos capitanas, y á su ejemplo los otros bajeles, peleando al abordaje; D. Fadrique tuvo la fortuna de rendir brevemente á las dos que tenia por ambos costados; embistió á una tercera, que sucumbió igualmente, y dirigiéndose á la cuarta, ésta embarrancó en la costa de Africa, sin poder ser alcanzada, porque sentidos los palos de *la Real* de los balazos, en una racha de viento se vinieron abajo y quedó sin movimiento aquélla. La funcion estaba, sin embargo, ganada; todos los capitanes habian cumplido con su deber, y si bien á costa de no poca sangre, habian destruido cinco naves y llevaban á Cádiz como trofeo otras dos, una la capitana, hermoso bajel. Por esta primera victoria felicitó el Rey al General y le concedió el quinto del valor de las presas, perteneciente á la Corona, y el título de capitan general de la gente de guerra del reino de Portugal.

Dos años despues fué á bloquear á los enemigos en el Canal de la Mancha, impidiendo sus expediciones; convoyó las flotas de Indias en la salida y llegada á las costas de España, y de paso hizo algunas presas á los moros. Se disponia á nueva campaña en el verano de 1624, cuando llegó la nueva de haber entrado una escuadra holandesa en la bahía de San Salvador, en el Brasil, de haberse apoderado de la plaza y de disponerse á ensanchar esta conquista. A toda prisa dispuso el Rey que se alistáran fuerzas suficientes para recuperar un punto de tanta importancia, uniéndose, bajo las órdenes de D. Fadrique de Toledo las escuadras del Océano, del Estrecho, de Vizcaya, de las Cuatro Villas, de Nápoles y de Portugal, reuniendo entre todas cincuenta y dos bajeles, armados de 60 á 10 cañones. En ella se embarcaron toda suerte de pertrechos de guerra, y artillería de batir y cinco tercios de infantería, que con la

de á bordo componia un total de 12.600 hombres de mar y guerra, con acreditados jefes de uno y otro ejército, como Fajardo, Vallecilla, Acevedo, Rivera, Juan de Orellana, Pedro Osorio, el Marqués de Torrecuso, Almeida; mas por mucha que fuera la urgencia, no pudo salir la Armada de Cádiz hasta el 14 de Enero de 1625. Tocó en las islas Canarias y las de Cabo Verde para reponer la aguada, y el 27 de Marzo (Juéves Santo) avistó la costa del Brasil, recibiendo aviso de las fortificaciones hechas por el enemigo, y disposicion de las treinta y dos naves que tenia en la bahía. En ésta entró la Armada el sábado 29 hasta llegar á tiro de cañon de los fuertes y buques enemigos, que dió fondo, y al amanecer el dia siguiente desembarcó la infantería sin gran oposicion, corriendo á ocupar las alturas dominantes. Las operaciones de sitio se llevaron adelante con rapidez, aunque con sensibles pérdidas, porque los enemigos disputaron valientemente las obras avanzadas, y con frecuentes salidas procuraron detener los aproches; con todo, al cabo de un mes estaban las trincheras en el foso y en disposicion de asaltar por cuatro partes distintas, momento en que los cercados pidieron capitulacion, procurando sacar la posible ventaja. Don Fadrique les concedió el regreso á Holanda, conservando los oficiales sus espadas, y la ropa de vestir todos, y firmados los capítulos el 30 de Abril, rendidas armas y banderas, entró en la ciudad, donde se encontró riquísimo botin almacenado para su trasporte á los Países-Bajos, siendo los prisioneros 2,000 hombres holandeses, ingleses y franceses y 600 negros, mucha artillería, municiones y víveres.

Reparados y guarnecidos los fuertes, á 19 de Mayo se descubrió un crucero holandes que se aproximaba á reconocer la bahía; los nuestros le persiguieron y apresaron, y lo mismo á otro que se presentó á los pocos dias, sabiendo por ellos que eran descubridores de una armada holandesa de treinta y cuatro navíos, despachada al socorro de la plaza. Previno D. Fadrique á los fuertes de la entrada que no hicieran fuego, para que, en la idea de que aquélla resistia aún, entrárau los enemigos en la bahía, y así sucedió; mas muy luégo vieron el estandarte de Castilla en la capitana y en las torres de la ciudad, y tomaron la vuelta de fuera. La escuadra de Nápoles, con diez y seis navíos, fué la primera en dar la vela en su seguimiento, rompiendo el fuego á distancia: era el viento escaso y la marea entrante, con lo cual se fué sobre los bajos un galeon de Vizcaya, que tuvo que picar los palos; los demas desmayaron con este accidente y dejaron escapar á los holandeses, á la vez que la ocasion de duplicar la victoria con un golpe de mucha consideracion. En el consejo de guerra que reunió don Fadrique alegaron los capitanes el riesgo de aventurar un combate teniendo tan gran número de prisioneros, con otras razones de poco peso. Acaso en la del botin de la ciudad se encontraria la que verdaderamente influyó para no capturar una armada que, ya dentro de la bahía, debia considerarse perdida.

Satisfechos con la primera victoria, salió la Armada á la mar el 1.° de Agosto, tocó en Pernambuco, y sabiendo que la holandesa hacía rumbo á su país con pérdida de cuatro navíos que embarrancaron en la costa, encaminó el suyo á España con las presas, llevando los prisioneros en cinco urcas. El viaje fué muy trabajoso, tuvo várias incidencias como escasez de víveres, abandono de un buque que hacia agua, y temporal que obligó á embocar el Estrecho de Gibraltar y fondear en Málaga el 24 de Octubre; contratiempo providencial, pues que allí supo D. Fadrique que la armada inglesa, con ciento y tantos navíos, estaba sobre Cádiz y Rota, y de haber entrado en aquel puerto, hubiera sido destruida por fuerza tan superior.

Bien quisiera el General descansar algo en su casa, como era justo tras de tan larga campaña, pero si bien por ella recibió encarecidas gracias del Rey, al mismo tiempo se le dijo que urgia preparase la Armada para operar sin pérdida de tiempo, acudiendo primero al socorro de la Mamora sitiada por los moros, y despues á las islas Terceras, á esperar los galeones de D. Lope de Hoces, á cuyo encuentro habian ido los enemigos; por último, en auxilio de los franceses, que trataban de recuperar la isla de Re y de tomar la Rochela, plaza de los hugonotes, apoyados por los ingleses. En estas comisiones empleó los años de 1626 y 27, volviendo á la guarda del Estrecho y escolta de las flotas, hasta el 29, que consiguió la suspirada licencia, muy breve, porque las depredaciones de bucaneros y filibusteros en las Antillas levantaban un clamoreo general, que habia que atender enviando la Armada. El 14 de Agosto salió por tanto de la bahía de Cádiz, con diez y siete galeones, que dieron nuevo crédito á las armas de España en jornada breve y felicísima.

Llegando el 17 de Setiembre sobre la isla de Nieves, una de las ocupadas por los filibusteros, sorprendió en el puerto diez buques corsarios, que intentaron huir, aunque sólo dos lo consiguieron; los otros ocho fueron tomados al abordaje, y desembarcando D. Antonio de Oquendo con la gente de su galeon, tomó un fuerte con dos piezas, con lo cual parlamentaron los ingleses del resto de la isla y se rindieron á discrecion. Pasó la Armada á la isla de San Cristóbal, que guarnecian ingleses y franceses: los primeros tenian un fuerte bien situado en la parte del Sur, con 22 piezas de artillería gruesa y nueve pedreros, siendo la guarnicion de 1.600 hombres. Los franceses ocupaban dos fuertes: uno, á nueve millas del anterior, con 11 piezas, y otro en la parte del Norte, inaccesible para barcos grandes. Reconoció don Fadrique los puntos de más fácil desembarco, y aunque el temporal no le favorecia, puso la gente en tierra, arrollando á los que lo quisieron impedir, que huyeron desmoralizados y arrastraron á los de uno de los fuertes, incendiándolo y metiéndose en el bosque. Siguieron los nuestros al alcance con tanto calor, que algunos se asfixiaron. Del fuerte ocupado se sacaron las piezas, y en el tiempo en que se trabajaba desmantelándolo, pidieron parlamento los ingleses, y á vuelta de conferencias y peticiones se rindieron á discrecion, entregando 129 cañones, 42 pedreros, 1.350 fusiles y las correspondientes municiones. Para concluir, el tercer fuerte de los franceses, llamado *Richelieu*, se rindió del mismo modo, aumentando con 14 cañones la artillería tomada en tierra y mar. Despachados á Inglaterra los 2.300 rendidos en las dos islas, en seis bajeles, á condicion de abonar su valor, el 4 de Octubre dió la vela la Armada para Portobelo y la Habana á recoger el tesoro y reunir la flota, con la cual entró felizmente en Sanlúcar y Cádiz el dia 1.° de Agosto de 1630, trece ántes de cumplir el año de su salida.

Venía D. Fadrique muy satisfecho de su expedicion, que no era para ménos, y se le hizo muy duro que, con cédula de S. M., se sometiese su capitana á las formalidades del registro con tal escrupulosidad, que se pidieron las llaves de la cámara que habitaba y las de sus baules y muebles; se sometió, sin embargo, á las órdenes, protestando de que no se hiciese la excepcion que correspondia á su dignidad, reflejo del que se la habia conferido. Hasta fines de 1633 continuó con el mando de la Armada, guardando las costas y haciendo un viaje á Flándes para llevar al cardenal infante D. Fernando, hermano del Rey, cuando fué á encargarse del gobierno de aquellos Estados; y entónces, á repetidas instancias, se le acordó licencia para pasar á su casa en la córte, con lo que acabó la carrera y la vida bien distintamente de lo que pudiera esperar el que era llamado *Marte español*.

Consta en autos que en 6 de Mayo de 1634 se trató en el Consejo de la defensa del reino y se consultó á S. M. la necesidad de que D. Fadrique de Toledo marchase inmediatamente á la costa de Portugal, de que era capitan general; que se le dió órden de partir, y que elevó memorial á S. M. exponiendo que desde que empezó á servir no habia disfrutado más que dos meses de licencia, y habia estado constantemente alejado de su casa, á resultas de lo que se ha-

llaban sus intereses en el peor estado. Con el título de Marqués de Villanueva de Valdueza que le concedió el rey don Felipe III, había fundado á su favor vínculo y mayorazgo su padre, D. Pedro de Toledo, agregando los señoríos de las villas del Congosto, Pieros, San Juan de Mata, tierra del Vierzo y alcabalas de varios pueblos; pero no estando á la vista de los requisitos de fundacion, no se habian llenado todos, y en cambio habian surgido pleitos enredados que le habian privado de las rentas y obligado á desembolsos considerables, aparte de los que requeria el decoro de su casa y el de su propia persona á bordo. Con su peculio había tenido tambien que atender al socorro de sueldos y raciones de la Armada, que debia reclamar de la Hacienda; y para todo ello suplicaba se le diera licencia para permanecer en su casa, como era justo y se habia concedido á otros capitanes generales sus antecesores. Preguntado qué tiempo estimaba necesario para el arreglo de sus asuntos, contestó que en mucho dependia del favor que prestára S. M. al despacho de ellos, y que no creia posible fijarlo. Se le señaló entónces un mes; cumplido éste, próroga de quince dias para marchar sin réplica ni excusa; despues, plazo de veinticuatro horas; y como á todas las intimaciones repitiera memoriales con los justificados motivos que le impedian, fué preso en su casa y enviado á la villa de Santa Olalla á principios de Setiembre, poniéndole guardian. La incomodidad del alojamiento, sobre el disgusto de las vejaciones, desarrolló en él una enfermedad grave, vista la cual se le permitió trasladarse á Móstoles primero, y despues á Madrid, siempre que no fuera á su casa. El Consejo expidió órden para que tampoco fuera admitido en las de sus parientes, instalándose en 5 de Octubre en la de su secretario de la Armada. En tanto seguian las declaraciones y otras diligencias de la causa que se le formaba por desobediencia á las órdenes de S. M., habiendo entre aquéllas algunas en que, con copia de títulos y despachos, se certificaban los ascensos, recompensas y sueldos disfrutados, haciendo constar que por la jornada del Brasil se le concedió la encomienda de Valdericote en la Órden de Santiago, y por la de las Antillas, la encomienda mayor de Castilla en la misma; que se le obligó á optar entre las dos capitanías generales de la armada del mar Océano y del reino de Portugal, eligiendo la última, con otros pormenores que indican gran ensañamiento, y que sorprenderian al que repasa los autos y considera los grandes servicios del encausado, si otros papeles de la época, singularmente los reunidos en la coleccion de los de Jesuitas que conserva la Real Academia de la Historia, no dieran la clave del enigma, poniendo en claro lo que significan las actuaciones judiciales.

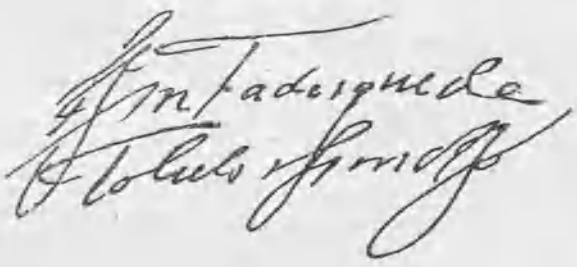
El hecho es que el éxito de la recuperacion de San Salvador y la feliz campaña de las Antillas, que acabó trayendo á España un tesoro que algunos valúan en 19 millones de pesos, dió en el ánimo del Rey gran estimacion á D. Fadrique de Toledo. Su venida á la córte en estas circunstancias despertó la suspicacia y los celos del Conde-Duque de Olivares, favorito omnipotente, que se propuso á alejar una influencia perjudicial á la suya. La ocupacion de Pernambuco por los holandeses, que habian vuelto con mayores fuerzas al Brasil, le ofrecia pretexto para intimar al Capitan general de la armada del Océano que se dispusiera á desalojarlos de allí, preparando desde el momento nueva expedicion. Con este motivo se cruzaron várias cartas entre el Ministro y el General, encareciendo el primero el apuro de la defensa, y alegando el segundo la equidad de concederle algun reposo, habiendo otros generales beneméritos que pudieran conducir la empresa. Agriándose los términos de la correspondencia, el Conde-Duque, á vuelta de términos secos, escribió al General que recordase habia ganado en el servicio del Rey caudal y honores, frase mortificante, que fué contestada por D. Fadrique observando «que habia servido á S. M. gastando su hacienda y su sangre, y no *hecho un poltron*.» Pareció al Ministro trasparente la alusion, y de aquí el proceso, prision y vejaciones de toda especie con que quiso doblegar al que se atravesaba en su camino. Los trámites se llevaron con toda celeridad, no obstante ser notoria la grave enfermedad de D. Fadrique, y áun hubo de emplear toda su influencia la mujer de éste para conseguir que en este estado no se le notificase personalmente la sentencia que recayó, por desobediencia á las órdenes de S. M., de diez años de destierro de los reinos de Castilla, multa de 10.000 ducados, pago de las costas, privacion de todos los títulos, mercedes, encomiendas y rentas, é inhabilitacion para todo cargo público. Mandóse al propio tiempo que el Duque de Alba y el Condestable de Navarra, sus parientes, saliesen de la córte con sus casas.

El interesado no llegó á saber que estaba incurso en estas penas; agravándose la enfermedad, murió, con general sentimiento de la Córte y el reino, el 10 de Diciembre de 1634, cumplidos los cincuenta años de su edad. Sobreviviendo la saña del Ministro, negó la guardia que la familia solicitaba para el cadáver, y mandó deshacer el túmulo que estaba preparado para los funerales en la iglesia del Colegio imperial de la Compañía de Jesus, siendo necesario hacer el entierro con secreto y despedir á todos los que habian acudido para el cortejo; pero el pueblo, amante por lo general de la justicia, aprovechó la oportunidad para una solemne manifestacion de respeto, agolpándose en la casa del finado y en el tránsito del féretro, hasta dejarlo en la capilla y bóveda de la Congregacion, en la referida iglesia, donde sólo habian tenido acceso oficial los parientes más cercanos y algunos marinos que quisieron rendir el último tributo á su querido General.

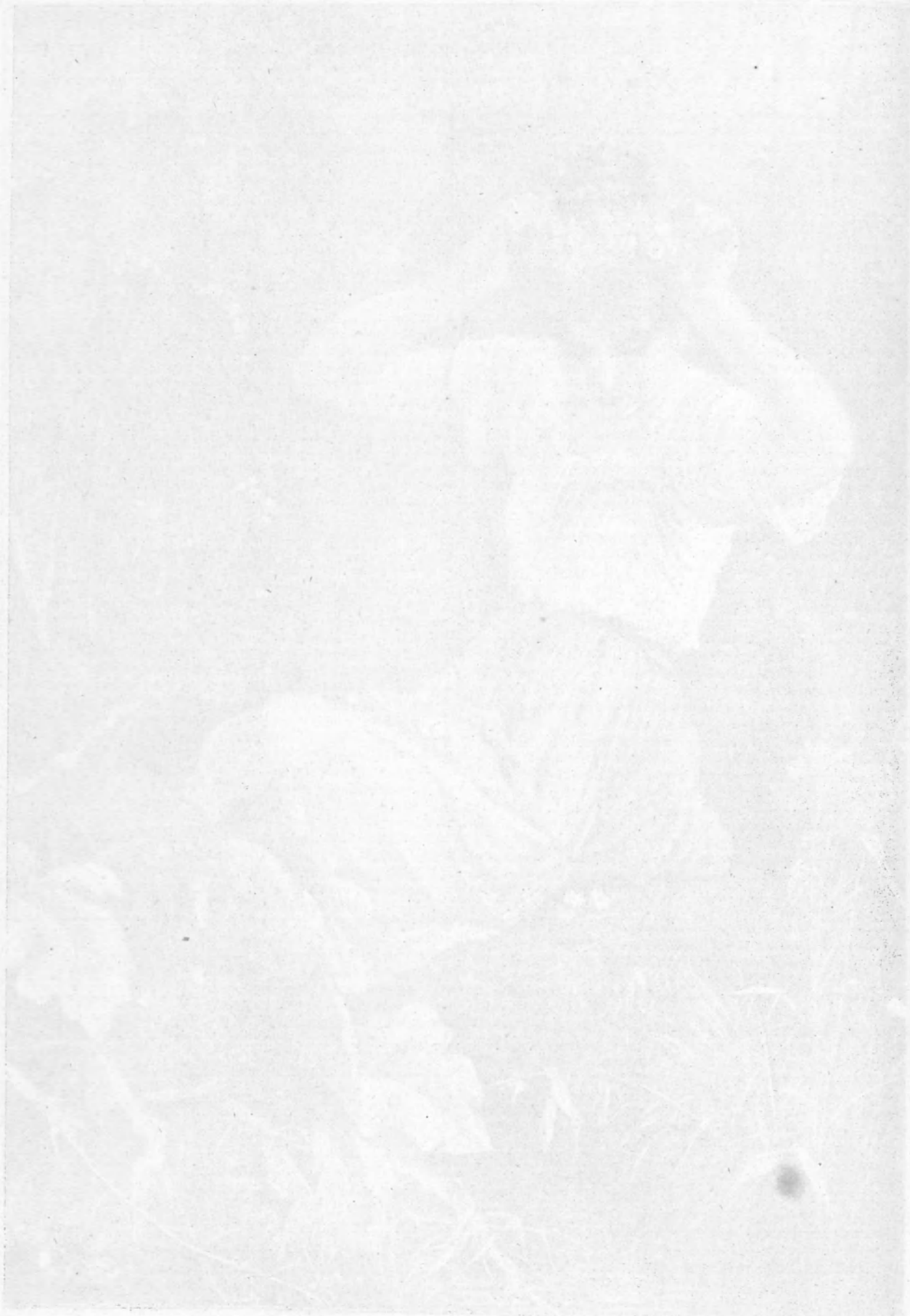
El tiempo corroboró la injusticia de la sentencia; derribado el favorito, el Rey rehabilitó la memoria del Capitan general del mar Océano, devolviendo á la familia los honores que había alcanzado con su desinteres y constantes sercios, y dando á D. Fadrique de Toledo el lugar que mereció como una de las figuras prominentes de la historia de la Marina.

CESÁREO FERNANDEZ DURO.

Facsímile de la firma.



FLORES DE MAYO.—(DIBUJO ORIGINAL DE L. POBLE.)



EL SOL [1].

La hermosa tierra de España hace pensar en el Sol, á la manera que un perfume delicado evoca el recuerdo de las flores. La contemplacion de los opulentos paisajes en que vemos á las verdes praderas suceder á las selvas sombrías; á los suaves vallecillos extenderse al pié de rudas montañas; á las límpidas fuentes caer en bulliduras cascadas ó murmurar entre las flores; á las llanuras cubiertas de sazonadas mieses ó de árboles cargados de sabrosísimos frutos; toda esa soñadora contemplacion de la Naturaleza en las plácidas horas en que la tierra parece alegrarse de vivir bajo un cielo límpido y trasparente, miéntras que, como un hálito embalsamado, el viento de los bosques deslízase sobre su superficie, acariciando á los seres y á las cosas: esa contemplacion, digo, nos eleva hácia la causa de la vida universal que nos rodea; hácia ese Sol radiante, cuyos rayos inextinguibles bañan tantos años hace nuestro planeta, que gravita en medio de su luz y su fecundidad.

¡Divino Sol! El ignorante le admira, porque siente los efectos de su potencia; el sabio le aprecia, porque ha aprendido á conocer su importancia, única en el sistema del mundo; el artista le saluda, porque ve en su esplendor la causa virtual de todas las armonías. Pero ¡cuán superior es el conocimiento científico de esa colosal hoguera á todos los poéticos ideales que de ella nos forjábamos en tiempos remotos! La mitología antigua nos le representaba como un globo de llamas, arrastrado por cuatro fogosísimos corceles; actualmente sabemos que este globo es más voluminoso que toda la Tierra, y en proporcion tal, que la fantasía más atrevida queda anonadada ante esta grandeza, puesto que serian necesarias no ménos de 1.280.000 Tierras reunidas para formar un globo de la dimension del Sol. ¿Y qué dirémos de su peso? Si se colocase el astro del dia en el plato de una balanza bastante gigantesca para poder recibirlo, seria preciso amontonar en el otro 324.000 Tierras para establecer el equilibrio. ¡Y qué luz, qué calor, qué energía en ese astro esplendoroso! Al calor de nuestros hornillos artificiales; en nuestras fraguas, alimentadas por un fuego infernal; en medio de nuestros focos de calor más poderosos, la plata entra en fusion á 1.000 grados; el hierro, á 1.500; el platino, á 1.750; la industria humana ha llegado á producir temperaturas hasta de 2.500 y de 3.000 grados. Y bien: todo este calor es hielo al lado del Sol; el calor emitido por este astro en *cada segundo* es igual al que resultaria de la combustion de *once cuatrillones seiscientos mil millones* de toneladas de carbon de piedra quemándose á la vez. Este calor podria hacer hervir *dos trillones novecientos mil millones* de kilólitros cúbicos de agua por hora, suponiendo el agua á la temperatura del hielo.

¡Ensayad, si podeis, haceros una idea de esta enormidad! ¡Que emprenda la hormiga absorber el agua del Océano!

La imaginacion se confunde ante este esplendor. El telescopio nos muestra que la superficie del astro está en constante movimiento, como las olas de un mar muy agitado. Nuestras tempestades más violentas, nuestros huracanes más desencadenados, nuestros ciclones más furiosos son caricias y sonrisas en comparacion con lo que pasa en el Sol y en su atmósfera. Y cuenta que nuestros huracanes soplan con una violencia de 160 kilómetros por segundo. Explosiones formidables, erupciones fantásticas, lanzan en los aires incendiados masas de gas hidrógeno y de diversas sustancias, más voluminosas que la Tierra entera, hasta una altura de 100, 200 y 300.000 kilómetros, y desde nuestro globo observamos esas explosiones deslumbradoras, que á veces determinan la caida sobre la superficie solar de lluvias ígneas, ante las cuales la catástrofe de Pompeya y Herculano no es más que un juego de niños, pues la Tierra toda seria sepultada y reducida á cenizas por una de ellas en ménos tiempo del que emplearéis en leer estas líneas..... Observando el astro, se ve cómo se forman acá y allá manchas cuyo tamaño es cinco veces, seis veces, diez veces mayor que el de nuestro planeta. A la manera de un fuego perpétuo, el globo incandescente lanza en torno de sí, en el espacio, olas de luz, que van á llevar la fecundidad á todos los mundos; él es, verdaderamente, el corazon del organismo planetario, y puede decirse, sin metáfora, que sus vivificantes latidos alimentan en todo el sistema la circulacion de la vida. Gira sobre sí mismo en veinticinco dias y medio, pero no de una manera uniforme, pues sus regiones ecuatoriales dan vuelta más aprisa que sus regiones polares, como si una corriente arrastrase esta superficie líquida con velocidades que dependiesen de la latitud; de tal suerte, que la rotacion que se opera en veinticinco dias en el Ecuador no se cumple sino en veintiocho hácia los 50° de latitud. Al propio tiempo que gira sobre sí mismo avanza en el espacio con una velocidad grandísima, arrastrando en su torbellino la Tierra y los demas planetas que le pertenecen. De este trasporte del Sol en el espacio resulta la curiosa consecuencia de que, desde que la Tierra existe, no ha pasado dos veces por el mismo camino. En efecto, la Tierra gira alrededor del Sol á la distancia de 37 millones de leguas, y describe así anualmente una órbita de 241 millones de leguas; lo que prueba que recorremos en realidad 643.000 leguas al dia, 106.000 kilómetros por hora, y 29 kilómetros por segundo; velocidad mil y cien veces más rápida que la de un tren *express*, y setenta y cinco veces más vertiginosa que la de una bala de cañon. Pero como al mismo tiempo el Sol arrastra todo su sistema á traves del espacio, cuando al cabo de un año vuelve la Tierra al punto de su órbita donde se encontraba el año precedente, el Sol ha marchado más de cien millones de leguas; de suerte que, en vez de dibujar una órbita cerrada, la línea real seguida por la Tierra en el espacio presenta una serie de espirales que se landen en el infinito. Por otra parte, este viaje de la Tierra y del Sol por la inmensidad; este movimiento en espiral de nuestro planeta, que parece horadar el infinito como el tornillo de Arquímedes, podria continuarse durante toda la eternidad, pues no hay fronteras ni límites para lo inconmensurable; hácia cualquier punto de la inmensidad que nos dirijamos, abajo, á lo alto, á derecha ó á izquierda, podriamos dirigir nuestro vuelo infatigable, sin ser detenidos jamas por término alguno; el horizonte huye á medida que se le persigue, y el insondable espacio permaneceria perennemente abierto ante nuestra vista deslumbrada.

[1] El presente artículo ha sido escrito en frances, por el popular astrónomo M. Flammarion, *expresamente* para nuestro ALMANAQUE.—(*N. de la R.*)

La potencia del Sol es la que nos sostiene en el espacio y nos hace gravitar en la fecunda luz del astro central. La Tierra es hija del Sol, como sus hermanos los demas planetas, y el padre asienta en medio de su familia, hoguera universal de donde proceden toda fecundidad y toda vida. Él es la fuente inagotable de donde manan todas las fuerzas que ponen en movimiento la Tierra y su vida orgánica. Su calor es el que hace correr á los vientos; á las nubes subir; seguir á los rios su curso; crecer á los árboles de la selva; madurar á los frutos, y vivir al hombre mismo. Todo lo que anda, circula y se agita sobre nuestro planeta es hijo del Sol. El vino de España, que chispea en la cristalina copa; el melocoton perfumado, la suculenta pera, son otros tantos rayos de sol condensados. La leña que en el invierno nos calienta, el carbon de piedra que alimenta las máquinas de vapor, no son otra cosa que sol en fragmentos. El Sol es quien renueve el aire con su soplo; quien se desliza en la corriente de agua; quien gime en la tempestad; quien canta en la garganta infatigable del ruiseñor; sin el Sol no habria líquidos ni flúidos; todo permaneceria inmovilizado en la muerte mineral.

Nosotros recibimos el Sol bajo la forma de calor, y en forma de calor nos deja; pero entre su llegada y su partida ha hecho nacer potencias variadas que animan el mundo.

Si ese astro fuera todavía más poderoso, más enérgico, más fecundo, la vida seria más prodigiosa todavía y más rápida: si fuera áun más pesado, la Tierra giraria más deprisa alrededor de él, y nuestros años serian más breves: el año podria quedar reducido á ocho meses, á seis, á ménos todavía, con gran disgusto de los espíritus laboriosos que encuentran que el tiempo trascurre con demasiada rapidez. Si, por el contrario, el Sol perdiera de su peso, la Tierra, conducida por un brazo ménos potente, circularia con ménos rapidez, y nuestros años podrian extenderse á quince meses, á diez y ocho ó á veinte y cuatro, para mayor felicidad de las damas, que despues de sesenta años de vida, se encontrarian con que no contaban más que treinta, cosa que, segun se asegura, les seria por extremo agradable. La atraccion se ejerce en razon directa de las masas, y el peso de todo astro puede calcularse por la velocidad con que hace circular un peso cualquiera que gravite en torno de él. Así es como pudimos determinar hace algunos años el peso de una estrella doble, perdida á millares de millones de leguas en las profundidades del cielo; estrella al parecer tan pequeña, que se la distingue apénas á la simple vista, y cuyo peso equivale, sin embargo, al de cerca de un millon de Tierras como la nuestra.

Siendo el Sol 1.280.000 veces más voluminoso que la Tierra, pero solamente 321.000 veces más pesado, demuéstrase que está compuesto de materiales ménos densos que los que forman nuestro planeta, y que la densidad de un metro cúbico de sustancia solar equivale, por término medio, á la cuarta parte de la de un metro cúbico de sustancia terrestre. El globo del Sol pesa un poco más que otro de agua de sus mismas dimensiones. Debe ser líquido hasta su centro. La atmósfera que le rodea está impregnada de vapores de todos los elementos en combustion en su superficie; el análisis espectral nos ha revelado ya la naturaleza de estas sustancias, entre las cuales se ha reconocido la mayor parte de las que existen en nuestro propio planeta.

Este astro prodigioso ¿se consume á sí mismo? Es probable que así suceda. Pero no tenemos que preocuparnos todavía de cuál será su fin, pues indudablemente puede brillar áun durante millones de años. Llegará un dia, sin embargo, en que su calor y su luz agotadas no dejarán resplandecer en el cielo más que una pálida antorcha, que de siglo en siglo se irá cubriendo con un velo tétrico y sepulcral. Entónces nuestro pobre mundo, huérfano del sol vivificador, verá su vida, ántes tan alegre y lujuriosa, extinguirse lentamente desde los polos al ecuador: rechazados por las nieves en su movimiento de avance, los pueblos emigrarán insensiblemente hácia los últimos climas ecuatoriales, y hasta el dia en que la última familia humana, cobijada bajo un cielo sin sol y sin luna, frente á frente de un mar de hielo, se duerma con el último sueño. Y la Tierra, muerta, seguirá gravitando alrededor del Sol extinguido, sin que ninguna losa fúnebre indique el lugar de su tumba; sin que crónica alguna, ninguna historia, ninguna inscripcion conserve el menor vestigio de las glorias y de las grandezas, de los amores y de los odios, de las ambiciones y de los sueños que durante tantos siglos se habrán sucedido sobre este pequeño planeta, borrado para siempre del gran libro de la vida..... Y entónces, como hoy, millones de soles y de tierras habitadas gravitarán en el infinito; entónces, como hoy, la naturaleza será grande y bella, y la muerte del Sol, de la Tierra y de los otros planetas de nuestra familia solar no impedirá al universo subsistir eternamente en su grandiosa magnificencia.

Pero cuando estos acontecimientos lleguen, la Tierra no será ya lo que es hoy. Las naciones que existen actualmente habrán desaparecido, desde mucho tiempo ántes, de la escena del mundo; no habrá ya españoles, ni franceses, ni italianos, ni ingleses, ni alemanes, y el anticuario que trate de descubrir los vestigios del pasado, tropezaria, para hallar los restos de Paris, de Madrid, de Roma ó de Lóndres, con las mismas dificultades que nosotros en esta época para encontrar los de Ménfis, de Ecbatan ó de Babilonia.

La humanidad misma habrá sido transformada física y moralmente: en nuestros dias ella misma se encarga de probar que todavía no ha alcanzado la edad de la razon; pero entónces habrá atravesado los linderos de la edad madura, llegado al apogeo de la ciencia, y sin duda á la declinacion de la vejez, pues el destino de cada humanidad debe estar en correspondencia directa con el del planeta en que habita.

Agreguemos ahora, para completar este bosquejo general sobre la naturaleza del Sol y sobre su papel en el universo, que la distancia que se extiende desde la Tierra al Sol es uno de los elementos astronómicos más seguros y mejor determinados.

La ciencia ha llegado, por seis métodos distintos, é independientes los unos de los otros, á establecer con certeza que esta distancia es de 148 millones de kilómetros, ó de 37 millones de leguas: este camino está medido con tanta exactitud como el que conduce de Paris á Madrid. Pero una línea de tal extension escapa tan asombrosamente á las apreciaciones habituales de nuestro espíritu, que es extremadamente difícil el formarnos una idea de ella. Tal vez lleguemos á conseguirlo midiendo este espacio por el tiempo que un móvil emplearia en recorrerlo. Así, por ejemplo, hablábamos poco há de las explosiones formidables que cotidianamente se producen en la superficie de aquel horno colosal: estas explosiones deben hacer un ruido espantoso, del que no puede darnos idea ni el mismo trueno. Pues bien, si el espacio que nos separa del Sol pudiera trasmitir el sonido hasta aquí con la velocidad ordinaria con que el aire trasmite los sonidos (340 metros por segundo), no oiriamos el estrépito de una conflagracion de los fuegos de artificio que se disparan en el Sol sino ¡trece años y nueve meses despues de producido!

Un tren de camino de hierro, viajando sin detenerse con la velocidad constante de 60 kilómetros por hora, no llegaria al Sol sino al cabo de 266 años. Partiendo el 1.° de Enero de 1881, llegaria al término de su viaje en el año 2147. Atendida la duracion máxima de nuestra existencia, la expedicion sideral no llegaria sino en su sétima generacion, y sólo la décimacuarta podria regresar á la tierra para traer noticia de lo que sus antepasados hubieran visto en el globo solar.

La luz del Sol no emplea más de ocho minutos en recorrer esta enormísima distancia, dado que atraviesa el espacio á razon de 300.000 kilómetros por segundo.

Ahora bien—y aquí daremos por terminado nuestro sumario trabajo—este gigantesco foco de luz, de calor, de electricidad, de magnetismo, que nos ilumina, nos calienta

y nos hace vivir, á semejante distancia de él, no es más que una estrella, y cada una de las estrellas que vemos brillar en la noche silenciosa es un verdadero Sol, no ménos importante que el que nos alumbra. La estrella *más próxima* á nosotros es un espléndido sol doble, que está 220.000 veces más lejana que nuestro Sol, y se cierne á ocho trillones de leguas de la tierra.

Todas las demas estrellas diseminadas á traves del infinito se hallan áun más lejanas, y por eso, siendo soles, nos presentan el aspecto de estrellas. Deciamos que el estampido de una explosion solar tardaria 266 años en venir del astro del dia; pero necesitaria tres millones de años para venir desde la más cercana de las estrellas. En cuanto á nuestro tren *express*, emplearia sesenta millones de años en recorrer el mismo trayecto.

Desde hoy más, nuestro espíritu engrandecido debe contemplar en el cielo, no ya puntos brillantes suspendidos de una bóveda; no ya la inmovilidad, el silencio y la muerte, sino millones de soles rodeados de millones de planetas, y derramando en derredor, á traves de lo infinito, la luz y el calor, que son en la vida la fecundidad y la alegria.

CAMILO FLAMMARION.

Paris, 1880.

EL DOCTOR NORDENSKIOLD,

QUE DESCUBRIÓ EL PASO DEL NOROESTE CON EL BUQUE «VEGA», EL 20 DE JULIO DE 1879.

LOS DOS SIETES.

I.

Siete y siete son catorce
Sumados verticalmente;
Pero puesto uno tras otro,
Hacen *once veces siete.*

Es número apocalíptico,
De cábala y sonsonete,
Y al que llega á disfrutarle
Le hace *setenton* dos veces.

Pendiente de dos escarpias
El vital hilo mantiene,
Esperando á que le rompa
La guadaña de la muerte.

Tal con mi fe de bautismo
Aquel número se aviene,
Como nacido en el tres
De este siglo diez y nueve.

Señor editor, amigo,
Con aquestos precedentes,
¿Parécele á V. liviano
El empeño en que me mete?

Pedir versos á esta edad
Es pedir jamon al viérnes,
Es pedir al olmo peras
Y azucenas á Diciembre.

¿Quiere V. que en su ALMANAQUE
Del *ochenta y uno* alterne
Quien puede ser su gemelo,
Con el coro de las Nueve?

Pidiéramelo en buen hora
Por los años treinta y siete,
Cuando empuñaban mis manos
El tirso de cascabeles;

Mas hora que roto yace,
Sirviendo sólo el pobrete
Para ornar en su portada
Las *Escenas Matritenses;*

Y despues que en las *Memorias*
De un setenton, más recientes,
He agotado el poco jugo
De mi escuálido caletre;

Vetusto actor jubilado,
¿Quiere V. que me presente
En las tablas á arrostrar
Los chicheos de la plebe?

Pero, al fin, mi voluntad
Es grande; ¡así fuera fuerte!
Y suscribo á su demanda,
Ganoso de complacerle.

Alto, pues, péñola mia;
A mi yerta mano vuelve,
Y si no una *satirilla*,
Inspírame un *Miserere.*

II.

DON BLAS EL FILÓSOFO.

—Adios, córte, que me mudo,
Harto de ver tus miserias,
Cansado de tu falsía,
Escándalos y flaquezas.

No más quiero ser testigo
Del baldon, la desvergüenza
Del ignorante atrevido,
Del discreto sin conciencia.

En tus dorados salones
Y en tus miseras viviendas,
La atmósfera corrompida
Ruindades tan solo engendra.

Aquí es virtud la osadía,
Y la timidez, flaqueza;
La intriga al mérito vence,
Y al talento, la destreza.

Amor, virtud, patriotismo,
Son aquí palabras huecas;
Disfraces de otros instintos,
De otras pasiones caretas.

Omnia pro dominatione
Serviliter es el lema
Que del sagaz cortesano
En el escudo campea.

Por él empuña la espada,
Por él brilla su elocuencia,
Por él maneja la pluma,
Ó en la alta tribuna truena.

Por él adula al poder,
Ó bien le hace cruda guerra;
Por él alucina al pueblo,
Y, ó le somete, ó subleva.

¿Veis á esos hombres de pro,
Alrededor de una mesa,
En banquete fraternal,
Entre brindis y ternezas?

Pues en todos y cada uno
Bulle constante la idea
De derrocar al rival,
De suplantar al colega.

Envidia, ambicion, rencores,
Los móviles que aquí imperan,
Y todos los medios son
Buenos, si al fin se enderezan.

Y todo por alcanzar
Del poder alguna pieza;
Por lisonjear el orgullo,
Por ostentar la soberbia.

¡Pobre aldea de mi vida!
¡Cuán distinta es tu existencia!
¡Cuán apacible tu trato!
Tu condicion ¡cuán modesta!

Abre tus amantes brazos
Para estrechar mi terneza,
Y oir de un desengañado
La voz amiga y sincera.

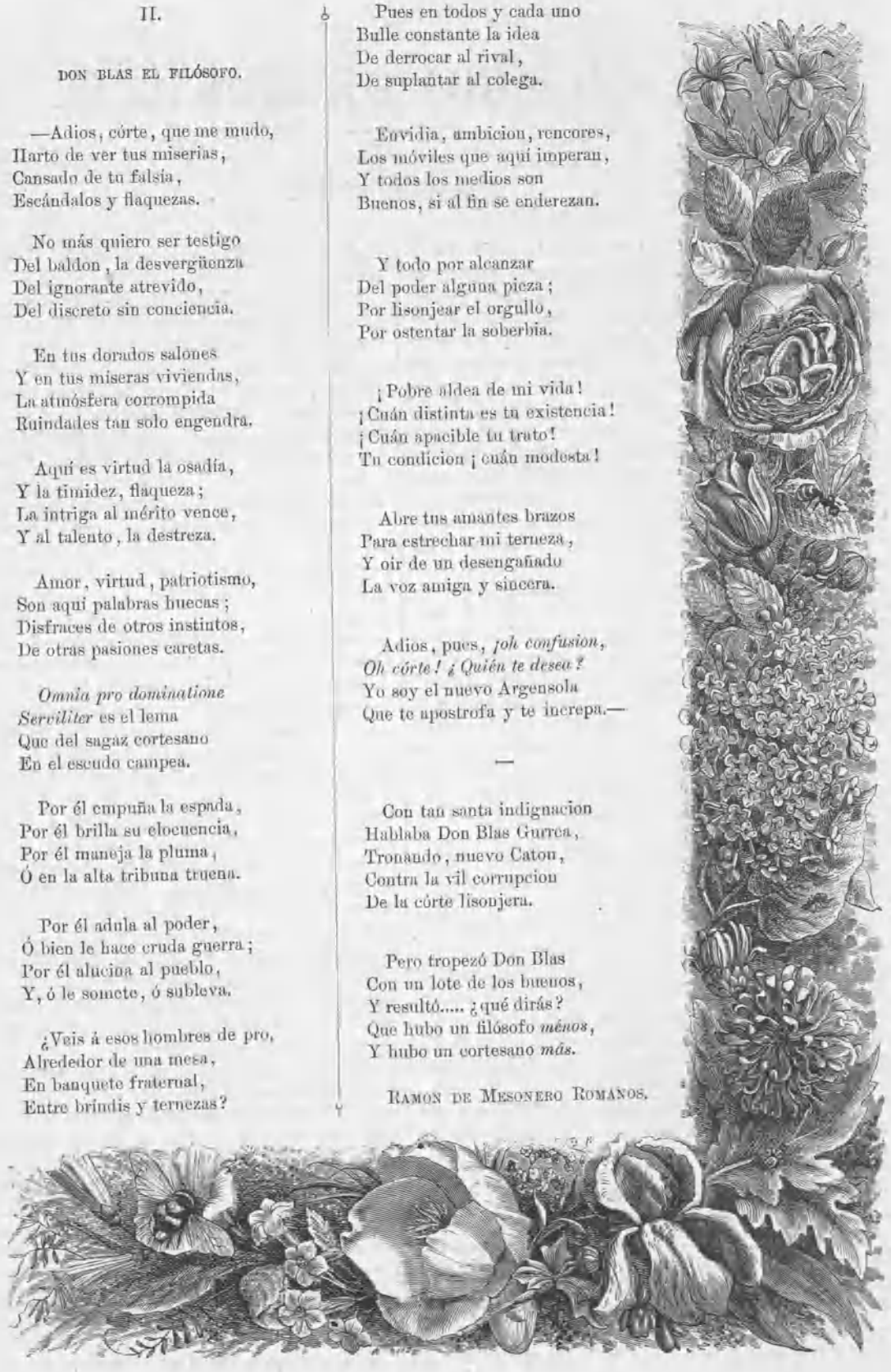
Adios, pues, *¡oh confusion,*
Oh córte! ¿Quién te desea?
Yo soy el nuevo Argensola
Que te apostrofa y te increpa.—

—

Con tan santa indignacion
Hablaba Don Blas Gurrea,
Tronando, nuevo Caton,
Contra la vil corrupcion
De la córte lisonjera.

Pero tropezó Don Blas
Con un lote de los buenos,
Y resultó..... ¿qué dirás?
Que hubo un filósofo *ménos*,
Y hubo un cortesano *más*.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.



EL CUADRO DE MURILLO.

FRAGMENTO.

Si ustedes alguna vez preguntan en la calle de la Canoa, de Méjico, por Mateo Repelos—que es mi nombre, para servirlos—sabrán que llegué á distinguirme entre los dueños y administradores de almoneda, no sólo por la tirantez con que compraba y la estimacion con que vendia, sino tambien por mi tino en la eleccion y la colocacion de las mil y una baratijas y de los inclasificables cachivaches que constituyen lo que en mi tiempo se llamaba almoneda, y que hoy, tomando un nombre más oriental, comienza á denominarse bazar. Desde el pobre ajuar del capitan retirado á quien no pagan sus alcances, hasta la vajilla de China de la viuda rica que viene á ménos; desde los retratos de familias extinguidas hasta el grabado de Lutero ó de Pepe Botella, colocado en su marquito negro de madera; desde la antiquísima jeringa de cobre vaciada en el molde de las primitivas piezas de artillería hasta la cajita de pino de nuestros abuelos, pintada de verde, y el biombo de lienzo con las aventuras de Pedro Urdemalas, no hay antigualla ni objeto indefinible á que el almonedero, por temperamento é inclinacion, no haga postura, cuyos usos y aplicaciones no estudie, y de los cuales no salga, con el trascurso del tiempo, perdiendo ó ganando dinero. Tambien dirán á ustedes que mi especialidad favorita son las pinturas; que conozco la nomenclatura de las más famosas existentes en los Museos de Europa y en los principales conventos de Méjico y Puebla, así como los caractéres esenciales de las escuelas flamenca, italiana y sevillana, y que á primera vista distingo un cuadro de Jimeno ó de Cabrera de otro de Zendejas ó de Juarez.

Mas ¡ay! el conocimiento práctico del ramo de almoneda en general no se adquiere sino á costa de tiempo, dinero y chascos más ó ménos pesados; y en cuanto á mis estudios y buen golpe de vista en materia de pinturas, los debí á un suceso que me aconteció en los primeros seis meses del oficio, y que jamas olvidaré por la sangría que importó para mi bolsillo, y por las burlas de que me hizo blanco por espacio de años enteros entre la gente del ramo.

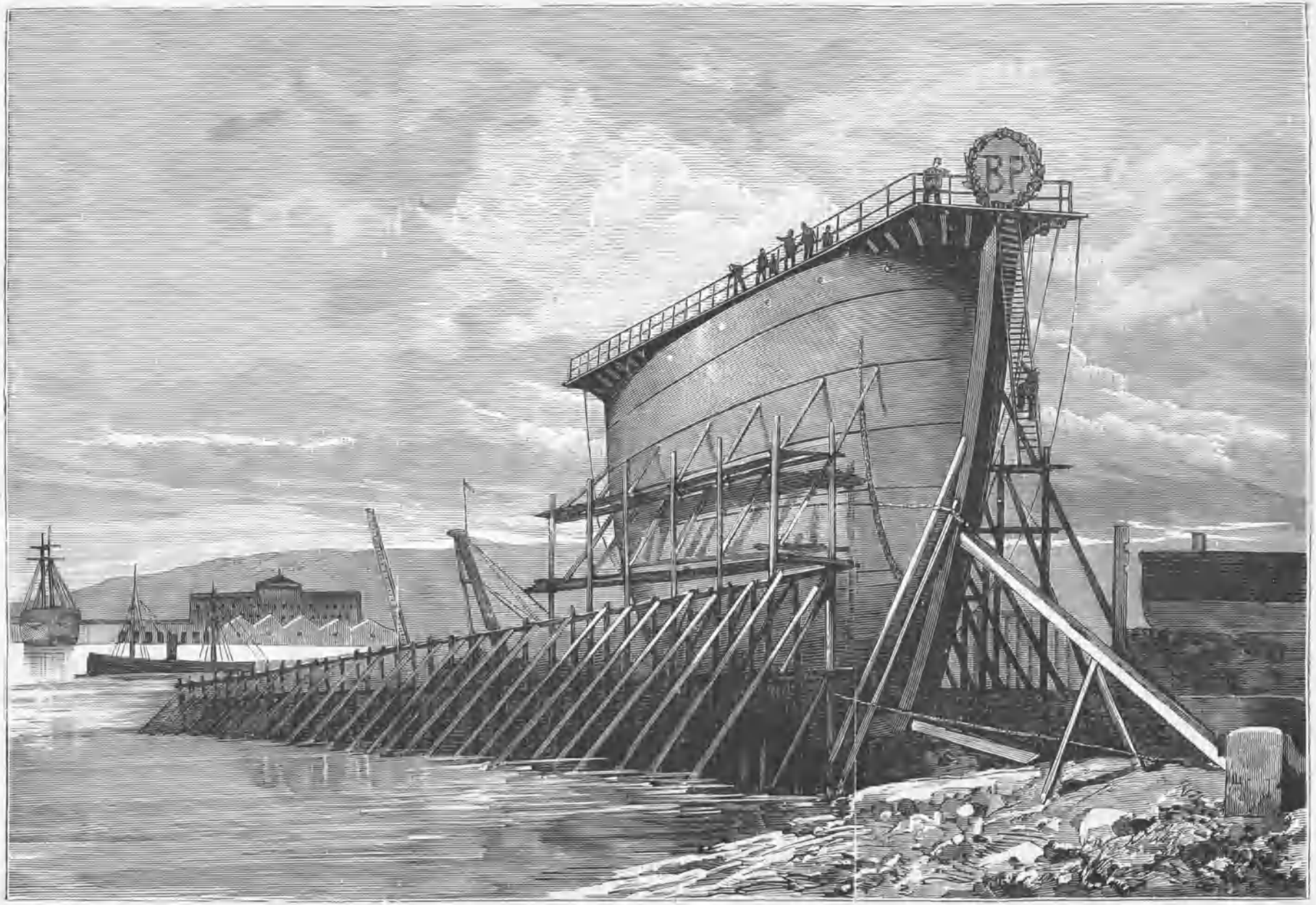
Acababa yo, repito, de establecerme en mi accesoria con varios bancos de cama enchinchados, algunas sillas de las que tenian respaldo de lienzo en forma de óvalo, con paisajes al óleo—especie de que no queda ya ni rastro—y otros cuantos efectos del mérito y valor de los referidos. La necesidad me aguijoneaba; pues amén de una madre anciana y enferma á quien atender, tenia yo esposa y dos niños. En mis horas de ocio y de meditacion, que eran las más del dia, sintiéndome predestinado al giro, pensaba yo en que no podria tardar en presentárseme algun negocio brillante, de aquellos que se entran por la gatera cuando está decretado que sean para uno, y que me pondria en aptitud de dar vuelo á mi negociacion y auxilios más eficaces á mi familia.

Tal era el tema de mis divagaciones cierta mañana en que, reclinada la mejilla en el diestro brazo, colocado sobre una mesita de pino de las de venta, vi entrar á una señora anciana de aspecto reservado, acompañada de un mozo que traia un lienzo con bastidor y todo, cubierto con un trapo no muy limpio. Cambiadas las salutaciones de rigor, la señora me propuso en venta el cuadro, descubriéndole el criado. Era una imágen de Nuestra Señora del Cármen, que ni por su dibujo ni por su colorido parecióme sobresaliente, si bien este último abundaba en los tintes oscuros del estofado ó del mole; circunstancia que recordé haber oido enumerar como uno de los indicantes de la antigüedad y el mérito en las pinturas. La señora pedia por ésta cincuenta duros para que yo ofreciera. Díjele que mis posibles no eran para comprarla ni por mucho ménos, y despues de insistir inútilmente cerca de media hora en vendérmela, me propuso dejarla en mi almoneda á la vista, quedando yo en libertad, ó de comprársela si más adelante me inclinaba á ello y contaba con los necesarios recursos, ó de venderla por cuenta suya si se proporcionaba comprador, limitándome al cobro de una comision moderada por depósito y venta. Consentí en ello, por tener así en mi establecimiento un objeto más sin que me costára, y no porque abrigára el menor intento de quedarme con el lienzo en propiedad, ni la más remota esperanza de que álguien incurriera en la humorada de hacerle postura; y aunque traté de averiguar el domicilio de la señora ésta me dijo que se hallaba en vísperas de mudarse, que no convenia que la buscáran en su casa, y que cuidaria ella misma de volver á verme, pasado cierto número de dias, para saber si se proporcionaba ó no marchante.

A los quince ó veinte dias volvió, en efecto, y sabedora de que no le habia, marchóse desconsolada, diciéndome que se hallaba en la mayor pobreza; pero que áun abrigaba cierta confianza en la venta del cuadro.

Acordándome yo de éste, quitéle con un trapo el polvo y las telarañas que ya empezaban á cubrirle, y hasta le froté con una muñequilla humedecida en aceite de linaza, poniéndole más cercano á la puerta de la calle; todo por falta de quehacer y á fin de matar en algo el tiempo. Y, sin duda por aquello de que trabajo y diligencia siempre logran cosechas, media hora despues de tal operacion, un individuo de cabello cano y traje decente, aunque algo raido, que pasaba por la calle de la Canoa y que volvió casualmente el rostro, al ver el lienzo detúvose como involuntariamente, contemplóle por espacio de uno ó dos minutos, y siguió su camino con visibles señales de preocupacion y sin causármela á mí en lo más mínimo.

Este incidente repitióse otros dos dias, y al tercero, mi



ARSENAL DEL FERROL. — EL BARCO-PUERTA DEL «DIQUE DE LA CAMPANA», BOTADO AL AGUA EN JULIO DE 1879.

hombre se recostó sobre el marco de la puerta, calóse los anteojos y se puso á examinar el lienzo con todo detenimiento. Más bien por quitarme de encima aquella mosca que por entrar en relaciones mercantiles, díjele con urbana frialdad: «¿Por qué no entra usted, caballero?» Abstraido en la contemplacion del lienzo, únicamente al repetirle mi pregunta se tocó el sombrero y dió dos ó tres pasos adentro, sin quitar la vista del cuadro.

—Indudablemente, dijo, tiene usted aquí una joya artística, que vale mucha plata.

En seguida, y pidiéndome permiso para ello, bajó el lienzo de la mesa en que estaba recostado sobre unas sillas; con su pañuelo ensalivado frotó las dos extremidades inferiores, como en busca de firma y fecha, que no halló, y examinó, por último, lienzo y bastidor por detras, diciendo en tono de profunda conviccion:

—Acaso yo me equivoque; pero este cuadro debe pertenecer á la escuela sevillana y ser obra de alguno de sus más insignes maestros.

Oyendo esto le pregunté, todavía sin dar gran valor á su entusiasmo, por qué no le hacia frente, agregando que le tendria por casi nada, puesto que perteneciá una familia pobre, deseosa de salir de él; á lo cual me contestó con marcadísimo desconsuelo que no se hallaba adinerado, y que el lienzo aquel no era para bolsas exhaustas, por muy barato que le diesen. Por lo que pudiera tronar, le dí á entender que venderian en cien duros la imágen; al oir lo cual abrió tamaños ojos y meneó la cabeza de un lado á otro, como si no diera crédito á mis palabras; y, contemplando de nuevo un breve rato la pintura, saludóme y prosiguió su camino.

El lienzo continuaba colocado cerca de la puerta y llamando la atencion de los transeuntes. Algunos de éstos, inteligentes sin duda, se detenian á verle desde la calle, se le señalaban mutuamente y hablaban entre sí. Dos jóvenes bien aperconados estuvieron á punto de darse de puñadas una mañana en mi puerta, acalorados con la disputa de si el lienzo era original ó copia. Uno de ellos sostenia que de aquella pintura no podia haber ejemplar alguno en Méjico, y mucho ménos en una almoneda de las de tres al cuarto; miéntras su contrincante se fundaba en el vigor y despejo del trazo y las combinadas firmeza y suavidad de luces y sombras, para creer que aquello no podia ser una simple copia. Como se trataban uno á otro de ignorantes, y esto en alta voz y con interjecciones algo vivas, y comenzaba á agruparse la gente en torno suyo, les suplique moderáran su exaltacion artística en mi puerta, para soltarle la rienda, si gustaban, en la esquina más inmediata.

A todo esto, yo iba concibiendo ventajosa idea del cuadro, y hasta, haciendo un sacrificio, habria dado por él quince ó veinte duros si se me hubiera presentado la propietaria; pero ni esto sucedia, ni me era posible buscarla, por ignorar las señas de su habitacion. Yendo y viniendo dias, el primero y más antiguo de los platónicos enamorados del lienzo colóse de rondon en mi almoneda una tarde, y llamándome á un rincon de la pieza, con gesto solemne y en voz baja para que no le oyeran dos señoras que ajustaban á la sazon unas sillas de asiento de hule, me dijo:

—Ya no es justo que sigamos yo en mi disimulo y usted en sus burletas. Comprendí perfectamente la de decirme que el cuadro valia cien pesos, que fué decirme en rigor: «Aun cuando te le dieran por un mendrugo, no podrás tú comprarle.» Acaso pueda yo, si no comprarle, hacer que le compren, señor mio; que bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor. Si usted, en lugar de juzgar por las apariencias y burlarse de un admirador *arrancado*, se humaniza y pone en lo racional y posible para salir del lienzo, acaso haga, con intervencion mia, si no lo que se llama un buen negocio, atendido el mérito de su Virgen, sí una ventecita que le dé á ganar algunos reales. Tengo un inglés..... pero ante todo, usted debe saber mejor que yo que este lienzo es nada ménos que del fundador de la escuela sevillana, Bartolomé Estéban Murillo, célebre pintor español, que floreció en el siglo XVII, compañero y amigo del gran Velazquez, y á cuyo pincel son debidos el San Antonio de Padua, el San Isidoro de Sevilla, el Moises hiriendo la roca, y tantas otras maravillas del arte, que constituyen la riqueza de los Museos y monasterios de Europa. Tengo, repito, un ingles rico que viaja recogiendo de aquí y de allí cuantas joyas artísticas le es dable comprar á bajo precio, para llevarlas á Lóndres, donde se venden á como uno quiere, no parándose el Gobierno británico en gastos para enriquecer los Museos públicos, ni los lores en derramar el oro por adquirir originales para sus colecciones particulares. Mi hombre ha comprado en Puebla y aquí algunos cuadros, y actualmente tiene puesto el ojo á este lienzo, mediante indicacion mia; pues aquí donde usted me ve, soy inteligente en el ramo, me apellido Martinez, y años atras he desempeñado una clase de Pintura en la Academia de San Cárlos, donde podrán dar á usted noticias de mi persona. El inglés ha visto el cuadro desde la calle y le ha gustado, por lo cual vendrá mañana conmigo para examinarlo á toda su satisfaccion.

Desconfiado de mio, y poco susceptible de entusiasmarme, creí que habia más de charlatanería que de sustancia en la peroracion del Sr. Martinez, quien se presentó á otro dia con su inglés. Aunque traia éste azafranados el cabello y las patillas, descomunales los cuellos de la camisa y pendiente al pecho el lente de rigor, hablaba el castellano con asaz facilidad y correccion, lo cual debia, segun me dijo, á los muchos años que habia vivido en España visitando museos y conventos. Halló que el lienzo de marras era efectivamente de Murillo, lo cual no se podia dudar en vista de lo correcto del dibujo, de la propiedad anatómica que brillaba en las carnes y de la verdad y naturalidad del colorido, que así distaba de la árida y triste severidad de la escuela romana, como de los colorines de la flamenca. Aquel ambiente ó atmósfera entre la forma de la Virgen y los grupos de ángeles que la rodean, sólo el insigne fundador de la escuela sevillana habia sabido crearle, y constituia una dificultad en que naufragaron y naufragarán los demas artistas pasados y presentes. Todo esto y mucho más dijo el inglés, no del modo con que habla un necio para que le crean sabio, sino como habla en momentos de expansion una persona verdaderamente conocedora de lo que juzga. No queriendo partir de ligero, díjome que ni entraria en ajuste sino al siguiente dia, ni siquiera pretendia saber desde luégo el precio del cuadro; que éste era muy bueno y él suficientemente rico; pero que los tiempos eran malos y no se quedaria con la pintura sino tomándola á bajo pre-

cio. Encargóme que me fijára en el último y definitivo, á fin de volver á la mañana siguiente á examinar de nuevo el lienzo y á quedarse con él ó á desistir del negocio.

Durante esta primera entrevista Martinez no habló, sin duda por haberse abstraido completamente en la contemplacion de la pintura.

Diómе golpe el inglés, y comenzó á dármele el cuadro, en que ántes casi ni habia fijado la atencion, y en el que ya creia descubrir todas las perfecciones anatómicas y de tono y colorido, y hasta la atmósfera de que acababa de hablar el gringo. Volví á frotar el lienzo con aceite de linaza, é instintivamente miraba hácia la calle, deseoso de que se apareciera por allí la propietaria, á fin de cerrar trato con ella, ó al ménos ajustarle condicionalmente la pintura. En la tarde, al pasar frente á la Academia de San Cárlos, se me ocurrió tomar algunos informes respecto de Martinez, y no bien le hube nombrado, cuando el conserje me dijo que era persona muy perita en el arte, y que, efectivamente, habia sido muchos años catedrático de pintura en el establecimiento; acudiendo todavía á él á dar su voto siempre que se trataba de juzgar del mérito de cuadros antiguos y modernos. En la noche soñé que el negocio se redondeaba, dejándome media talega de pesos.

A otro dia á las doce, Martinez y su inglés entraban en mi almoneda, y despues de examinar de nuevo la Nuestra Señora del Cármen, preguntóme el segundo si le habia yo fijado precio.

—No se ha de dar ménos de 500 duros, le contesté con aire indiferente y hasta algo brusco.

—Pues decididamente la tomo, me dijo, y como no me agrada perder tiempo ni hablar sino lo preciso, terminemos de una vez el negocio.

Sacó de su bolsillo una cartera, y de ésta una tarjeta con su nombre, que, si mal no recuerdo, era «Sir James William Cook», y entregándome la tarjeta y una moneda de oro de diez y seis pesos, agregó:

—Aquí tiene V. mi nombre y esta onza, para que inmediatamente haga preparar una caja de madera en que pueda caminar el lienzo sin estropearse. Una vez lista la caja, coloque V. en ella la pintura, muy bien acomodada, y sin cerrar, ó al ménos sin clavar la tapa, lleve V. tarjeta, caja y factura de venta á la casa de los Sres. Maning y Mackintosh, donde le entregarán en oro el importe del cuadro. Que esto sea mañana mismo, porque debo partir de un dia á otro.

Salieron Martinez y el inglés, y yo tras ellos en busca de un carpintero conocido, á quien dí las dimensiones del lienzo, y órden de hacer la caja en el resto del dia; y como la ajusté en seis pesos, hallé que por principio de cuentas iba yo á ganar más de otro tanto en sólo el empaque. Decididamente mi estrella estaba en su cénit, y lo único que me inquietaba era no poder dar desde luégo con la propietaria de la pintura, exponiéndome á que si se llegaba á traslucir mi negocio de venta, quisiera ella compartir mis considerables utilidades. Pero estaba yo en el cuarto de hora de ganar todos los albures, ó así lo creí por lo ménos viendo entrar esa misma tarde á la bendita anciana en mi establecimiento.

El lienzo no habia sido movido de donde llevaba dias de estar, ni mi semblante revelaba la menor emocion, cuando entablamos el siguiente diálogo:

—¿Aun no se ha vendido mi Madre y Señora del Cármen?

—Ya V. la ve ahí, donde la dejó.

—¡Cuánto lo celebro! Decididamente, Dios protege á los pobres. ¡Alabada sea su misericordia! Figúrese V., señor don Mateo, que yo me habia resuelto á dar, acosada de la miseria, por cincuenta pesos esta alhaja de familia, que de generacion en generacion ha llegado á mí; y que ahora mi primo, el cura de Atlixco, me escribe, por conducto de mi comadre Petronila, que no vaya á desbaratarme del cuadro, porque los padres carmelitas de Puebla le conocen y codician, y podrian dar hasta doscientos pesos por él. ¡No sino muy lucido negocio habria yo hecho malbaratándole para tener pan hoy y hambre mañana! ¡Alabado sea Dios en todas las cosas! Me llevo mi Virgen Santísima, Sr. D. Mateo; y como no es justo que V. la haya tenido de balde en su almoneda, le dejo esta tumbaga de oro, que bien vale sus cuatro pesos, y que era de mi difunto esposo, para que de ella se cobre lo que sea del depósito, y me devuelva el resto cuando la haya vendido.

Como VV. comprenderán, semejante peripecia daba al traste con mi negocio. En vano, con calma y sangre fria, traté de hacer comprender á la anciana que se alucinaba con meras esperanzas, probablemente huecas, acabando por ofrecerle de contado los cincuenta duros que al principio pretendia por su lienzo. Tomóle y cubrióle el criado y cargó con él, y ya en la puerta anciana y mozo, ofrecí sucesivamente á la primera sesenta, ochenta y hasta cien pesos por la imágen. La buena señora se atenia á las seguridades de su primo el cura de Atlixco; declaróme terminantemente que no daria el cuadro por ménos de doscientos pesos, y se marchó con él.

La figura que yo quedé haciendo en la puerta de mi almoneda debe haber tenido mucho de ridícula. Decíame para mis adentros que la codicia rompe el saco, y que tratando yo de explotar la pobreza de aquella mujer, me habia sucedido lo que al perro de las dos tortas. Pero una idea luminosa cruzó por mi cerebro. ¿No me daba el inglés quinientos pesos por el cuadro? Pues áun pagando por él doscientos, quedábame un sesenta por ciento de utilidad, una suma redonda de trescientos duros, sin contar los ahorros en el empaque. Tomé mi sombrero, fuí á dar alcance á la vieja, que iba ya doblando la esquina, ofrecíle ciento cincuenta pesos por el cuadro, y viendo que ni esta oferta aceptaba, le dije: «Es mio por los doscientos», y volví en triunfo á mi establecimiento, dando el brazo á aquella estantigua, y seguidos ambos del mozo con la pintura.

Propuse á la señora darle á otro dia la cantidad, y redondamente se negó á ello, diciéndome que de efectuar la venta habia de ser recibiendo en el acto el importe; «Porque nosotras las señoras, agregó, nada entendemos en esto de negocios, y con mucha facilidad somos engañadas.» Nuevo conflicto para mí, que no podia reunir de pronto ni cien pesos, y que juzgaba inútil acudir á la casa de Maning y Mackintosh por el dinero ántes de llevar empacado el cuadro. Habria ido á ver á Sir James para que me diera algo á cuenta; pero, aparte de que esto no seria decoroso, no era tampoco practicable sin riesgo de que los demas almonederos, que iban ya oliendo el negocio, me le birlaran, mejorando á la viuda mi oferta. Decidíme á ocupar á una persona rica que vivia á la otra puerta y me dispensaba

alguna confianza, pidiéndole ciento cincuenta pesos, que me dió por un par de dias, dejándole yo en prenda las escrituras de una casita de mi mujer. Conté sus doscientos pesos á la señora, y extendí en papel sellado un recibo, que me firmó con agarabatados caractéres, hecho lo cual, yo me quedé con su cuadro y ella se marchó con mi dinero, diciéndome que estaba ya definitivamente mudada y á mis órdenes en el número 24 de la calle de Curtidores, para donde me invitaba á tomar chocolate á la siguiente tarde con ella.

Para no hacer á VV. más largo el cuento, les diré que á otro dia, al presentarme en la casa de Maning y Mackintosh con lienzo, factura y tarjeta, ni quisieron los dependientes recibir la caja, ni ellos ni el principal, persona respetable y bondadosa, recordaron haber conocido ni siquiera oido nombrar á Sir James William Cook; que habiendo ocurrido, con el auxilio del conserje de la Academia de San Cárlos, á la casa de Martinez, el antiguo catedrático de Pintura, resultó que éste no era el admirador platónico de mi cuadro, y que mi susodicho cuadro fué calificado por el verdadero Martinez de verdadero mamarracho que no valia un comino; que en la calle de Curtidores no habia núm. 24, ni quien diera razon de la viuda; que como escribí al cura de Atlixco pidiéndole noticias de su prima, me contestó que, á Dios gracias, no tenia ya pariente alguno, pues los que tuvo sólo le dieron asaltos y disgustos; por último, que no pudiendo devolver los ciento cincuenta duros que me prestaron, mi esposa perdió su casita, y sus justísimos reproches se mezclaron por mucho tiempo con las risas de los almonederos vecinos. Calificáronme éstos de infeliz, no sólo concebido en pecado como la totalidad de los hombres, sino concebido tambien en necedad, lo que de tejas abajo es todavía más grave y trascendental, y en lo cual tuve que convenir á despecho mio.

J. M. Roa Bárcena.

México, 1880.

LÓNDRES. — TORRE «VICTORIA» Y PALACIO DEL PARLAMENTO.
(*House of Parliaments.*)

JEP DELS ESTANYS.

Al observar que los historiadores contemporáneos juzgaban con sobrada parcialidad y referian con poca exactitud los sucesos de nuestras discordias intestinas, en la parte relativa á Cataluña, entróme el deseo de escribir la historia de las guerras civiles en el territorio del antiguo Principado; y con el propósito de esclarecer la verdad en cuanto estuviera á mi alcance, dediqué diez y siete años á recorrer el país en todas direcciones, estudiando las acciones de guerra sobre el mismo terreno en que se realizaron, reuniendo y concordando datos, recogiendo documentos, consultando opiniones diversas. Todo marchaba bien; el fruto recogido recompensaba con usura mis afanes y fatigas, hasta que tuve necesidad de penetrar en la historia íntima de los partidos para inquirir las causas de sucesos que no tenian explicacion natural y satisfactoria en lo que de público se sabía. De estas investigaciones salí con el corazon destrozado y con la conciencia sublevada, agobiado el espíritu en presencia de horrores, de infamias, de crímenes sin nombre, que no sospechan siquiera los que de buena fe, por puro entusiasmo, militaron en uno ú otro bando. ¿Qué hacer en este caso? ¿Guardar silencio sobre tales abominaciones? ¿Dejar que ante la historia tantos traidores, cobardes, codiciosos é hipócritas continúen cubriendo sus rostros con la máscara de leales, de héroes, de patriotas desinteresados, de hombres de fe sincera? ¿Rasgar el velo que cubre esas iniquidades y arrojar la mancha de la infamia sobre familias inocentes en los crímenes de sus parientes ó deudos, y exponerse á los disgustos consiguientes á la revelacion de hechos sobre los cuales tengo una conviccion moral, pero de los que no poseo pruebas legales?

Por de pronto he resuelto el problema renunciando á escribir una obra que tantas y tan graves dificultades ofrece; pero esta resolucion no me veda que alguna vez levante un poco la punta del velo que no me atrevo á rasgar, como en la ocasion presente, que, por complacer al Director de *La Ilustracion Española y Americana*, voy á publicar unos curiosos documentos referentes á la muerte del tan renombrado *Jep dels Estanys* (1).

I.

Despues de la caida del régimen constitucional y del triunfo del partido llamado realista, en 1823, pronto empezaron los descontentos y las divisiones entre los triunfadores. Todo partido tiene sus moderados y sus exaltados, y no se habia de librar de esta ley el partido realista. La influencia de la aristocracia y los consejos del Gobierno francés, apoyados por los jefes de las fuerzas auxiliares que habian quedado de ocupacion en la Península, pusieron coto á los desmanes del elemento exaltado del bando triunfante, y templaron los rigores del monarca español contra los comprometidos en la causa constitucional; pero como los emigrados no cesaban en sus locas tentativas, esto daba pretexto al bando llamado *apostólico* para quejarse de la benignidad del Gobierno y suponer que el Rey estaba supeditado y como secuestrado por liberales más ó ménos encubiertos, y que, por miedo ó por ignorancia de lo que pasaba, sufria la influencia de los francmasones.

A estas causas de descontento hubieron de añadirse otras. Los jefes y oficiales del ejército realista, gente de baja extraccion los más, y de antecedentes no muy recomendables algunos de ellos, si bien habian prestado servicios como guerrilleros en la lucha contra el partido liberal, no podian figurar de ninguna manera en un ejército regular, porque les faltaban instruccion y educacion para ello. Así es que, terminada la guerra, hubo necesidad de darles licencia ilimitada. Al acercarse el término de la ocupacion del territorio hispano por las fuerzas francesas, se procuró reorganizar el ejército español, pues no inspiraban confianza, bajo ningun concepto, los voluntarios realistas, milicia popular del partido triunfante, con los mismos defectos que la milicia nacional de los liberales. Para llevar á cabo la reorganizacion del ejército se hubo de recurrir á los oficiales indefinidos que habian permanecido fieles hasta el último momento á la causa constitucional; y como se prescindió de los procedentes del ejército irregular realista, éstos se llamaron á sí mismos los *agraviados*, y se dispusieron á apelar á la rebelion, si fuese necesario, para manifestar su descontento y obtener la justicia que creian se les negaba.

El dia 25 de Agosto de 1827 estalló la insurreccion en la ciudad de Manresa, y tuvo eco y fué secundada en Cervera, Gerona, Solsona, Reus, y en casi todas las comarcas del Principado. Fué tan rápido y general el movimiento, que los sublevados llegaron á reunir unos treinta mil hombres en pocos dias. El regimiento de la Reina, que se hallaba de guarnicion en Manresa, despues de tres horas de resistencia, se rindió á los sublevados con toda su plana mayor.

Insurreccion que empezaba con tales bríos y tomaba tales proporciones habia de causar honda sensacion, no sólo en Cataluña, sino tambien en el resto de España. ¿Causó sorpresa? Lo ignoro; pero si ni las autoridades locales ni el Gobierno tuvieron noticia de lo que se tramaba, preciso es suponer que estaban sordos y ciegos ó sobrado confiados, porque durante los últimos dias que precedieron á la insurreccion ya ninguno de sus agentes guardaba recato ni ocultaba sus designios.

Luégo que la noticia de lo que aquí ocurria llegó á la córte, el Gobierno desplegó grande energía y actividad para sofocar la rebelion y castigar á los rebeldes. Una de las providencias que se tomaron fue ordenar la formacion de un cuerpo de ejército destinado á operar contra los rebeldes de Cataluña, bajo el mando del Conde de España; pero ni estas disposiciones, ni el manifiesto del Rey condenando el movimiento, bastaron á contener la rebelion, de la que aparecieron algunos chispazos en Alcañiz, Córdoba y otros puntos fuera de Cataluña. La Junta de Manresa, titulada Suprema, ejercia actos de soberanía y amenazaba con castigar á las autoridades y empleados que no se adhiriesen al movimiento, mientras el Monarca dirigia iguales amenazas á los que en él tomáran parte.

En las proclamas de los jefes principales reaparecen la crueldad y el espíritu de venganza que tantas víctimas causaron durante los sucesos políticos de 1820 á 1823. Samperes, comandante general de la vanguardia, dispone en uno de sus bandos que «toda persona que haga resistencia á las armas realistas será fusilada dentro del término de tres horas, y por cada realista que muera serán fusilados seis individuos de la poblacion, en fuerza del derecho de represalias.» José Bussons, (a) *Jep dels Estanys*, jefe de los sublevados de la alta Cataluña, decia en su proclama: «Concurrid, manresanos, españoles todos, á sostener este patri-

(1) Jep dels Estanys es el apodo de José Bussons. *Jep* es contraccion de *Josep*, en castellano *José*; *dels Estanys* se traduce de *los Estanques*, y probablemente significa que Bussons habia nacido ó vivido en una casería llamada *Estanys*, cerca de Vallcarca.

Tallieu de Cabarrus. Dullos. Jégou. Dauzats. Boutan. G. Blanchet. Wiener. Verbrugghe. Rodriguez.
Sosa. Bionne. Col. Totten. LESSEPS. Dirks. Wright. Bon-Wyse.
Tontan. Dauprat. Sabla. Couvreux. Albers. Gallay. Marolle.

PANAMÁ.—INDIVIDUOS QUE COMPONEN LA COMISIÓN DE ESTUDIOS, PRESIDIDA POR MR. DE LESSEPS, PARA LA APERTURA DEL CANAL INTEROCEÁNICO.

manio de gloria, y veréis disipar la impiedad, abatir los negros, reponer los oficiales y demas empleados realistas que fueron separados de sus destinos con la más descarada arbitrariedad, para colocar á los exaltados constitucionales que atentaban contra la Real persona de S. M., y áun á los mismos milicianos voluntarios, en contravencion á los repetidos sabios decretos de su Real Majestad, y acabar con todos los liberales del suelo español. Despues de esta virtuosa ocupacion, retiraos al seno de vuestras familias, ciertos de que vuestras casas y hogares serán respetados, vuestros derechos sostenidos y defendidas vuestras propiedades.» Hé aquí resumido el memorial de agravios de los insurrectos.

Viendo el extraordinario incremento que tomaba la insurreccion, el Rey, por inspiracion propia, ó cuerdamente aconsejado, decidióse á venir á Cataluña. El golpe fué dado con habilidad. La mejor manera de convencer á los ilusos de que les engañaban los que pretendian que el Rey no gozaba de completa libertad, era hacer que el Monarca se presentase voluntariamente entre los que daban asenso á tales invenciones. El 22 de Setiembre salió Fernando de Madrid, y el 28 del propio mes entró en Tarragona. El mismo dia firmó una alocucion, en la cual se lee: «Cerrad los oidos á las pérfidas insinuaciones de los que, asalariados por los enemigos de vuestra prosperidad, y aparentando celo por la religion, que profanan, y por el trono, á quien insultan, sólo se proponen á arruinar á esta industriosa provincia. Ya veis desmentidos con mi venida los vanos y absurdos pretextos con que hasta ahora han procurado cohonestar su rebelion. Ni yo estoy oprimido, ni las personas que merecen mi confianza conspiran contra nuestra santa religion, ni la patria peligra, ni el honor de mi corona se halla comprometido, ni mi soberana autoridad es coartada por nadie. ¿A qué, pues, tomar las armas los que se llaman á sí mismos vasallos fieles, realistas puros y católicos celosos? ¿Contra quién se proponen emplearlas? ¿Contra su Rey y señor? Si, catalanes: armarse con tales pretextos, hostilizar mis tropas y atropellar los magistrados, es rebelarse abiertamente contra mi persona, desconocer mi autoridad y burlarse de la religion, que manda obedecer á las autoridades legítimas; es imitar la conducta y hasta el lenguaje de los revolucionarios de 1820; en fin, destruir hasta los fundamentos las instituciones monárquicas; porque si pudieran admitirse los absurdos principios que proclaman los sublevados, no habria ningun trono estable en el universo.»

La firmeza y union de los sublevados, algo quebrantadas por la entrada del Rey en Cataluña, sufrieron un golpe mortal con esta alocucion. Las verdades de hecho y de principio que ella contenia estaban al alcance de las masas, que luégo se llamaron á engaño, y la claridad y energía de todo el documento infundieron miedo á los elevados protectores de la rebelion. Así es que buen número de los insurrectos se acogieron al indulto que el Monarca les ofrecia; algunos jefes, los más comprometidos ó desconfiados, se ocultaron ó expatriaron, y los demas opusieron escasa resistencia á las tropas; de manera que la campaña, dirigida con actividad y acierto por el Conde de España, fué poco más que un paseo militar.

II.

¿Cuál fué el objeto de esta rebelion y quiénes sus promovedores? En una obra muy rara, publicada en Montpeller en 1843 por autor anónimo, pero que me consta lo era un individuo de la ex-junta carlista de Cataluña (1), refiriéndose á los sucesos de 1827, se lee lo siguiente: «Entre tanto, los artificiosos liberales comenzaron á propagar la voz de que el objeto verdadero de los realistas era el de obligar al rey D. Fernando VII á descender del trono y proclamar en su lugar al Serenísimo Sr. Infante D. Cárlos María Isidro, nuestro legítimo soberano. Por primera vez se oyó el nombre de *carlistas*, que inventaron los hijos de Maquiavelo para extraviar la opinion pública, y designar un partido que temian, habiendo llegado á conocer muy bien sus principios y los fines de sus combinaciones. Los astutos liberales inventaron esta calumnia, y le daban valor con hipócrita sagacidad á dos objetos igualmente infames: primero, denigrar á los realistas; hacerles sospechosos de traicion; excitar contra ellos el ódio del Monarca; disponer su abatimiento; conseguir por grados su ruina, y dejar enteramente libre á la revolucion el campo de batalla: segundo, infundir en el Real ánimo del Sr. D. Fernando VII desconfianza y recelo contra su buen hermano, que tantas pruebas le habia dado, y estaba continuando, de fidelidad y amor; arrojar la manzana de la discordia en la Real familia; preparar la persecucion del Serenísimo Sr. Infante D. Cárlos, ahora rey legítimo de España; estorbar por todos medios su elevacion al trono; sembrar en todas las provincias el descontento, la falta de respeto á S. M., la desmoralizacion, el desórden y el ateismo; y para madurar tan fatales disposiciones, hacerse dueño de todas las eventualidades. La experiencia ha demostrado la realidad de estos infernales proyectos, y es de creer que no hubieran podido llevarse á ejecucion si el movimiento de los realistas en el año 1827 no hubiese hallado estorbos hasta conseguir su último objeto, consolidando la monarquía sobre sus propias bases, y resguardando el trono de la tempestad que amenazaba su ruina. Prescindo del hecho considerado en sí y en su primer origen: miro solamente á los efectos que se hubieran obtenido, segun las intenciones de los levantados, *quienes creian conformarse con la voluntad del Rey.*»

El autor del libro que acabamos de citar, y que sin duda era uno de los principales conjurados, opina que la sublevacion de 1827 fué *un arcano sumamente oscuro é impenetrable.* ¿Cómo calificar de arcano impenetrable una sublevacion que no escaseó las proclamas y se mostró en ellas bastante explícita? La Junta de Manresa declara que lo que se propone «es aterrar para siempre los trastornadores de la corona y ley fundamental de España.» Rafi Vidal, jefe de los insurrectos de la baja Cataluña, dice que se levanta «para sostener y defender con la vida los dulces y sagrados nombres de Religion, Rey é Inquisicion, arrollar y exterminar á cuantos masones, carbonarios, comuneros y demas nombres inventados por los maquiavelistas que no han obtenido el indulto que S. M. se dignó dispensarles.» ¿Dónde está, pues, el arcano? Decir que hay arcano es reconocer que la bandera de la rebelion no era sino aparente, y que llevaba un fin real distinto del que se proclamaba. ¿Era que con apariencia de amor al monarca y á pretexto de aumentar y respetar su poder se trataba de destronarle y traspasar su corona á las sienes de su hermano D. Cárlos? El autor de la *Noticia de la última guerra civil* supone que esto fué una invencion calumniosa de los liberales. No obstante, el Rey, en su alocucion firmada en Tarragona, declara terminantemente que los sublevados tomaron las armas para emplearlas «contra su rey y señor.» Recuerdo que los sublevados de la comarca donde yo vivia llamaban á aquella insurreccion *la del rey cap per avall* (la del rey cabeza abajo), y efectivamente, en su bandera llevaban un retrato del rey puesto cabeza abajo.

¿Pero bastan estos datos para deducir que D. Cárlos era el jefe de aquella rebelion? No por cierto; siempre he oido decir, y no por partidarios de D. Cárlos, que éste se negó tenazmente al destronamiento de su hermano, y que el alma y jefe de aquella rebelion fué su esposa doña María Francisca. De lo que yo recuerdo, parece ser que en realidad aquella sublevacion tenia por objeto destronar al rey D. Fernando y sentar en el trono á su hermano D. Cárlos, que por ser persona de pocos alcances y muy dado á la devocion, creian poder dominar los promovedores de aquel movimiento. Organizóse para este fin una Sociedad secreta,

(1) «Noticia de la última guerra civil de Cataluña y defensa de la Junta gubernativa y de los jefes del Real ejército del mismo Principado, con un Apéndice de documentos en su justificacion, que el amigo de la verdad dedica á todos los hombres imparciales y justos.»—Montpeller, imprenta de Isidro Fournel mayor, calle Tournarie, núm. 10, año 1843.

llamada del *Angel Exterminador*, y solamente los afiliados á esta Sociedad eran los iniciados en el propósito del destronamiento. Para los demas, la sublevacion no tenia otro objeto que el indicado en las proclamas, y lo que en ellas se decia era bastante para levantar á los que estaban descontentos por la parte de botin que les habia tocado en el triunfo de 1823, y á los que de buena fe creian que la falta de rigor en el Gobierno daba alas á los liberales para repetir lo que hicieron en 1820. En Cataluña el foco de la rebelion estaba en Cervera, y lo dirigian los mismos que más tarde dominaron en la Junta de Berga y complotaron, en 1839, la destitucion del Conde de España, que fué el preludio de su asesinato. Uno de los agentes más activos de la conspiracion fué la famosa Josefina Comerford, que murió no hace muchos años de *penitente* en la montaña del Montseny.

Supónese que el rey Fernando tuvo noticia de lo que se tramaba, y deseando escarmentar á los conjurados, para que no se repitieran las tentativas en ocasion que tal vez no podria desbaratarlas, hizo que entráran en la conspiracion Calomarde, su primer ministro, y Cárlos de España, hombre de la más absoluta confianza del Rey. Así estaba al corriente de los planes de los sublevados y pudo contrariarlos oportunamente.

Despues de permanecer algun tiempo en Cataluña, volvióse á Valencia el rey Fernando para ir á recibir á su esposa la reina Amalia, y durante su ausencia fueron condenados á muerte y ejecutados en la ciudad de Tarragona el coronel graduado D. Juan Rafi-Vidal, el teniente coronel graduado D. Alberto Olives, el teniente coronel D. Joaquin Laguardia, D. Miguel Beicar, D. Magin Pallás, individuo de la Junta de Manresa; el teniente coronel D. Rafael Bosch y Ballester, el capitan D. Narciso Abrés, D. Jaime Vives y D. José Robusté, jefes de la rebelion, presentados á indulto. Ademas de estas ejecuciones públicas, las hubo tambien llevadas á cabo ocultamente y en el silencio de la noche. Cuéntase que miéntras la atencion pública estaba distraida en las ejecuciones del Fuerte Real, se verificaban otras en la Falsa-Braga, entre los dos recintos fortificados. Parece ser que numerosas personas complicadas en la insurreccion eran llamadas á Tarragona á pretexto de comunicarles órdenes secretas. Estas víctimas no entraban siquiera en la ciudad, sino que eran amontonadas sigilosamente en los calabozos de aquella fortificacion. Las pocas personas que habitaban en las casas adosadas á la cortina de la muralla que corre desde la torre de San Magin á la del palacio arzobispal decian con gran reserva á sus más íntimos amigos que, durante el mayor silencio de la noche, oian muy á menudo lamentos, lloros y á veces execraciones, reproducidas por el eco de aquellas fúnebres paredes, pareciendo como que eran muchos los que sufrian y se quejaban. De repente sonaba una descarga y cesaban aquellos pavorosos gemidos. A poco veíanse recorrer negros bultos en silencio y á oscuras por un pequeño espacio de la Falsa-Braga, metiéndose debajo del portal, y á los pocos minutos la fúnebre comitiva reaparecia al exterior de las fortificaciones, guiada por un triste farol. Era que los ejecutores y las víctimas habian atravesado el grueso del muro por una antigua poterna que existe debajo de las mazmorras y da frente al camino del cementerio, distante apénas un tiro de fusil de la ciudad por aquel lado, quedando luégo todo sumido en las tinieblas, para reproducirse igual escena en la noche siguiente. Así, muchas personas de la baja Cataluña salieron de sus casas para ir á Tarragona, y nadie ha vuelto á saber de ellas. ¿Era que Cárlos de España queria hacer desaparecer de esta manera sus cómplices, para que no le delatáran como principal promovedor de aquella insurreccion, ó que, de acuerdo con el Rey, trataba de cortar todas las cabezas de aquella hidra revolucionaria? Este es un misterio que podria aclarar sólo el que poseyera la correspondencia privada del Conde y de su Soberano, que me consta fué entregada á la familia de D. Cárlos de España despues de la muerte de este hombre singular.

La triste suerte que les cupo á los jefes de la rebelion en lo que hoy es provincia de Tarragona sirvió de aviso á los de la montaña de Cataluña; así es que todos, ó casi todos, se escaparon á Francia. Uno habia entre los fugitivos que interesaba mucho hacer desaparecer, y éste era el coronel José Bussoms, jefe de las fuerzas de la alta Cataluña. Pero ¿cómo apoderarse de él, no pudiendo reclamar su extradicion? Ello es que un dia fué llevado preso á Camprodon; de allí se le trasladó á Olot, y en Olot se le fusiló, juntamente con sus ayudantes y asistente. ¿Cómo se pudo realizar esta captura?

III.

Un dia, yendo de Camprodon á Rocabruna, pintoresco vallecito cerca de la frontera de Francia, encontré á un hombre del pais, que andaba con dificultad, encorvado por los años y tal vez por una vida fatigosa. El guia que me acompañaba, viendo que el anciano torcia ántes de llegar á nosotros, me dijo, señalándolo con su baston:

—Allí va; siempre solo, huyendo de la gente; parece una bestia.

—¿Quién es ese hombre?—le pregunté. Paréceme muy anciano.

—Sí, señor—me contestó.—Tiene más de ochenta años; pero no son los años los que le hacen andar así, sino la conciencia. Ese hombre era intimo amigo de Jep dels Estanys, y le vendió á sus enemigos. Desde entónces la gente ha huido de él, y él, á su vez, ha huido de las personas honradas.

Traté de averiguar lo que habia sobre el particular, y supe lo que voy á referir.

En Febrero de 1828 decíase en Camprodon que se hallaba oculto en casa del cabo de *guardas* (1) un personaje misterioso, que salia sólo de noche. Suponian los pocos que le habian visto que, aunque vestia traje de montañes catalan, no era ni montañes ni catalan, pues por sus maneras revelaba ser persona distinguida. Y observábase tambien que dos contrabandistas franceses, que solian frecuentar la villa aquellos dias, ó mejor aquellas noches, tenian entrevistas con el misterioso huésped del cabo de guardas.

Una madrugada entraron en Camprodon cuatro presos, escoltados por fuerza de tropa y de mozos de la Escuadra, mandando la escolta el Conde de Mirasol, ayudante del Conde de España, en quien se reconoció al personaje disfrazado de montañes catalan, así como en uno de los presos al famoso Jep dels Estanys. Reforzada la escolta con fuerza llegada el dia anterior de Ripoll, fueron trasladados los presos á Olot, donde se les pasó por las armas.

De lo que pasó en Olot nos dará curiosos detalles la partida de óbito que se halla en el fólio 17 del libro XI de defunciones, archivado en la parroquia de dicha villa. La inscripcion es como sigue:

«Hoy dia 13 de Febrero del año 1828 fueron fusilados en esta villa de Olot, en el lugar dicho el *Marge gran*, José Bussoms, vulgo Jep dels Estañs (2), de edad 78 años; su sobrino, Juan Bussoms, de edad 22 años; José Grandia y Vicente Noguera, estos de edad de 27 á 30 años, todos del lugar de Vallcebre, á excepcion del último, que era nacido en Berga, aunque tambien tenía su domicilio en Vallcebre, corregimiento de Manresa; decretada la sentencia de muerte contra ellos y acordado el ponerlos en capilla á las nueve de la noche del dia once para sentenciarlos en la tarde del dia siguiente, yo el infra-escrito Domero, Cura Párroco, acompañado del teniente de Cura, del señor Sacristan y Beneficiado de esta Comunidad D. Luis Vila, de dos Religiosos Carmelitas y de otros dos Capuchinos, entramos en el calabozo donde se hallaban los citados presos, y empecé á prepararlos para el fatal golpe que se les esperaba; todos recibieron con una santa resignacion una tan triste noticia, y

(1) Ronda de gente del pais para perseguir el contrabando.

(2) Copio este documento conservando su ortografía: *ny* es la ñ de la ortografía catalana; así es que en los escritos redactados en castellano se suele usar la ñ en los nombres catalanes.

empezaron luego á disponerse para su feliz tránsito, á excepcion del primero, quien, sea por su avanzada edad ó bien por un trastorno de naturaleza, luego dió muestras de habérsele desvanecido la cabeza y perturbado sus potencias; al paso que trabajamos para el sosiego y recobro de juicio en éste, íbamos disponiendo á los otros, y dispuestos y resignados recibieron el Santo Viático á las ocho horas de la mañana siguiente, en cuya hora continuaba aún en su desvaneo de cabeza el pobre anciano. Interesándose la Reverenda Comunidad de Presbíteros seglares en la perseverancia de los unos y recobro de potencias para el otro, acordó cantar un solemne oficio y hacer las rogativas acostumbradas á Jesus Sacramentado; y gracias al Altísimo, á las oraciones de los muchos fieles que concurrieron en ellas, á las diligencias, no sólo de los Sacerdotes asistentes, sí que tambien de algunos oficiales beneméritos y áun de los mismos compañeros de muerte, conseguimos lo que tanto deseaba, pues empezó á sosegarse aquella naturaleza trastornada, y recobrado el espíritu y despejo de potencias por el paciente, pidió luégo que, para poderse más bien disponer, se suplicase al Sr. General Monet tuviese á bien prolongar la execucion de la sentencia hasta el dia siguiente, á lo que este digno y piadoso General, en obsequio de la Religion y de la humanidad, tuvo á bien acceder, á pesar de las terminantes órdenes con que se hallaba, y se prolongó la execucion hasta las siete horas de la mañana del dia 13, no sólo á favor del anciano, ya sosegado, sí que tambien á favor de los otros tres, que así tuvieron más tiempo para prepararse y progresar en la gracia del Señor; serian como las dos de la tarde en que se comunicó á todos la gracia del Sr. General, que recibieron con sumo agradecimiento; tomaron enseguida algun sustento, que apénas habian gustado en todo el dia, y se pusieron á descansar los ya preparados, y el viejo Bussoms, ya despojado, pidió algunos ratos de quietud para más recobrarse, y empezó á prepararse; efectivamente, empezó á las seis de la noche; despues de alguna pausa continuó cerca las 9, y habiendo mediado algun descanso, prosiguió y concluyó su preparacion desde las dos horas de la mañana hasta las cuatro, en que celebrándose el Santo Sacrificio de la Misa, en ella comulgó él por Viático, y los demas compañeros por devocion; llegó la hora de la sentencia y salieron los cuatro para el patíbulo, á donde llegaron ántes de las 8 horas de la mañana de este dia trece, y despues de haberse todos nuevamente reconciliado y pedido perdon á los concurrentes y encomendado una Ave-María á la Virgen Santísima para asegurarles una muerte preciosa á la presencia del Señor, particularmente al anciano Bussoms, entregaron sus espíritus al Creador, y sus cuerpos cadavéricos permanecieron en el patíbulo hasta el anochecer, en que se les dió tierra en el Campo Santo, cerca del cual fueron fusilados.=*Qui vidit (et in his diligentiis magnam partem habuit) testimonium perhibet.*=Joaquin Torramilans et Pujalar Pbr. Hebdomadarius.=Y para que á esta partida en todo lugar y tiempo se le dé entera fe y crédito, doy la presente, que signo, firmo y rubrico en esta villa de Olot hoy dia 15 Febrero del año 1828.=En testimonio ✠ de verdad.=Joaquim Torramilans y Pujalar, Presbítero, Domero, Cura Párroco.»

La prision del Jep se verificó de esta manera: existe á un kilómetro de la frontera española, dentro del término municipal del pueblo frances de La Manera, una casita aislada, que tiene por nombre *Puig Urdell de Dalt*, cuyo dueño era entónces Miguel Mari (a) *Maticas*. Maticas era uno de los más famosos contrabandistas de aquella época, y su casita servia de depósito para los géneros de contrabando. Maticas tenia un compañero, tambien de La Manera, llamado Jaime Yerra (a) *Nin Ministranda*, que le ayudaba en su ilícito comercio. Estos dos hombres eran los que celebraban entrevistas con el Conde de Mirasol; entrevistas que indudablemente tenian por objeto la captura del Jep, por ser los dos contrabandistas sus agentes de mayor confianza. Hallándose Jep oculto en las inmediaciones de Perpiñan, y sin relaciones más que con sus confidentes, le persuadieron éstos de que la insurreccion habia estallado de nuevo en Cataluña, que cundia por todo el país y que cerca de la frontera le esperaban fuerzas para que las dirigiera como jefe. Con este engaño le llevaron al *Puig Urdell*, y como Jep era hombre astuto y desconfiado, no quiso pasar de allí hasta que se le presentára alguno de los que decian le esperaban al otro lado de la frontera; pero quien se le presentó fueron el Conde de Mirasol y la fuerza que él mandaba, que, violando el territorio frances, le arrastraron á él, á sus ayudantes y á su asistente á Camprodon, para desde allí ser llevados á Olot, donde debian ser sacrificados.

Se ha dicho tambien que el pretexto con que se le atrajo al *Puig Urdell* fué persuadiéndole que entrára en territorio español para hacer una escritura de venta simulada de sus bienes, á fin de librarlos del embargo; pero esta version la tengo por infundada, porque para firmar una escritura no hubiera ido con sus ayudantes, y porque dudo que el Jep tuviera bienes de fortuna; y para esto me fundo en otro documento que ha venido á parar á mis manos, y es un triste epílogo del horrible drama que acabo de relatar. El documento á que me refiero es una solicitud de la hija del Jep pidiendo que se le entreguen, para poder utilizarse de ellas, algunas prendas de ropa de su difunto padre. Está extendida en papel de sello 4.º del año 1829, y dice:

«=M. I. S.=Rosa Bussoms, soltera, natural de Vallcebre, corregimiento de Berga, llena de la mayor confianza y respeto, á V. S. expone: Que en virtud de haber quedado desamparada, en compañía de un hermano que se halla ciego, por haber sufrido la pena de muerte, segun las sábias leyes del Rey Nuestro Señor (q. Dios g.) que le condenaron á su difunto padre, por haber delinquido en levantar gente armada para la última rebelion en la feliz nacion española; y al ver que V. S. favoreció á la recurrente con mandar el que se le entregase toda la ropa luégo que espiró su difunto padre, como asimismo cumplieren las autoridades de los pueblos que le conservaban algunas cosas. Pero á más de esta ropa y efectos se ha descubierto que en el pueblo de Ripoll, en casa el Doctor Ramon Montañá, Médico, en la Torre de Foix, en casa de Sol de Vila, ambas poblaciones del corregimiento de Berga, y en Manresa en casa Josef Casals, sastre, y en algunas otras casas más que dicho difunto padre de la recurrente, que tiene la mayor confianza, les habia entregado ropa y algunos efectos más, de los cuales, como en aquella época no se hallaba sabedora la suplicante, no pudo exponerlo en aquel entónces; pero ha llegado la ocasion de poderse avistar con el asistente que tenia el difunto, llamado José Pujol, natural de Berga, pues que éste era el mismo que conducia la ropa y efectos á las casas que le prevenia su amo, y mandando V. S. que dicho Josef Pujol pase en compañía de la recurrente en los p- bios indicados, para que este asistente manifieste en aquellas autoridades cuáles son las casas que conservan ropa de su difunto padre, para que en vista de su presentacion se la mande entregar todo lo que tienen. Por todo lo que

»A V. S. rendidamente suplican que, en virtud de lo expuesto, se sirva mandar á las Justicias de los pueblos citados el que le sean entregados los efectos que tenia depositados su prócitado difunto padre á la recurrente, pues que es la única á quien corresponde, segun así V. S. lo mandó despues de fallecer su padre. Gracia que espera merecer del magnánimo corazon de V. S.=Vallcebre 11 de Diciembre de 1829.=M. I. S.=Rosa Bussoms.=M. I. S. Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, Bonet.» (1).

¡Cuántos horribles misterios de esta clase encierra, señor Director, la tristísima historia de nuestras luchas intestinas!

J. MASÉ Y FLAQUER.

Barcelona, Mayo de 1880.

(1) Aunque se lee Bonet en la solicitud, indudablemente se trata del general Monet

ANHELO INFINITO.

¿Te acuerdas? Era la noche
De las caricias primeras,
De los ardientes suspiros,
De las solemnes promesas.
Balbucientes nuestros labios,
Asidas las manos trémulas,
Ibamos por una calle
De palmas y madreselvas.
Llevabas como una diosa
Sobre la frente modesta
Guirnalda por mi tejida
Con flores recien abiertas.
Al apoyarte en mi brazo
Temblabas como las hierbas,
Que á nuestro paso vertian
Efluvios de primavera.
Con la embriaguez inefable
De una alegria suprema,
Hablaban todos los seres
En su misteriosa lengua;
Y á la faz de aquella noche
Tan apacible y serena,
Brillaban con lumbre pura
Tus ojos y las estrellas.

¿Te acuerdas? ¡Oh, cuántas veces
En mis congojas secretas
He repasado la calle
De palmas y madreselvas,
Y soñado en una ruta
Desconocida y desierta
Que baje á profundos valles,
Que suba á cumbres enhiestas,
Que cruce apartados climas,
Que rompa vírgenes selvas,
Y que en las cimas nevadas—
Mucho más léjos—se pierda;
Donde apliquemos al labio
Esa copa siempre llena
De esperanzas infinitas
Y de infinitas creencias;
Donde, al recibir el ósculo
De las verdades eternas,
Para siempre en una sola
Se fundan las almas nuestras!

JOSÉ VARELA ZEQUEIRA.

Habana; Junio, 1880.

D. MIGUEL GRAU,
ALMIRANTE QUE FUÉ DE LA ESCUADRA PERUANA; † Á BORDO DEL «HUASCAR», EL 8 DE OCTUBRE DE 1879.

MANILA.—EXTERIOR DE LA NUEVA IGLESIA CATEDRAL, CONSAGRADA EL DIA 8 DE DICIEMBRE DE 1879.

EL GARROTE MÁS MAL DADO.

Creen algunos que la córte de nuestro rey austriaco Felipe IV era una mansion de delicias y de ventura. A juzgar por los intrincados lances y galanteos que forman el nudo y sustancia de la mayor parte de las obras dramáticas de aquel tiempo, doyle al más austero capuchino que pudiera vivir incólume ni dueño de su voluntad en medio de aquel paraiso, donde abundaban las serpientes seductoras y las Evas capaces de seducir al Adan más tímido y virtuoso. No eran capuchinos, pero sí mercenarios ó de otras órdenes los que disputaban á Lope y Calderon los lauros de Melpómene y de Talia. *De Madrid al Cielo* tenia por título un libro destinado á encomiar las grandezas de aquella córte; pero el cielo no era el que entrevió Jacob ascendiendo por su misteriosa escala, sino el que se abria á cualquier amartelado galan en el estrado, ya que no en el aposento más íntimo de su dama.

Pero por fácil que fuera penetrar en él, no se lograba á veces sin tropezar con el honor de un padre ó un hermano puntilloso, con la espada de un competidor confiado, y no pocas con el puñal de un asesino. De dia era, en efecto, Madrid todo algazara y fiestas; de noche, ó porque los malhechores se amparan de la oscuridad, ó porque la ceguedad del ánimo se aumenta con las tinieblas, ni habia paso sin peligro, ni lugar seguro. La guerra que en todas partes, dentro y fuera de España, se sostenia, ni con la paz de Westfalia se consiguió que finalizase. El oro escaseaba de suerte, que fué preciso sustituirlo con la moneda de vellon. Menudeaban las leyes suntuarias, y el lujo y fausto se hacian mayores. No es posible dar á conocer aquella época de desastres y aniquilamiento, sin pintar el cuadro de la decadencia de la nacion; y como no es éste nuestro propósito, ni cabria tal empeño sino en una historia que no hemos de escribir nosotros, contentémonos con referir el hecho que sirve de asunto á esta relacion.

Era en la primera mitad del siglo XVII la Plaza Mayor de la coronada villa teatro de alegres espectáculos y mortales tragedias; tan pronto se alzaban en su recinto tablados y graderías que la convertian en coso de toros ó en liza de cañas y torneos, como cadalsos en que ejecutaba su rigor la justicia humana. Así, á las prodigalidades y diversiones con que se festejó la venida del Príncipe de Gáles, esposo desahuciado de la infanta D.ª María, y la entrada en Madrid de la nueva esposa de D. Felipe, D.ª Mariana de Austria, sucedieron los autos de fé en que figuraron como víctimas Benito Ferrer y Reinaldos de Peralta; y á semejanza de lo que años atras se hizo con D. Rodrigo Calderon, fueron en 1648 degollados allí mismo, como traidores y reos de lesa majestad, D. Cárlos Padilla y D. Pedro de Silva, valiéndole para librarse de aquella pena al Duque de Hijar el ánimo inquebrantable y el fiero valor con que arrostró el tormento. Otros sucesos desgraciados, aunque de distinta especie, dieron celebridad, por serlo tan principal, á aquella parte de la poblacion, como el repentino y voraz incendio que por espácio de tres dias consumió todo el frente de la Plaza que miraba al Norte; mas en el tiempo á que nos referimos, los edificios se habian repuesto, sin advertirse vestigio alguno de aquel estrago.

Amaneció el 14 de Agosto de 1654, y un inmenso concurso, acrecentado con el que acudia á aquel punto para proveerse de mantenimientos, se apiñaba por todas partes. Diferentes ideas parecian animar los semblantes de todo el mundo: la tristeza en unos, la impaciencia en otros. Fijábanse las miradas en un tablado construido en medio de la plaza, en el centro del cual se veia un palo enhiesto, con una argolla en su parte superior y un banquillo que servia de asiento, todo ello groseramente labrado, y de tan siniestro aspecto, que no dejaba duda de que fuese suplicio para ajusticiar á un hombre. No pregonaban los vendedores con desaforados gritos, como era costumbre, sus mercancías; oíase sólo un rumor sordo y continuo, y conversábase en voz baja y temeroso cuchicheo, cual si circulase un secreto de boca en boca; pero en los soportales que miraban á la Carnicería, es decir, al lado opuesto de las nuevas fábricas que reemplazaron á las destruidas por el incendio, llamaban la atencion algunos grupos de personas que, por su aire y aderezada apariencia, mostraban serlo de calidad.

En todos ellos se discurria sobre el mismo asunto.

—Mírese bien, decia uno, al parecer hombre de respeto, mírese el Cardenal en no llevar adelante sus pretensiones, porque el Rey es rey, y no ha de permitir que un criado mate á su señor y quede una hora más con vida. ¡Medrados estaríamos si se consintiese semejante afrenta!

—Como que ya el cochero de Pastrana, dijo otro, revolviéndose contra su señor, que le reprendia, ha osado contestarle: «Repórtese en lo que habla, porque todos somos hombres, y cada cual hijo de su padre.»

—¿Lo veis? añadió uno medio jibado: los viles son insolentes en despique de su bajeza. Porque el Condestable mató á un lacayo, quieren los criados igualarse con sus señores.

—Hoy quedarán escarmentados, continuó diciendo otro de los del corro; á las diez y media se despachará el negocio. Hasta luégo.

Y tras él fueron desfilando los demas interlocutores. Y la muchedumbre que llenaba la Plaza fué tambien poco á poco desapareciendo. Pobres y ricos debian almorzar temprano, unos por costumbre, otros por desembarazarse de aquel cuidado, porque todo Madrid pensaba concurrir al espectáculo que se preparaba.

Y todo Madrid llevó á cabo su determinacion; que no hay pueblo en el mundo más curioso ni novelero. A las diez era imposible penetrar en las calles que desembocaban en la Plaza, siguiendo direccion opuesta; el gentío caminaba lentamente, como un arroyo de anchuroso cauce, pero que poco á poco extiende más sus orillas. La Plaza estaba ya henchida de espectadores, no sólo en su interior, sino en las alas de los soportales, rebosando por ventanas, balcones y azoteas. A través de aquella confusion se abrian paso imperiosamente numerosas rondas de alguaciles, las varas en alto y las espadas á la cintura; y no estaba de más tanta precaucion, porque se decia que el reo estaba inocente, y que al llegar al cadalso se sobresceria en la ejecucion de la sentencia; y como unos lo aplaudian y otros lo llevaban á mal, era de recelar que se promoviesen desórdenes y tumultos.

Dos cárceles habia en Madrid á la sazon, ambas mal regidas y peor acondicionadas. En cuanto á capacidad, baste decir que, por falta de albergue para tantos huéspedes, vivian éstos apretados como uvas en racimo por los fétidos patios y lóbregos corredores de aquellos insociables falansterios. Una se llamaba cárcel de córte, para los presos de cierta consideracion social ó acusados de ciertos crímenes, y estaba situada enfrente de la parroquia de Santa Cruz, donde no há mucho la Audiencia territorial y hoy el Ministerio de Ultramar, extendiéndose hasta la calle de la Concepcion Jerónima; y otra, la de la villa, en la plaza del mismo nombre, á espaldas de la casa de Ayuntamiento, y frontera á la que se denomina de los Lujanes, malamente tenida por prision de Francisco I, no preso, sino honrosamente aposentado en el alcázar de Cárlos V.

En esta segunda aguardaba aquel dia su postrer hora el infeliz condenado á muerte, si no se apiadaba de su vida el Rey, hasta entónces más benigno que justiciero. No se habia usado en su proceso de términos dilatorios, y con igual presteza debia llevarse á fin; por lo que á punto de la hora prefijada, á las diez y media, se le previno para la breve jornada que habia de hacer. El murmullo que empezó en la cárcel y se propagó como una corriente eléctrica por la carrera anunciaba que se habia puesto en marcha la comitiva; á poco descubrióse ésta. Precedia una hilera de alguaciles á caballo con carabinas en los arzones y las espadas desenvainadas; algunos cofrades caritativos, que llevaban hachas encendidas; varios religiosos y ministros de justicia, y despues el reo, de luto, montado en una mula, con los ojos en un santo Crucifijo, que el sacerdote que le auxiliaba le ponia delante. Admirábanse todos de su mocedad y gallardía; las mujeres lloraban de lástima; los hombres rugian de indignacion. Ponderando su gentil presencia un escritor que le acompañó en tan terrible trance, y á quien se debe la revelacion de estos sucesos, dice, en disculpa de la única imperfeccion de su rostro, que la naturaleza le privó del ojo derecho para que, mirándose con uno solo, no se desvaneciese tanto; ingeniosidad muy en su punto en aquella época; y añade, respecto á su dignidad, que estaba ordenado de corona y grados, y disfrutaba un beneficio ó capellanía eclesiástica. En pocos se extremaron tanto las contradicciones de la fortuna.

Llegados, no sin dificultad, al pié del cadalso, apeáronle de la cabalgadura, y subió con paso firme los pocos escalones que mediaban hasta el tablado. Recorrió la ancha plaza con su mirada, y dejóse ver de la muchedumbre, tranquilo, sin arrogancia, grave y modesto, como era de suyo, alta la cabeza, pálida la color, el cuerpo no desmadejado y lácio, sino derecho y suelto en sus movimientos. Reconciliése breves momentos con el confesor, y sentado ya en el banquillo, cuando trémulo el verdugo le ajustaba al cuello el hierro de la argolla, fria como la guadaña de la muerte, un grito sonoro que exclamó: ¡El indulto! salió repentinamente del fondo cóncavo del cadalso. Volvió todo el mundo la vista á la puerta de Guadalajara, por donde debia aparecer el mensajero de tan grata nueva; no habia tal, era una estratagema: pero aprovechándose de aquel momento de distraccion, arrebatadamente escalaron el tablado una turba de clérigos y frailes, se apoderaron del reo, llevánronle en volandas hasta un coche que no léjos tenian preparado, y con la velocidad que requeria el caso, partieron por la calle de Toledo hácia Puerta Cerrada, y metieron al ya casi moribundo en el palacio del Cardenal Arzobispo, D. Baltasar de Moscoso, prelado digno de serlo por su piedad.

De tal manera quedaron absortos los circunstantes, que se desmayó el verdugo, el Corregidor, que presenciaba la ejecucion, se mantuvo inmóvil y como petrificado, y los asistentes, y la multitud de ministros que con sus espadas parecian amedrentar al aire y el gentío que cubria la Plaza, todo permaneció sin accion ni voz, todo sobrecogido de espanto, cual si se hubiese imaginado aquella fantástica aparicion en el letargo de un temeroso ensueño. El mismo reo, que ni la más leve sospecha tenia de peripecia tan impensada, creyóse trocado ya en espíritu, sér de otra nueva vida; y aunque se palpaba y reconocia su cuerpo, teniéndole por el de siempre, sin detrimento ni mudanza alguna, pensaba que no habria aún muerto del todo, ó que como el pasar de una existencia á otra habia sido tan instantáneo, bien pudiera ser su estado actual mera reminiscencia del que habia dejado. Al fin él se abandonó á su suerte; vióse entrar por las habitaciones del Arzobispo; que éste le salia al encuentro acariciándole con la mayor ternura; que le agasajaba con un excelente reparo de vino y bizcochos; que le colocaban en un mullido lecho, prevenido con el más cuidadoso esmero, dejándole al cabo solo, y encargándole que reposase sin zozobra alguna; y echóse á discurrir y forjarse mil quimeras sobre aquellas vicisitudes, representándoselo todo como obra de encantamento ó hechicería.

Dejémosle allí tranquilo, si tranquilidad podia gozar en medio de tantas confusiones y azoramiento, y sepamos quién era y por cuál delito se le perseguia. Llamábase D. Antonio de Amada, natural de Benabarre, en Aragon, hijo de un médico de Cariñena, que le dió estudios correspondientes al estado eclesiástico, á que le destinaba. Manifestó desde luégo aplicacion y extremada capacidad de entendimiento; prendas que, juntas al buen talle y bizarría de su persona, y á la cordura y modestia con que las realzaba, inclinaron al padre á variar de resolucion y enviarle á la córte, donde, si prosperaban las medianías, mayores aumentos podia prometerse el mérito verdadero. Provisto, pues, no sólo de esperanzas, sino de eficaces recomendaciones, el jóven vino á Madrid, y léjos de consumir en la ociosidad y devaneos de la juventud, como tantos otros advenedizos, la no muy pingüe cuantía de su peculio, desde luégo atendió á mejorarlo, considerándolo como propio, no malbaratándolo como

bien extraño, que es la insensatez del pródigo. Indagó, brujuleó, mostróse en sus diligencias más solícito que ambicioso, y halló á poco en una casa titular empleo proporcionado á sus juiciosas aspiraciones.

Recibióle á su servicio, mejor dicho, á su confianza, pues supo granjeársela desde luégo, en calidad de su secretario, el Marqués de Cañete, señor de Cuenca, que debia desempeñar en Palacio el cargo de montero mayor, como sus antecesores. Ilustró en alto grado el nombre de aquella casa su cuarto poseedor, D. García Hurtado de Mendoza, virey, capitan general del Perú y de Chile, cuyas hazañas celebraron D. Cristóbal Suarez de Figueroa en la elegante historia de su vida, y otros varios ingenios en el *Arauco domado*, donde vistieron la desnudez de la verdad con las galas de la poesía. Sucedióle su hijo D. Juan Andres, tres veces casado, primero con una hija del Conde de Chinchon, y sucesivamente con otras de los Duques de Medinaceli y de Maqueda, alguna de ellas, pues no está averiguado cuál, probablemente la última, tan poco señora de sí misma, con serlo tanto por su progenie, que, por haber castigado con crueldades penas á sus criadas, excediéndose de su derecho, fué condenada por el Consejo Real á pagar una multa de tres mil ducados.

Quién fuese el Marqués que dispensó su favor al jóven Amada, lo ignoramos de todo punto, dado que las memorias que á la vista tenemos sólo alcanzan al año 1628, en que áun vivia D. Juan Andres; pero sabemos que habitaba en la calle Mayor y casa de su propiedad, actualmente ocupada por el Gobierno civil, y ántes por los Marqueses de Camarasa. Pues como trascurriese el tiempo sin quiebra alguna en el crédito del secretario, de cuyos buenos oficios, cordura é idoneidad cada vez estaba más prendado su protector, aconteció que, al entrar éste en su casa un dia al anochecer, encontró á Amada en la escalera, y subiendo ambos apaciblemente hasta llegar á la antecámara, de pronto recibió el Marqués una estocada por la espalda y cayó muerto, sin siquiera exhalar un ¡ay! A los gritos de Amada acudieron los criados, y al estrépito que éstos movieron, multitud de gente extraña, no descuidándose la justicia. Yacia el Marqués en el suelo, traspasado el pecho por un estoque, y al lado Amada, pálido, mudo de espanto y en el más pavoroso desconcierto. Preguntóle el juez; no profirió palabra; la espada que llevaba el Marqués no se habia desenvainado; Amada no la tenia; solos estaban los dos cuando sobrevino el lance; ¿qué más indicios, qué prueba mayor se necesitaba, viendo al uno cadáver, para tener al otro por asesino? La cárcel de Villa estaba tan inmediata, que fué fácil trasladar á ella al presunto reo.

No bien se divulgó el caso, fraguáronse conjeturas mil, fundadas en opiniones ó en intereses particulares; la más general era que, pues todas las circunstancias le condenaban, á pesar de su intachable reputacion y de su ejemplar y nunca dudoso comportamiento, D. Antonio de Amada era un malvado; malvado por su ingratitud, hasta entónces hipócritamente disimulada. Poníase de su parte la gente popular, más que á la ira, inclinada á la compasion y á no juzgar por cierto lo inverosímil; pero los que presumian de señores y todos sus allegados, éstos por respeto, aquéllos por su inviolable supremacía, ponderaban lo horroroso del crímen y exigian la pena del Talion; que no era posible, añadian, gobierno alguno donde la nobleza no era sagrada, y en donde, á pretexto de agravio ó reparacion, podia atentarse contra la vida de los sublimados por el mismo Dios á la cumbre de la grandeza.

Estas y otras frases no ménos sentenciosas proferian los que, sin más conocimiento de causa, prejuzgaban la que perentoriamente se seguia contra el presunto delincuente, que apénas fué oido ni interrogado, y contra quien, prescindiendo de informaciones, defensa, pruebas y otros procedimientos legales, se dió sentencia de muerte, y trató de llevarse á cabo, como hemos visto. En vano el Cardenal Arzobispo de Toledo intervino en aquel asunto; en vano el clero secular y religioso protestó de la inocencia del reo: la habia probado ante Dios en el tribunal de la penitencia; pero era necesario, urgente sacrificar una víctima, y atenuar el escándalo del crímen con el escándalo del castigo. Y viendo el Cardenal que ni ruegos ni intimaciones eran de efecto en aquellos ánimos encenados y vengativos, se arrojó al más peligroso intento, poniéndose, por defender una causa justa, enfrente de la justicia.

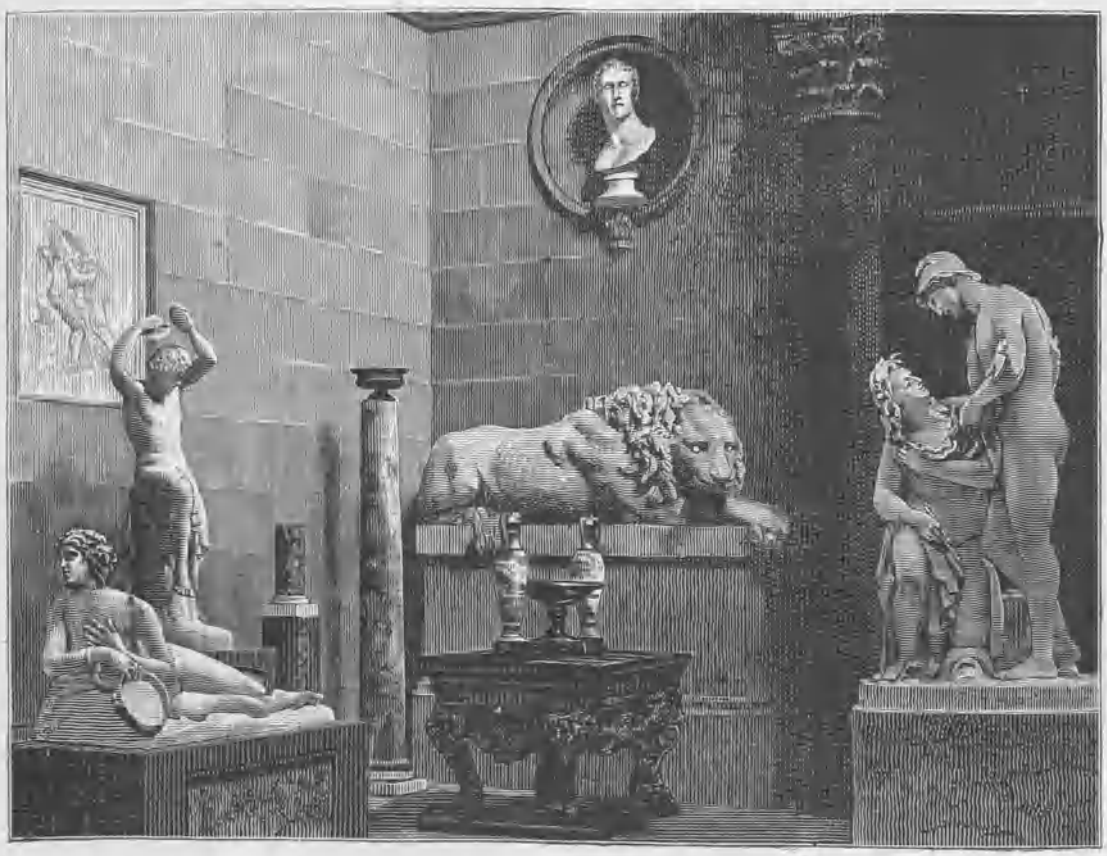
Salvóse por tan maravilloso modo el que tan próximo estuvo á su fin; el pueblo lo presenció con aplauso; los señores, enfurecidos. Dejóse el cadalso en pié, amenaza que hablaba sin voz á los sediciosos. Pero al dia siguiente cercaron los alcaldes de Córte la casa del Arzobispo con más de doscientos hombres, sacaron por fuerza al reo, de nuevo le llevaron á la prision, y de nuevo empezó á sustanciarse la causa. Entre tanto, dictóse auto de destierro contra el Cardenal, contra el padre jesuita que ayudó á bien morir á Amada, y un obispo que le metió en el coche. Negóse el primero á salir de Madrid, y, como despues veremos, anduvo cuerdo en la resistencia.

Era de recelar, supuesta la obstinacion de sus contrarios, que Amada sería segunda vez conducido al suplicio, pero que su salvacion no se repetiria. Lo fué, en efecto, «llevando, como refiere el escritor ántes indicado, sólo cuatro alguaciles, y con poquísima prevencion en lo exterior, si bien á la deslilada la chusma toda de escribas y fariseos, armados como relojes, llenos de carabinas encubiertas, y con órden de matar á quien se descompusiese.....» Finalmente, fué ajusticiado á los ocho dias, cortada su mano derecha y puesta sobre un palo delante de la casa del Marqués difunto. De los criados del Cardenal, á unos se apartó de su servicio, con nota de que le inducian á la rebelion; á otros se confinó léjos de la córte. Igual pena se impuso á gran número de eclesiásticos, y no faltó la de azotes para algunos revoltosos de oficio, señalados como principales instrumentos del rapto que agravó el crímen del asesino. En cuanto al móvil que impulsó á éste, eran varios los pareceres: como más acreditado corria el de ciertos amores secretos en que recíprocamente se estorbaban el Marqués y Amada; no, sin embargo, tan secretos, que no se hubieran traslucido en las sombras de una noche y por entre las rejas de un convento: mas de esto á considerar á Amada como reo de Estado mediaba distancia inmensa. La verdad era que convenia imponer respeto á la plebe, la cual, segun algunos, se subia á mayores, y fué elegido el infeliz secretario por víctima propiciatoria. Así procedió la justicia humana; pero restaba el fallo de la divina.

Dos semanas trascurrieron desde la ejecucion de Amada, cuando se renovó el espanto que produjo, y en los ánimos efecto contrario á aquel que se pretendia. Murió en el hospital un hombre que habia sido lacayo del Marqués. Prendiéronle al incoar el proceso, por ser el demandadero de quien Amada se servia; mas nada se averiguó de él, y le pusieron en libertad. Coincidió el asesinato con la circunstancia de haberse arrojado el tal desde una ventana y romperse una pierna en la caida. Hiriόse ademas gravemente, pero ocultó el fracaso por temor de excitar sospechas. De haber descuidado la curacion, sobrevino el ser ésta imposible; y viéndose sin remedio y cercano á su postrimería, llamó confesor y testigos, y vuelto á ellos, les habló así: «Yo he sido, yo, miserable, el que asesinó á mi amo; el matador único del Marqués. Reprendióme por una falta en que habia incurrido; mi mujer quiso defenderme; maltratóla el señor, y juré vengarme; y la tarde del suceso, viendo entrar al Marqués en casa y subir la escalera en compañía de D. Antonio, así de una espada, y prevalido de la oscuridad, calladamente y poniéndome detras del secretario, dí por la espalda una estocada al señor, de que cayó sin vida. Hui por la galería contigua, y desde la ventana primera me arrojé al patio; y aquí estoy muriendo de mis lesiones, y más que de ellas, del delito que cometí y de la injusta muerte que por mi causa dieron á D. Antonio. ¡Dios haya premiado su inocencia, su cristiana y heroica resignacion, y á mí me acoja en el seno de su misericordia, sí, padre mio, tan grande como es mi arrepentimiento y el horror que me dan mis crímenes! Perdóneme Dios; rueguen por mí mis víctimas, y sepa el mundo que declaro haber sido el asesino de mi señor y el verdugo de D. Antonio.» Y acabando de decir esto, espiró.

¡Oh, juicios de Dios, siempre infalibles, aunque encubiertos á la iniquidad humana! El baldon que aquellos protervos jueces pensaron echar sobre un hombre virtuoso cayó sobre su memoria. Hoy los condena la posteridad conforme á las leyes de la conciencia, única que dicta á la razon sus fallos justos é inapelables. En *El Garrote más bien dado* inmortalizó Calderon al alcalde de Zalamea; Amada representa otra inmortalidad, la del mártir sacrificado á la soberbia tiranía de la injusticia.

CAYETANO ROSELL.



LÓNDRES. — UN ÁNGULO DE LA SALA DE ESCULTURA ANTIGUA, EN EL MUSEO BRITÁNICO.

OBRA DE MARFIL, LABRADA EN MADRID, PARA EL MUSEO DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO ROMERO ORTIZ.

EL MODO DE DESCASARSE.

(CUENTO POPULAR.)

I.

Si yo escribiera este cuento sólo para gentes de esta region de altas y agrestes montañas y hondos y amenos valles, que se dilata entre el Océano y el Ebro, no necesitaria dar pelos y señales del sacristan de Guezúrraga, porque ¿quién no conoce, del Ebro acá, siquiera los principales rasgos de su fisonomía moral, que dibuja, para regocijo de todos los presentes, uno de los más decidores y cuenteros en las veladas de invierno en torno del hogar, donde chillan las manzanas atormentadas por el fuego y hace *gor-gor* la caldera de castañas suspendida del llar, y en la pela ó deshoja del maíz, donde está reunida y medio sepultada entre *calzas* ú hojas la gente más reidora del barriccillo, y en la layada, donde forman en fila, alternando con los hombres, las muchachas más vigorosas y reidoras, y en la salla ó escarda del trigo y del maíz, donde los cuentos alternan con los cantares?

Pero contando este cuento para gentes de allende el gran rio por excelencia histórico, y áun para gentes de allende el mar Atlántico, necesario es que dé pelos y señales del sacristan, y áun del cura, y áun de la feligresía de Guezúrraga.

Démoslas, ántes de todo, de la feligresía; que para pintar un cuadro, lo primero es preparar el lienzo donde se va á pintar.

Guezúrraga es una feligresía de cincuenta vecinos, escondida en el valle más solitario de la region cantábrica. Los que moran en ella tienen laderas casi verticales por muros de su vivienda, una vega de mil pasos de longitud y quinientos de latitud por pavimento, y el cielo, que se ve allá arriba, allá arriba, por techo.

La veguita está dividida por un bullicioso riachuelo, á cuya orilla no se descubren más edificios que un molino de techo enharinado, junto al cual se alza un puente de piedra de alto arco y revestimiento de hiedra, único que facilita la comunicacion entre las dos veguitas y las dos barriadas en que la feligresía se divide.

Estas barriadas están escalonadas en las estribaciones de las montañas de derecha é izquierda, donde la pendiente es mucho menor que la que comienza de allí arriba.

La barriada de la derecha se llama Elejacea, ó de la iglesia, y la de la izquierda Bidecea, ó del camino, nombres que han recibido, la primera, de la iglesita que se alza en medio de ella, y la segunda, de un antiguo camino ó calzada que pasaba por la ladera de la montaña, y modernamente se ha convertido en carretera provincial.

Las casas no son suntuosas, ni mucho ménos, pero sí limpias y alegres, y no hay ninguna que no tenga á la trasera su huertecillo provisto de variados frutales, y áun de unas cuantas colmenas medio escondidas entre matas de romero, y al frente un campillo, donde cada vecino tiene siquiera un par de nogales y un par de cerezos.

En cuanto á los habitantes de la aldea, debo decir que, á pesar de la soledad en que viven, léjos de participar del carácter taciturno y triste, tan comun en las gentes de las peladas llanuras del interior de España, participan, hasta con exceso, del alma plácida y tentada á la risa que caracteriza á la raza euskara.

La iglesia parroquial de San Miguel Arcángel participa de la humildad de la aldea, ménos en la riqueza de sus campanitas, que es fama son muy sonoras, porque en su fundicion se empleó tanta plata como bronce, por razones que debieron saber al diablo á cuerno quemado.

El origen de la iglesia, en que tiene el suyo la aldea, es sobremanera curioso, si la tradicion que le cuenta no miente; y hago esta salvedad porque hay en el nombre de Guezúrraga un misterio etimológico que me obliga á ello, y relacionado acaso con este misterio, hay en aquella comarca otro, que consiste en la costumbre de dar mate á los guezurragueses acusándoles de que siempre pronuncian entre dientes el octavo Mandamiento de la ley de Dios.

Asegúrase en la region cantábrica que llamando al diablo á las doce en punto de Noche-buena, desde un sitio donde no se oigan campanas, el diablo aparece allí inmediatamente y otorga todo lo que se le pide, con tal que se le otorgue todo lo que pide él, que es, por supuesto, el alma.

Allá por el siglo XVII, que es cuando más guerra han dado el diablo y sus auxiliares las brujas y los hechiceros, como lo prueba la historia de nuestras provincias y municipios, que se gastaban un dineral en combatir esta plaga, no habitaba alma viviente en el profundo valle de Guezúrraga, que ya llevaba entónces, y desde tiempo inmemorial este nombre, muy apropiado á sus circunstancias, y era el sitio donde los desesperados y réprobos iban á pactar con el diablo en Noche-buena, porque en toda esta region aquél era el único sitio conocido donde no se oyeran campanas. Todavía se ve, para terror del vecindario, á orilla del único camino que da ingreso á la aldea, subiendo riachuelo arriba, una oscura caverna horizontal, por donde salia el diablo para presentarse al desdichado que le llamaba.

Dolido un piadoso y buen caballero de los buenos negocios que desde tiempo inmemorial hacia el diablo en Guezúrraga, determinó privar al enemigo malo de aquel mercado de falsedad y mentira, y para ello se valió del sencillo y santo medio de edificar en aquella soledad una iglesita, cuya advocacion fuese la de San Miguel Arcángel, que puso las peras á cuarto al diablo tomándole por peana suya, y provista de sonoras campanas, cuya sagrada armonía llenase aquella soledad y sonase en el timpano del diablo áun más desagradablemente que agudo clarin en timpano de perro.

Al amparo de la iglesita de Guezúrraga, que el fundador dotó de capellan, á fin de que todos los dias dijese misa en ella y diese un rato de mil demonios al diablo alborotando el valle y las montañas con sus campanitas verdaderamente argentinas, por efecto de la mucha plata que se mezcló con el bronce al fundirlas, se fueron levantando las cincuenta casas y el molino de que Guezúrraga consta, y es un milagro de Dios que hubiese quien fuera á poblar allí teniendo el lugar nombre tan malsonante, porque Guezúrraga significa valle ó sitio de la mentira ó la falsedad, y no ha habido medio de quitarle este nombre, á pesar de haber dejado de merecerle desde que aquel sitio dejó de ser mercado de falsedad ó mentira para el diablo.

De esto no hay que extrañarse, porque Arrigorriaga, que significa lugar de piedras bermejas, y se llamó así por la mucha sangre que tiñó las suyas cuando los vizcainos destrozaron al ejército leonés y mataron á su caudillo, el prin-

cipe Ordoño, cuyo sepulcro está en el pórtico de Santa María Magdalena, continúa llamándose así á pesar de que diez siglos han bastado para desteñir sus ensangrentadas piedras.

Hablemos ahora del sacristan y el cura de Guezúrraga, no sin antes advertir que nombro al sacristan primero que al cura porque, aunque en la iglesia y en mi respeto tenga menor categoría, en este cuento la tiene mayor. De todos modos, sacristan y cura merecen capítulo aparte.

II.

José Miguel, como se llamaba el sacristan de Guezúrraga, era todavía hombre de treinta y tantos años, y habia estado en América, de donde habia vuelto, segun decia, convencido de que la lotería de América cuesta muchísimo más y tiene muchísimas ménos probabilidades de caer que la de España.

No se sabia si era soltero, casado ó viudo, porque cuando se le preguntaba cuál era su estado, su única contestacion era esta:

—¡Soy descasado!

Naturalmente esta contestacion ponia la risa en los labios de cuantos la oian; pero la risa se detenia al ver que al contestar así se le saltaban las lágrimas á José Miguel.

Este era el encanto y el asombro de la aldea por su agudeza de ingenio, que todos, hasta el señor cura, calificaban de sabiduría.

Para gozar fama de sabio entre gentes tan ignorantes y sencillas como las de Guezúrraga basta tener un poquito más que sentido comun. Yo, que no soy el que inventó la pólvora, gozo fama hasta de brujo entre tres elegantes señoritas amigas mias, que no tienen pelo de tontas, aunque le tengan de candorosas. Un dia paseaba con ellas por un jardin, y nos detuvimos á contemplar un canastillo de hermosos pensamientos dobles.

—¿A que sé—dije á mis compañeras—en lo que estais pensando las tres?

—¿A que no?—me contestaron las tres á la vez.

—Pues estais pensando en vestidos de terciopelo.

—¡Jesus!—exclamaron las tres santiguándose de admiracion.—¡Usted por fuerza es brujo!

Porque resultaba que las tres, sin comunicarse su pensamiento, estaban pensando: «¡Quién tuviera un vestido de terciopelo de esa finura y ese color!»

Voy á contar algunos de los rasgos de ingenio que á José Miguel habian valido el concepto de sabio.

Decia José Miguel que todo tenia remedio en este mundo ménos la muerte, y justificando esta afirmacion, encontraba salida para toda dificultad ó apuro en que era consultado.

Desde que el maíz empezaba á granar, los vecinos, que necesitaban dormir y descansar de las fatigas del dia, tenian que pasar la noche en vela guardando sus heredades, porque si no, bajaban los jabalíes y se las asolaban.

Convocóse concejo general para convenir y acordar sobre este importante asunto, y el resultado fué acordarse unánimemente que se consultase á José Miguel, á ver si tenia remedio el mal que lamentaba la feligresía, puesto que decia tenerle todo en el mundo ménos la muerte.

Consultado José Miguel por una comision del vecindario, su contestacion fué que él se ingeniaria de modo que ni los vecinos necesitasen velar por los maizales, ni los maizales fuesen víctimas de la voracidad de los jabalíes.

Las mujeres casadas pensaron volverse locas de alegría cuando tuvieron noticia de la contestacion de José Miguel, porque, lo que ellas decian, no se habian casado para carecer de marido todas las noches durante uno ó dos meses del año.

En efecto, José Miguel colocó en medio de la vega, aprovechando el chorro de agua que derramaba por una teja una fuente que allí habia, un aparatito hidráulico, que consistia en una ruedecilla cuyo eje tenia unos topes, que al pasar ponian en movimiento un macito que daba en hueco y hacia, particularmente en el silencio de la noche, un contínuo ruido, que se oia hasta desde la cima de las montañas, con lo que los jabalíes no se atrevieron á bajar á la vega.

Siendo yo muchacho ideé análogo aparato con análogo objeto, para evitar á mi padre que pasára la noche guardando el maíz de los estragos de los jabalíes, y el resultado no correspondió á mis esperanzas y deseos, porque si bien los jabalíes no se atrevieron á bajar al maíz la primera noche, la segunda, acostumbrados ya á la uniformidad de aquel ruido, bajaron y nos destrozaron la cosecha; pero José Miguel, como era más listo que yo, previó este inconveniente, y le previno mudando cada noche el sonido del macito con el cambio de la plancha en que éste daba, que una noche era de madera, otra de hierro, otra delgada y otra gruesa, por cuyo sencillo medio logró que los jabalíes dijesen: «¡Hola! el sonsonete de esta noche no es como el de la anterior», y no se atreviesen á bajar ninguna.

El camino de la cueva del Diablo, como se llamaba al único que habia para ir valle abajo y venir valle arriba, y era casi la única puerta de la aldea, tenia dos graves inconvenientes no léjos de ésta, y eran un sitio donde las caballerías pasaban tan ligeras, que solian derribar la carga que llevaban encima, y otro donde pasaban tan despacio, que daban un rato del diablo al que montaba en ellas ó las llevaba de la rienda.

Es de advertir que en Guezúrraga, donde las distancias de toda otra poblacion son grandísimas y los caminos son tan fatales, que ni áun permiten el uso de carretas, que en el litoral cantábrico son capaces de subir adonde Cristo dió las tres voces, todo vecino tiene caballerías, de que se vale así para el viaje como para el trasporte.

El camino de la cueva del Diablo atravesaba una hondonada de peña viva, por donde se abria paso un arroyo en tiempo de lluvias, y las caballerías, segun tienen de costumbre en tales casos, apénas llegaban al declive, pasaban á escape aquella concavidad, derribando muchas veces la carga ó el jinete. En cambio, no léjos de la hondonada habia otro paso que todo vecino queria pasar á escape, y las caballerías se empeñaban en pasar poco á poco, ó mejor dicho, despues de detenerse en él. Este paso era el de la cueva del Diablo.

De la cueva salia un arroyuelo que convertia allí el camino en perpétuo lodazal, donde toda caballería, por más que se la espolease ó varease, se detenia á orinar, como acostumbran á hacer donde han orinado otras, ó simplemente hay agua, y de esto resultaba, como he dicho, que todo vecino que pasaba por allí á caballo ó con la caballería de la rienda, pasaba un rato del diablo, obligado á detenerse precisamente á la boca de la cueva, en cuyo negro fondo se veian unas luces que podrian ser efecto de las cristalizaciones ó el agua, pero que á todos parecian los ojos del diablo.

Consultado José Miguel para ver si este mal tenia remedio, contestó afirmativamente; y en efecto, se le puso del modo que vamos á ver.

Resulta, segun habia averiguado José Miguel, que toda caballería tiene la costumbre de pasar corriendo por donde alguna vez le han hecho mal, y de aquí dedujo, como era más listo que un demonio, que, por el contrario, toda caballería debia tener la costumbre de detenerse, ó cuando ménos, pasar poco á poco, por donde alguna vez le han hecho bien.

Un dia encargó á todos los vecinos del pueblo que fuesen con sus caballerías al susodicho camino, llevando una buena vara y un buen pienso de maíz por caballería, y una vez reunidos allí todos, hizo que á cada caballería le diesen un pienso en la hondonada y un vapuleo en el lodazal de la cueva, con lo que, de allí en adelante, toda caballería pasó poquito á poco la hondonada, y como alma que lleva el diablo el lodazal.

Por último, habia guerra civil, y toda partida de tropa que pasaba por la carretera de la falda de la montaña se detenia allá arriba para contemplar la aldea, que descubria allá abajo tan blanca y tan hermosa, que desde luégo indicaba riqueza y bienestar.

Rara era la partida de tropa que, al ver la aldea, no incurriese en la tentacion de bajar á merodear en ella, con lo cual Guezúrraga sufria las mayores depredaciones por parte de la tropa.

Consultado José Miguel, por si hallaba remedio para aquel gravísimo mal, su contestacion fué la de costumbre: que para todo lo de este mundo le habia, ménos para la muerte.

Y en efecto, le encontró para que la tropa que pasaba por la carretera no volviese á echar de ver que allá abajo habia una aldeita donde matar gallinas, descolgar chorizos y longanizas, taponar barricas, descargar de fruta los árboles, aliviar de peso las faltriqueras, y hasta..... (¡Jesus, iba á decir un disparate!) retozar con solteras y casadas guapas.

¿Adivinan ustedes cómo se las compuso José Miguel para hacer este milagro? Me parece que no, por muy listos que sean ustedes, que de seguro lo serán más que yo. Pues lo hizo pintando de verde, con el zumo de los yezgos, todos los edificios de la aldea, sin exceptuar la iglesita y el molino; de modo que, vista la aldea desde la carretera, no se veia en ella más que una masa verde, que se confundia con la verdura de los árboles y el suelo.

Estos y otros infinitos rasgos de ingenio habian hecho á José Miguel el encanto y el asombro de Guezúrraga, donde no habia nadie, incluso el señor cura, que no le tuviese por sabio consumado.

El señor cura lo era y no lo era: lo era á los ojos de Dios, porque era lo que por acá llamamos un bendito; es decir, tenia el candor y la pureza de un niño, era caritativo y piadoso á carta cabal, y en cuanto al desempeño de su ministerio, que fueran por Guezúrraga todos los obispos del mundo, que no habian de cogerle en una falta tanto así (y perdonen ustedes el modo de señalar).

Ya podian ir sus feligreses á decirle que echase una partida de mus, ó asistiese á una merendona, ó entonase á la guitarra unas coplillas picarescas, ó llevase una chica á las ancas de su caballo, ó se echase una ama jóven como él, ó se metiese en política, ó se mezclase en las banderías de la aldea, ó fuese á una corrida de toros ó novillos. De seguro que, lleno de santa indignacion, los hubiera echado muy enhoramala, diciéndoles que á un ministro del Señor no se ofende suponiéndole capaz de tales cosas.

Las únicas picardías en que el señor cura tomaba parte eran las inocentes que alguna que otra vez ideaba el sacristan con un fin santo y laudable, y necesitaban el concurso del señor cura, tales como una que voy á contar como muestra de ellas.

Habia en la aldea unos cuantos vecinos que siempre vivian lo que se llama al dia, es decir, que no ahorraban nunca un cuarto, porque todo el dinero que les sobraba de las atenciones de su casa le gastaban en la taberna.

Sus pobres mujeres, como es natural, ponian el grito en el cielo viendo esto, porque decian, con mucha razon, que si sus maridos conservasen el dinero que gastaban en la taberna, á la vuelta de algunos años se encontraria la familia con ahorros que le vendrian muy bien.

Un dia fueron las pobres mujeres á preguntar á José Miguel si habria remedio para aquel mal, tanto más de lamentar cuanto que sus maridos, no agraviando á los presentes, eran, fuera de aquello, muy buenos cristianos y muy temerosos de Dios. José Miguel les contestó, como de costumbre, que en este mundo para todo habia remedio ménos para la muerte, y les prometió remediar su mal, con lo que se fueron más contentas que si les hubiese caido el premio gordo de la lotería.

Un sábado por la noche los pícaros maridazos estaban reunidos en la taberna, como ellos decian, celebrando vísperas, cuando héte que se presenta José Miguel en la taberna, donde, por supuesto, nunca ponia los piés.

—Vengo—les dijo—á poner en vuestra noticia que estais condenados si no mudais de conducta.

—Y nuestra conducta ¿qué tiene de malo?—le preguntaron.

—Lo peor que puede tener, que es desobedecer el santo Evangelio de la misa.

—Si eso fuese cierto, estamos conformes en que estariamos condenados; pero ¿en que le desobedecemos?

—En que gastais en la taberna el dinero que os sobra, en vez de conservarle, como el Evangelio de la misa os manda terminantemente.

—Si es cierto que nos lo manda, le obedeceremos; porque eso de desobedecer nada ménos que al Evangelio de la misa es cosa muy séria, y veneno se nos volveria á nosotros en el cuerpo el vino que bebiésemos estando seguros de que el Evangelio de la misa lo prohibia.

—Segun eso, ¿dudais aún de que os manda conservar el dinero, en vez de gastarlo?

—Mire V., José Miguel, trabajo nos cuesta no dar crédito á un hombre como V., que es bueno y sabio si los hay, y ademas es de iglesia; pero la verdad se ha de decir: en eso..... usted ha de perdonar, no le damos crédito.

—Pues bien; mañana es dia de misa cantada. Escuchad con atencion todo lo que el señor cura cante, y os convenceréis de que el Evangelio de la misa os manda conservar el dinero.

—Pero todo lo que el señor cura canta está en latin, y no lo entendemos.

—Lo que manda conservar el dinero está en un latin tan claro, que lo entiende cualquiera.

—Pues quedamos en oir con mucha atencion todo lo que el señor cura cante, y si es verdad que el Evangelio de la misa nos manda conservar el dinero, se acabó para nosotros la taberna; que el alma vale más que todo el vino del mundo.

Al dia siguiente, miéntras el señor cura cantaba el Evangelio de la misa (como las gentes de Guezúrraga llaman á todo lo que durante la misa se canta ó lee, aunque sea Prefacio, Epístola, Oremus, etc., y digo llaman, y no llamaban, porque para ellas áun todo lo de la misa es Evangelio), los derrochadores escuchaban con la mayor atencion.

Cuando el señor cura cantó aquello de *conservare dignerís*, que ellos tradujeron, sin la menor vacilacion, por *conservad el dinero*, empezaron á darse golpes de pecho, en señal de arrepentimiento por haber desobedecido el Evangelio de la misa, y desde entónces, en lugar de gastar en la taberna el dinero sobrante, se lo entregaron á sus mujercitas para que éstas se encargasen de conservarlo como Dios mandaba.

La complicidad del señor cura con José Miguel en esta picardía inocente, y áun santa, consistió en contestar afirmativamente á los traductores, cuando éstos, terminada la misa, entraron en la sacristía á preguntarle si estaba fielmente hecha la traduccion que habian hecho del *conservare dignerís*.

III.

Mari-Jesus y Pepe-Anton se miraban hacia tiempo con buenos ojos, aunque de ahí no pasaba lo que habia entre ellos; pero el dia de San Miguel, en la romería de la aldea, dió tanta rabia á Mari-Jesus de que Pepe-Anton bailára con otra despues de bailar con ella, y á Pepe-Anton de que Mari-Jesus bailára con otro despues de bailar con él, que cada cual por su parte hizo firme propósito de herrar ó quitar el banco aquella misma tarde; Mari-Jesus, valiéndose de toda la poca libertad que las doncellas tienen para estas cosas, y Pepe-Anton, de toda la mucha que los mancebos tienen para lo mismo.

Monadas alternando con desdenes por parte de Mari-

Jesus, é indirectas del Padre Nuño, que á la mano cerrada ó llamaba puño, por parte de Pepe-Anton, dieron por resultado que aquella misma tarde al anochecer fueran novios declarados y amartelados Pepe-Anton y Mari-Jesus.

Buenos muchachos eran ambos, pero José Miguel, cuando supo que se iban á casar juntos, como se dice en Guezürraga, tuvo un gran sentimiento, porque sabia de qué pié cojeaban y estaba seguro de que Pepe-Anton, al fin y al cabo, se encomendaria á San Vicente de *Vara-caldo*, y Mari-Jesus á San Miguel de *Uñate*; pero aunque tenia remedio para aquel mal, no quiso hacer uso de él, porque sabia que hay remedios peores que la enfermedad.

Pocos dias despues, Mari-Jesus y Pepe-Anton fueron á la sacristía á pedir al señor cura que los leyera las amonestaciones. El sacristan los tomó por su cuenta miéntras esperaban la llegada del señor cura, que habia ido á una casa de Bidecoa á ver si lograba poner en paz á un matrimonio que andaba como el perro y el gato; y les dijo:

—Nosotros los descasados (y al pronunciar esta palabra se le saltaron las lágrimas á José Miguel) tenemos la debida experiencia para hablar de las cosas de que voy á hablaros, y por tanto, debeis escucharme con atencion y seguir mi consejo. Lo primero que deben hacer los que tratan de casarse es ver si congenian, porque sin congeniar marido y mujer, no puede haber buen matrimonio. Tú, Mari-Jesus, tienes más de malva que de cardo; pero tú, Pepe-Anton, tienes más de cardo que de malva.....

—Mire V., José Miguel, interrumpió el novio al sacristan, no se canse V. en predicarnos, porque todos los predicadores del mundo no nos pueden convencer á ésta y á mí de que no parecemos los dos como hechos el uno para el otro.

—Dice la verdad Pepe-Anton, añadió la novia.

—Eso es porque el amor os ciega y no deja á ninguno de los dos ver los defectos del otro.

—En esa parte, dijo Pepe-Anton, tiene V. mil razones, que yo estoy ciego de amor por ésta.

—Y yo tambien lo estoy por éste, añadió Mari-Jesus, poniéndose coloradita como un clavel.

Que estuviera ciego de amor Pepe-Anton por Mari-Jesus no era maravilla, porque Mari-Jesus era una chica un poco cachigordita, de color entre nieve y rosa, y unos ojazos negros sobremanera habladores. Les digo á VV. que yo, á pesar de ser casado y ya machucho, no puedo pensar en ella con serenidad.

En esto llegó el señor cura, y José Miguel dejó de predicar, considerando que predicar á ciegos de amor es áun más inútil que predicar á sordos de oreja.

Mari-Jesus y Pepe-Anton se casaron poco despues, y como es de suponer, durante los primeros dias no se oyó en su nido más que el *ru-ru* de las palomitas y los palomos.

La *pistola* de San Pablo, como Mari-Jesus y Pepe-Anton llamaban á la santa y admirable epístola del gran Apóstol, no sacrilegamente, porque el sacrilegio está en la intencion, y en ellos no habia intencion sacrílega, sino sólo rústica sencillez, fué la primera ocasion de disidencia entre ellos.

Para los matrimonios sensatos, la epístola de San Pablo es instrumento poderoso de union y amor ó indulgencia mutua; pero para los que carecen de seso, como Mari-Jesus y Pepe-Anton, hasta la santa epístola se convierte en traidora pistola moral, con que se amenazan mutuamente.

Que si la *pistola* de San Pablo mandaba ó no á la mujer esto; que si la *pistola* de San Pablo mandaba ó no al marido lo otro, es lo cierto que Mari-Jesus y Pepe-Anton, apénas cumplido el mes de casados, tuvieron una pelotera en que faltó poco para que se encomendáran á San Vicente de *Vara-caldo* y á San Miguel de *Uñate*.

El caso era que se querian mutuamente, y los dos eran razonables y reconocian sus faltas cuando no daban en tercuear; pero el caso era tambien que tercueaban todos los dias y hasta todas las noches, que es lo más extraño, sobre todo en los recien casados, y una vez enzarzados en la disputa, no habia medio de traerlos á mandamiento.

Entre tempestad y tempestad, en que, por supuesto, ya jugaban de firme las uñas y la vara, se iba formando del modo siguiente el arco iris:

—¡Válgame Dios, Pepe-Anton! exclamaba Mari-Jesus, que era la que siempre daba primero su brazo á torcer, ó lo que es lo mismo, quien echaba la primera hilada de luz para formar el arco: ¡Qué poco juicio tenemos los dos!

—Quien tiene poco juicio eres tú.

—Convengo en ello, hombre, pero tú tambien.....

—Yo demasiada prudencia tengo.

—No te digo que no, hombre, pero tienes un genio.....

—Peor le tienes tú.

—Es verdad, hombre, que le tengo malo; pero mira, si tú hicieras un esfuercillo para aguantármele, yo haria otro para no incomodarte, y así iriamos poco á poco corrigiéndonos y llegariamos á vivir en paz y gracia de Dios.

—Yo eso es lo que deseo.

—Y yo mucho más que tú.

—¡Sí, buenas alhajas sois las mujeres!

—¡Pues mira que vosotros los hombres!

Estas dos últimas exclamaciones ya tenian los coloreitos del arco íris, y el arco quedaba por fin formado, con ayuda del redondo, blanco y sonrosado brazo de Mari-Jesus, que rodeaba el cuello de Pepe-Anton.

Entre algunos dias de calma y los demas de tempestad pasaron Pepe-Anton y Mari-Jesus el primer año de casados. Mari-Jesus toda se volvia pedir á Dios que le comenzase á patalear un cachorrito en las entrañas; pero nada, no sentia en ellas pataleo alguno.

Durante la más horrible de sus tempestades, que fué seguramente la que sobrevino el dia en que celebraban el primer aniversario de su casamiento, y tuvo origen en una disputa sobre cuál de los dos habia perdido ó habia ganado casándose con el otro, surgió, lo mismo en la mente de Pepe-Anton que en la de Mari-Jesus, esta estrafalaria idea: ¡Si pudiéramos descasarnos como José Miguel, que dice ser descasado!

Así que la tempestad se calmó, ambos pensaron en comunicarse mutuamente aquella idea; pero Mari-Jesus no se atrevia á ello, porque eso de descasarse, para las mujeres es cosa más séria que para los hombres. En cambio, Pepe-Anton echó á volar su pensamiento sin embarazo alguno.

—¿Sabes, Mari-Jesus, que me ocurre una cosa?

—¿Y qué cosa es ésa, Pepe-Anton?

—Que nosotros vamos á estar toda la vida como el perro y el gato, si no hacemos otra cosa.

—¿Y qué otra cosa es ésa?

—Descasarnos.

Si las mujeres se estremecen de gozo al oir la palabra *casarnos*, es natural que al oir la palabra *descasarnos* se estremezcan de espanto. Mari-Jesus se estremeció de espanto al oir el *descasarnos* de Pepe-Anton; pero como ya se habia familiarizado un poco con la idea que aquella palabra encerraba, y estaba convencida de que sólo descasándose podia ser feliz, no tardó en reponerse de su espanto natural é instintivo.

Despues de jurarse y perjurarse mutuamente que se querian y que si se resignaban á descasarse no era por desamor, sino por convencimiento de que de otro modo no podian ser felices, convinieron en ir á ver al señor cura para suplicarle que los descasára.

En efecto, fueron á ver al señor cura, y Pepe-Anton se encargó de explicarle el objeto de la visita.

—Señor cura, le dijo, ha de saber V. que desde que nos casamos ésta y yo, por cada dia de paz hemos tenido veinte de guerra.

—Será porque habréis olvidado lo que dice la epístola de San Pablo.

—Léjos de olvidarlo, señor cura, lo hemos recordado á cada paso y sólo ha servido para enzarzarnos más y más. Que si la *pistola* de San Pablo os manda á las mujeres esto; que si la *pistola* de San Pablo os manda á los hombres lo

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

otro, es lo cierto que la *pistola* de San Pablo ha sido para nosotros la carabina de Ambrosio.

—Si os hubierais querido mutuamente, como la epístola aconseja, no os hubiera sucedido eso.

—Mire V., señor cura, lo que es en eso de querernos no hemos faltado nunca más que cuando andábamos á trastazos, porque cuando no andábamos así, ni en todos los palomares del mundo se arrullan las palomitas y los palomos como nosotros nos arrullamos.

Pues, entónces, ¿de qué proviene la guerra en que vivis la mayor parte del tiempo?

—Proviene, señor cura, de que no congeniamos. Yo tengo malas pulgas, ésta las tiene áun peores, empezamos con dimes y diretes, y al fin concluimos siempre por encomendarnos á San Vicente de *Vara-caldo* y á San Miguel de *Uñate*. Para acabar con esta picara vida, hemos convenido en venir á suplicar á V. que nos descase inmediatamente.

—¡¡Descasaros!! Hombre, ¿estais locos ó venís á burlaros de mí?

—Ni lo uno ni lo otro, señor cura. Muy cuesta arriba se nos hace el descasarnos, porque ya le he dicho á V. que, cuando no andamos á trastazos, parecemos palomita y palomo; pero, obligados á escoger entre dos grandes males, hemos escogido el ménor, que es el de descasarnos.

—Pero, hombre, si eso es imposible; si el lazo del matrimonio sólo le rompe la muerte. ¿De dónde habeis sacado vosotros la desatinada idea de que es posible descasarse? ¿En qué cabeza cabe semejante idea?

—¿En qué cabeza, dice V., señor cura? En una que bastantes pruebas ha dado en Guezúrraga de que es sábia á carta cabal. La de José Miguel, que dice á todos los que quieren oirlo que para todos los males, ménos la muerte, hay remedio y que él es descasado.

—Sí José Miguel dice que es descasado, lo dirá en broma.

—¡Qué lo ha de decir en broma, señor cura, si se le saltan las lágrimas siempre que lo dice!

El señor cura se quedó por algunos momentos callado y pensativo. ¿Qué era lo que pensaba el señor cura? Lo que pensaba era esto:

—Es verdad que José Miguel es muy formal y muy sabio, y como yo sólo soy un pobre cura de misa y olla, sucede con frecuencia que hasta en cosas de mi estado sabe más que yo. Como la teología tiene tantos rinconcillos misteriosos para los que no la hemos estudiado muy á fondo, acaso José Miguel, que sabe más que Lepe, habrá descubierto alguno..... Sea broma ó no lo sea la idea de descasarse que ha sugerido á estos pobres muchachos, enviémoselos allá, que acaso él, que es tan perspicaz y discreto, encuentre el medio, que á mí no me ocurre, ya que no de quitar de sus hombros la cruz del matrimonio, de hacer que la lleven con resignacion.

—Pues, hijos mios, dijo al fin el señor cura, si José Miguel, que en efecto es muy sabio, encuentra medio de descasaros, que os descase y buen provecho os haga.

Pepe-Anton y Mari-Jesus se encaminaron á casa de José Miguel, seguros de que el sacristan sabria desatar lo que el cura habia atado.

IV.

José Miguel recibió á Mari-Jesus y Pepe-Anton con la amabilidad que era natural en él. Despues de los saludos acostumbrados, Pepe-Anton fué al grano, preguntando al sacristan:

—Diga V., José Miguel, ¿es verdad que todos los males tienen remedio?

—Todos ménos uno, que es la muerte.

—¿Y por consecuencia, le tendrá tambien el de llevarse mal los casados?

—Tambien ese mal tiene remedio.

A José Miguel le faltó poco para sollozar al decir esto.

—¿No es verdad tambien que cuando le preguntan á usted qué es, contesta siempre que es descasado?

—Es verdad que lo contesto.

Al decir esto se le saltaron las lágrimas á José Miguel.

—Segun eso, continuó Pepe-Anton, ¿es posible descasarse?

—Claro está que lo es.

—Pues el señor cura nos ha dicho que no y nos ha enviado á V.....

—¿Para qué os ha enviado á mí?

—Para que V. nos descase.

—¿Qué, quereis descasaros?

—Sí, señor.

—¿Y por qué?

—Porque estamos siempre como el perro y el gato.

—Pues qué, ¿no os quereis? Cuando os casasteis estábais ciegos de amor.

—Y por eso no vimos que si yo tenía malas pulgas, ésta las tenía áun peores.

—¿De modo que el amor se ha convertido en vosotros en aborrecimiento?

—Tanto como eso, no, señor.

—¿Cómo que no, si os quereis descasar?

—Yo le diré á V. lo que nos pasa. De cada veinte dias pasamos diez y nueve encomendándonos á San Vicente de *Vara-caldo* y á San Miguel de *Uñate*, y uno arrullándonos como las palomitas y los palomos.

José Miguel calló y meditó por espacio de algunos instantes.

—¿Con que, en resumidas cuentas, os quereis descasar?

—Sí, señor, estamos decididos á ello, si es posible; porque vivir como nosotros vivimos no es vivir.

—Pues bien, volved mañana á mediodía, y yo os descasaré de modo que salgais de aquí desatados del lazo con que el señor cura os ató.

Mari-Jesus y Pepe-Anton, y particularmente la primera, se despidieron de José Miguel, al parecer, no tan alegres como era de esperar de la buena noticia que José Miguel les habia dado.

Al llegar á casa se dijeron:

—Ya que nos queda tan poco tiempo de ser, como dice San Pablo, una sola carne y un solo hueso, pasemos este tiempo como Dios manda.

Y en efecto, aquella tarde y aquella noche y la mañana siguiente hubo en aquella casa una de arrullos, que se dejó atras á la de las palomitas y los palomos de todos los palomares.

Cuando al mediodía siguiente llegaron á casa del sacristan, éste lo tenía ya preparado todo para descasarlos. Los preparativos consistian en un libro, la calderilla del agua bendita, el hisopo y un roquete, todo traído por José Miguel de la iglesia.

—Va á comenzar el solemne acto del descasamiento, les dijo José Miguel poniéndose el roquete. Mari-Jesus miró á Pepe-Anton con unos ojazos de amor mezclado de lágrimas, que parecian querérsele comer, y Pepe-Anton miró á Mari-Jesus casi del mismo modo; pero la cosa estaba ya tan en punto de caramelo, que no era cosa de volverse atras.

Hízolos José Miguel arrodillar pareados y á distancia de dos pasos uno de otro, y dió principio á la ceremonia con la lectura de no sé qué oracion en latin, y terminada la oracion, tomó de la calderilla el hisopo, que remataba en una bola de metal con agujeros, y se puso á aspergear á Pepe-Anton. En uno de estos asperges bajó demasiado la mano, y con la bola del hisopo dió un coscorron tan grande á Pepe-Anton, que éste vió las estrellas y se llevó la mano á la cabeza para palparse el chichon que el hisopo le habia levantado.

No obstante, Pepe-Anton se aguantó, suponiendo que habia sido algun descuido involuntario del sacristan, y pensando que algo se necesitaba sufrir para descasarse.

A su vez le tocó á Mari-Jesus la oracion, ó lo que fuera,

y tras la oracion el asperges; pero es el caso que tambien á se le escapó la mano al sacristan, y le dió un coscorron que la hizo, como á Pepe-Anton el suyo, ver las estrellas y llevarse la mano á la parte dolorida.

Mari-Jesus creyó, como Pepe-Anton, que se le habia escapado la mano al sacristan, y se aguantó sin chistar ni mistar palabra.

La oracion en latin, el asperges y el coscorron se repitieron, con la única diferencia de que el coscorron segundo fué más fuerte que el primero, así al volverse á habérselas el sacristan con Pepe-Anton, como al volverse á habérselas con Mari-Jesus.

—Diga V., José Miguel, preguntó Pepe-Anton al sacristan, al ver que éste por tercera vez iba á repetir con él la faena, ¿dura mucho esta ceremonia?

—Sí, añadió Mari-Jesus con el mismo interes, ¿dura mucho?

—No, contestó José Miguel, no dura más que hasta que muere uno de los que se descasan.

—¡Ah, pues entónces suspéndala V.! exclamaron levantándose Pepe-Anton y Mari-Jesus.

—Pues qué, ¿no quereis ya descasaros?

—Con ceremonias como ésta, no, señor.

—Pues, amigos, sea cual fuere la ceremonia, el único medio de descasarse es morir uno de los casados. Así me descasé yo, aunque la ceremonia fué diferente, pues consistió en un mal parto que tuvo mi pobre mujer, de resultas de los disgustos que durante el embarazo le causaron su mal genio y el mio, que era áun peor.

Y al decir esto, José Miguel se echó á llorar sin consuelo.

V.

El cuento popular que enseña *el modo de descasarse* tiene un epilogo, y eso es lo único que nos falta para llegar al «como me lo contaron te lo cuento.»

Algunas semanas despues de la interrumpida ceremonia del descasamiento, ó sea de las veinte y cuatro horas de arrullos, como los de las palomitas y los palomos, Mari-Jesus, coloradita como la grana, puso en noticia de Pepe-Anton que comenzaba á patalear en sus entrañas el cachorrillo que en vano habian pedido á Dios muchas veces.

Pepe-Anton y Mari-Jesus se estremecieron de espanto al recordar cuál fué la causa de que se descasára José Miguel, y desde entónces, cuando á cualquiera de ellos le retoñaba el mal genio, hacia de tripas corazon para dominarle, y le dominaba por completo, porque Pepe-Anton decia para sí:

—No sea que á esa pobre ó al cachorrito que patalea en sus entrañas le cueste la vida mi geniazo, como á la mujer de José Miguel se la costó el de su marido.

Y Mari-Jesus decia para sus adentros:

—No sea que mi pícaro genio despierte el de Pepe-Anton, y quien lo pague sea el cachorrito que me da pataditas en las entrañas.

Pepe-Anton y Mari-Jesus vivian en paz y gracia de Dios, pensando y procediendo de este modo, hasta que, justamente nueve meses despues de la interrumpida ceremonia del descasamiento, ó sea de las veinte y cuatro horas de arrullos como los de las palomitas y los palomos, Mari-Jesus dió á luz con toda felicidad el cachorrito que pataleaba en sus entrañas.

Y entónces acabó de ponerse como una balsa de aceite el domicilio de nuestros cónyuges, porque Mari-Jesus y Pepe-Anton, que hubieran querido que el cachorrito mamase en vez de leche el licor de la inmortalidad y la ambrosia de los dioses, creian con razon que aquella seráfica paz era necesaria para que la leche de Mari-Jesus no se convirtiese en rejalgar que envenenase al querido y hermoso cachorrito.

Cuando éste dejó de mamar, la paz continuó tan octaviana como ántes, porque el cachorrito se asustaba y lloraba en cuanto veia cosas un poco sérias.

Y tras el primer cachorrito vinieron otros, trayendo cada uno un pan bajo el sobaco, y continuó con su venida la misma paz, fundada en las mismas razones, y en el nido de Mari-Jesus y Pepe-Anton, á pesar de que estos son ya viejos, áun continúa el *ru-ru* de las palomitas y los palomos.

Dios Nuestro Señor mantenga el mismo dulce y santo *ru-ru* en el nido de todos los que han leido este cuento deseosos de saber cuál era *el modo de descasarse!*

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao, 1880.

LIMA.—ANTIGUO PUENTE SOBRE EL RIMAC.

ENSEÑANZA Y EDUCACION.

De todos los grandes problemas que interesan á la regeneracion de nuestro pueblo, no conozco uno solo tan menospreciado como el de la educacion nacional. Los padres que declinan con terror y fastidio funciones cuya dignidad supera á sus menguadas fuerzas; los maestros de todas jerarquías, desde la más sublime de abrir al niño los horizontes de la vida y del mundo, hasta la más prosaica de fabricar abogados, militares ó médicos; los Gobiernos que creen asegurado el porvenir de la patria con recetar un programa de estudios y disponer las veces que por semana han de decorar los alumnos el Catecismo, ó la Historia, ó han de filosofar, ó hacer píldoras; la sociedad entera que, sin conciencia moral de su poder ni de su obligacion, estrecha la mano del reo con la misma indiferencia que la de la víctima, se sienta á la mesa de ambos — si la cocina lo merece — y se contenta con reir y murmurar á sus espaldas..... todos de consuno se encogen displicentes de hombros ante linaje tan malaventurado de cuestiones. ¿Qué importa si nuestro pobre pueblo, huérfano de toda direccion y tutoría, abandonado al imperio de las circunstancias por todas las clases superiores, el profesorado, los literatos, el clero, los políticos, sufre los azares de esta penosa convalecencia de pasados yerros?

Y sin embargo de ese desden universal, en una sociedad donde la Iglesia, si ya no ha perdido — como un famoso orador católico pretende—la cura de las almas, le falta poco para entregarla á las potestades seculares, y donde la primera de las aristocracias reales y efectivas es la del talento, hay entre todas las fuerzas gobernantes una cuya accion prepondera irremisiblemente sobre las demas, cuyo influjo y cuya responsabilidad son por esto nada despreciables, y esta fuerza es la enseñanza, poéticamente divinizada en teoría por la retórica de los ministros y los parlamentos, y prácticamente sometida á saludable dieta intelectual—y aun física—por la sabiduría de esos mismos poderes: la enseñanza, á la cual toca, pues, sea por propia virtud, sea por el decaimiento de los restantes factores, el primer rango hoy dia en la educacion individual y social de nuestro tiempo.

Entre nosotros ¿á qué se reduce la enseñanza? Funcion pública, jerárquicamente organizada, no tiene hoy por hoy otro norte que el de lograr que unos cuantos niños, jóvenes ú hombres hechos — pero siempre cortísima minoría en el país—se asimilen ciertas ideas y las retengan por mayor ó menor número de años, al cabo de los cuales van lentamente anublándose en su espíritu. Esta funcion se desempeña por el comercio entre dos personalidades: el maestro y el discípulo: el primero, que va diciendo las cosas que cree saber al segundo; y éste—al ménos tal es la teoría—que las aprende. Así, nada más diferente que la situacion respectiva de uno y otro: hasta el punto de que, no hace muchos años, uno de nuestros catedráticos más insignes proclamaba que «la vida del profesor se divide en dos períodos opuestos: en el primero estudia, es decir, se dispone para enseñar; en el otro enseña, y sólo enseña, es decir, ya no estudia»: principio á que más de un benemérito adversario del *docendo discimur* rinde con su conducta inflexible homenaje.

Mas se dirá: «¿Qué tiene esto de extraño? ¿Va el niño á la escuela á disputar como Jesus con los doctores, á inventar el alfabeto y el papel pautado, el Catecismo, las cuatro reglas y hasta la Geografía, ó va sencillamente á aprender?»

Ninguna respuesta mejor nunca que aquella de: *a fructibus eorum*. Gracias á la teoría dominante, el niño, y áun el hombre, no van á la clase á discutir, á preguntar, á meterse en camisa de once varas, á poner en apuros al maestro, á averiguar lo que no les importa y á subvertir la concertada armonía de las órbes: ó dicho de otro modo, no van á despertar los gérmenes de su personalidad física, intelectual, moral, afectiva, *á educarse* en suma en cuerpo y alma, sino á *instruirse*, «á aprender lo que ayer»; y si en la escuela el elemento educativo es punto ménos que nulo, el carácter instructivo se acentúa en el Instituto y la Academia preparatoria, en la Universidad, en las «carreras especiales», militares ó civiles, hasta en el Seminario! «aprendiendo» siempre, adulto ó niño, en todas esas partes, una casi infinidad de cosas en una casi eternidad de tiempo, y saliéndose al cabo con la suya, esto es, con su borla, su diploma, sus galones ú otras marcas de fábrica al uso. Entónces —¡venturoso instante! — concluyen las clases, los maestros, los libros. Ya el jóven se halla en posesion, primeramente, de la cultura general propia de todo hombre; despues, de la particular que para su profesion necesita. Sobre tan sólidas bases, ahora comienza para él la vida libre, feliz é independiente, como la de aquella España del P. Isla (que por cierto no ha vuelto á verse en otra desde que «se abrió al cartaginés»).

Ya se sobreentiende que ésta es la teoría; porque en la práctica las cosas pasan de otro modo. En la práctica, lo que entónces comienza para el mísero alumno de las Musas, de Beatriz ó de Marte, es lo que pudiéramos llamar el proceso metódico del olvido: proceso que suele ser harto más rápido que el del estudio, pero sobre todo, de más seguro éxito. Sería curioso conocer, por ejemplo, el tanto por ciento de muchachos que, tras ocho ó nueve mortales años, perdidos—¿por qué no darle su nombre?—en la escuela y en el Instituto, aportan á la Universidad la variada cultura que espera la teoría de aquellos centros docentes. ¿Cuántos, despues de las inútiles agonías del exámen, conservan siquiera la mitad de lo que el tribunal declara que aprendieron? ¿Cuántos, en particular los que sacan de su vida académica media docena de ideas propias, claras, firmes, valederas para elaborar sus convicciones, su porvenir y su conducta?

Nadie negará que hoy dia la primera cualidad por que se estima al hombre es el talento. Se adulan sus riquezas, su posicion exterior; pero sólo le granjea personalidad y renombre aquella facultad que, por lo demas y á causa de esto mismo, es la que pronuncia el *sic itur* y sabe, cuando quiere, abrirse de par en par todas las puertas. Hizo de la inteligencia Descártes la nota fundamental del espíritu, como la extension de la naturaleza; y la opinion comun..... ¿qué digo la opinion? la más empinada filosofía, el positivismo, la última moda del saber contemporáneo, sigue aún la doctrina del metafísico francés, que tan anticuado, inocente, cursi y prehistórico parece en lo demas, al cabo de dos siglos, á nuestros pensadores impúberes. Ahora bien, las inteligencias que reciben hoy pleito homenaje y constitu-

yen nuestra aristocracia intelectual—algo semejante á la de los letrados en la China—se distinguen en dos grupos. Hay, por una parte, las inteligencias *sábias*, y hay, por otra, las inteligencias *listas*. Entre las personas de talento cada cual, segun su idiosincrasia, sus inclinaciones y sus gustos, entra en una ú otra cofradía: éste apura fechas, diccionarios, archivos, ó registra en la Farmacopea los 3,000 procedimientos para obtener el agua de Melisa, ó cataloga las estrellas, ó describe el cósmos de una gota de agua—lo infinitamente grande ó lo infinitamente pequeño, que ellos dicen; — el otro, condiscípulo ideal de los Rinconetes y los Cortadillos, estudia el arte de triunfar de los hombres, y áun de las mujeres, da grasa á los ejes de la consabida rueda de la fortuna, y se familiariza con todos los resortes de la esfera á que se reduce su vida; sea el palacio ó el templo, el Congreso ó la Bolsa, el Ateneo ó las productivas y bravías soledades de Sierra Morena. Los unos llegan al cenit por la memoria y la paciencia; los otros, por el ingenio y la audacia: de aquéllos se hacen los académicos, los eruditos, los anticuarios; de éstos, los generales, los banqueros y los ministros. Bien mirado, tan doctor es Monipodio como Sganarelo ó don Hermógenes.

Pueril seria añadir que, como siempre, hay excepciones; pero la corriente se aparta de ellas y marcha por esas dos series directoras y gobernantes de nuestra cultura patria; series ambas que por igual coinciden en un desden supremo hácia todo cuanto se refiere á los principios fundamentales de la vida, á los problemas de la naturaleza de las cosas, á los grandes intereses humanos. Fuera de los cálculos egoistas de los unos y de las improbas cavilaciones de los otros, no hay cosa de importancia: la paz y la guerra, la libertad y la tiranía, la prostitucion y la virtud, la miseria social, la civilizacion, la religion, el derecho, la moral, el arte..... ¿qué valen, junto al genio que revela una jugada de bolsa, ó comparados con la ciencia sólida, positiva y maciza del que cuenta las patas de un insecto? Esto es lo verdaderamente serio; todo lo demas es filosofía, poesía, ideología, palabrería.

Grandes cosas son —¿qué duda cabe?— la sagacidad y el ingenio. Pero no hay que confundir el arte de la vida, que sabe aprovechar con sensatez, con oportunidad y tacto, pero honrada y noblemente, las fuerzas de la trama social para lograr sus generosos fines, y la ratería del *pick-pocket*, cuando acierta con el bolsillo de sus parroquianos y rie de su simplicidad é inocencia. De igual suerte, nada hay más digno de respeto que la generosa labor del sabio consagrado al prolijo estudio de los pormenores; mas sólo á condicion de que le sea dado hallar en ellos la viva unidad que los enlaza, no un cúmulo de fragmentos destrozados é inertes. Este es el científico que pugna por desenredar el caos de los fenómenos y entresacar de él algun rayo de luz para el pensamiento y la vida; el otro, el curioso, el coleccionista, el bibliómano, para el cual lo único grande es lo pequeño, y á cuyos ojos miopes, á fuerza de no contemplar sino cosas menudas, tienen mayor importancia que las convulsiones de la humanidad las crisis de la filatelia, ó — para que nos entendamos—del comercio de sellos de correo.

El vicio fundamental de nuestras clases.....—llamémoslas ilustradas—puede definirse en fórmula precisa. Entre nosotros, las personas de talento son periodistas, catedráticos, clérigos, comerciantes, ministros, naturalistas, médicos, militares, abogados, músicos, escritores, químicos, arquitectos y qué sé yo qué más..... pero difícilmente son *hombres*. De aquí su estrecho especialismo, su indiferencia mortal hácia todo *plus ultra* de su reducido horizonte, y ese profundo divorcio entre la instruccion y la educacion, no sólo en cuanto á la vida moral, sino en la misma esfera de la inteligencia, donde á cada paso tropezamos con un sabio archiglorioso, un artista celeberrimo ó un político rutilante, que si entienden más ó ménos sus respectivos oficios, no se les importa un bledo de los demas, y muestran una casi total ausencia de aquellas ideas, principios, sentimientos, gustos y hasta maneras, por los cuales es el hombre *hombre*, no por saberse la tabla de logaritmos, por trinar en el *re* sobreagudo ó ganar á la ruleta una cartera.

De esta miseria de nuestra vida intelectual es, no sé si diga causa parcial ó efecto, la de nuestra enseñanza. Porque de un lado la refleja con lealtad intachable, y de otro la auxilia y fortifica a menazando, si Dios no lo remedia, con mantener áun tanta vergüenza y tanta postracion por larga dinastía de años y hasta siglos.

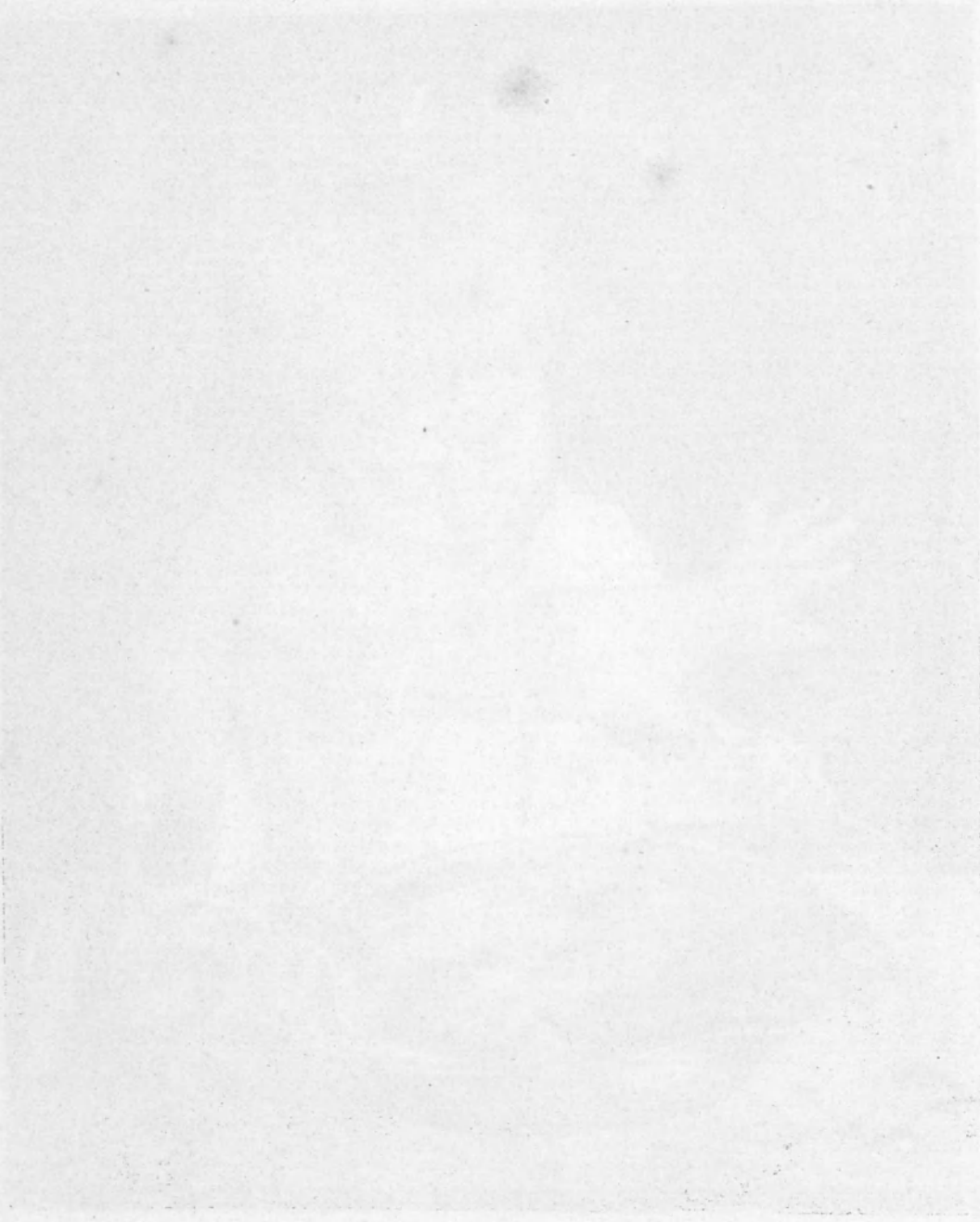
Sigue nuestra enseñanza el impulso de las ideas reinantes. Es decir, que se halla concebida, organizada y desempeñada como una mera funcion intelectual, ó sea que atiende á la inteligencia del alumno tan sólo, no á la integridad de su naturaleza, ni á despertar las energías radicales de un sér, ni á dirigir la formacion de sus sentimientos, de su voluntad, de su ideal, de sus aspiraciones, de su moralidad y su carácter. Ya lo hemos dicho. Apénas si en la escuela primaria recibe el pobre niño, entre los gritos y pescozones del maestro, el problemático beneficio de un tratamiento dirigido al fin y al cabo con su tanto de intencion pedagógica; pero al salir de allí, acaba para él toda educacion en las áulas (y por lo general, fuera de ellas), donde sólo su instruccion material se procura. Daria todos los millones de Rostschild, y áun de M. Mackay, por ver qué cara pondria, v. gr., un catedrático de Química ó de Derecho mercantil si oyera que él tiene que cuidar de que sus discípulos no frecuenten las casas de juego, los burdeles y demas esferas análogas de la administracion; de que sean varoniles, sinceros, honrados, laboriosos, cultos, limpios y hasta elegantes; trabajen por inclinacion y no por «ganar año» (que debiera llamarse «perderlo»); guarden costumbres puras, adquieran gustos nobles y aborrezcan la vulgaridad, la informalidad, la suciedad, la pereza, la envidia y la mentira; es decir, los vicios más característicos, si no de nuestra raza — que ¿quién se atreveria á cerrar la puerta á toda esperanza de mejora?—por lo ménos, de nuestra nada próspera situacion social. Allí sería el recordar el célebre artículo del año 12, que mandaba á todos los españoles ser de Real órden justos y benéficos.

Ante esa concepcion intelectualista que hoy priva sobre las funciones del profesorado, nada importa que la juventud se despeñe, y perpetúe en la nacion la barbarie, con tal que aprenda—siquiera para salir del paso—su anatomía, su literatura ó sus pretéritos y supinos. Apresurémonos á declarar que la culpa es del sistema y de las personas, pero muy principalmente del sistema. Póngaseme á un Sócrates ó á un Froebel al frente de una clase de quinientos alumnos, á los cuales no ha de ver ni hablar sino, á lo sumo, una hora cada dia; oblíguesele á no hacer en esa hora más que exponer la parte alícuota correspondiente de un programa calculado por la sabiduría administrativa, como las lecturas del *Año Cristiano*, á leccion por jornada, y pídasele luégo que forme en aquellas desdichadas criaturas un sentido científico profundo, y un sentido moral sano, y no sé cuántos otros más sentidos: gracias si, entre esos cinco cientos hay media docena que, al cabo de la temporada, saquen los suyos algo ménos obtusos.

Ahora bien, como el hombre, por cualquier lado que VV. le miren, es, segun dicen los filósofos, un verdadero organismo, todas cuyas funciones se implican, protegen y perturban mutuamente, cuando la enseñanza no es más que intelectual se hace incapaz *ipso facto* para satisfacer ese mismo fin. «Pues ¡qué!—oigo ya exclamar—porque separemos ambas funciones, la del maestro y la del padre ó pedagogo, la instruccion y la educacion, siguiendo despues de todo la fecundísima ley de la division del trabajo, ¿ha de ser de peor calidad el fruto de la primera? Porque el profesor se ciña á explicar, á preguntar, á tomar la leccion á sus discípulos—las tres operaciones fundamentales de su oficio—sin entrometerse en más pertiles, ¿van aquéllos á aprender peor el córte de piedras, la ley hipotecaria ó el binomio de Newton?

EL BAÑO.—(DIBUJO ORIGINAL DE G. BREGENZER.)

LA CAZA.—(DIBUJO ORIGINAL DE G. BREGENZER.)



Distingamos: sin duda un alto grado de instruccion material, esto es, de estampacion y como incrustacion en el entendimiento de cosas pasivamente aprendidas y almacenadas por más ó ménos años, es perfectamente compatible con la más grosera incultura del espíritu; ¿crece éste por yuxtaposicion acaso? No hay en verdad motivo alguno—Balzac lo ha demostrado y todos lo vemos cada dia—para que un hombre, por el hecho de saberse de memoria á Horacio, el Calepino y hasta el archivo de Simáncas, sin errar una tilde, sea ya discreto, reflexivo, afectuoso, honrado, guarde los mandamientos, cultive el ideal, posea un concepto profundo de las cosas y viva y obre, en suma, como una persona decente. Tambien el bruto recibe instrucciones y las combina, y áun saca de ellas lo que le tiene cuenta. Ahora, para ascender á otras regiones superiores; para pensar y discurrir por sí mismo; para discernir la verdad y el error; para formar juicios propios, firmes y exactos; para tener personalidad; para poner algo de su cosecha en el mundo; para no ser un poste, donde viene cá la maestro ó cada libro á estampar por turno su bando de buen gobierno .... para todo esto se necesita sentido comun: sentido que en todas partes podrá ser, como ha dicho no sé qué novelista, el ménos comun de todos, pero que en España Dios sabe si anda por las nubes! Y es que para tener entendimiento basta nacer con él; para tener memoria ó paciencia, ejercitarlas; mas para educar en su plenitud la inteligencia, es absolutamente indispensable educar por entero todo el hombre.

Reconozcamos de buen grado que el sistema actual de enseñanza, sistema burocrático, en que el profesor despacha la leccion en su hora y media, como se despacha un expediente, y tiene con el alumno sólo un contacto superficial, que los deja enteramente extraños uno á otro; sistema memorista, mecánico, dirigido á nuestras facultades inferiores, para las cuales se digna promulgar en solemne revelacion académica la verdad, oficialmente averiguada y definida, librándonos de aquel trabajo de buscarla por nosotros mismos, que Lessing reputaba el más característico de seres racionales; que ese sistema, digo, es de admirable éxito, si, como parece, ha sido organizado para dar á la patria generaciones de sujetos raquíticos de alma y cuerpo; indiferentes hácia principios que ignoran si lo son, porque no los han hallado ni comprobado por sí propios; despreciativos de todo ideal; escépticos y limitados, cuando no aburridos de la letra de molde. Mas si, por acaso, lo que se pretendiese fuera asegurar el porvenir intelectual de nuestro pueblo, el sistema instructivo está condenado á la vez por su raiz y por su fruto; porque la educacion y desarrollo de la inteligencia sigue á los del hombre como la parte al todo, y su horizonte se dilata ó se cierra con el horizonte general del espíritu. Del presumido y vano; del que ahoga el clamoreo de su conciencia, todavía no bien empedernida; del envidioso; del disipado y frívolo; del egoista, sordo á los dolores de la humanidad, puede, cierto, esperarse toda la paciencia necesaria para las delicadezas del microscopio ó para descifrar una inscripcion cuneiforme; toda la penetracion que requieren las sutiles combinaciones del cálculo; todo el tino del mundo para llevar á feliz término un experimento en el laboratorio.... pero nunca ese supremo amor á la humanidad, desinteresado, impersonal, objetivo, única fuente de todas las luces y revelaciones superiores.

Hay que desengañarse: las mismas condiciones fundamentales pide la enseñanza destinada á lograr sabios que la que se propone formar hombres; á ménos de seguir hasta la eternidad bifurcando nuestra especie en dos tipos: el hombre y el sabio. Pero nadie será osado á negar—siquiera por el bien parecer—que el sabio, ántes que sabio, convendria un tanto que fuese hombre en cuerpo, alma y vestido—la triada antropológica:—que se revele en él una persona, no a una inteligencia servida por órganos», segun la mística aspiracion de Bonald; un sér dotado de sentimientos, de carácter moral, de experiencia del mundo, que ande, y coma, y duerma, y hable como cualquier cristiano, y ó áun racionalista, que no hubiese perdido los rasgos distintivos de nuestro linaje. Además, la génesis del espíritu científico en cualquiera de nuestros semejantes sólo es posible merced á una verdadera educacion, sin la cual ya hemos visto cómo el pensamiento se decolora, mutila y embastece, y se entierra entre el polvo de los pormenores. Cierto que la exposicion de todos los elementos que se requieren para promover una pura vocacion científica pareceria hoy cosa de burlas, apegados como nos hallamos áun á ese fácil juicio para el que es ciencia cualquier cosa: la invencion de un específico para los sabañones ó la *coqueluche*, fundado en la experiencia clínica; una disertacion retórica sobre cuatro lugares comunes filosóficos; una lista sin crítica de documentos inéditos; un miserable Manual, consagrado al alto fin de facilitar al alumno la respuesta al programa de exámen. Mas, sin entrar en esa enumeracion, que habria de remover los «humores acres, proclives y corrumpentes» de más de un doctor Bartolo, sea lícito al ménos insistir en la necesidad de que esa esfera de la enseñanza entre, como todas, en vías de redencion, merced al espíritu educativo. Tres y cuatro veces bienaventurada la generacion que vea rellenar con los escombros de tanta pedantería el abismo que hoy média entre el pobre alumno, víctima de uno de los más insufribles tormentos—el de estudiar sin gana, como acontece á quien no ha sido educado en el amor y el fruto del trabajo—y el profesor, revestido de sus ornamentos, sublimado en el trípode—la mitad de su ciencia—y oficiando siempre de pontifical; porque si la operacion de instruir á esa otra especie de reclutas, no más afortunados que los de la milicia, es por naturaleza una accion superficial é intermitente, que puede bien ejercerse á distancia, la educacion es por necesidad una accion íntima, sólo asequible á favor de una comunicacion profunda, familiar y constante. La confianza en el maestro, la medida libre del tiempo y de la manera de llenarlo reemplazarán entónces á la ignorante, suspicaz y depresiva reglamentacion burocrática; la conversacion animada y discreta, á los interrogatorios solemnes y á esos discursos que deben reservarse para las conferencias dirigidas á un público heterogéneo, numeroso y anónimo; la investigacion personal, á las exposiciones dogmáticas; la espontaneidad, tan fecunda, á la aridez académica; la palabra viva, al libro de texto; la direccion individual de cada alumno, al régimen abstracto de la masa, cuyo atomismo es tan desafortunado en esta esfera como en la Medicina, la política ó los sistemas penales.

Es más complicado—pero mucho más—de lo que parece, organizar un sistema de enseñanza que aspire á dirigir la educacion nacional. Si no, con copiar á Alemania—ahora que está de moda—como ántes hemos copiado de Francia, allá por los años de 45, habriamos salido del paso. Estudiar y procurar satisfacer las condiciones generales de toda educacion digna de tal nombre, ya es mucho; y sin embargo, no basta. Hay que darse clara cuenta del carácter nacional, de los precedentes que han contribuido á formarlo, de sus naturales energías, de su estado, sus cualidades, sus defectos, para, de esta suerte aleccionados, escogitar los medios más capaces de corregir nuestros vicios y encaminarnos por mejores senderos. A las personas especialmente dedicadas, por vocacion ó por oficio—cosas que, por desgracia, no siempre caen juntas—á este linaje de problemas, es á quienes toca plantearlos en primer término, ensayar su solucion, adoptarla en el límite de sus fuerzas y recomendarla á los poderes y á sus conciudadanos. De ellos, de los escritores, del clero, del profesorado, de los padres de familia es de los que puede y debe esperarse algun remedio, más bien que de los gobiernos, que harto hacen con llenar la *Gaceta* de leyes, decretos y demas formas del arte de recetar; con sacar la quinta, cobrar las contribuciones, aumentar la Deuda y garantir la libertad industrial de los secuestradores y ladrones en cuadrilla; ¡y todavía han de cuidar de que no se pague á los maestros su salario!

De mucho servirian al intento la exportacion en grande

de españoles á Europa, á fin de que aprendan, vean, oigan y callen, y la importacion de extranjeros—al modo como lo ha hecho Italia—para que enseñen, y hablen, y nos civilicen. Lo malo es que, cuanto á lo primero, el español, por su misma fiereza é incultura, no saca siempre tanto provecho de sus viajes como seria de desear y él se imagina; su falta de preparacion para resistir lo que podriamos llamar la crisis del trasplante, ó para asimilarse los progresos de otros pueblos; nuestra presuncion ultra-lusitana, que á cada hombre de medianos estudios le hace conceptuarse digno de dar glorioso alimento á marmolistas y poetas; el malaventurado apoyo que á esta vanidad infantil presta lo de «en tierra de ciegos.....», cosas son que conspiran á disminuir el fruto de esas verdaderas «excursiones instructivas.» ¡Cuántos españoles inteligentes, honrados é instruidos, pero que heredaron nuestra ligereza é impresionabilidad y llevan ideas disparatadas del extranjero, sufren decepciones semejantes á aquella del paleto cuando vió que la reina no era de oro, y acaban por volver poniendo sobre el lago de Ginebra la charca de la Casa de Campo, y sublimando hasta la Osa mayor los toros y el puchero—las dos instituciones primordiales de nuestra pedagogía nacional!—Y por el contrario, ¡cuántos regresan abominando, no los vicios y atraso de su patria, en cuya enmienda no perderán ellos su tiempo, sino la patria misma, maldiciendo las benditas raices que á todo hombre de honor consolidan con ella, y ansiando arrancarlas de cuajo! Para los unos, sólo en España se sabe, se come, se bebe y se vive como Dios manda; los otros son de la raza de esos que, tras dos meses de París y Biarritz, se paran sorprendidos en la Puerta del Sol, para preguntar en castellano chapurrado si no era allí donde estaba la catedral de Toledo.

Dos palabras, para concluir, acerca de los padres y las familias. A nadie que se haya interesado sinceramente por el progreso de nuestra educacion se oscurece que son hoy la más grave dificultad quizá que necesita vencer toda tentativa de reforma. Por una larga serie de razones, cuya discusion nos llevaria muy léjos, esa reforma, entre nosotros, comenzará, no por el padre, sino por el maestro, cuyo estado actual es, sin embargo, tan poco satisfactorio. De aquí que no sea lícito esperar el pronto término de esa frecuente lucha entre la familia y la escuela, entre dos ideales de lo que deben ser el niño, el hombre, la educacion, la sociedad, la vida; lucha de todos los instantes, ya sorda y cortés, ya áspera, vehemente y subversiva, á propósito de la moralidad, del estudio, de los juegos y las diversiones, de los castigos, de los premios, de la alimentacion, del vestido, del régimen, hasta del aseo. El padre que de buena fe cree adorar á su hijo porque se divierte con sus gracias—casi al modo como lo haria con un perro ó un loro—le prodiga caricias y reduce sus obligaciones á mantenerlo y procurarle estado, ese padre ve en la celosa educacion del niño fastidiosa carga; en el maestro, un censor, y vacila entre arrojar sobre éste el peso insoportable ó resignarse á conllevarlo, al ménos en la forma, emancipándose de la tutoría que la escuela inevitablemente le impone. Y sin embargo, ¡qué inmenso y bienhechor poder el de la familia, cuando acierta á constituir en derredor del niño esa atmósfera sana, caliente, pura, viril, animadora, íntima! Bien puede asegurarse que no habrá España, esto es, que no habrá aquí un pueblo digno de ser incluído en la humanidad civilizada; un pueblo culto, sincero, suave y enérgico á la par, honrado, paciente, sensato, bien alimentado y hasta limpio, miéntras esa discordancia no cese con el desnivel moral é intelectual que acusa; discordancia que aturde y desorienta al niño, y áun le causa quizá más grave daño que un mal sistema de educacion seguido con insistencia. Al ver á esos padres desidiosos, que gozan de las alegrías del presente, disponiendo para el pobre niño el más oscuro porvenir, que luégo les arrancará lamentaciones estériles; al calcular lo que de una conducta semejante puede esperarse para la regeneracion de nuestro pueblo; al asistir al libre desarrollo de todos los malos gérmenes depositados en el niño por la herencia y por el medio ambiente doméstico y social, y la opresion de todos los principios de salud que Dios puso en su alma y que van secándose uno á uno, la ingenuidad, la benevolencia, la sinceridad, la naturalidad, la fe, el desinterés, el entusiasmo varonil, el amor al bien, la pureza..... no puede ménos el hombre observador de exclamar con profunda amargura: «Si fuesen así todos los padres, bienaventurados los huérfanos.»

F. Giner.

CÁRLOS DARWIN, FILÓSOFO INGLÉS.

EN LA ENRAMADA.—(CUADRO DE ADRIEN MORFAU.)

UN SUEÑO DE PRIMAVERA.

Llegó Mayo rejuveneciendo los árboles, esmaltando de flores las praderas, entapizando de verde los campos, fundiendo los últimos hielos de la montaña, despertando á los amores, que huyendo del invierno, se habian escondido en el fondo de las grutas; no los amores ciudadanos, ó en poblado, ó *en ville*, como diria un frances y más de un español; amores pálidos, que se asfixian por falta de aire puro y se calientan las uñas en la chimenea, ó se desperezan cansados entre el espeso hálito de la multitud que llena las salas de los teatros, donde la luz embustera y el esmalte mistificador dan una apariencia fantástica á encantos de efecto, como la decoracion que supone un jardin en la escena: no, sino los amores que aman el sol y las auras, que llevan con dulce encanto á los ecos el gorjeo de los pájaros, el balido de las ovejas, el canto de las zagalas y el murmurio de las fuentes; el amor misterioso, alma de la vida, que vaga sobre las flores, entre las alas de inimitable terciopelo matizado de las mariposas: era, en fin, la vivificadora, la siempre jóven primavera, la estacion de las auras tibias y perfumadas, de la luz suave, de la dulce alegria.

Necesitaba yo ofrecer, por encargo de una Sociedad humanitaria y respetabilísima, á una alta dama una corona de flores ideales, de pensamientos cogidos en los verjeles de la poesía: yo habia aceptado el encargo, si bien con placer, con miedo: yo, *très-passé ó trépassé*, todo á un tiempo: yo, antigualla perteneciente á la historia; yo cansado, yo relegado, yo viejo; yo, á quien lo positivo ha arrancado tantas veces de los brazos del sueño; yo, en quien la hiel corrosiva de los dolores ha lacerado todas las fibras del sentimiento, ha desecado todas las fuentes del entusiasmo; yo, que me supervivo y siento el olvido de mis hermanos ántes de haber atravesado el Leteo; yo, para quien se han apagado los esplendores de todas las esperanzas; yo, sombra de mi mismo; yo, semejante á esos nombres que se leen en las lápidas de los panteones, habia asumido imprudentemente la responsabilidad de ofrecer una bella, fresca y fragante corona, presentada por la pureza y la hermosura, á una dama de espíritu levantado y vehemente, de sentimiento sencillo y poético, ilustrado por una educacion altísima: esto era conmovedor; esto era adherirse á la vida, arriesgar un esfuerzo para salir de la sombra á la luz.

Era necesario soñar, y soñé: el sueño me llevó á la tierra encantada donde han quedado marchitas las flores de mi vida sobre la tumba de mis primeros amores, sobre el polvo de mis padres, sobre el recuerdo de mis amigos de la infancia, y hé aquí á continuacion un pedazo de mi sueño; el prólogo, por decirlo así, de otro sueño más denso, más colorido, más vigoroso:

. . . . . .

Yo soy de una tierra de eternos vergeles,
Do en grutas sombrosas de altivos laureles
Se respira el aliento que viene de Dios;
Do corren las fuentes por cauces de flores,
Do vagan rientes graciosos amores,
Do brilla cual oro la lumbre del sol;
Do alienta la virgen de tez africana,
De espíritu ardiente cual lava que emana
Del cráter profundo de inmenso volcan;
La luz en la frente del alba serena,
La vida en los ojos, que el alma enajena
El talle que vibra gallardo al andar;
El seno, que agita potente latido,
La negra pupila que el fuego escondido
Revela del alma que sueña el amor;
La leve sonrisa del labio hechicero,
Que fresco y purpúreo ya exhala agorero
Un triste suspiro de vago dolor;
La planta que breve las flores no mata;
La crencha sedosa que el viento desata
Y rico perfume difunde al flotar;
La dulce morena de aliento suave,
Gacela que trisca, fantástica ave
Que el alma adormece con blando cantar;
Magnolia en que toma su esencia la brisa,
Suspiro del cielo, celeste sonrisa
Del ángel que guarda la dicha sin fin;
Houri que en los sueños vagó de Mahoma;
Arcángel humano que guarda en su loma,
Velado por flores, el alto Albaicin.

. . . . . .

Yo sufria: me habia fantaseado en plena juventud: tenia ante mí el bello fantasma de lo pasado, que parecia viviente, que resplandecia exuberante, pero que no era más que el fenómeno de un extraño espejismo; un repercutimiento de la memoria en lo pasado: algo que parecia se podia tocar, pero que en realidad estaba separado de mí por una cortadura de treinta años, que lanzaba de sí, como de un hervidero, esperanzas no logradas, amores muertos, dolores infinitos sin consuelo, desesperaciones sordas, amargura de coloquintida vertida en el alma, triste por la defeccion de todo: y entre mi sueño, sobre mi sueño, yo sentia suelto sobre el campo, rugiendo, retronando, reproduciendo todos los sonidos, áun el del choque lúgubremente sonoro de las olas encrespadas, un viento más de Marzo que de Mayo, cuyo helado aliento, penetrando por las mal ajustadas maderas del balcon, enfriaba mi frente y hacia demasiado movible sobre mis versos la luz de la bujía, ya casi consumida, y que al fin se acabó.

La oscuridad me dejó ver en las junturas de las maderas una línea dorada luminosa; abrí el balcon y me encontré en plena y radiante luz de la mañana.

Yo vivo en uno de esos barrios nuevos que, perteneciendo á Madrid, están en el campo, en una pequeña habitacion muy alegre, que me envidiaria un parisien. Mi calle es el camino de Vallecas; la acera de enfrente, una tapia baja que cierra la vertiente del Buen Retiro, ó, como se dice hoy, del Parque de Madrid: esta vertiente es lo que se llamaba ántes, cuando habia frailes, el olivar de Atocha, y que hoy se conoce con el nombre de Huerta de los Inválidos: á la derecha se abre el profundo horizonte al Oriente, accidentado por colinas, por viñedos con sus casitas blancas, y limitado por montañas de un cobalto purísimo: por la parte del Mediodía se ven correr los trenes con sus penachos de humo, cortando el plano de la vega, y al Norte, y cercana, corona la colina la dentellada silueta de Madrid. Yo vivo á mis anchas, inundado de aire y de luz: me da blando reflejo el verdor de la huerta, y el ruido de la multitud que se agita encanzada en estrechas calles no turba mis ensueños; ni áun el sonido de la campana de un reloj llega hasta mí. —Perteneciendo, tocando á una gran capital, estoy en medio de la naturaleza.

El cielo estaba cerrado al Norte por grandes y densas nubes frias y tristes; pero allá, al Oriente, en un largo jiron despejado, de una diafanidad infinita, fulguraba una luz dorada, ígnea; el sol aparecia sobre el horizonte en un punto deslumbrante; tenia luz de primavera, en tanto que un crudo viento de invierno agitaba mis cabellos; yo estaba aún sonámbulo; yo habia evocado á Granada como la habia dejado en los dias de mi juventud, y Granada habia venido, me habia rodeado, me habia absorbido; yo estaba aún en ella; yo me sentia fuerte, lleno de vida; yo aspiraba el ambiente de los cármenes del Albaicin, de las alamedas de la Alhambra, de las Angosturas del Darro, y me parecia que no era por los montes de Toledo (que de paso me

hacian soñar al Cid y á Alfonso VI) por donde el sol para á Madrid se alzaba, sino por más allá, por el Desierto, por las cumbres del Atlas, apareciendo al fin sobre la punta de eterna nieve de esa gigantesca atalaya del Levante que se llama *Picacho del Veleta*.

Y el ensueño, la efervescencia de mi fantasía, se condensó en mí, y la vision se hizo suprema; como en un cuadro disolvente, se fueron amortiguando aquel punto fulgurante, aquella ráfaga luminosa; fué evaporándose, desvaneciéndose como una niebla, la tierra de Madrid, y al fin la gigantesca Sierra Nevada limitó el horizonte al Oriente; á la izquierda, las colinas en que se asienta Granada; á la derecha, la extensa vega con el marco azul de sus montes del Padul, de Parapanda, de Illora, de Elvira; y la luna reflejando como sobre plata fundida en la corriente del Genil y del Darro, unidos en estrecho abrazo, y por otra parte, en las lucientes tejas vidriadas de los minaretes y de los alcázares de la ciudad querida de los hijos del Profeta.

Porque yo, en la fascinacion de mi sueño, veia á Granada, no como ahora, derruidos ó aportillados sus muros, cegadas sus cavas, desalmenadas sus torres, hundidas sus mezquitas, mutilados ó desaparecidos sus palacios, devoradas sus gentes y arrojadas por la muerte en el abismo de lo pasado, sino en todo su esplendor, como ántes de caer por la conquista bajo el yugo de un vencedor soberbio por su gloria, implacable por su bravura, ciego y fanático por sus creencias.

Yo la rodeaba, en el vértigo del sueño, como un amante que gira en torno de la tumba de su querida, y ve su sombra, bella como en los dias en que el espíritu de vida la alentaba.

Yo me deslizaba de la puerta de Elvira al portal del Carbon, seguia á Bib-Rambla, dejaba atras Bib-Atanbin y Bib-Lachar, y rozando con Torres Bermejas, me entraba, saltando sobre el muro de Al-Baul, por la Puerta Judiciaria ó Bib-al-Malek en la Alhambra, y luégo en el patio de la Al-berka.

Y allí, el agua trasparente, reflejando el cielo azul con sus rutilantes estrellas; destellando en vivos fulgores pálidos la luna; el denso marco del verdinegro arrayan dando más fuerza á lo vago, en que fulguraba lo luminoso; los muros en una dulce penumbra, y la galeria con sus esbeltas columnas de alabastro, sosteniendo los arcos labrados, calados, graciosos como la sonrisa lánguida de una huri, emblanquecidos por la dulce luz de la lumbrera de la noche; y sobre esto, la Torre de Comares ó de Embajadores, con su agudo almenar y su cúpula brillante, y bajo ella la grandiosa cámara, con sus ricos alicatados, sus labores persas, sus suras del Koran en escritura cúfica, sus bellos ajimeces, sus ventanas trasparentes, sus muros majestuosos, ricos como un brocado de Damasco, y su magnífica techumbre cónica de caprichosa lacería perdida en la sombra. Yo era entónces como el alma en pena que vaga en su hogar mudo y solitario, entre el profundo silencio de la noche, bajo el rayo de la luna.

Yo flotaba, iba y venia; de improviso me encontré, como llevado por una ráfaga de viento, en Generalife, en el *Palacio del Zambrero;* una sombra blanca cruzó por delante de mí, me atrajo, me llevó consigo; exhalaba frescura de juventud, ambrosía de belleza; era una dama; su blanca túnica no era tan blanca como sus mejillas marmóreas; sus negros ojos no tenian tanta sombra como la tristeza que de ellos fluia, y que se extendia por su semblante y se difundia en torno suyo como una aureola de dolor; yo la reconocí; yo he encontrado muchas veces su sombra, cuando, ansioso de lo fantástico, vagaba de noche por la que ántes fué la *Casa Real* de los reyes de Granada: era la esposa de Abu-Abd-Allah-el-Zogoibi, el último de aquellos reyes, de Boabdil, ó del *Rey Chico*, como dice el vulgo. Era Zorahydah.

Se acercó lentamente, vaga y aérea, como impulsada por el aura, al altísimo cipres que se alza junto á la acequia que por un cauce de mármol, bordeado de flores, corre á lo largo del jardin; se detuvo á su pié: otra sombra, la de un jóven caballero árabe, triste y apenada como la de la sultana, manchado su blanco caftan por un raudal de sangre que brotaba de su garganta, apareció en el fondo oscuro de una enramada. Zorahydah se adhirió á aquella sombra, y las dos desaparecieron, confundidas, perdidas en una sola.

Una de las leyendas más trágicas, más conmovedoras de esa Iliada que se llama conquista de Granada, habia pasado ante mí, representada por las sombras de Zorahydah y Aben-Hamet; y como todo hecho se relaciona con otros muchos, yo, al pié del Cipres de la Sultana, me representé todos los sucesos de las guerras civiles de Granada, que con tanta bizarría y tanta fuerza de imaginacion escribió Perez de Hita: el destronamiento del rey Xeque Abul-Hacen por su hermano Abd-Allah-el-Zagab: la enérgica y alentada sultana Aixa-la-Horra, enardeciendo á los partidarios de su hijo Abd-Allah-Alzaquir (Boabdil), poniéndole en el trono de la Alhambra, relegando á Málaga á su tio El-Zagab, y haciendo desesperarse en Almería al viejo Abul-Hacen; yo me representaba todo esto: los bandos de Zegríes y Abencerrajes, Masamudas y Gomeres; los desdichados amores de Aben-Amet y de la esposa de Boabdil, sorprendidos por éste al pié de aquel mismo cipres: el degüello de los Abencerrajes y de Aben-Hamet, su caudillo, en venganza del adulterio: los recios combates dentro de la ciudad, que debilitaba sus fuerzas ante el enemigo, que allá en sus tiendas del Real de Santa Fe, en la vega, entre Granada y Sierra Elvira, bajo los pendones de Castilla y Aragon, devoraba con ojo hambriento aquella ciudad de cien torres, tendida sobre siete montes, coronada por sus fuertes castillos y sus lucientes alcázares, y esperaba que sus propias luchas intestinas se la entregasen destrozada, rendida á sus desventuras. ¡Y cuánta herencia de gloria allá en Santa Fe! ¡cuánta grandeza! ¡cuánta fuerza! Fernando é Isabel, los Mendozas, los Córdobas, los Cárdenas, los Pulgares, los Paredes, los de Aguilar, los de Cabra; los invencibles escuadrones que tenian en miedo á Francia, en respeto á Roma, en la agonía á Granada, último refugio y pedazo de la raza islamita en tierras de cristianos. ¡Una pléyade de héroes comandando un pueblo de leones irritados por la victoria! ¡Y cuánta miseria, cuánta desolacion, cuánta desventura, cuánta vergüenza allí, tras aquellos rojos muros, á la sombra de aquellos ostentosos alcázares, en el laberinto de calles y plazas, donde se agitaba una multitud enervada, sin caudillos que la llevasen al combate, sin más que traidores ambiciosos vulgares, que la gastaban en inútiles motines! Allí no habia más que un héroe, y este héroe, el infante Muza, hermano de Boabdil, desapareció con el honor de su patria.

Y todo esto se desarrollaba con una fuerza de vida incalculable, provenida de lo pasado, en mi conturbada fantasía, que buscaba los dias de su juventud, que los sentia en un doloroso sueño de primavera; en una reaccion del sentimiento, en una vibracion retrospectiva, por decirlo así, de la memoria; yo veia detalle por detalle, punto por punto, como yo me los habia fantaseado desde mi infancia, bajo el influjo de una tradicion romántica, todos aquellos sucesos, y á cien leguas de distancia tocaba con las maravillosas manos de la fantasía, como los habia tocado con mis manos de niño, aquellos monumentos, aquellas ruinas que habian sido el escenario del gran drama. Yo sentia, como los sentí entónces, todos los encantos de aquellas leyendas, todas las bellezas de aquella tierra maravillosa, á cuyas impresiones debo tal vez por desventura lo que tengo de soñador y de poeta.

¡Y luégo, descender de la historia patria á la historia propia! ¡Recordar todo ese mundo que ha sido parte de nuestro

corazon, ó más bien nuestro corazon mismo, que ha ido desapareciendo, perdiéndose en lo infinito, abandonándonos, dejándonos en una soledad de agonía, dándonos un dolor frio y sin consuelo en cada recuerdo! ¡Ir á vagar con el alma á aquellos lugares donde fué y ya no es un sér querido, que fué para nosotros una esperanza de felicidad, un dorado rayo de sol de nuestra juventud! Estos, éstos son los sueños de primavera de los viejos que conservan el alma jóven, y sienten la viudez de todos los amores y la imposibilidad de otros amores nuevos que reemplacen á los perdidos, si es que los amores pueden ser reemplazados, ó que, á lo ménos, les presten fuerzas para vivir. ¡Ah, dichosos los que no sueñan, porque los sueños de lo imposible son el infierno de la realidad!

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

8 Junio 1880

LUIS DE CAMOENS,

INSIGNE ÉPICO PORTUGUÉS.—NACIÓ HACIA 1524; † EN LISBOA, EN 1580.

LA CRUZ DE LA MONTAÑA.

(PÁGINAS DE UN LIBRO INÉDITO.)

I.

Por primera vez iba yo á visitar las fincas de campo de mi familia, propiedades lejanas situadas casi todas en las faldas de la sierra de [illegible]. Hasta entónces habíame negado yo á salir de Méjico, porque aquí me detenian los regulos de una vida cómoda y pacífica; las naturales distracciones de la juventud; los hábitos, en fin, arraigados ya, de frecuentar la sociedad más escogida y elegante. Los atractivos del campo, las pompas de la naturaleza, la vegetacion sana y vigorosa de las montañas, que comunican al ambiente su perfume, su frescura, su deliciosa suavidad, unido todo á las sencillas costumbres de la vida rural, tan ponderadas siempre por mi padre, no habian encendido nunca en mi ánimo el menor deseo de conocerlas; ántes me producian un fastidio y un hastío anticipados que en vano trataba de vencer. ¡Cuántas veces mi padre, con aquel tono indefinible de cariño y de broma, que nunca olvidaré, procuraba despertar mi interes para que lo acompañára á recorrer sus posesiones! ¡Cuántas veces tambien mi madre y mis hermanas me animaban con palabras de infinita dulzura á dejar por algun tiempo la vida sedentaria de la ciudad, para ir á respirar el aire puro de la cordillera, de sus florestas esmaltadas, de sus bosques olorosos, y á fatigarme tambien en largas excursiones por la sierra y por los valles! Mis amigos, por su parte, soñando con diversiones campestres que quizá no conocian, halagaban mi amor propio y pretendian infundirme entusiasmo con descripciones, más ó ménos animadas, de los goces de que puede disfrutar el hijo de un opulento hacendado en sus propiedades. Afan inútil: yo nunca quise darles gusto, y ni áun me asaltó la tentacion de hacerlo alguna vez.

Pero, al fin, ante la necesidad y el dolor, fué preciso ceder. Mi padre habia muerto, dejando á su familia en la orfandad, y esta espantosa desgracia me obligaba á emprender el viaje á las haciendas, porque mi presencia en ellas era necesaria. Ademas, ciertos deseos de buscar consuelo en el alejamiento del mundo me impulsaron tambien á salir de la capital, abrigando la esperanza de que en las ocupaciones que ahora iba á comenzar hallaria un olvido de mis penas. El *tiempo de aguas*, como dicen los campesinos, habia concluido, y el de las cosechas se acercaba. Los estragos causados por las tempestades de Agosto exigian prontas y urgentes reparaciones; los sembrados pedian á su vez cuidados y gastos que sólo el dueño podia autorizar, y todo, en suma, todo estaba paralizado y como en espera de arreglarse y ordenarse.

Los dias que precedieron á mi viaje estuve triste: á la natural afliccion que me devoraba, se unian una vaga inquietud, un misterioso temor, que llenaban mi alma de zozobra y que me ponian en un estado de abatimiento verdaderamente lastimoso. ¿Eran presentimientos de nuevas desgracias que debian sucederme? ¿Era la melancolía, natural en quien va á separarse de su familia y del hogar paterno, siquiera sepa que su ausencia será breve? ¿Era, en fin, que con aquel viaje comenzaba para mí una época terrible de responsabilidades y deberes, y que este porvenir me imponia miedo?..... ¡Quién lo sabia! Yo, en medio de mi hondo desaliento y de mi malestar, no acertaba á darme cuenta de los diversos sentimientos que en aquellos dias se agitaban en mi corazon; habia perdido á mi padre, y en verdad me consideraba el más infeliz de los hombres.

La tarde, víspera de mi partida, salí solo, deseoso de no presenciar ya los preparativos de mi viaje, que con esmerada ternura hacian en el salon mi madre y mis hermanas. Me dirigí al bosque de Chapultepec, lugar favorito de mis paseos solitarios, en donde cada árbol, cada sitio, cada calle, tenian para mí un dulce recuerdo; queria decirles adios, queria estar entre ellos por última vez ántes de dejarlos, y sentia en mi alma la necesidad de desahogar mi tristeza en aquel retiro apartado, teatro tantas veces de mis juveniles alegrías.....

Al entrar en aquella mansion silenciosa y llena de misterios; al levantar la vista para buscar las altas bóvedas de verdura, de las cuales pendian inmensas cabelleras de heno, como los adornos de un templo gigantesco; al aspirar aquel ambiente fresco y de un olor salvaje; al verme, en fin, en medio de aquella soledad, de aquel silencio, de aquella calma para mí tan conocida, como conocidos me eran tambien los cantos de los pájaros habitantes del verde ramaje, una impresion extraña y profunda hirió mi corazon; sentí humedecerse mis ojos..... Las perspectivas que ántes contemplaba yo embelesado durante horas enteras, me parecian ahora cubiertas de una bruma que me impedia verlas distintamente; las sombras de los ahuehuetes, extendiéndose como paños fúnebres sobre la alfombra de musgo, tomaban á mis ojos proporciones inexplicables, que me causaban pavor, y los rumores del bosque, en otro tiempo tan gratos á mi oido, porque me parecian las voces misteriosas de genios invisibles, llevaban á mi atribulado espíritu no sé qué amargo desaliento.....

La tarde habia caido ya; las montañas que rodean el valle de Méjico, de un azul purísimo como su cielo, aunque de tintas más oscuras, se sonrojaban ligeramente á los últimos rayos del sol, como mujeres que reciben los amorosos requiebros de un gran señor; á lo léjos el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, blancos como si fuesen de bruñida plata, parecian dirigirse la última mirada aprovechando la postrera luz de la tarde, y las tinieblas, en fin, como una bandada de aves negras, avanzaban cautelosas por el lejano Oriente, precursoras de los ocultos misterios de la noche..... De repente la campana del cercano pueblecillo se oyó sonora y majestuosa, y sus ecos se difundieron por el bosque como lamentos fúnebres: era la hora de la oracion.....

Sin fuerzas ya en el alma para resistir las dolorosas emociones que aquellos sonidos me causaban, y que cruelmente aumentaban mi tristeza, salí del bosque, huyendo de su soledad y de su silencio, que me parecian pavorosos.

II.

Partí al fin, y pronto las bellezas del camino, las fatigas del viaje, el grato descanso que despues de ellas encontraba, comenzaron á distraer mi ánimo y á hacer más suave y apacible mi melancolía. Algo como una luz celeste penetraba en mi alma y la reanimaba, devolviéndole su antigua serenidad, su quietud, la cristiana resignacion que yo re-

putaba en aquellos momentos como el más rico tesoro. La naturaleza, hermana de la religion, es como una madre cariñosa que sabe comprender y dulcificar las penas de los hombres; hay una relacion íntima entre sus magnificencias y sus misterios y el estado del corazon de quien la contempla; de tal manera que éste cree hallar en aquélla un eco de sus propios sentimientos, y palpita agradecido porque ve compartido su dolor. Yo reposaba confiado en el seno amoroso de aquella madre augusta.

Por lo demas, todo lo que veia era nuevo para mí; todo me sorprendia, me admiraba, me llenaba de una secreta satisfaccion y de un júbilo interior que no sabria expresar. La majestad de las montañas con sus inmensos mantos de verdura; la imponente soledad de las selvas; los hondísimos valles poblados de risueñas aldeas ó de rancherías; el arroyuelo humilde que se deslizaba silencioso por entre hierbas y flores; los torrentes despeñándose con estruendo de lo alto de la sierra y bajando con la velocidad del relámpago hasta las fértiles llanuras; los lejanos horizontes, en fin, perdidos entre azuladas brumas, que parecian ocultar palacios gigantescos y columnas de pórfido que llegaban al cielo; conjunto admirable de cuadros, de objetos, de perspectivas y de paisajes que yo nunca habia imaginado; todo ponia en mi alma una muda pero profunda admiracion. Aspiraba con delicia el puro y embriagador ambiente de la montaña; mis ojos se recreaban encantados en las espléndidas galas de la creacion; mis oidos quedaban atentos al claro rumor de las corrientes impetuosas, de las cascadas colosales, de los vientos que jugaban entre las ramas de pino, y era para mí música deliciosa el canto no aprendido de los pájaros que se escondian en la enramada.

Cerca ya de la sierra, comenzó á variar el paisaje: allí la vegetacion era más vigorosa, más severa, más imponente; secular, para decirlo de una vez. Los árboles, atletas invencibles que habian resistido el fragor de las tormentas, me recordaron los sabinos de Chapultepec, por su majestad grandiosa, sus largas cabelleras de heno, sus troncos sumergidos entre precipicios de peñascos. Las cortaduras de la inmensa cordillera eran barrancos de profundidad no medida, verdaderos océanos de bosques y de verdura, en cuyo fondo debian reinar perpétuamente las tinieblas. El susurro de los pinos era lento y monótono; un viento helado azotaba el rostro, y en las cumbres más elevadas se agrupaban blancas y espesas nubes, que á su vez formaban nuevas y más altas montañas..... ¡Dios mio, cuánta grandeza, qué sublime majestad! ¡Y cómo me abrumaba aquella naturaleza colosal, inmensa, inconcebible!.... Era la mansion del misterio, la region de los prodigios, la morada de genios poderosos y desconocidos.....

Súbitamente, al dominar una altura del camino y tender la vista alrededor, mis ojos divisaron, entre plantas y flores que formaban una especie de gruta pintoresca y aislada, una cruz blanquísima, esbelta, solitaria, cuyos brazos se escondian entre las ramas de un arbusto que le daba sombra.

—¿Qué es aquello? pregunté sorprendido al viejo Bernardo, que me acompañaba, el mismo que ántes habia acompañado tambien á mi padre en sus viajes por las haciendas.

—Esa cruz, me respondió, significa que allí murió un hombre; es el único monumento con que en estos lugares puede señalarse el sitio que ha quedado consagrado por la presencia de Dios, al bajar éste del cielo á sentenciar como juez.....

La soledad y el silencio que nos rodeaban, no ménos que el acento conmovido con que Bernardo pronunció estas palabras, dieron á su contestacion una solemnidad que me turbó; y al volver yo de nuevo los ojos para ver la cruz, un rápido estremecimiento recorrió todo mi cuerpo.

—Esa cruz significa tambien, continuó el viejo criado, que el muerto solicita de los viajeros que transitan por aquí una oracion por el descanso de su alma. ¿Quiere usted que recemos?

—Vamos allá, contesté.

Al acercarnos, no podia yo ménos de pensar en la sublimidad de la religion, que así convierte en hermanos, en miembros de una sola familia, á todos los hombres de la tierra, y que con la simple señal de una cruz plantada en la soledad, despierta nuestros sentimientos piadosos en favor de un desconocido. ¡Y cuánta poesía encierra tambien esta costumbre de los cristianos, hija de sus esperanzas y de su fe! El sitio donde se levantaba la cruz era escabroso y áspero, y al parecer, jamas habia existido camino para llegar á él. Esto llamó mi atencion, pero guardé silencio. Alrededor del sencillo monumento, que era de toscas piedras unidas con mezcla y pintadas de cal, se respiraba una quietud, una paz, un sosiego verdaderamente serenos y apacibles; reinaba cierta melancolía misteriosa, que parecia anunciar que aquel lugar habia sido teatro de una escena terriblemente dolorosa..... Las humildes florecillas que crecian sobre el pedestal de la cruz, como si no se atrevieran á subir hasta ella, movianse lánguidamente al impulso del frio viento de la montaña.....

El bosque oyó nuestras plegarias; del fondo de nuestras almas se elevaron al cielo esos perfumes suavísimos de la oracion, mística flor escondida en todo corazon creyente; adoramos con profunda humildad la cruz; la vimos con la honda ternura con que se ve á una madre, y cumplido este dulce deber, seguimos nuestro camino. El recuerdo de mi padre me entristeció de nuevo.

—Bernardo, dije á mi compañero, ¿y V. sabe quién murió allí?

—Sí, señor, lo sé, y áun le conocí en mi juventud. En ese lugar se desenlazó una aventura fatal de su inexperiencia, de su corazon extraviado, de su..... ¡Pero ya está juzgado! ¡Que Dios le tenga en su reino!

—¿De modo, agregué yo, que esa cruz tiene su historia?

—Sí, señor, y muy triste.

—¿Y puede saberse?

—A su padre de V. se la referí en mil ocasiones. Siempre que pasábamos por aquí, me decia: «*Bernardo, un Padrenuestro y un Ave-María por el infeliz Ignacio.*»

—Me alegro haber hecho yo lo mismo. En cuanto á la historia, puede V. ir empezando.

Bernardo me refirió entónces lo siguiente:

III.

«No léjos de aquí, en una casita que se cuelga de la cordillera como un canastillo de flores ó como un nido de palomas, y á poca distancia tambien de la principal hacienda de VV., vivia, hará más de veinticinco años, la familia de un amigo de mi padre, campesino como él, honrado, trabajador, que cifraba todo su orgullo en la modesta posicion que con sus constantes esfuerzos habia llegado á formarse, y en la virtuosa y cristiana familia que á su amparo y sombra habia crecido. Don Miguel (así se llamaba aquel montañés) era de carácter impetuoso y enérgico, defecto que desaparecia completamente á los ojos de quien lo trataba con alguna confianza, porque entónces se descubria en él al hombre de corazon desprendido y generoso, abierto á los más nobles afectos, recto, noble, franco, como lo son los que nada malo tienen que ocultar. En el seno de su familia era un cordero; cariñoso y apacible con su esposa, tierno y amantísimo con sus hijas, afable con todos, nadie dejaba de quererlo, y era un cuadro verdaderamente encantador verle llegar á su casa de vuelta de sus trabajos, con el semblante risueño y satisfecho, buscando á sus hijas, y pidiéndoles, con el candor de un niño, sus inocentes caricias..... En aquella casa reinaba la felicidad de los antiguos patriarcas.

»Entre las hijas de D. Miguel, precioso ramo de azucenas silvestres, descollaba Fernanda, la menor de todas, por su hermosura verdaderamente prodigiosa, nunca vista en estas

apartadas montañas, por su sencillez de ángel, su inocencia y la inagotable bondad de su corazon. No exagero, señor don Felipe; aquella niña era un portento de belleza. El aire puro y oloroso de la sierra le daba lozanía y frescura á su cuerpo, todavía de una delicadeza casi infantil; su talle era gallardo, esbelto, gentil y elegante como las palmeras que se encuentran en los bosques de los valles. Su rostro sonrosado y hechicero tenia aquella expresion indefinible de la niña que se acerca ya á la edad de las pasiones, pero que conserva aún su gracia nativa, el encanto de su inocencia, el sencillo abandono de la infancia, que de nada desconfia..... Habia, ademas, en la mirada de Fernanda una viveza tal, una ternura tan honda y delicada, que se habria podido decir que su alma misma se asomaba por ella, serena y pura como sus sentimientos de niña.....

»Las hijas de D. Miguel se habian criado en estas soledades bajo el cuidado de la familia y del ejemplo materno; así es que cultivaban con esmero las virtudes cristianas que deben adornar á unas jóvenes de sus circunstancias y condiciones. Estaban acostumbradas á las rudas fatigas del campo y á las faenas del hogar, y muchas veces acompañaban á su padre en sus lejanas excursiones, sin que dieran jamas señales de cansancio ó de disgusto. Generalmente iban solas todos los domingos al vecino pueblo á oir misa, y del mismo modo se las veia en los bosques, en el valle, en la cima de la montaña, contentas y risueñas, buscando cualquier objeto que deseaban para embellecer su casita ó adornar su huerto. A V., sin duda, le parecerá extraño que aquellas hermosas criaturas, débiles y delicadas, llevasen aquí esta vida independiente y libre, exponiéndose á peligros de todo género; pero nada es más comun que esto entre nosotros los montañeses. Nuestras costumbres son todavía sanas y puras, conservan algo de la sencillez primitiva, y por esto permiten tales libertades; de otro modo, no seria así. La virtud y la religion escudan á nuestras doncellas.

»Dicho se está, aunque yo no lo advierta, que las niñas de D. Miguel eran perseguidas por los mozos más acomodados del lugar; atraian con su belleza, su gallardía y su donaire, y la fama de sus virtudes domésticas hacia que muchos las codiciáran para esposas. No sabré decir yo si ellas correspondian á los amorosos anhelos de sus adoradores, pues la oscuridad y el aislamiento en que vivian, impedian tener noticia cierta de lo que acerca de esto pasaba. Si se sabia muy bien que Fernanda, por recatada y discreta, tenia inquieto y sin sosiego á un mancebo de estos lugares, en cuyo corazon habia encendido con toda la fuerza de la adolescencia el más vehemente y apasionado cariño. La doncella no lo amaba, pero tampoco ponia fin á sus esperanzas con un marcado desden ni con una negativa terminante; lo cual, léjos de desanimarlo, alentábale más y más, aunque le hacia sufrir crueles incertidumbres.

»Ignacio se llamaba aquel jóven, y ciertamente no era indigno, por entónces, de alcanzar la predileccion amorosa de una niña como Fernanda. Simpático, arrogante, trabajador, de buenas costumbres; huérfano y heredero, hacia dos años, no sólo del corto caudal de su padre, sino tambien de sus virtudes; económico y cuidadoso, como deben serlo todos los que aspiren á un bienestar modesto en la soledad de las montañas, Ignacio podia haber hecho la felicidad de cualquiera mujer que lo hubiera amado, y se le esperaba una existencia tranquila y venturosa. Su carácter, sin embargo, le amenazaba siempre con echar á perder ó á desaprovechar tan preciosos elementos; era áspero y duro, de pasiones enérgicas, violentos arranques, reservado y tímido al parecer, pero en realidad rápido en el obrar, y sobre todo, de una decision irrevocable cuando trataba de realizar cualquier propósito por audaz que fuera. Con estos datos, ya podrá V. comprender el estado de su ánimo y las inquietudes y zozobras en que le tendria la conducta de Fernanda. Pero con ella, segun él mismo decia, se mostraba paciente y humilde, tal vez esperando que la correspondencia de su cariño fuese el premio de sus sacrificios.

»Todas las tardes, cuando la hermosa montañesa bajaba al arroyuelo con su cántaro, como las antiguas hijas de los patriarcas, oia no léjos de allí un triste cantar amoroso, que involuntariamente la hacia sonreir.

»—Ya está allí Ignacio, pensaba; ¿cuándo se convencerá de que no puedo quererlo?

»En seguida se sentaba á la sombra de un arbolito á ver el ganado que venia á beber agua. El cantar seguia; ella lo escuchaba, á veces con atencion, como si no quisiera perder una palabra, y á veces distraida, dirigiendo sus melancólicas miradas á la espesura del bosque. Esta escena, como he dicho ántes, se repetia todos los dias, á la misma hora, en el mismo sitio.

»Una tarde el canto cesó repentinamente, y Fernanda iba ya á volverse á su casa, cuando vió cerca de sí á su gallardo y apasionado adorador.

»—Me has asustado, le dijo ella sonriendo graciosamente y sin dar señales de extrañeza.

»—¿Tan enójosa es para tí mi presencia? dijo con acento melancólico Ignacio.

»—No, si no digo eso: crei que te habias ido, y me sorprendí al verte de repente.

»Ignacio contemplaba arobelesado el hechicero rostro de la niña, y música del cielo le parecian sus palabras. ¡Ah! ¿cómo no habia de adorar rendido á aquel ángel, dechado perfecto de candor y de inocencia, si era tan bello?.....

»—Pues vengo á preguntarte—le dijo el jóven con honda tristeza—cuál es por fin tu última resolucion. Yo necesito tomar una.

»Las mejillas de Fernanda se tiñeron de un vivo encarnado y bajó los ojos: aquel pudor virginal realzaba más su soberana belleza.

»—Dímela, cualquiera que sea insistió Ignacio. Mucho he esperado ya, mucho he sufrido. ¿Hasta cuándo quieres que dure este tormento?

»—Bien sabes..... se atrevió á decir Fernanda sin levantar la vista.

»—Lo único que yo sé es que te adoro, y que tú me matas con tus desdenes.

»—Ignacio, ¿qué desdenes te he inferido? ¿Acaso te he hecho algun mal?

»—Quiero que hoy hables claro Fernanda, volvió á decir Ignacio con seriedad. ¿Me quieres? ¿me aborreces? ¿deseas que me vaya de aquí? Di una palabra, una sola, y tomaré la resolucion que ha de poner fin á todo.

»Fernanda se negaba á responder; pero estrechada por aquel muchacho, que comenzaba á infundirle miedo, dijo tímidamente:

»—Ahora, Ignacio, no... quizá más tarde.....

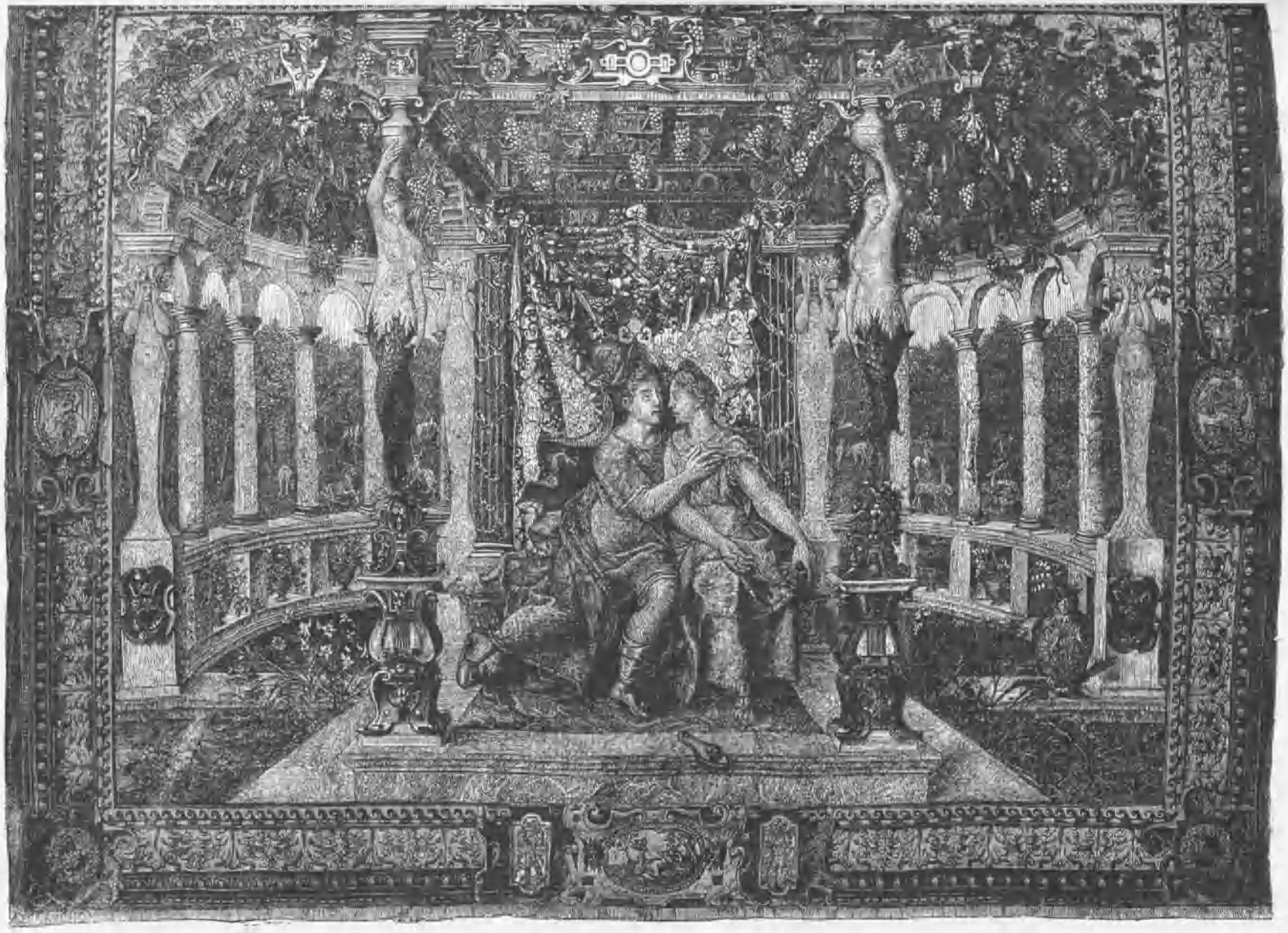
»—Lo de siempre, lo de siempre, dijo el desventurado, pálido de ira, de despecho, de dolor, de todo á un tiempo. Pues bien, agregó, no volverás á verme, no oirás hablar de mí..... ¡Ingrata!

»Y se alejó sin volver más el rostro.

»La niña, asustada, corrió ligera como una cervatilla del desierto, y todavía en su casa, temblaba como la hoja en el árbol.

»A los pocos dias se dijo en el lugar que Ignacio habia desaparecido, sin que nadie supiera dar razon de él: sólo un pastor de cabras decia haberlo encontrado por un sendero extraviado y escabroso de la montaña, el cual no conducia á ningun punto conocido.

»En cuanto á Fernanda, quedó tranquila. La familia de nuestro D. Miguel siguió siendo venturosa como siempre: ninguna inquietud, ninguna zozobra ni quebranto alteraban la serena dicha que el cielo le habia mandado. Nada tampoco hacía temer que repentinamente cayese sobre ella una triste catástrofe.



UNO DE LOS TAPICES DE LA COLECCION DEL REAL PALACIO DE MADRID.—(Asunto, *Los amores de Vertumno y Pomona.*)